

Herr PEEP

[CRÓNICA DESDE DENTRO DE SU PRIMER AÑO EN EL BAYERN DE MÚNICH]

MARTÍ PERARNAU



Herr Pep

Martí Perarnau



Rocaeditorial

HERR PEP

Martí Perarnau

Una crónica íntima de Guardiola en el Bayern de Múnich: los éxitos, los problemas y las claves del nuevo equipo de Pep.

Martí Perarnau ha tenido acceso al vestuario, al entrenador y a los jugadores, desde el fichaje de Guardiola hasta el final de la temporada oficial, y nos ofrece un relato minucioso de la vocación de trabajo de Pep Guardiola, su obsesión por los detalles y su tozudez en la búsqueda de la excelencia.

Una descripción detallada de todo lo que ha sucedido en la trastienda del Bayern durante la temporada 2013-14.

ACERCA DEL AUTOR

Martí Perarnau, nacido en Barcelona (1955), participó en los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980 en salto de altura, especialidad en la que fue campeón y *recordman* de España en todas las categorías. Dirigió las secciones deportivas de varios periódicos y también la de Televisión Española en Cataluña donde creó el programa *Estadio 2*. Hace más de veinte años que se dedica, también, al mundo de la gestión, primero como director del centro principal de prensa de los Juegos de Barcelona de 1992 y, posteriormente, ya en Madrid, como director general de empresas audiovisuales. Actualmente, dirige su propia productora de publicidad y colabora como analista en varios medios de comunicación. En abril de 2011 publicó su primer libro, *Senda de campeones*, dedicado a la Masia del FC Barcelona. Dirige el magacín deportivo www.martiperarnau.com.

ACERCA DE SU OBRA ANTERIOR

«Te interesará si... te gusta el fútbol, sea cual sea tu equipo, y quieres conocer los detalles y entresijos de un gran club. Y si además eres del Barça, seguramente te encantará.»

LALIBRETADEVANGAAL.COM

Índice

Portadilla

Acerca del autor

Dedicatoria

Capítulo 1. TIEMPO, PACIENCIA, PASIÓN

1. El Enigma de Kaspárov
2. Llueve en Múnich
3. Al Bayern
4. ¿Por qué? ¿Por qué?
5. El primer entrenamiento
6. El primer partido
7. Lahm y los pasteles
8. Los frutos del Trentino
9. El hotel de los pájaros
10. Hasta que nos cansamos
11. Jugar por fuera
12. La deconstrucción como método creativo
13. ¿Paciencia o pasión?
14. La derrota de Dortmund

Capítulo 2. EL PRIMER TÍTULO

15. Ya recuperados
16. El máster defensivo
17. Continúa el máster
18. Observar y reflexionar
19. Los médicos y las lesiones
20. Pellegrini como termómetro
21. Objetivo: ganar la Bundesliga
22. La cena iniciática
23. El restaurante de los jugadores
24. Odio eterno al tiquitaca
25. Las campanadas de Friburgo
26. «Chicos, yo no sé tirar penaltis.»

Capítulo 3. 2013, EL AÑO PRODIGIOSO

27. El miedo y la clarividencia
28. La receta para ganar la liga
29. La «tormenta Sammer»
30. El clic
31. El mapa del tesoro
32. Rafinha, el más importante
33. Los 94 pases
34. El día de la cortina
35. Las cuatro líneas
36. Los rondos y el tac-tac
37. Dominar en Dortmund con los bajitos
38. Ribéry quiere hablar contigo
39. La excelencia es una burbuja
40. La relajación
41. La culminación del año prodigioso

Capítulo 4. UNA LIGA EN MARZO

42. El cambio de Pep
43. La noche en que ganaron la liga
44. El análisis del rival
45. La idea matriz es la evolución
46. Pasión. Energía. Preparación
47. Centrados en la Champions
48. La mano milagrosa
49. Bundesliga, de apellido Lahm
50. Control, control
51. Te esperaré, Uli
52. El bloqueo de Franck
53. Invita Bastian

Capítulo 5. CAER Y LEVANTARSE

54. Thiago se ha roto
55. El Pep del pospartido
56. Unos cuantos síntomas
57. El 2-3-3-2 contra el United
58. Ponme mucha pimienta...
59. Tratado de una derrota
60. Choque cultural
61. La catástrofe
62. El apoyo de Rummenigge

63. *Mea culpa*

64. Los equipos son momentos

65. Javi y Robben, defensa y ataque

66. Con los que creen

67. El niño y el capitán

Epílogo. PALABRA DE PEP

Fotografías

Agradecimientos

Créditos

A los que dudan. Porque ellos están en lo cierto.

CAPÍTULO 1

TIEMPO, PACIENCIA, PASIÓN

«Necesitamos paciencia.»

KARL-HEINZ RUMMENIGGE

* * *

«Necesitamos pasión.»

MATTHIAS SAMMER

* * *

«Necesito tiempo.»

PEP GUARDIOLA

Momento 1

El Enigma de Kaspárov

Nueva York, octubre de 2012

Garry Kaspárov agitó la cabeza mientras terminaba el plato de ensalada. Por tercera vez empleó las mismas palabras: «Es imposible». En esta ocasión lo dijo con un punto de irritación en la voz. Pep Guardiola insistía en preguntarle las razones por las que consideraba imposible competir con el joven maestro Magnus Carlsen, el más prometedor ajedrecista del momento.

La cena transcurría con cordialidad. Guardiola y Kaspárov se habían conocido unas semanas antes, y desde el principio el entrenador catalán mostró sin reparos su fascinación por el gran campeón. Kaspárov encarna cualidades que Pep aprecia sumamente: rebeldía, esfuerzo, inteligencia, dedicación, persistencia, firmeza interior... Le entusiasmó conocerle en persona, compartir dos cenas con él y conversar sobre competitividad, economía, tecnología y, por supuesto, deporte. Guardiola llevaba pocos meses retirado de la élite del fútbol y empezaba a gozar de un año de calma en Nueva York. Había dejado atrás una época triunfal en el Fútbol Club Barcelona, la más brillante, exitosa y apasionante en la historia del club catalán, posiblemente inigualable: seis títulos en su primera temporada y catorce trofeos de los diecinueve posibles en cuatro años. El palmarés de Guardiola era formidable. Para conseguirlo se había vaciado. Exhausto e irritado, dijo adiós al Barça antes de que se causaran heridas irreparables.

En Nueva York buscaba empezar de nuevo y disfrutar de un año de paz, olvido y serenidad. Necesitaba rellenar un depósito de energía que se había vaciado y compartir tiempo con su familia, a la que había atendido poco a causa de las obligaciones del trabajo. Su intención era conocer nuevas ideas y dedicar tiempo a los amigos. Uno de ellos era Xavier Sala i Martín, catedrático de Economía de la Universidad de Columbia y tesorero del Barça en 2009 y 2010, la etapa final de Joan Laporta como presidente del club. Sala i Martín es un prestigioso economista reconocido mundialmente y un buen amigo de los Guardiola. Reside en Nueva York desde hace mucho tiempo, lo que resultó fundamental para vencer algunas reticencias que tenía la familia de Pep con respecto a la ciudad estadounidense: los niños no dominaban el inglés y Cristina, la esposa de Pep, tenía mucho trabajo con el negocio familiar en Cataluña. No veían clara la propuesta de Pep. Sala i Martín animó a los niños y a Cristina a disfrutar de la experiencia de vivir en Nueva York, que acabó siendo mucho mejor de lo imaginado.

Sala i Martín también es íntimo amigo de Garry Kaspárov. Una noche de otoño, los Guardiola invitaron al economista a su domicilio neoyorquino. «Lo siento, Pep, pero esta noche tengo un compromiso: he quedado a cenar con el matrimonio Kaspárov», se excusó Sala i Martín antes de sugerir que le acompañara a la cena. A Pep le encantó la idea, al igual que al propio Kaspárov y a su esposa, Daria. Fue una cita fascinante. No hablaron de ajedrez ni de fútbol, sino de inventos y tecnología, del valor de romper moldes, de las virtudes de no acobardarse frente a la incertidumbre y de la pasión. Hablaron mucho de la pasión. Kaspárov expuso de manera clarividente sus ideas pesimistas sobre los avances tecnológicos. Según él, el mundo está estancado económicamente ya que el potencial tecnológico sirve fundamentalmente para jugar y los nuevos inventos no poseen la trascendencia de los antiguos. A juicio de Kaspárov, la invención de internet no puede compararse a la de la electricidad, que supuso un auténtico cambio económico mundial: permitió el acceso de la mujer al trabajo y multiplicó por dos el volumen de la economía mundial. El excampeón mundial de ajedrez explicó que la influencia

real de internet en la economía productiva, no en la financiera, es muy inferior a la que tuvo la electricidad. Puso como ejemplo el iPhone, cuya potencia procesadora es muy superior a la que tenían los ordenadores del Apolo 11, los AGC (*Apollo Guidance Computer*), que poseían cien mil veces menos memoria RAM que un *smartphone* actual. Los ACG sirvieron para poner al hombre en la Luna pero, según Kaspárov, ahora usamos la potencia del teléfono móvil para matar pajaritos (en referencia al popular juego *Angry Birds*). Sala i Martín, un hombre con un cerebro prodigioso, asistió maravillado a la charla entre Kaspárov y Guardiola: «Fue fascinante ver a dos hombres tan inteligentes improvisando una conversación sobre la tecnología, los inventos, la pasión y la complejidad», dijo.

La fascinación mutua fue tal que pocas semanas más tarde se citaron para una segunda cena, a la que Sala i Martín no pudo asistir porque estaba en Sudamérica, pero sí lo hizo Cristina Serra, la esposa de Pep. Aquella segunda noche sí se habló de ajedrez. A Guardiola le sorprendió la rotundidad de Kaspárov al referirse al noruego Magnus Carlsen, de quien vaticinó que sería el indiscutible nuevo campeón mundial, como así ocurrió un año más tarde, en noviembre de 2013, cuando venció a Viswanathan Anand por 6,5 a 3,5. Kaspárov elogió sin rodeos las cualidades del joven gran maestro (de 22 años, entonces), al que llegó a entrenar en secreto en 2009, y también detalló algunas debilidades que debía corregir si quería dominar totalmente el mundo del tablero. Fue entonces cuando Guardiola le preguntó a Kaspárov si se sentía capaz de jugar y vencer al emergente campeón noruego. La respuesta le sorprendió: «Tengo las capacidades para ganarle, pero es imposible». Guardiola pensó que se trataba de una frase políticamente correcta que contenía toda la diplomacia que un hombre impetuoso como Kaspárov era capaz de mostrar. De ahí que insistiera: «Pero, Garry, si tienes las capacidades, ¿por qué no podrías vencerle?». La segunda tentativa obtuvo la misma respuesta: «Es imposible». Guardiola es terco, muy terco, y no soltó el hueso que Kaspárov le había permitido roer. Insistió una tercera vez, mientras el ajedrecista se iba encerrando cada vez más en su caparazón protector, los ojos fijos en el plato, como en aquellos tiempos en los que le tocaba defender una posición débil sobre el tablero. «Es imposible», volvió a responder refunfuñando levemente. Guardiola cambió de táctica, apartó su plato de ensalada, que apenas había probado, y decidió esperar otra oportunidad de averiguar las razones por las que Kaspárov se sentía incapaz de vencer al joven Carlsen. No solo por curiosidad, sino porque era consciente de que la respuesta podía ocultar una de las claves del deporte de alto nivel.

Solo hacía cuatro meses que Pep había abandonado la dirección del Barça tras conseguir un palmarés único e inimaginable. Había dejado el club porque se sentía vacío, fundido, desgastado, incapaz de aportar más riqueza a un equipo que había ganado todo lo que se podía ganar. Fue el primero y el único de la historia del fútbol en conseguir los seis títulos posibles en una misma temporada. Guardiola renunció al Barça por agotamiento y ahora, ya fresco y recuperado, consciente de que la energía volvía a su cuerpo y especialmente a su mente, se encontraba frente a uno de los grandes mitos del deporte que le repetía, sin la menor duda, que aún poseía la capacidad para vencer, pero que le resultaba imposible lograrlo. Sintió curiosidad, desde luego. El enigma de Kaspárov entrañaba mucho más que una anécdota para contar a los nietos, en él se encontraba la respuesta a lo que Guardiola ambicionaba saber desde tiempo atrás: ¿por qué se había desgastado tanto en el Barça? Y, sobre todo, ¿cómo evitar tanto desgaste en el futuro?

Si tuviera que definir a Pep Guardiola diría que es un hombre que duda de todo. El origen de estas dudas no es la inseguridad ni el miedo a lo desconocido: es la búsqueda de la perfección. Sabe que alcanzarla es imposible, pero va a por ella igualmente. Por eso a menudo tiene la sensación de que su obra está inacabada. Guardiola se obsesiona con sus dudas. Es consciente de que solo puede encontrar la mejor solución tras examinar todas las opciones. Recuerda, en este aspecto, al maestro ajedrecista que analiza todas las jugadas posibles antes de realizar el siguiente movimiento. La obsesión por resolver dudas es un rasgo consustancial de Pep, capaz de dar vueltas y vueltas a cualquier asunto del juego antes de tomar la decisión final.

Cuando estudia cómo afrontar un partido no duda de la vocación de su equipo: los jugadores saldrán al ataque, a por el balón y a ganar el encuentro. Pero estos son conceptos muy amplios, y Pep dibuja con trazos pequeños. Sus grandes ideas son inamovibles pero se componen de muchas pequeñas ideas, que son las que él descompone sin parar durante la semana previa al partido. Da vueltas y más vueltas a la alineación, a la aportación de un jugador respecto de otro, a los movimientos que será capaz de hacer un futbolista en función de cómo sea el rival, a la sintonía de un jugador con un compañero, a cómo se interrelacionarán las líneas del equipo en función del ataque enemigo...

La mente de Guardiola se parece a la del ajedrecista que valora y sopesa todos los movimientos, propios y del rival, para anticipar mentalmente el desarrollo de la partida. Juegue contra quien juegue, la preparación será idéntica: no habrá un segundo de descanso hasta que desmenuce y evalúe todas las opciones. Y al terminar, volverá de nuevo sobre ellas. Es lo que Manel Estiarte, su brazo derecho en el Barça y en el Bayern, denomina «la ley de los 32 minutos», en referencia a su dificultad para conseguir que Pep desconecte del fútbol. Estiarte emplea todos los recursos a su alcance para contener de vez en cuando la obsesión del entrenador y obligarle a que se distraiga, pero sabe por experiencia que la distracción no dura más de media hora: «Te lo llevas a comer a un restaurante para que se olvide del fútbol, pero a los 32 minutos ya ves que vuelve a las andadas. Los ojos se le van al techo, hace que sí con la cabeza, que te escucha, pero ya no te mira, ya está pensando otra vez en el lateral izquierdo del equipo contrario, en las coberturas del mediocentro, en los apoyos al extremo... Ha pasado media hora y vuelve a su análisis interior», explica Estiarte.

Si los jugadores le siguen, si el Bayern le apoya, a Pep no le desgastará tanto la tensión causada por el análisis constante de variables. Hay días en los que Estiarte le ordena abandonar Säbener Strasse, la ciudad deportiva del Bayern, y desconectar. Esos días, Pep regresa a casa y está un rato con los niños, juega con ellos, pero a la media hora se va a un rinconcito que ha preparado al fondo de un pasillo, que no llega a ser ni siquiera una pequeña habitación, y vuelve a sus análisis. Han transcurrido los 32 minutos y hay que revisar nuevamente todas las dudas, a pesar de que sea la cuarta vez en el día que da vueltas a lo mismo.

Por todo ello, la respuesta de Garry Kasparov resultaba tan importante. De ahí su insistencia por resolver el enigma. ¿Por qué un maestro legendario como Kasparov, cuyas capacidades son soberbias, consideraba imposible batir a un rival? Fueron Cristina y Daria, las esposas, las damas de aquel tablero neoyorquino, quienes permitieron resolver el enigma. Llevaron la conversación de nuevo hacia la pasión, de ahí pasaron a la exigencia y el desgaste emocional y, finalmente, desembocaron en la concentración mental. «Quizá sea un problema de concentración», sugirió Cristina. Daria dio la respuesta: «Si fuese una sola partida y durase solo dos horas, Garry podría vencer a Carlsen. Pero no es así: la partida se alargaría cinco o seis horas y Garry ya no querría pasar otra vez por el sufrimiento de estar tantas horas seguidas con el cerebro a toda máquina calculando posibilidades sin descanso. Carlsen es joven y no es consciente del desgaste que esto supone. Garry sí, y no querría volver a pasar por lo mismo durante días y días. Uno lograría estar concentrado dos horas y el otro, cinco. Por eso sería imposible ganar».

Guardiola durmió poco aquella noche y pensó mucho.

Momento 2

Llueve en Múnich

Múnich, 24 de junio de 2013

Es el día de San Juan, el primero de Pep en el Bayern, y llueve. No parece importarle. Se muestra exultante, hasta el punto que ha de contener por momentos la sensación de plenitud que le rebosa. Más que miedo, Pep siente felicidad y no puede ni quiere ocultarlo. Felicidad, básicamente, porque regresa al fútbol. Lo hace, además, a lomos de un caballo veloz y enérgico como el Bayern, un club que también está exaltado. Rezuma emoción, como si el fichaje de Pep fuese un título más en la temporada del trébol o la primera conquista del nuevo curso.

Es el 24 de junio de 2013 y el club vive un día histórico. Sin embargo, solo se celebra una rueda de prensa. Se han acreditado 247 periodistas, la mayor cifra jamás contada en el Bayern para un acto de esta índole. El ambiente en el Allianz Arena es extraordinario, como si la llegada de Pep fuera, más que una presentación, un advenimiento. El entusiasmo invade el estadio muniqués, hay tensión en el ambiente y una multitud se agolpa en la sala de prensa. A Pep se le ve exultante con la recuperación de la actividad. Ha rejuvenecido. No es el hombre extenuado que abandonó el Barça. La luz ha regresado a sus ojos. Será por la proximidad del balón. Es la pasión. «Me gusta el fútbol. Me gustaba ya antes de ser futbolista. Me gusta jugarlo, me gusta verlo, me gusta hablar de fútbol. Me encerraré en Säbener Strasse para aprender rápido todo lo que necesito saber del club, de los jóvenes de la cantera y, sobre todo, de los rivales en la Bundesliga», dice.

Karl-Heinz Rummenigge, presidente del comité ejecutivo del club, fija inmediatamente los objetivos: «Para nosotros, el título más importante es la Bundesliga porque consta de 34 jornadas, aunque el más hermoso sea la Champions. En la Champions no hay garantías de nada ni sirven los automatismos. Tengo muchas ganas de saber qué cambiará Pep en el equipo». El técnico hace con las manos un gesto que indica que cambiará muy poco, aunque tengo la sensación de que está siendo diplomático. A pocos metros se encuentran sus principales colaboradores, que parecen estar de acuerdo con él. Manel Estiarte, siempre en la sombra, será su brazo derecho, dispuesto a decirle la palabra exacta que le ayude a mantener el rumbo, aunque no sea la más dulce. Domènec Torrent ocupará la plaza de segundo entrenador, que compartirá con Hermann Gerland, un hombre de la casa con quien crecieron Thomas Müller, David Alaba y Philipp Lahm. Gerland encajará como un guante en el equipo técnico de Pep.

También está sentado entre los periodistas Lorenzo Buenaventura, el preparador físico que lo dejó todo para seguir a Guardiola hasta el Barça, de donde se marchó con él. Buenaventura, pieza clave entre sus colaboradores, siguió a Guardiola hasta Múnich. A su lado, Carles Planchart, que dirigirá el equipo de *scouting*, responsable del imprescindible análisis de los rivales y, más importante aún, de los movimientos propios.

Cristina, la esposa de Pep, y Maria, su hija mayor, toman asiento en la sexta fila del auditorio. Ahí está también Pere Guardiola, su hermano, acompañado por Evarist Murtra, el directivo que propició la llegada de Guardiola al banquillo del Barça, y por Jaume Roures, el empresario que explota los derechos audiovisuales del fútbol español. El representante del entrenador, Josep Maria Orobitg, cierra el pequeño grupo de familiares y amigos.

El Bayern recibe a Guardiola con la sensación de haber adquirido la pieza definitiva para culminar su escalada hacia la cumbre de este deporte. Rummenigge lo expresa así: «Hemos conseguido restar diez puntos al Barcelona en el *ranking* mundial, pero todavía somos segundos. Aún no somos los primeros pese a los grandes éxitos conseguidos esta temporada. Estoy contento de haber podido fichar a alguien como Guardiola. Es un privilegio para el Bayern». Guardiola intenta enfriar el entusiasmo creciente: «Sería demasiado presuntuoso decir que el Bayern puede marcar una era. Hemos de ir paso a paso. Las expectativas son muy altas y no es fácil. Estoy un poco nervioso». Para sorpresa de todos, se expresa en un alemán muy correcto, lo que se convierte en un golpe de efecto, pues nadie espera de él semejante conocimiento de la lengua. Incluso introduce alguna expresión gramaticalmente compleja: emplea con acierto el pronombre demostrativo «*diese*» y usa con reiteración el difícil vocablo «*Herausforderung*» cuando habla del reto que afronta, algo que los medios de comunicación alemanes destacarán con profusión. Con los meses, llegará a parecerles normal este dominio del idioma aunque a menudo Pep tendrá que pedir calma cuando algún periodista se acelere al hacer sus preguntas.

Todos quieren saber qué cambiará, si habrá una revolución parecida a la que hizo al llegar al Barça en 2008, cuando prescindió de Ronaldinho y Deco. Él sacude la cabeza: «Las cosas a cambiar en el equipo son muy pocas. Cada entrenador tiene sus ideas pero, en mi opinión, no hay que cambiar mucho en un equipo que ha ganado cuatro títulos [incluye la Supercopa de 2012]. El Bayern está muy bien, es un equipo muy bueno. Espero mantener el nivel al que lo situó Heynckes, que es un gran entrenador a quien admiro no solo por sus éxitos de ahora, sino por toda su carrera. Espero reunirme pronto con él porque me interesa mucho su opinión. Es un gran honor ser su sucesor. Todos mis respetos hacia él».

Como si no hubieran ganado nunca nada, entrenador y club parecen dejar atrás sus respectivos historiales y querer empezar juntos una nueva vida, aunque son conscientes de que en cuatro años Pep ha conquistado 14 títulos y los muniqueños, de historia poderosa, 7. Así que Uli Hoenes, presidente del club, no miente al jurar que se pellizcaba cuando Guardiola atendió su propuesta: «Al principio, cuando Pep dijo que podía imaginarse algún día entrenando aquí, no nos lo podíamos creer».

Empiezan este camino conjunto con pasión juvenil, grandes esperanzas y expectativas altas, pero también con el vértigo de saber que todo está por hacer. En el fútbol, siempre se empieza de cero y solo existe el presente: «Cuando te llama un club como el Bayern te pones firmes. Yo estoy a punto, estoy listo. Para mí es un reto. Mi época en Barcelona fue fantástica, pero necesitaba un nuevo desafío y el Bayern me ha ofrecido esta posibilidad. Estoy preparado, y aunque siento la presión tengo que ser capaz de vivir con ella. Como entrenador del Bayern siempre tienes que jugar bien y ganar. Aunque, repito, no creo que un equipo que ha ganado todo esto necesite grandes cambios». Es un discurso notablemente diferente al que pronunció en 2008, cuando se hizo cargo del Barça y prometió luchar, correr y pelear hasta el último saque de banda del último minuto del último partido. Aquí, el esfuerzo se da por descontado y la presión que aplique Guardiola será como la lluvia o la cerveza en Múnich: formará parte del paisaje.

Este 24 de junio, su ideario futbolístico se resume en pocas palabras: «Mi idea del fútbol es simple: me gusta atacar, atacar y atacar». Bajan todos al césped para que Guardiola pruebe por primera vez el banquillo del Allianz Arena. Recordando a Kavafis y su célebre poema sobre Ítaca, tan del gusto del entrenador, uno de los catalanes presentes en la fresca mañana muniqueña de lunes le desea «que el camino sea largo». Guardiola se gira y añade: «¡Que sea bueno!».

Digámoslo pronto: Pep no podía aguantar más tiempo sin fútbol. Casi provocó un ataque de nervios a Manel Estiarte cuando le pidió que organizara su despacho en Säbener Strasse a partir del 10 de junio. «¡¿Qué vas a hacer allí?! ¡Si no habrá nadie! Aprovecha las vacaciones, porque no las volverás a tener en mucho tiempo...», le respondió.

Pep regresa a lo que necesitaba: el balón, la pasión, el fútbol. Pero, ¿qué necesitaba el Bayern? ¿Por qué el cambio? ¿Por qué el caballo ganador, triplemente ganador, cambia de jinete? ¿Por qué? ¿*Warum*

(Por qué)?

Comprender la razón por la que el Bayern decidió cambiar de entrenador la temporada de mayor éxito de su historia exige un esfuerzo intelectual difícil en estos tiempos. Obliga a reflexionar sobre la vida de los clubes, la complejidad del fútbol y el papel de los dirigentes de una empresa que mezcla tangibles con intangibles, goles y gritos a partes iguales. En Baviera hubo un grupo de exfutbolistas que tuvieron el acierto de proyectar un recorrido nuevo para un club cuyo juego sufría algunos déficits de identidad. El Bayern tenía historia, potencia, dinero, autoestima, apoyo social y una trayectoria gloriosa. Sus innumerables éxitos se sumaban a las mejores virtudes germánicas: una fe indestructible, la fortaleza del acero y la persistencia de la gota malaya. Pero resultaba difícil definir con exactitud su estructura de juego. Hoeness y Rummenigge decidieron adquirir lo que les faltaba. No se limitaron a ir a por más títulos, buscaron también una señal de identidad que determinara su hegemonía, un sello indestructible. Su objetivo era que, transcurrido un tiempo, la marca Bayern ya no se relacionara solo con el esfuerzo, el coraje, la potencia y, por supuesto, la victoria. Y en esta búsqueda, Guardiola fue el elegido.

Quizás la mayor muestra de inteligencia bávara haya sido renovarse mientras estaban en la cumbre. El Bayern podía haber elegido la continuidad y nadie se lo hubiera reprochado, visto el triple éxito de Heynckes y su plantilla. Con Guardiola quiso dar un paso más, ser un poco mejor y, sobre todo, serlo más a menudo y de forma reconocible. No era un proyecto fácil porque Heynckes había dejado el listón muy alto. Este 24 de junio, sobre el césped del Allianz Arena, Guardiola muestra los primeros signos de complicidad con Matthias Sammer, el director técnico del Bayern en quien tanto se apoyará en los meses venideros. Los ojos de Pep parecen transmitir la paradoja que vive el Bayern: está en la cumbre, pero ha decidido dar un paso hacia arriba.

En Múnich llueve unos 134 días al año, y Pep tendrá que acostumbrarse a ello.

Momento 3

Al Bayern

«Prepárate, Manel. He elegido el Bayern.»

Nueva York, octubre de 2012

En Pescara, al noreste de Italia, Manel Estiarte sonríe. Breve en las llegadas y largo en los adioses, piensa. Al final no será Inglaterra, sino Alemania.

La conversación tiene lugar en octubre de 2012, a los cinco meses de haber abandonado el Barça. Durante dicho tiempo, Pep ha recibido varias ofertas: del Chelsea, del Manchester City, del AC Milan y, por descontado, del Bayern. En realidad, no son ofertas económicas, sino cartas de amor, propuestas de proyecto con las que enamorar al técnico más laureado, que ha dejado en el Barça un palmarés extraordinario.

La despedida en Barcelona fue larga y difícil. Guardiola argumentó los motivos del adiós a su amigo Estiarte antes de hacerlo frente al club o al propio Tito Vilanova, el segundo entrenador, su sucesor. Lo explicó con muchas palabras, pero la realidad se podía contar de forma escueta: desgaste. Después de cuatro años de intensidad máxima, Pep se había vaciado mental y físicamente. Estaba exhausto. Había dado cuanto tenía y se sentía incapaz de aportar más.

No era el único motivo, desde luego. Durante cuatro años había tenido que ejercer como técnico, líder, portavoz, presidente virtual e incluso organizador de viajes. Primero lo hizo bajo la presidencia de Joan Laporta, un volcán de energía, capaz de lo bueno y de lo malo al mismo tiempo, eléctrico, contradictorio y procaz; y más tarde, bajo la de Sandro Rosell, un hombre que esconde la frialdad del tecnócrata bajo un maquillaje melifluo, capaz de ofrecer dos rostros a la vez. En ese tiempo, Guardiola había tenido que compensar el descaro histriónico de Laporta con sobriedad y responder al espíritu timorato de Rosell con una sobredosis de energía. La relación con ambos presidentes había sido cualquier cosa menos fácil de llevar.

Hacia Laporta sentía gratitud. No eran grandes amigos, pero le agradecía la doble oportunidad que le había brindado: primero, dirigir el equipo filial, el Barcelona B, al que ascendió desde la difícil Tercera División, un éxito que Pep siempre ha considerado como uno más en su palmarés; y segundo, entrenar al equipo profesional un año más tarde. Su agradecimiento era sincero y profundo, y se extendía al director deportivo, su antiguo compañero de equipo en el *Dream Team* de Cruyff, el escurridizo extremo Txiki Begiristain.

Los años bajo el mandato de Laporta no fueron sencillos pese al éxito incontestable. El equipo iba por un camino y el club, por otro. En lugar de manejar una barca ligera, el entrenador sentía que estaba al mando de un trasatlántico torpe. Cada movimiento era dificultoso, ya fuese trasladar los entrenamientos a la nueva ciudad deportiva, extender el contrato de patrocinio de automóviles al *staff* técnico, coordinar los rodajes publicitarios o decidir la política a seguir ante cualquier conflicto. El Barcelona era una maquinaria grandiosa que marchaba en dirección y ritmo distintos a los que Guardiola imprimía al equipo. Pero aun con las dificultades mencionadas, la sintonía deportiva con Laporta era completa. Y el equipo lo ganaba todo.

Sin embargo, a principios de 2010 Guardiola supo que su porvenir en el Barcelona no sería sencillo. Sandro Rosell era el principal aspirante a presidente en las elecciones del verano de aquel mismo año.

Favorito indiscutible, Rosell había sido vicepresidente deportivo del club desde 2003 hasta 2005, cuando dimitió por discrepancias con Laporta, y regresaba para ser su sucesor, algo que consiguió por una abrumadora mayoría absoluta.

Bajo el mandato de Laporta, el entrenador venía de ganar los seis títulos posibles: Liga, Copa del Rey, Champions League, Supercopa de España y de Europa y Mundial de Clubes. Pero la llegada de Rosell a la presidencia añadió un factor nuevo a la ya compleja gestión del club y sus dificultades burocráticas: la animadversión, el rencor. En privado, el nuevo presidente se refería a Pep como «dalái lama». No parecía confiar en él, a quien creía totalmente entregado a Laporta, y le carcomía el sextete que había conseguido su predecesor «antes de hora». La distancia entre presidente y entrenador aumentó tras la primera gran decisión de Rosell, que logró que la asamblea de socios compromisarios votara a favor de emprender una acción judicial contra Laporta. Rosell, hábilmente, se abstuvo. Para Guardiola, aquello supuso el principio de un largo adiós.

Durante cuatro años, Pep exigió el máximo rendimiento a los jugadores, lo que provocó inevitables roces. A pesar de que algunos continuaban entrenándose impertérritos, había quienes empezaban a bajar los brazos porque se consideraban los mejores del mundo, como demostraba la ristra de títulos conseguidos. Más de un miembro de la plantilla ya solo se motivaba en los encuentros grandes y buscaba excusas para evitar los partidos feos y fríos de enero y febrero en campos inhóspitos. Además, algún jugador recién fichado desmerecía la confianza recibida.

A pesar de que el conjunto seguía funcionando, Pep dijo un día: «Cuando vea que los ojos de mis jugadores ya no brillan, será hora de irme». En el inicio de 2012, algunos ojos estaban apagados.

Guardiola se marchó porque se sentía desgastado. Aunque se dijo a menudo en Barcelona que en su decisión había influido la negativa de Sandro Rosell de apoyarle en una teórica remodelación de la plantilla, que incluía el despido de jugadores como Piqué, Cesc y Alves, el entrenador me desmintió con rotundidad este punto: «No es cierto. No habría tenido ningún sentido. Me fui del Barcelona porque me había desgastado por completo. Se lo anuncié al presidente en octubre de 2011 y no hubo ningún cambio posterior de opinión. No pedí remodelar la plantilla: no habría sido lógico porque ya había decidido irme. La única verdad es que aquel año ganamos cuatro títulos y jugamos mejor que nunca, con el 3-4-3 contra el Real Madrid o el 3-7-0 que hicimos en el Mundial de Clubes. Jugamos de maravilla, pero yo estaba al límite del desgaste y no veía claro qué nuevas vueltas tácticas podía darle al equipo. Por eso me fui. No hubo nada más».

Se fue a Nueva York en busca de sosiego, lo que no resultó fácil a causa de las balas que le llegaban desde Barcelona.

El año sabático estuvo lleno de propuestas de clubes que aspiraban a contratarle. El Manchester City de su colega Txiki Begiristain insistió mucho. Se reunió en París con Roman Abramovich, que estaba dispuesto a todo e incluso había empezado a remodelar la plantilla del Chelsea con jugadores del gusto de Guardiola, como Hazard, Oscar y Mata. Una delegación del Bayern asistió, el 25 de mayo de 2012, al último partido de Pep en el Barça, la final de Copa del Rey contra el Athletic Club, en Madrid. Fue su última victoria con el Barça (3-0), el último título conseguido.

Aquel día, los representantes del Bayern no se reunieron con Guardiola, pero sí con su representante. Hacía seis días que el equipo de Múnich había sufrido una dolorosa derrota, perdiendo la final de la Champions League en el Allianz Arena ante el Chelsea en la noche aciaga de los penaltis fallados. Fue un golpe durísimo que cerraba una temporada agria y amarga. Una semana antes, el 12 de mayo, en la final de Copa disputada en Berlín, el Borussia Dortmund les derrotaba por 5-2. Se trataba del mismo equipo que había conquistado de forma brillante su segundo título consecutivo de liga y había relegado al Bayern a ocho puntos. En pocas semanas se habían perdido tres títulos: Liga, Copa y

Champions. Tras la derrota en la cruel final europea, Heynckes prometió a su esposa que solo seguiría «un año más». Los directivos del Bayern opinaban igual. Había que buscar un sustituto. Les interesaba Guardiola, y seis días más tarde viajaron a Madrid para dejarlo claro.

A Pep también le interesaba el Bayern. Un año antes, a finales de julio de 2011, poco después de haber conquistado de manera brillante (por 3-1) la Champions League ante el Manchester United en Wembley, el Barcelona disputó la Audi Cup en Múnich. A Pep le gustó la ciudad deportiva de Säbener Strasse, más pequeña y con menos medios técnicos que la del Barça, que le mostró el propio Heynckes. En un aparte le comentó a Manel Estiarte: «Me gusta esto. Algún día podría entrenar aquí».

A Estiarte no le sorprendió la afirmación porque unos meses antes ya había escuchado la misma frase en referencia a otro gran club. Fue al día siguiente de eliminar al Real Madrid en semifinales de Champions: Guardiola y Estiarte habían viajado a Mánchester para ver en directo a su rival en la final de Wembley. El 4 de mayo de 2011, sentados en la tribuna de Old Trafford, presenciaron el Manchester United-Schalke 04 que llevaría al equipo de *sir* Alex Ferguson a una nueva final. Encantado con el ambiente de aquel partido (ganaron 4-1), Pep le dijo a su amigo: «Me gusta este ambiente. Algún día podría entrenar aquí».

Guardiola es un mitómano que siente veneración por los grandes nombres del fútbol europeo y por los equipos legendarios. Es por ello que a Estiarte no le extrañó el apasionamiento de su amigo. Esta vez, por el Bayern. Tampoco le sorprendió el sentimiento de admiración hacia Uli Hoeness y Karl-Heinz Rummenigge cuando los cuatro tomaron café. Cruzaron palabras corteses y de mutua admiración. El Bayern acababa de contratar a Jupp Heynckes para gestionar la segunda fase de sus planes (la primera la ejecutó Van Gaal) y Guardiola venía de conquistar otra Champions con el Barça y todavía se sentía con fuerzas, por lo que no imaginaban que iban a compartir destino en un futuro inmediato.

Al contrario de lo que se ha dicho, Pep no les dio su número de teléfono. Era julio de 2011 y todavía no entraba en sus planes abandonar el Barça, ni mucho menos dejar un número de contacto. Al entrenador que había ganado todo lo imaginable con un estilo de juego que enamoró al mundo entero no le hacía falta dejar sus datos en un papelito. «No fue exactamente como se ha explicado en la prensa: habíamos jugado un partido amistoso contra el Bayern y nos encontramos a *Kalle* [Rummenigge] y Uli [Hoeness] y hablamos un momento. Les expresé mi admiración por su equipo y elogíé al Bayern como gran club que siempre ha sido, pero nada más. Jamás había imaginado entrenar al Bayern. Ni lo pensé en aquel momento, ni ofrecí mis servicios. Unos años después ha ocurrido, pero porque el fútbol tiene estas cosas, no porque yo lo pensara ni lo provocara», explica Pep.

En primavera de 2012 la situación había cambiado sustancialmente, como ocurre tantas veces en el fútbol. Vacío y exhausto pese a haber ganado cuatro títulos más, las Supercopas de España y de Europa, el Mundial de Clubes y la Copa del Rey, Guardiola se despedía del Barcelona. Llenos de energía pese a perder todos los títulos, Hoeness y Rummenigge sabían que a Heynckes solo le quedaba un año más al frente del equipo y empezaban a buscar el recambio. Fueron a por Guardiola en la final de Copa del Rey de Madrid para dejar constancia de su interés. Se vieron con el representante de Pep y pusieron las cartas boca arriba: Heynckes ya les había comunicado que se iba y querían a Pep para el año siguiente.

En octubre, en una de las charlas por *Face Time* que realizaban cada pocos días, Guardiola le dijo a Estiarte: «Prepárate, Manel. He elegido el Bayern». Ambos han sido deportistas de primera categoría mundial y campeones olímpicos. Sin embargo, son muy diferentes y quizás por eso se complementan de manera magnífica. Guardiola fue un extraordinario futbolista al que le gustaba pasar desapercibido sobre el campo. Jugaba muy lejos de la portería rival y movía a su equipo como nadie. Antes de realizar una acción ya había pensado en la siguiente. Todos sus movimientos iban destinados a situar a sus compañeros en la posición óptima, a facilitar sus ventajas. Para Guardiola, el éxito consistía en organizar al equipo.

Estiarte, sin embargo, fue «el Maradona del agua», un waterpolista único, con un talento formidable para solucionar partidos. Durante siete años consecutivos, entre 1986 y 1992, fue elegido mejor jugador mundial de waterpolo. Ganó todos los títulos posibles, conquistó todas las medallas que existen y le concedieron las máximas condecoraciones. Era un goleador insaciable, un *killer* del área. Jugó 578 veces con la selección española, con la que marcó 1.561 goles y participó en seis Juegos Olímpicos. Resolvía individualmente los partidos y por esta razón también le llamaban «el Michael Jordan del agua». Había sido máximo goleador en cuatro Juegos Olímpicos consecutivos y en todas las demás competiciones, pero no conseguía ganar el oro con España. Hasta que un día cambió.

En una de sus reflexiones, cuando ya había trabado muy buena amistad con Guardiola, comprendió que si continuaba jugando de manera individualista, buscando el gol sin pensar en el equipo, quizás seguiría siendo un hombre de récords, pero nunca conseguiría el oro olímpico. Así, tras quedar subcampeón en los Juegos Olímpicos de Barcelona, modificó su manera de jugar.

Hizo una dura autocrítica, aparcó su egoísmo de goleador y se puso a disposición del colectivo. Se ofreció a defender como el que más, empezó a combinar con los compañeros y renunció a las acciones individuales. A partir de entonces, la selección ganó el título olímpico y el mundial de forma consecutiva, aunque Estiarte dejó de ser el máximo goleador de los torneos. Su sacrificio personal significó el éxito de todos.

En el Barcelona durante cuatro años y ahora, en el Bayern, Guardiola dirige el equipo y Estiarte se mantiene en la sombra. Sabe mejor que nadie lo que siente un goleador y cómo se debate entre sus legítimos deseos individuales y las necesidades del colectivo. Años después de haber sido como Maradona o Michael Jordan, su principal característica es la discreción. Olfatea el ambiente, intuye lo que puede suceder, se anticipa a la siguiente jugada y brinda al equipo sus experiencias, como el centrocampista que da pases de gol al delantero. Y, por encima de todo, protege y ayuda a Pep en todo lo posible.

Por todo ello es una persona muy importante para el entrenador. Le pregunté a Pep por esa importancia y me respondió sin dudarle: «Mira, los entrenadores estamos muy solos y lo que queremos tener a nuestro lado es fidelidad. En los momentos de soledad, en aquellos en que las cosas no van bien, que son momentos que siempre existen y siempre existirán, el entrenador quiere tener cerca a gente en la que poder creer y confiar. Manel siempre ha sido eso: fidelidad. Más allá de lo mucho que me ayuda, del trabajo concreto que hace, de la cantidad de cosas que hace por mí, cosas que me molestan o me fatigan, y que él despacha, más allá de todo esto, en Manel tengo a alguien en quien apoyarme en los momentos malos o de duda. ¡Y también en los buenos momentos! Para poder compartir esos momentos con él, hablar, repararlos... Él fue el mejor en su deporte y tiene una intuición especial y aunque el deporte sea otro distinto, finalmente el deportista es muy similar en una u otra especialidad. Manel tiene esa intuición para saber si vamos bien o no, si hemos perdido tono o pulso, si el vestuario es tuyo o no, si hay una fuga de agua, cosas de este tipo... Esto solo puedes saberlo con una intuición especial que sabe leer miradas y gestos. Y eso Manel lo tiene. No solo fue el mejor del mundo en su deporte, sino que posee esa intuición especial. Los buenos son buenos porque tienen esa intuición. Los demás deportistas lo hacen de manera mecánica; los verdaderamente buenos poseen ese plus intuitivo para sobresalir. Bien, pues Manel tiene ese plus».

Cuando habla de Estiarte, habla de un espejo: «A veces le digo: “Manel, siéntate, dime cuál es tu feeling, tus sensaciones”. Además, él es muy sincero y listo. Al principio me lo decía todo, pero cinco años después me conoce mucho más y ahora filtra mucho más esas sensaciones. Sabe cuándo ha de decirme las cosas y cuándo no. Por todo eso le necesito a mi lado. Y por eso me gusta estar con él. Bueno, aparte de eso somos amigos, claro. Pero básicamente, fidelidad absoluta y que habiendo sido lo que ha sido, el Maradona del agua, es capaz de currar como nadie sin importarle la trascendencia de lo que ha de hacer».

En octubre de 2012, en Nueva York, Maria, Màrius y Valentina, los tres hijos de Pep, todavía sufren un poco para aprender inglés y adaptarse a la escuela. Al entrenador catalán le suena el teléfono a menudo con propuestas para dirigir equipos de fútbol. El City de Txiki Begiristain es insistente. Abramovich ha desplegado todos sus encantos: quiere a Pep y va a construir un Chelsea a su medida. Le dará lo que quiera. Los alemanes son muy serios: no hacen grandes promesas ni pronuncian una palabra de más.

«Prepárate, Manel. He elegido el Bayern.»

Elegir al Bayern no implica firmar el contrato inmediatamente. Significa abrir un proceso negociador para llegar a un acuerdo económico y mantener algunas charlas sobre el juego. Muy pronto, Hoeness dará la respuesta: «No os preocupéis, encontraremos el dinero».

El Bayern ha decidido no tener deudas bancarias. Primero determina la inversión necesaria y a continuación se lo comunica a sus socios, quienes aportan los fondos necesarios. Así lo hacen en este caso: Pep es la inversión y los socios obtendrán pronto el dinero para llevarla a cabo.

Hablan de fútbol, de cómo y con qué tipo de futbolista jugar, y no hace falta más. Pep, Uli y *Kalle* se entienden de inmediato si la conversación incluye un balón. Debaten sobre Mario Gómez, Luiz Gustavo y Tymoshuck, y Pep afirma que no quiere que el Bayern se desprenda de Toni Kroos. En diciembre se firman los contratos en Nueva York, durante la visita del presidente Hoeness al domicilio de Guardiola, y en enero se hace público el acuerdo. El Bayern no tiene la delicadeza de avisar previamente a Heynckes, que se siente molesto con sus amigos Hoeness y Rummenigge. De hecho, ambos dirigentes han cumplido la misión de buscar sustituto al técnico, quien según sus propias palabras pretendía dejar el Bayern en la primavera de 2013. Sin embargo, les falta comunicarle con antelación quién será su sustituto.

Guardiola ya ha informado al Manchester City, al Chelsea y al AC Milan de que no será su próximo entrenador. La cadena televisiva Sky Italia revela que Guardiola será el nuevo técnico del Bayern y el club muniqués tiene que adelantar el anuncio definitivo del acuerdo con Pep el 16 de enero de 2013. A Heynckes no le hace ninguna gracia enterarse de este modo y en Barcelona hay quien aprovecha para decir que Guardiola ha elegido un destino muy cómodo. Poco puede imaginar nadie en ese momento que Heynckes colocará el listón tan alto con la consecución del trébol de títulos, lo que le consagrará como un entrenador legendario en el Bayern.

Momento 4

¿Por qué? ¿Por qué?

Múnich, 25 de junio de 2013

«**E**stamos en la tercera fase del nuevo fútbol del Bayern de Múnich.» Habla Paul Breitner, leyenda del Bayern y del Real Madrid, desde un despacho de Säbener Strasse. Desgrana las etapas de esta renovación y se remonta a finales de los años setenta: «Durante décadas, el Bayern jugó con el mismo sistema. Con el entrenador Pal Csernai, *Kalle* [Rummenigge] y yo empezamos a jugar del modo en que el Bayern ha jugado hasta 2008: llámele 4-1-4-1 o 4-2-4 o llámele 4-4-2, pero en realidad siempre es la misma idea táctica con algunos movimientos diferentes. Este sistema ya ha caducado. En el siglo XXI, forma parte del pasado».

En el Bayern tenían la certeza de que esto debía cambiar, pero no sabían exactamente cómo hacerlo hasta que llegó el holandés Louis van Gaal: «Sabíamos que en la época actual solo puedes ganar títulos con el fútbol que puso en práctica el Barcelona», dice. «El Barça empezó a jugar como un equipo de baloncesto: moviéndose mucho, cambiando las posiciones, con circulaciones, cambios de ritmo, posesión del balón... Lograba hasta cinco horas de posesión de balón en 90 minutos (se ríe). Así es el fútbol moderno, el fútbol de ahora, y quizás seguirá siendo así el fútbol de la próxima década, hasta que se implante una nueva idea. ¿Cómo podíamos cambiar nuestro fútbol anticuado por el fútbol de ahora? Con Louis van Gaal. Y fue una idea acertada porque renovó totalmente nuestro sistema», explica.

Según Paul Breitner, Van Gaal representó la primera fase de la evolución en el juego del Bayern: «Hizo jugar al equipo con posesión de balón y cambió algunas posiciones. Empezamos a practicar el juego de posición en lugar del clásico juego del Bayern. Pero las posiciones eran fijas. Cada jugador tenía su ubicación, su círculo de influencia, y nada más. No podía ni debía salir de ese círculo. Y así empezamos a jugar tocando el balón, pasándonos la pelota de uno a otro. Llegamos a jugar partidos con el 80% de posesión de balón, pero sin ritmo. Éramos muy lentos. Todo el mundo en el Allianz Arena empezaba a bostezar a partir de la media hora de juego porque nos pasábamos el balón sin ritmo. Los 71.000 espectadores sabíamos en cada instante lo que iba a ocurrir. Era un juego correcto, pero muy previsible».

Jupp Heynckes capitaneó la segunda fase: «Mantuvo el sistema de Van Gaal, pero cambió la idea de tener solamente el balón. Dijo que la idea era buena, pero que había que desarrollarla con velocidad, con cambios de ritmo. Necesitó dos años para implantarla. Lo consiguió en la segunda vuelta del campeonato pasado que ganamos con récord de puntos (la temporada 2012-2013). En la primera vuelta, de agosto a diciembre, todavía tuvo que corregir movimientos, pero en los primeros partidos de la segunda vuelta, en enero y febrero, el equipo ya tenía el ritmo deseado y un juego totalmente diferente al del inicio», explica Breitner.

Pep Guardiola es el elegido para liderar la tercera fase: «Exacto. Heynckes todavía jugaba con posiciones fijas, pero a gran velocidad y con el objetivo de marcar muchos goles. No solamente porque teníamos la posesión del balón, sino también porque ambicionábamos marcar muchos goles. Ahora, con Pep, pasamos ya al cambio de posiciones, a la circulación constante del balón, al movimiento fluido y sin cesar. Estamos en el camino de jugar como el Barça hace dos o tres años, cuando jugó mejor que nunca».

La explicación de Paul Breitner llega cuando acaban de presentar a Guardiola como nuevo entrenador. Todavía hay más esperanzas que realidades. El Bayern, no lo olvidemos, ha tenido siete entrenadores en una década: de Hitzfeld a Guardiola, siete entrenadores. No es precisamente un símbolo de estabilidad, aunque la secuencia de los tres últimos que relata Breitner parece coherente.

El 25 de junio de 2013, apenas un día después de la presentación oficial de Pep Guardiola, se hace inevitable la pregunta: ¿empieza una nueva era en el fútbol europeo? ¿Comienza la *dictadura* del Bayern? En el *biergarten* (cervecería típica de Baviera) de Viktualienmarkt de Múnich responden tres periodistas catalanes: Ramon Besa, de *El País*; Marcos López, de *El Periódico* e Isaac Lluch, del diario *Ara*. Los tres dudan: «Podría ser, pero no está claro porque el Barça no ha presentado todavía la dimisión y las potencias van creciendo en todas partes. No está claro que vuelva a haber de manera inmediata un gran dictador en el fútbol europeo como fue el *Pep Team*. No está claro que el Bayern de Guardiola sea ese nuevo gran *dictador*».

Mounir Zitouni, periodista de la revista alemana *Kicker*, menciona la inteligencia emocional como factor clave para que la Operación Guardiola sea un éxito: «Pep tiene un plan y los jugadores deberán cambiar algunas ideas. Los periodistas también deberemos hacer un esfuerzo de comprensión. Será muy importante que los jugadores se adapten a la nueva manera de jugar. Pero Pep también deberá amoldarse. Ha de ser un compromiso entre ambas partes del que puede salir un buen resultado, ya que en esta plantilla hay mucha calidad. Será un asunto de inteligencia emocional por ambas partes».

En las ciudades más futboleras de Alemania se reúnen grupos de aficionados de todos los clubes, periodistas, blogueros y tuiteros, para compartir opiniones y unas cervezas. Aquella misma noche cenamos en Múnich con uno de estos grupos que se denomina #tpMuc. Stefen Niemeyer, uno de estos aficionados, sigue al Bayern allí donde viaja. Cuando el camino de Guardiola aún está por empezar, Stefen considera que la decisión del club ha sido la más adecuada: «En diciembre de 2012 habíamos perdido la Bundesliga, la Copa y la Champions. Hoy se dice que el Bayern ha sido el equipo perfecto, pero en diciembre de 2012 no era así. Una de las habilidades del Bayern consiste en buscar siempre caminos para progresar y hacerlo mejor. Lo hizo con Heynckes y lo hace con Pep. Es cierto que la herencia de Heynckes es muy especial, pero todavía hay cosas con las que motivarse: ganar al Chelsea de Mourinho en la Supercopa europea, con quien tenemos cuentas pendientes; intentar ganar la Champions League dos veces consecutivas; o hacer mejorar a jugadores con mucho talento, pero con lagunas. Es decir, quedan tareas por hacer. Pep lo puede conseguir. Por eso es una decisión *win-win*».

En el fútbol, cambiar en el momento del mayor éxito se considera una decisión de alto riesgo. «Para mí tiene sentido y la comparto. A Guardiola, por muchas razones, se le veía como el mejor entrenador del mundo hasta el año pasado. Y el Bayern tenía la oportunidad única de dar un paso adelante. Había que tomar una decisión, y estoy muy de acuerdo con lo que han hecho. Ganamos todos: el fútbol alemán, el Bayern de Múnich, los aficionados y Guardiola. Me parece que tiene un plan de actuación que consiste en aplicar el tipo de fútbol que ha aprendido en Barcelona, con un juego casi perfecto, y quiere aprender otras facetas del juego en otras partes del mundo, otras mentalidades. Por eso viaja al extranjero, para mejorar su estilo, su pensamiento y su juego táctico. Pep ha tenido mucho tiempo para analizar al Bayern y creo que tiene una idea para no copiar exactamente el juego del Barcelona, sino para mejorar el Bayern cambiando unas pocas cosas. Y supongo que en tres años se irá a otro país, en busca de otro estilo», dice Niemeyer.

Hablamos con Christian Seifert, consejero delegado de la liga alemana, la Deutsche Fussball Liga (DFL), que se muestra contento con la incorporación de Pep: «En Alemania todo el mundo está entusiasmado con él. El fichaje no ha provocado celos ni la menor irritación. En todas partes se considera que es una bendición que favorecerá a la Bundesliga en general. Es un gran aliciente. Con él, seremos mejores».

Cerramos la búsqueda del porqué con Paul Breitner: «El Bayern no pensó en nadie más, solamente en Pep Guardiola. Nos planteamos qué había que hacer para que viniera a Múnich. Era nuestro futuro y la única posibilidad».

Los directivos del Bayern han necesitado mucha valentía para cambiar lo que funcionaba. «Si decimos esto, olvidamos una realidad. Antes de empezar la temporada 2012-2013, Jupp Heynckes tomó una decisión: era su último año. Y se lo comunicó a Hoeness y Rummenigge. Es decir, Heynckes se iba y había que sustituirlo ocurriera lo que ocurriera. Entonces, los dirigentes del Bayern empezaron a pensar en Pep. Pensaron en él mucho antes de que el Bayern consiguiera el triplete, mucho antes. En marzo o en abril mucha gente preguntó por qué cambiábamos de entrenador si Heynckes lo estaba ganando todo y el equipo jugaba muy bien. ¿Por qué? ¿Por qué? Porque esa decisión la había tomado Heynckes en junio de 2012. Con Pep no había ningún riesgo. Todo el mundo estaba convencido de que él debía ser nuestro nuevo entrenador», explica Breitner.

«¿Es posible que el Bayern vuelva a dominar en Europa como en los años setenta o como el Barça hace poco?», le pregunto a Breitner. «Estoy seguro de que liderará el fútbol europeo durante los próximos cinco años, incluso sin ganar cada año la Champions League. De hecho, no hace falta ganarla cada año para ser el mejor. Creo que el Bayern triunfará en el fútbol como lo hizo el Barça los cinco años anteriores. Estoy seguro», responde.

«Reconocerá que se produce una gran paradoja: el club de Beckenbauer ficha al *hijo* de Cruyff para consolidar su éxito», le comento. «No, no es paradójico, de ninguna manera. Respetamos muchísimo el fútbol holandés, y Johan Cruyff ha sido amigo y adversario, pero sobre todo es una gran persona y fue un técnico excelente cuando estaba en el Barça. No, no es una paradoja, de ninguna manera», aclara.

Beckenbauer y Cruyff, jugadores emblemáticos del Bayern y el Barça, y símbolos de Alemania y Países Bajos, se enfrentaron en la final del Mundial de 1974 en Múnich. Ahora, sus herederos se unen para conseguir el mismo objetivo: el liderato del fútbol europeo. Sobre el tablero de ajedrez, Guardiola juega con las piezas rojas.

Momento 5

El primer entrenamiento

Múnich, 26 de junio de 2013

Si Guardiola tuviera que ir a una guerra, el primer soldado al que reclutaría sería Lorenzo Buenaventura.

Buenaventura es madrugador por naturaleza. Le cuesta poco levantarse a las 6 de la mañana en sus primeros días de estancia en Múnich. Guardiola le ha citado a desayunar muy pronto para revisar los detalles del entrenamiento de esta tarde, 26 de junio, el día del estreno. Desde hace muchos días saben perfectamente en qué consistirá la sesión inaugural, que se llevará a cabo en el Allianz Arena porque el club considera que habrá una asistencia masiva de aficionados.

Han necesitado pocas conversaciones para completar el plan de trabajo de las primeras siete semanas. Han intercambiado algunas ideas, Pep, desde Nueva York, y Lorenzo, desde Cádiz, y han ajustado calendarios. El club ha organizado una docena de partidos antes del inicio de la Bundesliga, programado para el viernes 9 de agosto. La serie de partidos incluye una ronda de Copa y, sobre todo, la Supercopa alemana, en Dortmund, nada menos, frente al Borussia. Más adelante, el Bayern añadirá algún otro amistoso para ayudar económicamente a las víctimas de las inundaciones que han asolado Baviera.

El 14 de mayo de 2013, Guardiola escribió un correo electrónico de cinco líneas con el plan de acción de las primeras siete semanas y lo envió a su equipo de colaboradores. El objetivo era simple: ser competitivos en la Supercopa alemana y comenzar la Bundesliga en buena forma. Era un documento sencillo, preparado en catalán y alemán, que contemplaba un *stage* en Italia que les ilusionaba. Para Pep suponía una bendición, lejos de las temibles giras de pretemporada por Asia o Norteamérica que afrontó con el Barça. Para Buenaventura, también. En los primeros 45 días, el nuevo preparador físico del Bayern tuvo que encajar 13 partidos (10, amistosos y 3, oficiales) y 45 jornadas de entrenamiento, de las que una docena fueron en doble sesión de mañana y tarde. Con el Barcelona, Buenaventura nunca tuvo semejante posibilidad. En el Bayern, sumando entrenamientos y partidos, los jugadores realizan unas 60 sesiones de trabajo en solo siete semanas. Es un lujo para los estándares de los clubes modernos. Buenaventura sonríe.

No habla alemán sino inglés, pero se desenvuelve sin dificultades entre la gente del Bayern. Es uno de los preparadores físicos de mejor reputación en el mundo. Su maestro es Paco Seirul·lo. Pese a proceder del atletismo, Seirul·lo creó escuela en la preparación física de futbolistas y otros deportistas de equipo. Puso en práctica su método en el *Dream Team* de Johan Cruyff y lleva 25 años poniendo en forma a los futbolistas del Barça con un éxito reconocible.

Buenaventura aprendió de Seirul·lo la metodología de los microciclos estructurados, que se basa en pequeños ciclos de entrenamientos de tres a cinco días dedicados a trabajar una capacidad física: fuerza-resistencia, fuerza elástica o fuerza explosiva, dependiendo del jugador y del momento de la temporada. Siempre con balón, el entrenamiento simula las condiciones técnico-tácticas del próximo partido. Es decir, se entrena como se juega. Y en cada minuto del entrenamiento están presentes los principios de juego que propone Guardiola.

En todas las sesiones se da prioridad a determinados objetivos técnicos y tácticos que han pactado Guardiola y Buenaventura: un día es la salida de balón; otro, la presión tras la pérdida de balón en

ataque, etcétera.

La primera sesión de trabajo del nuevo Bayern tiene un protagonista: el balón. Rummenigge había expresado su curiosidad al respecto: «Tengo ganas de ir de inmediato a los entrenamientos para saber qué cambiará Pep en el equipo». Matthias Sammer lo había dicho con otras palabras: «Ahora es el momento de conocer a Pep, de que él nos conozca a nosotros y de trabajar juntos de la manera más honesta posible». Para Rummenigge, Sammer y, especialmente, los jugadores, el primer entrenamiento supone una sorpresa mayúscula. No hay carrera continua, ni series de 1.000 metros, ni levantamiento de pesas, ni circuitos de musculación, ni una sesión para atletas, sino montañas de balones.

Durante el desayuno en el hotel Westin Grand München, Guardiola repasa con sus colaboradores el plan del día y a las 7,30 se traslada a Säbener Strasse. No hay entrenamiento a esa hora, pero los jugadores acuden a la revisión médica y Pep quiere saludarles. Sobre el césped de la ciudad deportiva del Bayern, los recién llegados contactarán con los técnicos más veteranos que, tras la marcha de Jupp Heynckes, continúan en el equipo: Hermann Gerland, que será el segundo entrenador junto con Domènec Torrent; Toni Tapalovic, entrenador de porteros desde que llegó junto a Manuel Neuer en 2011; y Andreas Kornmayer y Thomas Wilhelmi, los dos preparadores físicos que colaborarán con Buenaventura.

A las cuatro de la tarde, Buenaventura y sus dos ayudantes están en el Allianz Arena preparando los ejercicios del día. Les acompañan tres jugadores del equipo juvenil que aprenden lo que hay que hacer para luego servir de muestra a los del primer equipo. Se acercan al estadio 7.000 aficionados. Cada uno de ellos pagará cinco euros a beneficio de las víctimas de las inundaciones a pesar de que las obras de remodelación en la parada de Fröttmaning, la más próxima al Allianz Arena, les obligan a descender del metro en Alte Heide y hacer transbordo en un lento autobús. El viaje se hace largo.

En el metro de Múnich casi nadie habla por teléfono, aunque todo el mundo lo lleva en la mano para leer o escribir. Los viajes son silenciosos, lo que sorprende a quien llega del bullicio mediterráneo. Solo muy de vez en cuando alguien rompe la norma e inicia una conversación telefónica, pero susurra, difícilmente levanta la voz. Este silencio se transforma en griterío los días de partido, cuando los aficionados, ruidosos y alegres, invaden los vagones, por lo general mezclados con los rivales. Juntos, convierten el viaje en un concurso de cánticos que se inicia mucho antes de lo aconsejable para sus gargantas. Pero hoy es día de estreno y quienes acuden al Allianz Arena son familias cargadas de niños: ha llegado Guardiola y el ambiente es de fiesta.

No hay charla de Pep a los jugadores sobre los objetivos de la temporada ni la habrá en días sucesivos. Por unas razones u otras faltan bastantes hombres clave: Javi Martínez, Dante y Luiz Gustavo, que no llegan hasta el 15 de julio; Robben, Alaba, Mandžukić, Shaqiri, Van Buyten y Pizarro, que irán directamente al *stage* de Italia dentro de una semana; los lesionados Götze, Schweinsteiger y, por supuesto, Badstuber, que será baja toda la temporada. Así que Guardiola evita una larga declaración de principios. Hace 398 días que no dirige un entrenamiento y tiene ganas de regresar a su verdadera oficina: el césped. Un minuto antes de las cinco de la tarde salta al campo seguido de una veintena de jugadores, muchos de ellos del equipo filial. En el círculo central les dirige unas brevísimas palabras: «Solo tengo una exigencia: hay que correr. Podéis equivocaros en un pase o en una jugada, pero no podéis dejar de correr. Si lo hacéis, *kaputt*, fuera del equipo».

Y a entrenar.

La primera charla es así de breve y concisa. Dos horas más tarde Jan Kirchhoff, una las nuevas incorporaciones del Bayern, dice: «Esperábamos que hablara en inglés y todas las instrucciones han sido en alemán».

La sesión empieza con unos *rondos* de calentamiento. Formados en tres círculos de ocho jugadores cada uno. Seis de ellos, situados en el perímetro, empiezan a pasarse el balón a máxima velocidad mientras dos, en el interior, intentan arrebatárselo. El ejercicio es mucho menos fluido que cuando lo

hace el Barcelona, cuyos jugadores empiezan a practicarlo siendo benjamines. Los campeones de Europa parecen algo torpes en estos rondos y Guardiola se rasca la cabeza. Esperaban atletismo y se encontraron con un balón.

La parte baja de las tribunas del estadio está llena de aficionados, pero apenas se oye a nadie. El hincha alemán puede ser muy ruidoso y llenar de cánticos estas modernas catedrales, pero cuando asiste a un entrenamiento es respetuoso con los protagonistas y permanece en silencio. Dos tandas de rondos de ocho minutos, interrumpidas para hidratarse, algunos movimientos de activación, y concluye el calentamiento. Los jugadores solo han tocado balón y pasan al primer ejercicio específico: un trabajo de resistencia con tres líneas. Pep y Buenaventura cortan a menudo para corregirles: a los jugadores les cuesta comprender los detalles, por más que Wilhelmi, Kornmayer y los juveniles los repitan una y otra vez. Guardiola se rasca la cabeza preocupado. Buenaventura explica este primer ejercicio: «Es un trabajo de resistencia a lo largo de unos 70 metros y jugamos con dos ritmos. El ritmo de ida es más lento porque los jugadores practican tres ejercicios técnico-tácticos, y la vuelta es solamente una carrera. En total, aproximadamente, en períodos de seis minutos, correrán unos cuatro kilómetros en idas y vueltas sobre unos 150 metros. Es un trabajo de resistencia en el que, en lugar de simplemente correr, introducimos una labor de cooperación, que después se trasladará al juego. Es decir, hay un concepto del juego de Pep en cada una de las líneas: uno es buscar al tercer hombre y dejar de cara; otro es un dos contra uno; y el tercero es dividir y pasar. Al principio cooperan los tres jugadores y después cada uno hace su trabajo, que es completamente nuevo para ellos. En años anteriores, este mismo trabajo de resistencia quizás incluía series de 800, 1.000 metros o de carrera continua. Nosotros introducimos balón, cooperación y algún concepto del juego».

En el banquillo, junto a Matthias Sammer, se sienta Bastian Schweinsteiger, *Basti*, que se recupera de la operación en el tobillo derecho del 3 de junio. El primer parte médico habló de diez días de recuperación, pero han transcurrido más del doble y aún no está en condiciones de entrenar. Desde un palco del estadio, Holger Badstuber y Mario Götze también observan a sus compañeros. En septiembre, Badstuber tendrá que ser operado de nuevo de la rodilla derecha. El 3 de diciembre de 2012 fue intervenido de la rotura de ligamentos cruzados que sufrió durante un partido contra el Borussia Dortmund, pero a mediados de mayo recayó. A su lado, Götze se toca el muslo. El 30 de abril padeció una rotura fibrilar en los músculos isquiotibiales de la pierna izquierda durante la semifinal Real Madrid-Borussia Dortmund de la Champions. Forzó la recuperación para intentar disputar la final, pero sufrió una recaída y casi dos meses después de la lesión continúa de baja. En los tres casos, las bajas son más prolongadas de lo anunciado. Guardiola se rasca la cabeza de nuevo.

Sobre el césped, el ejercicio básico del día que dirige Lorenzo Buenaventura ha concluido. Han hecho la carrera más rápido de lo necesario y en la parte futbolística han mostrado carencias, posiblemente porque había muchos jugadores jóvenes del filial. Diez entrenamientos más tarde, el mismo ejercicio se desarrollará de forma excelente.

Ahora llegan cuatro tandas de cuatro minutos de juegos de posición, las denominadas «conservaciones», una práctica muy importante para el entrenador. Alrededor de un rectángulo se sitúan cuatro jugadores, cuatro más se colocan dentro y tres ejercen de comodines. El balón circula al primer toque y el entrenador emplea una y otra vez el mismo término: «*Druck! Druck!* (¡Presión! ¡Presión!)». Es la primera pista de lo que Pep quiere que sea el Bayern: un equipo que circule rápido el balón, muy intenso y de presión fuerte.

Dos jugadores reciben instrucciones. El primero es Toni Kroos, a quien aconseja sobre la posición idónea del cuerpo para dar fluidez a la circulación del balón de manera constante. Dar un pase pensando en el siguiente es un axioma básico para Guardiola, que como jugador siempre iba un segundo por delante de los demás. Ahora dedica muchos minutos a Kroos, a quien contempla como el futuro director de esta orquesta futbolística bávara. Le indica que no basta con soltar el balón, sino que debe pasarlo

con intención y colocarse de inmediato para la siguiente acción, de tal forma que ofrezca una alternativa al compañero. Insiste en que más importante que el pase propio es el que dará el compañero a continuación, para lo que tiene que ofrecerse como posible apoyo, como el vértice de un triángulo, para que el movimiento del balón continúe sin parar y su equipo domine y controle el juego. Hay que pasar y ofrecerse, a veces moviéndose, a veces quedándose en la posición original; pensar antes que el resto para qué puede servir el pase que se va a dar. Kroos parece entenderlo sin dificultades y lo aplica en los siguientes ejercicios.

Turno para Jérôme Boateng, a quien el entrenador considera un talento por pulir. A lo largo de toda la temporada el trabajo de Guardiola con Boateng alcanzará momentos obsesivos a fin de perfeccionar tres puntos débiles: mantener la posición en la línea defensiva, defender con contundencia y no perder la concentración. Desde el primer día busca colocar la línea defensiva arriba en el campo, muchos metros por delante de lo que es habitual en este equipo. El objetivo es anticiparse a los delanteros rivales, defender hacia delante y no hacia atrás, con velocidad, agresividad y atrevimiento. En ausencia de Javi Martínez, el rendimiento de Boateng puede ser clave.

El entrenamiento ha concluido: han sido 80 minutos de esfuerzos breves e intensos en los que se ha buscado trabajar aspectos tácticos del juego. Será así hasta final de temporada: sesiones muy intensas de hora y media, siempre al cien por cien y con la mirada puesta en la táctica del próximo partido.

A Pep le quedan dos jugadores con los que hablar a solas. El primero es Pierre-Emile Højbjerg, un mediocentro que en abril de 2013, todavía con 17 años, debutó en el primer equipo. Los informes que solicitó Guardiola, y confeccionó Albert Celades, exjugador del Barça y del Real Madrid y actual seleccionador español sub 21, describen a Højbjerg como un diamante en bruto. Guardiola le ha echado el ojo en esta primera sesión: le pasa la mano por el hombro y se dispone a recorrer con él un largo camino. Durante las siguientes cuatro semanas de manera intensiva, y a lo largo de la temporada de forma más pausada, se dedicará a pulir y corregir al joven futbolista danés. Le enseñará todos los trucos del oficio; no en vano Pep jugaba en la misma posición que él.

Durante los estiramientos estáticos que marcan el final de la sesión, combinados con *propiocepción* y un ligero trabajo de reforzamiento abdominal, los jugadores se distribuyen a lo largo del círculo central. El entrenador se acerca a Ribéry y establecen una sintonía que marcará su relación. Pep y Franck sienten admiración mutua: al entrenador le fascina el talento de su delantero; al jugador francés le atrae la posibilidad de que Guardiola le lleve un peldaño más arriba en su carrera. Están condenados a entenderse, pero por encima de ello se deslumbran el uno al otro. Sin embargo, más allá del idioma, tardarán meses en encontrar la forma de entenderse. Mientras concluye los estiramientos, Guardiola le pregunta si se siente cómodo jugando también por el centro del ataque. Para Ribéry no es sencillo entender lo que quiere Pep. El entrenador catalán está acostumbrado a jugar con Leo Messi como falso 9: un delantero centro que no está en el área, sino mucho más atrás, y que aparece de improviso para atacar a los defensas centrales del equipo rival. Para Guardiola, el delantero ideal no debe estar en el área, sino llegar a ella para culminar una acción colectiva. Intuye que Ribéry posee dicho potencial y puede ser un atacante formidable por la zona central. Pero el extremo francés, acostumbrado a la banda izquierda del ataque del Bayern, no visualiza con facilidad las palabras del entrenador. Harán falta tiempo, pasión y mucha dedicación mutua para conseguir que Ribéry actúe con acierto por el centro del ataque.

A Pep no le sobra tiempo, pero sí pasión. Está enardecido cuando firma cientos de camisetas de aficionados a lo largo de todo el Allianz Arena, enardecido y sorprendido por el recibimiento de los aficionados. Pep siente que el fútbol corre nuevamente por sus venas y ningún problema le parece insalvable. A su lado, Domènec Torrent habla en inglés y Hermann Gerland le responde en alemán. Deberán entenderse porque son los segundos entrenadores de Pep.

El último en abandonar el césped en este primer entrenamiento será Lorenzo Buenaventura, algo que se repetirá hasta el último día de la temporada: él será siempre el primero en pisar el campo de entrenamiento y el último en marcharse.

Momento 6

El primer partido

Weiden in Oberpfalz, 29 de junio de 2013

Weiden in Oberpfalz es un pueblecito muy pequeño del Alto Palatinado, cerca de la frontera que separa Baviera de la República Checa. En Weiden se celebra el primer partido de Guardiola como entrenador del Bayern. Es mediodía del sábado 29 de junio. Apenas le ha dado tiempo de efectuar cuatro entrenamientos con su equipo, plagado de chicos del filial, a la espera del *stage* en el Trentino, donde se incorporará la mayor parte de los campeones de Europa. En su debut solo dispone de 13 componentes de la plantilla profesional, a los que alinea junto a las jóvenes promesas.

El debut no puede ser más sencillo. Cada temporada, el Bayern se enfrenta a una de las 3.600 peñas que tiene el club: es el *Traumspiel* (partido de ensueño). Este año le ha tocado en suerte el Weiden-Bayern, el equipo de fans de Weiden. El partido es un acontecimiento mayúsculo para la pequeña población de 41.684 habitantes, de los que más de una cuarta parte, 11.000, acude a presenciarlo. Aunque se trata solo de una fiesta, Pep aprovecha el estreno para hacer su primera declaración de intenciones: jugar con el mediocentro único.

El éxito del Bayern de Jupp Heynckes radica en numerosos factores. Uno de ellos ha sido la solidez del doble pivote (*Doppelsechs*, en terminología alemana), compuesto por Bastian Schweinsteiger y Javi Martínez. Consiste en una pareja de jugadores moviéndose en la zona del número 6, cerrando espacios y limitando recorridos a los conjuntos rivales. El doble pivote de Heynckes fue formidable y una de las razones por las que triunfaron en la temporada del triplete. Pep Guardiola acaba con él desde el primer minuto, como cabía esperar.

Cuando Guardiola era jugador, y fue futbolista de élite durante más de una década, actuaba de mediocentro único. Era el hombre que se movía por delante de su defensa y organizaba al equipo. En el Barça se le conoce como un «4». En Argentina es el «5». En Alemania, el «6» o un *Zentraler Mittelfeldspieler*. En España se le denomina mediocentro o, según los equipos, mediocentro de posición. Es el jugador que recibe el balón directamente de sus defensas o del portero y, con todo el campo de frente, elige cómo y por dónde empezar a jugar. Es el jugador encargado de cortar el penúltimo pase de los rivales, el que puede evitar que la defensa pague las consecuencias de un contraataque imparable, por lo que debe poseer virtudes defensivas.

Ocurrió que Guardiola, flaco, frágil y lento, no tenía ninguna virtud defensiva, con lo que siempre fue un jugador ofensivo, creador del juego de ataque. Johan Cruyff se fijó en él cuando ni siquiera jugaba en el filial del Barça a causa de su debilidad física. El ayudante de Cruyff, Carles Rexach, le dijo un día a finales de los años 80: «El mejor de los chicos es Guardiola, pero no juega». Y Cruyff le subió al primer equipo y le hizo jugar. Lucía el número 4 a la espalda y fue quien dio nombre en el FC Barcelona, desde entonces, a esta posición. Debutó pronto en el *Dream Team* que estaba construyendo Cruyff, que a su vez fue el germen del juego brillante y exitoso del Barça durante las siguientes décadas. Consciente de sus debilidades, Pep se dedicó a potenciar sus virtudes. Puesto que no era rápido, haría correr el balón más rápido que nadie; puesto que no podía chocar contra los rivales, les burlaría con sus pases; puesto que no podía defender duro, lo haría atacando. Como jugador, Guardiola ya exhibió lo que más tarde mostraría como entrenador: ante el temor de ser atacado, elige ser el que ataca. Guardiola es

un entrenador que evita el juego de choque y las entradas duras a través del pase, que persigue la velocidad del juego mediante el manejo del balón.

Un día de diciembre de 2013, terminado el entrenamiento en Säbener Strasse, resumió su carrera como futbolista en pocas palabras: «¿Crees que habría jugado 11 años en el Barça si hubiera dependido de mi velocidad, de mi fuerza, de mi capacidad de marcar goles?». En toda su carrera en el Barcelona solo marcó 13 goles en 385 partidos.

Para sobrevivir en la selva del fútbol tuvo que potenciar unas virtudes poco habituales en el fútbol: intuir el siguiente pase incluso antes de recibir el balón, entrenar el cuerpo para facilitar el gesto técnico y basar la fortaleza del juego en el apoyo al compañero mediante el pase. La aportación que siempre le satisfizo más fue superar las líneas enemigas a través de un pase engañoso. «Si tengo una línea de cinco rivales delante de mí, pretenderán que haga circular el balón por fuera, de banda a banda, como en forma de *u*, sin peligro y sin profundidad. Esta línea de cinco estará cerca de su línea de cuatro defensas, y entre ambas líneas no dejarán ningún espacio. Son dos líneas compactas que me obligarán a moverme por espacios exteriores para evitar el peligro. Por eso tengo que plantar dos extremos bien abiertos y profundos, y que el resto de atacantes se mueva entre las líneas. Tengo que engañar a esa línea de cinco, moverla un poco, agitarla, desordenarla, hacer creer que iré por un lado y, ¡zas!, clavarles un pase por dentro a uno de mis atacantes. Y ya está. Ya los tengo girados, completamente girados corriendo hacia su portería. Así es como he conseguido marcar la diferencia.»

Esto mismo busca Pep en su mediocentro de posición. En el Barça lo encontró en Sergio Busquets. Ahora está en Weiden in Oberpfalz, a finales de junio de 2013, donde tiene al joven Pierre-Emile Højbjerg. Le han bastado dos entrenamientos para enamorarse futbolísticamente de Højbjerg. Le habían hablado bien de él, muy bien: excelentes informes, un debut en abril de la mano de Heynckes y un porvenir excepcional. Højbjerg tiene ojo, una visión especial que le permite enfrentarse a una línea de cinco rivales y superarlos con un simple pase. Pep intuye que puede ser el Busquets del Bayern, aunque de momento solo sea una promesa de 17 años a quien le queda mucho por madurar.

Højbjerg es, precisamente, el único de los 23 jugadores del Bayern que disputa los 90 minutos del partido amistoso que abre la pretemporada. El partido concluye con victoria del equipo muniqués por 1-15, así que ya imaginan que tiene poca historia. La primera formación de Guardiola ha estado compuesta por estos once jugadores: Neuer; Lahm, Kirchhoff, Can, Contento; Højbjerg, Schöpf, Strieder; Markoutz, Müller, Rankovic.

Debo hablarles un momento de nomenclaturas. Cada país tiene sus peculiaridades a la hora de expresarse sobre el juego. Hemos visto que a un mismo tipo de jugador, el mediocentro de posición, se le denomina «6» en Alemania, «5» en Argentina y «4» en el Barça, donde también se le llama «pivote».

Algo similar ocurre con los esquemas numéricos que pretenden reproducir la colocación de los jugadores en el campo. Guardiola los desprecia: «Solo son números de teléfono». Uno de sus mentores, Juanma Lillo, va más lejos: «No están colocados en esas posiciones ni siquiera en el saque inicial». Pero para facilitar la comprensión utilizamos dichos esquemas. Si en España decimos que Guardiola juega siempre con un 4-3-3, en Alemania diremos que es un 4-1-4-1. Parece muy diferente, pero es exactamente lo mismo: cuatro defensas, un mediocentro, dos centrocampistas interiores más dos extremos y, por delante de todos, un delantero. Ninguno de estos esquemas puede resumir la complejidad del juego de un equipo. En cualquier caso, para referirme al Bayern de Guardiola, a menudo utilizaré el esquema 4-3-3.

Pep debutó con un único mediocentro, como cabía imaginar. Cuando era jugador siempre huyó del doble pivote porque limitaba sus virtudes. Reducía su espacio en el campo, le impedía dirigir las operaciones del equipo como él las sentía, limitaba la manera de colocar el cuerpo y, por encima de todo, quebraba su principio básico como futbolista: calcular el siguiente pase antes de recibir el balón.

Con el doble pivote, Guardiola se sentía perdido y ahogado. Por tanto, como entrenador lo evita siempre que puede, aunque con el paso del tiempo encontrará su particular versión del mismo.

Højbjerg juega muy bien. Guardiola se identifica con el joven danés. Ve cómo perfila el cuerpo al recibir un balón y cómo amaga con hacer el pase hacia un costado, cuando en realidad tiene su objetivo en el lado opuesto. Pep está convencido de tener entre manos un diamante en bruto que habrá que pulir en los próximos tres años, el período que ha firmado como entrenador del Bayern.

Weiden es una fiesta pese al 1-15 del marcador final. El joven austriaco Oliver Markoutz consigue el primer gol de la era Guardiola a los 10 minutos de partido. Al descanso el marcador señala un breve 0-3, pero la peña de fans se derrumba en la segunda mitad, cuando el Bayern juega con estos otros once hombres: Starke; Rafinha, Wein, Boateng, Schmitz; Højbjerg, Weihrauch, Kroos; Weiser, Ribéry, Green.

El segundo tiempo es un festival de Toni Kroos, aunque las fotos sean para dos jóvenes: Patrick Weihrauch, un jugador avisado en el área, que marca cuatro goles, y Julian Green, un puñal en la banda, que logra tres. Kroos aporta fluidez y continuidad al juego y lo hace tanto desde la izquierda, su costado natural, como desde la derecha. Sin oposición real, estos 45 minutos bastan para que Pep certifique lo que ya intuía antes de llegar y comprobó en el primer entrenamiento: Toni Kroos será una pieza vital en su engranaje. No solo es buen jugador, sino que es muy listo. Llevará la batuta.

Franck Ribéry se estrena como falso 9, una posición que Guardiola ama porque la desarrolló para Leo Messi y convirtió al argentino en el futbolista más letal del mundo. La posición no fue un invento de Pep: la rescató del baúl de los recuerdos. El falso 9 existe en el fútbol desde los tiempos del argentino Adolfo Pedernera, uno de los líderes de La Máquina de River Plate (1936-1945), aunque el primer gran intérprete de la posición fue el húngaro Nándor Hidegkuti, protagonista de grandes hazañas con su selección, la de los Mágicos Magiares, en los años 50. Futbolistas como Alfredo Di Stéfano, Michael Laudrup o Francesco Totti han sido grandes falsos 9, pero la figura estaba retirada del escenario mundial hasta que el 2 de mayo de 2009 Guardiola la recuperó.

Fue en el estadio Santiago Bernabéu contra el Real Madrid. Estaba en juego el título de Liga, el primero de los tres consecutivos que lograría Pep con el Barça, y el entrenador catalán soltó su bomba. A los 10 minutos de partido, todavía con 0-0 en el marcador, dio una orden y Messi y Samuel Eto'o intercambiaron las posiciones. Eto'o, delantero centro, se fue a la banda derecha como extremo. Messi, extremo derecho hasta entonces, ocupó la zona central del campo, pero no en punta, sino retrasado como un centrocampista más. Los defensas centrales del Real Madrid, Metzelder y Cannavaro, no supieron contrarrestar el cambio.

En noviembre de 2013, preparando este libro, cené en Düsseldorf con Christoph Metzelder. Aún recordaba atónito lo sucedido: «Creo que el primer partido como falso 9 que se inventó Pep fue ese Madrid-Barça del 2-6. Colocó a Eto'o a la derecha y a Messi en el centro. Fabio [Cannavaro] y yo nos dijimos: “¿Qué hacemos? ¿Le seguimos al mediocampo o nos quedamos atrás?”. No supimos qué camino tomar y fue imposible pillarlo».

El Barça de Guardiola ganó aquel partido por un 2-6 histórico que le dio el título de Liga pero, sobre todo, inició un período fértil e inédito en el que acaparó títulos, gloria y un prestigio jamás visto. El falso 9 quedó grabado en el recuerdo como una aportación extraordinaria de Guardiola. No porque lo inventara, sino porque lo redefinió a través de un futbolista excepcional como Messi.

¿Cómo llegó a rescatar de la memoria del fútbol dicha figura? Sucedió el día antes del partido. Era un viernes festivo, 1 de mayo de 2009. Guardiola se había quedado en la ciudad deportiva del Barcelona estudiando al rival. Es una rutina que inició entonces y continúa ahora en el Bayern. Durante dos días analiza el equipo al que se enfrentará, buscando sus fortalezas y debilidades. Revisa partidos completos y también los vídeos que seleccionan sus ayudantes. En aquel momento ya lo eran Domènec Torrent y Carles Planchart, hoy en el Bayern. El día antes del partido se encierra en su despacho, pone música,

generalmente suave, y busca la solución al problema: ¿por dónde atacar al rival?, ¿dónde generar la superioridad? Es la búsqueda de la inspiración que, por supuesto, solo llega algunas veces. El propio Pep lo explicó en Barcelona en septiembre de 2011, cuando recibió la medalla de Honor del Parlament de Catalunya: «Antes de cada partido me encierro en un despacho que he arreglado para mí, me pongo dos o tres vídeos del rival al que nos enfrentamos, cojo papel y bolígrafo, y tomo notas. Es entonces cuando llega un momento acojonante que da sentido a mi profesión y es cuando me doy cuenta de que ya lo tengo, que he dado con la clave para ganar. Es una sensación que dura apenas un minuto, minuto y veinte segundos quizás, pero es lo que da sentido a mi profesión».

Cuando explicó en público este sentimiento casi mágico, pensaba probablemente en aquel 1 de mayo. Fue un momento clave. Creyó encontrar una solución inédita para vencer al Real Madrid, que en aquel momento acumulaba 17 jornadas consecutivas de liga sin perder. Repasando un partido anterior entre ambos equipos, Pep advirtió que la presión de los centrocampistas madridistas Guti, Gago y Drenthe sobre Xavi y Touré era muy intensa, pero no iba acompañada por la de sus defensas centrales Cannavaro y Metzelder. Ambos se quedaban muy atrás, cerca del área del portero Casillas, y dejaban mucho espacio libre entre ellos y los centrocampistas del Madrid. Una zona gigantesca, vacía.

Eran las 10 de la noche y Pep estaba solo en la ciudad deportiva del Barça. No quedaba nadie, ni siquiera sus ayudantes, solo él en un despacho iluminado de manera tenue. Imaginó a Messi moviéndose libremente por aquel enorme espacio vacío del estadio Bernabéu, a la espalda de los mediocentros madridistas y encarando en solitario a Metzelder y Cannavaro, petrificados sobre la línea del área, dudando si ir a por el delantero argentino. Tan clara vio la jugada que levantó el teléfono. No llamó a ninguno de sus analistas, ni a Xavi, el cerebro del equipo. Llamó directamente a Messi: «Leo, soy Pep, tengo algo importante, muy importante. Ven. Ahora. Ya», le dijo.

A las diez y media de la noche, Leo Messi, de 21 años, golpeó suavemente la puerta del despacho de Pep. El entrenador le enseñó el vídeo y detuvo la imagen mostrándole la zona vacía que a partir del día siguiente iba a ser suya: la zona Messi, la del falso 9. «Leo, mañana en Madrid vas a empezar en la banda, como siempre. Pero si te hago una indicación te vas a la espalda de los mediocentros y te mueves por esta zona que te acabo de enseñar. Es lo mismo que hicimos en septiembre pasado en Gijón», le indicó.

En Gijón, el 21 de septiembre de 2008, con el agua al cuello tras haber perdido el primer partido de liga ante el Numancia y empatado el segundo contra el también modesto Racing de Santander, Guardiola se jugaba su porvenir como entrenador del Barça. Decidió mandar a Eto'o a la banda derecha y jugar con Messi en la zona del falso 9, tal como el joven argentino había jugado muchas veces en su edad de cadete. Venció el Barça por goleada (1-6) y empezó la marcha triunfal de Pep. Siete meses más tarde, el entrenador rescataba la misma idea y se la explicaba en persona al protagonista: «Leo, cuando Xavi o Andrés se salten la línea y te pasen el balón, te vas directo a portería, a por Casillas».

Fue un secreto entre ambos. Nadie más del Barça supo lo que Pep había transmitido a Messi aquella noche del primer día de mayo, salvo Tito Vilanova al día siguiente, ya en el hotel de concentración. Minutos antes de empezar el partido del 2 de mayo, Guardiola llamó aparte a Xavi e Iniesta y les dijo: «Si veis a Leo entre líneas y por el centro, no lo dudéis: pasadle el balón. Será como en Gijón».

Aquel 2 de mayo de 2009, el Barça aplastó al Real Madrid por 2-6, Messi se convirtió en falso 9 y Pep sonrió, feliz.

Desde entonces, Guardiola confía en esta figura. Hoy se estrena en Weiden con su falso 9 muniqués: Franck Ribéry. Se lo comentó en el primer entrenamiento, en el Allianz Arena, pero es un asunto que el francés todavía no ve con buenos ojos. Forjado en el fútbol de la calle, Ribéry quiere agarrar el balón en una banda, correr, regatear a su defensa y acercarse a la portería rival para dar una asistencia de gol a un compañero. Le cuesta comprender que puede dar un salto cualitativo como futbolista si centra su posición y se aparta de la banda, olvidándose de uno de los costados ciegos; si se retrasa un poco, recibe

entre líneas, a espaldas de los mediocentros contrarios, y encara al defensa central en busca del gol. Guardiola está convencido de que dispone de tres o cuatro futbolistas en la plantilla con capacidad para jugar de falso 9: Mario Götze, Franck Ribéry, Arjen Robben y Thomas Müller. Ya lo está probando con el francés, aunque no funciona demasiado bien.

Ribéry empieza por dentro y se asocia bien con Kroos, Weiser y Weihrauch, pero pronto se desplaza a la banda izquierda, que es su territorio natural, donde se siente cómodo pese a que la línea de cal le limite. Durante un tiempo, Guardiola no insistirá, pero tampoco olvidará su objetivo. Jamás olvida nada. Simplemente, aplaza movimientos en busca del momento adecuado. Con Ribéry de falso 9 esperará la oportunidad.

Weiden in Oberpfalz es una fiesta pese a la goleada, o quizás gracias a ella. Los aficionados del Bayern han visto de cerca a unas cuantas de sus estrellas, los recientes ganadores del trébol, del triplete prodigioso, ahora reforzados por Pep Guardiola, el entrenador con aura de invencible. Pero mientras los hinchas disfrutan de sus ídolos, el entrenador se retira cavilando: Højbjerg y el mediocentro único, Kroos y el ritmo del equipo, Ribéry y el falso 9...

Momento 7

Lahm y los pasteles

Regen, 30 de junio de 2013

Faltan cuatro días para que el Borussia Dortmund empiece los entrenamientos de la temporada y el Bayern va a disputar su segundo partido amistoso. Esta vez, en Regen. Al llegar al vestuario hay una mesa con bollos, pasteles y refrescos. Varios jugadores eligen tarta de chocolate. A Guardiola le sorprende ver, por segundo día consecutivo, una mesa con productos de pastelería. Falta una hora y cuarto para el partido contra el TSV Regen y le pregunta a Kathleen Krüger por qué el club local agasajaba al Bayern con bollos y tartas, al igual que había ocurrido el día anterior en Weiden in Oberpfalz. En realidad, obedece a una costumbre del propio Bayern. En el autobús de regreso a Múnich, cuatro horas más tarde, Pep habla con Matthias Sammer: «Necesitamos un nutricionista», le dice.

Regen está cerca de la frontera entre Alemania y la República Checa, a hora y media de Múnich. El equipo local, el TSV, juega en la Séptima División alemana y se fundó en 1888. El partido se ha organizado para celebrar el 125.º aniversario del club. Siete mil espectadores abarrotan las pequeñas gradas de Regen y aplauden a rabiar cuando Daniel Kopp inaugura el marcador para el conjunto local con el primer gol del partido. Es un día soleado y Guardiola ha elegido una disposición sobre el campo que recuerda la del Barça en sus últimos días como entrenador: sitúa a los jugadores en un 3-4-3, con Emre Can, Boateng y Contento como únicos defensas. El periodista catalán Isaac Lluich, el único que cubrirá de manera permanente la primera temporada de Pep en el Bayern, lo resaltaré en su crónica del partido para el diario *Ara*: «Guardiola ha hecho beber al campeón alemán de la fuente cruyffista que lleva dentro, la del 3-4-3», escribirá.

Como jugador, Guardiola practicó el 3-4-3 que Cruyff propuso en el Barça. Ya como entrenador, lo empleó de manera asidua en su última temporada con el Barcelona. Lo utilizó, básicamente, para dar un puesto en el once titular a Cesc Fàbregas, que acababa de regresar al club barcelonés. Aunque jugar con tres defensas aparenta ser muy arriesgado, Pep impuso a su equipo mucho rigor táctico y logró excelentes resultados. Entre los más destacados, remontar contra el Real Madrid en el estadio Bernabéu un partido que José Mourinho empezó ganando a los 27 segundos con un gol de Benzema. Guardiola, que había comenzado en 4-3-3, se situó a los 10 minutos en un 3-4-3 y acabó venciendo ampliamente (1-3).

En Regen decide probar dicho esquema durante el primer tiempo. Los objetivos de este período de pretemporada son: probarlo todo y estudiar a sus jugadores. Aunque parezca extraño, Pep no conoce a los jugadores del Bayern. ¿No los conoce? Por supuesto que sabe quiénes son, sus historiales y virtudes o defectos, ¡solo faltaría que no supiera quiénes son Ribéry, Lahm o Neuer! Pero el entrenador busca un conocimiento mucho más profundo, abandonar la superficialidad de un simple *scouting* y ser plenamente consciente de lo que puede ofrecer cada jugador y, especialmente, de lo que le puede exigir. Quiere tantear sus límites.

En su época como entrenador del Barcelona se extendió la idea de que Pep quería tener duplicados todos los puestos en la plantilla: dos laterales derechos, dos laterales izquierdos, dos delanteros centros... Nada más lejos de la realidad. Lo que Pep pretende es lo opuesto: tener jugadores que puedan ocupar dos posiciones en el terreno de juego. Y, si es posible, tres. Busca jugadores que puedan ser

mediocentro, defensa central o centrocampista interior, como Sergio Busquets. O que sean defensa central, lateral en cualquiera de las dos bandas y mediocentro, como Javier Mascherano.

La razón de esta preferencia es que quiere una plantilla reducida. Su ideal sería tener solo 20 jugadores, no más. Pero que todos ellos, salvo los muy especializados, como los porteros, pudieran ocupar tres posiciones distintas y rendir al máximo nivel en las tres. Guardiola sabe perfectamente que dispone de jugadores con esta capacidad: Javi Martínez puede ser mediocentro, centrocampista interior o defensa central, como ha demostrado en el Bayern y el Athletic Club de Bilbao. Pero busca mucho más: quiere saber hasta dónde puede exigir a cada uno de sus jugadores. Y el momento para saberlo es ahora, en la pretemporada, cuando no hay obligaciones competitivas. Pidió empezar muy pronto los entrenamientos, de hecho, 10 días antes que el Borussia Dortmund, para profundizar en este asunto.

Si en Weiden se dedicó a Ribéry, en Regen está especialmente pendiente de Philipp Lahm. Como escribe Isaac Lluch en su crónica, «el eterno capitán del Bayern y de la selección alemana se ha movido con determinación en la posición de centrocampista interior, ofreciéndose para oxigenar el juego y realizar transiciones ofensivas. Ha sido la principal innovación del día». Lahm ha jugado como centrocampista, a la derecha del mediocentro único, que nuevamente ha sido Højbjerg.

El Bayern vence con comodidad el segundo partido amistoso (1-9). En el autobús de regreso a casa, Guardiola habla con Sammer y le pide la incorporación de un nutricionista para el equipo. No quiere más pasteles ni bollería. Para Pep, la alimentación del jugador es una faceta importante que debe cuidarse al máximo, en especial después de los partidos. Sus criterios en esta materia están lejos de ser radicales, pero sí son exigentes. Sammer no tardará en atender la petición: a la semana siguiente, Mona Nemmer se incorporará a la expedición múniquesa en el Trentino italiano. Se acabaron los pasteles.

En el autobús de regreso a Múnich, Pep ya tiene la cabeza en otro lado: concretamente, en Lahm. El viaje es una charla monográfica de Guardiola a Domènec Torrent, segundo entrenador, sentado a su lado: «¿Has visto el potencial de Lahm? ¿Has visto cómo adivina los pasillos? ¿Has visto cómo se gira y protege el balón? Este puede jugar de lateral o en el centro del campo...», le comenta, anunciando el que será uno de los grandes movimientos de la temporada...

Momento 8

Los frutos del Trentino

Arco, 6 de julio de 2013

No he caído en la cuenta de que estamos en el primer fin de semana del mes de julio, el inicio de las vacaciones de verano. Turistas de media Europa se agolpan en aeropuertos y carreteras y, para colmo, me equivoco de ruta: en lugar de ascender por la orilla oriental del lago Garda lo hago por la occidental. Es una ruta preciosa, repleta de pequeñas poblaciones adornadas con flores: Salò, Bogliaco, Gargnano, Campione, Limone sul Garda, pero por las que no se puede circular a más de 40 kilómetros/hora. Llegar hasta el Trentino se hace largo.

Por cuarto año consecutivo, el Bayern celebra sus entrenamientos de pretemporada en esta zona del norte de Italia. La región abona una importante cantidad de dinero, más los gastos de estancia, para que el club muniqués se instale allí ya que es un enorme polo de atracción. Doy fe de ello: el Trentino está a reborar, y no solo de turistas alemanes. Guardiola y sus hombres convocan multitudes. Acudo al *stage* porque tras los primeros días de ajeteo en Múnich, Pep ha accedido a compartir una taza de café y charlar sobre este libro. Tiene que ser en el Trentino, donde dispone de calma y tiempo.

La llegada a Arco, centro de entrenamiento del Bayern, conlleva dos sorpresas: la primera es que la sesión del sábado será a puerta cerrada, sin acceso para público ni medios de comunicación. En sus cuatro años en el Barça, Guardiola cerró los entrenamientos y cabía imaginar que haría igual en el Bayern. Uli Hoeness, el presidente, le ha pedido que practique a puerta abierta lo máximo posible para que los aficionados tengan acceso a los jugadores, y presidente y entrenador alcanzan un acuerdo para toda la temporada: los entrenamientos posteriores a los partidos siempre serán abiertos, pero la mayoría de los restantes serán cerrados.

Las causas de esta política de Guardiola son dos: le gusta trabajar sin distracciones alrededor y quiere evitar que se difundan los movimientos que ensaya en cada entrenamiento. Él no trabaja únicamente la estrategia para un partido, sino que los entrenamientos suponen un aprendizaje continuo, a lo largo de todo el año. En cada sesión incide en algún aspecto del juego, explica a los jugadores un movimiento y lo practica con ellos. Al cabo de un tiempo vuelve a hacerlo. De este modo, su plantilla llegará a conocer y dominar numerosas acciones, movimientos y jugadas. Después, cuando sea necesario, les ordenará ponerlo todo en práctica durante un partido.

Dicho de otra forma: Guardiola posee un amplio catálogo de ideas y movimientos futbolísticos que va explicando y entrenando día a día para que sus hombres los conozcan y se hagan con ellos. No trabaja para el partido inmediato, sino para un momento dado de la temporada. Por esta razón quiere trabajar de la manera más discreta posible. Cuando regrese a Múnich incluso correrá una cortina gigante sobre el campo número 1 de Säbener Strasse.

La segunda sorpresa, mayúscula, es que Pep ha decidido concederme acceso libre al equipo. Esperaba obtener ciertas facilidades, tomar café con él, acudir a algunas sesiones y, en definitiva, poder llevar adelante el proyecto de este libro. Pero la inesperada decisión de Guardiola revoluciona la idea inicial: tener acceso libre significa verlo y escucharlo todo, conocer de antemano cómo se entrena, lo que sucede, lo que se decide y planifica. Equivale a incrustarse en un equipo de élite mundial y recibir un alud de información interna. Ni en sueños podía imaginar que el equipo campeón de Europa y el entrenador más exitoso de la década me concedieran semejante privilegio.

A cambio, solo pide una cosa: discreción total durante la temporada. «En el libro escribe lo que veas y critica todo lo que quieras, pero durante la temporada no expliques fuera lo que ves dentro», me dice.

Es un acuerdo totalmente aceptable y se lo agradezco. Durante un año, viviré todas las vicisitudes del equipo: las alegrías y tristezas, las lesiones, las tácticas ensayadas, las alineaciones, las enfermedades, los malos gestos, los buenos, las broncas, los elogios, las dudas, los fichajes pretendidos... Lo conoceré todo, pero como periodista deberé callar y reservarlo para este libro.

Así que las puertas del estadio de Arco están cerradas para el entrenamiento del sábado 6 de julio de 2013. Hace dos días que el Bayern ha llegado al Trentino y Guardiola ha aprovechado la mañana de descanso para mostrar a sus jugadores un vídeo sobre la presión al equipo rival. Son imágenes extraídas de los primeros siete entrenamientos y el entrenador explica a sus hombres que no quiere esfuerzos largos: no desea ver a Ribéry y Robben corriendo 80 metros en cada jugada para perseguir a los defensas rivales. La presión que busca Pep dura «cuatro segundos a tope».

El entrenamiento de esta tarde se basa en la presión al equipo contrario. Los defensas y un mediocentro se alinean buscando iniciar el juego desde atrás y los delanteros les presionan de manera agresiva y breve para robarles el balón. Neuer destaca por su habilidad con el pie y Mandžukić, por la agresividad al estilo de Eto'o con que cumple las órdenes de Guardiola, quien a voz en grito no cesa de dar indicaciones sobre cómo presionar a los defensas. «Es la "presión 4 segundos". No quiero ver a Ribéry persiguiendo a su lateral por todo el campo. Que baje hasta el centro del campo y basta. Lo que hay que conseguir es que presionen todos juntos durante esos pocos segundos y recuperen el balón de inmediato y muy arriba», aclara.

Cuando termina la sesión, bajo un calor fuerte, Pep se sienta en el banquillo y comparte sus ideas: «Necesitamos un trabajo intenso y detallado. Si solo quisiéramos marcar al hombre uno contra uno no haría falta trabajar. Me sentaría aquí, y basta. Pero si queremos jugar de una manera determinada, hemos de trabajar muy duro para poder ejecutar los movimientos correctos».

No habrá término medio: si se quiere jugar como él cree que hay que hacerlo, se hace imprescindible trabajar a fondo. «Hemos de entrenarnos con la máxima intensidad. Es como con los rondos: o se hacen a tope o no se hacen. Si los jugadores no los quieren hacer, entonces, a correr por la montaña, pero en ese caso no jugaremos tan bien como podríamos hacerlo», avisa.

Defender en zona y no al hombre los saques de esquina y las faltas laterales, presionar al rival durante cuatro segundos, que el jugador más próximo salte a presionar al contrario que recibe el balón, tener paciencia en el centro del campo para crear espacios, viajar juntos... Pep va desgranando sus principios fundamentales del juego. «Este equipo solo necesita un poco de pausa. Todo lo demás ya lo tiene. Pausa en el centro del campo. Salir con el balón limpio desde Neuer, viajar juntos, muy juntos el primer tramo. Avanzar pasito a paso, sin prisa al principio, para que ninguno de los nuestros se quede descolgado. Avanzar juntos, cruzar el centro del campo y, entonces, ¡zas!, atacar como búfalos», explica.

Kroos posee esta capacidad de pausa. Schweinsteiger y Götze, también. Y Thiago.

«Viene Thiago», afirma. Se lo tengo que preguntar varias veces: «¿Qué Thiago? ¿Thiago Alcántara? ¿El Thiago del Barça? ¿La perla de la cantera del Barça?». «Sí, ese Thiago», me responde.

Si el Bayern logra traspasar a Mario Gómez a la Fiorentina, y todo indica que será así porque el delantero está conforme, invertirá el dinero obtenido en contratar a Thiago, a quien el Barcelona pretende traspasar desde el verano de 2011, un año antes de que Guardiola se fuera del club catalán.

Mario Gómez tiene un comportamiento muy profesional. Se entrena con la misma intensidad que sus compañeros pese a que el traspaso al conjunto italiano está cerca. De hecho, a Pep no le importaría lo más mínimo quedarse con él en la plantilla, porque le valora. Sin embargo, no tendría demasiado sentido mantenerle junto a los otros dos delanteros centro, Mandžukić y Pizarro, en un equipo que manejará, sin duda, la figura del falso 9. Además, para esta posición ya cuenta con Mario Götze,

Thomas Müller y Franck Ribéry. Por tanto, la salida de Gómez es inevitable, lo que convierte la llegada de Thiago en inminente.

Thiago solo ha querido escuchar la oferta del Bayern, y el acuerdo está totalmente cerrado. Aunque algunos medios insinúan que podría ir al Manchester United, el mayor de los hermanos Alcántara está loco por reunirse con Guardiola. Se encuentra de vacaciones en una pequeña casa de Begur, en la Costa Brava catalana, donde apenas tiene comunicación con el exterior. Incluso ha tenido que comprarse una antena especial para conseguir cobertura para el teléfono móvil, aunque no puede conectarse a internet. Vivirá unos días de tensión a la espera de que Mario Gómez firme con la Fiorentina y Rummenigge, máximo ejecutivo del Bayern, cierre el acuerdo con el Barça. Serán ocho días muy largos hasta que el domingo 14 de julio se formalice la operación.

Guardiola y su cuadro técnico están encantados en el Bayern. Se deshacen en elogios. Es cierto que la organización alemana, siempre alabada por su eficacia, pero criticada por su rigidez, se muestra esplendorosa en el Trentino, donde el centro de prensa levantado por el Bayern hace palidecer al de cualquier subselección de un Mundial de fútbol.

El Bayern trata con mimo a Guardiola y su gente. En el club no existe la menor duda de que se trata del hombre más importante en la entidad después del presidente. Todos los empleados colaboran para que lleve adelante sus planes. La eficiencia de la responsable de logística del club corre de boca en boca entre los recién llegados, al igual que los aciertos de la delegada del equipo, Kathleen Krüger, una mujer joven que hasta hace poco jugaba como centrocampista en el potente Bayern femenino y que ahora maneja todos los hilos del vestuario masculino con mano de hierro.

Hace unos días que Pep ha dejado de recibir lecciones de alemán. Su profesora, hinchada del Borussia Dortmund, se ha quedado en Nueva York. Piensa que con el trato diario con jugadores y prensa debería bastarle para comunicarse con precisión. «Nuestro lenguaje en el campo es muy imperativo: *druck* (presión), *schwingen* (balanceo), *sehr gut* (muy bien). Con este tipo de lenguaje creo que tengo suficiente de momento», explica.

Ya hemos visto que habla alemán con bastante corrección. Cada entrenamiento, vivido con una intensidad inusitada, es un pequeño aprendizaje más.

Tras la sesión dedicada a la presión de los delanteros, Stefano, cuidador del estadio de Arco, nos invita a un refresco. La tarde es calurosa y se agradece. Stefano es un hombre cultivado que nos explica algo asombroso: pese a encontrarse en el norte de Italia, cerca del Tirol austríaco, el Trentino alberga nada menos que 450 especies diferentes de frutos, algunos tan necesitados de calor como el aguacate. Arco y Riva del Garda poseen un ecosistema peculiar, dotado de un microclima que provoca semejante prodigio de la naturaleza. A los pies de las montañas se levanta un jardín frutal.

Stefano sabe mucho de la cultura, la geografía y la naturaleza locales. También tiene olfato para el fútbol. «Guardiola es el tercer entrenador del Bayern que conozco en cuatro años y te diré una cosa: Van Gaal dirigía con los ojos, con la mirada y en silencio. Heynckes era un entrenador que se movía un poco más y daba unas cuantas instrucciones a sus jugadores. Pero Guardiola es un torbellino de energía, un volcán...», asegura.

Momento 9

El hotel de los pájaros

Riva del Garda, 7 de julio de 2013

No hay clientes en el Lido Palace de Riva del Garda. El hotel está íntegramente reservado para el Bayern. En este primer domingo de julio, dos vigilantes guardan la valla de acero que blinda el establecimiento junto al lago, al que se llega tras un largo camino arbolado. Miles de pájaros dan la bienvenida al viajero. Cantan sin cesar, de manera armónica, construyendo un entorno que roza el de un anuncio publicitario: si ahora mismo hay un lugar tranquilo en el mundo, es este.

Pep está en la terraza del Lido Palace revisando en su ordenador portátil el entrenamiento de ayer. Es un obseso del fútbol y del trabajo. Vive para el fútbol, y solo lo disfruta con el trabajo metódico y detallado. A lo largo del año repetirá alguna vez en voz alta un reproche, lamentándose por ser tan meticuloso y exigente, consciente de que el fútbol también reserva alegrías a quienes cuidan menos los detalles y se encomiendan más al azar y el puro talento. Pero son reproches que lanza a media voz, sin creer demasiado en ellos.

Tras los cristales, Domènec Torrent, segundo entrenador, también estudia en su ordenador el entrenamiento de ayer. Es una situación curiosa. Pep está fuera y Domènec, dentro. Ambos revisan por separado la «presión 4 segundos» que entrenaron ayer: «Prefiero verlo sin Pep para hacer mi propia valoración y luego poder contrastarla con él», nos dice el segundo entrenador, que analiza con rotundidad la actitud del jefe: «Pep ha empezado como una moto. Está más enchufado que nunca. Si acaso, le estoy diciendo que hay que ir *piano piano* para no dar a los jugadores demasiados conceptos de golpe. Son jugadores muy inteligentes tácticamente y están agradecidos por el modelo de trabajo: mucho balón y nada de carrera continua, pero debemos tener en cuenta que les está enseñando un idioma nuevo».

La expresión «idioma» saldrá a menudo en las conversaciones de esta temporada. Se refiere a un determinado modo de entender el fútbol, tanto en el juego como en la metodología de entrenamiento. Guardiola distingue entre idea, «idioma» y gente.

La idea es la esencia de un equipo y de su entrenador. Es la síntesis y la vocación. En el caso de Pep se resume con las palabras que en su día empleó Johan Cruyff, su padre futbolístico: «La idea es dominar el balón».

El «idioma» es el método que permitirá expresar la idea en el terreno de juego. Es el conjunto de sistemas, ejercicios y principios que, a través del entrenamiento, se emplean para implantar dicha idea.

Por último, la gente. Ni la mejor idea, ni el «idioma» más elaborado podrán interpretarse correctamente si los jugadores no están predispuestos. No se trata solamente de que sean los futbolistas adecuados para practicar dicha idea, algo imprescindible, sino que también estén predispuestos a aprender los secretos del «idioma», a trabajarlos y corregirlos, a ponerlos en práctica sin la menor duda.

Idea, «idioma» y gente constituyen en su conjunto el modelo de juego y son fundamentales para el éxito o el fracaso de un entrenador.

Para Guardiola, el reto del Bayern de Múnich supera en mucho al que vivió en el Barça por una sencilla razón: en el Barça, el «idioma» de juego se enseña desde muy pequeño. Miles de niños pasan por La Masia, su cantera, y reciben todas las enseñanzas del «idioma» del Barça, definido por Johan Cruyff hace más de 25 años y desarrollado por grandes entrenadores. Un «idioma» completo, cerrado y

muy específico. Desde los seis años, centenares de aspirantes a futbolistas se integran en la maquinaria de la cantera y aprenden una manera de jugar. Cuando uno de ellos llega al primer equipo ha acumulado más de 10.000 horas de práctica y entrenamiento orientadas siempre en la misma dirección. Es, por lo tanto, un experto en el «idioma».

Esto no existe en el Bayern. Al menos, no con idéntica profundidad. No existen ni el «idioma» ni la maquinaria que lo enseña. Así que para Pep, la diferencia es muy importante, como resalta Domènec Torrent: «Les estamos enseñando un idioma nuevo y hay que ir paso a paso: como si enseñáramos primero los números, después los días de la semana, más tarde los verbos, etcétera... El cambio es importante y debemos ser flexibles y cautos. Antes marcaban al hombre y nosotros les hacemos marcar en zona, por ejemplo. No queremos que persigan al hombre y abandonen las posiciones que tienen asignadas porque, en este caso, con un pase largo al otro costado el equipo contrario te desmonta toda la organización. Pero es cuestión de tiempo y lo están aprendiendo muy bien. El ejercicio de presión de ayer estuvo muy bien hecho si tenemos en cuenta que solo es la segunda vez que lo trabajan».

Sorprende el modo en que los jugadores se dirigen a Guardiola. No se percibe el clásico distanciamiento jerárquico entre técnico y futbolistas. Esta mañana de pájaros cantarines, el entrenador parece uno más del grupo. Boateng y Alaba pasan por la terraza y bromean con él. Schweinsteiger le interrumpe un rato para sentarse a su mesa y despedirse. Regresa a Múnich, junto con el doctor Hans-Wilhelm Müller-Wohlfahrt, para seguir la recuperación del tobillo que fue intervenido a principios de junio. En el Trentino dispone de menos medios de trabajo que en Múnich y la recuperación marcha demasiado lenta. A Pep le preocupa este hecho porque *Basti* es pieza clave en su modelo de juego. Así que Guardiola le anima a recuperarse pronto: «Te necesitamos, *Basti*».

Quien llega a continuación es Lorenzo Buenaventura, que ha estado dirigiendo un entrenamiento de fuerza con los más jóvenes y el estreno de Arjen Robben, recién incorporado a la concentración. «A Robben le hemos puesto el mismo entrenamiento general del primer día en el Allianz Arena, el de las tres líneas y las coberturas. Y lo ha aprendido rápido y bien», explica Buenaventura. Guardiola se interesa precisamente por el trabajo del delantero holandés. «Espléndido, Pep, espléndido. Ha trabajado de maravilla», le responde.

Robben será una de las sorpresas del año. Apenas se anunció el fichaje de Guardiola por el Bayern, en enero de 2013, se dispararon los comentarios sobre si el nuevo entrenador seguiría contando con el neerlandés. Más adelante, Robben fue decisivo con sus goles para conquistar el título de Champions, pero no se desvaneció la sensación de que Pep no contaría con él. Llegó al Trentino con una actitud formidable, como si en lugar de ser el autor del gol triunfal en Wembley, fuera un jovencito más dispuesto a ganarse una plaza en la plantilla. Desde el primer entrenamiento de este domingo de julio, Arjen trabaja como el primero y el que más, y se gana a Pep. Hablamos con el propio Robben y sus palabras no admiten dudas: «Empiezo la temporada con la mente abierta a nuevas ideas», afirma.

Para asimilar este nuevo lenguaje futbolístico es imprescindible tener la mente abierta. Y los jugadores de Pep demuestran tenerla. Si el entrenador ha hecho el esfuerzo de aprender alemán, sus jugadores le corresponden adaptándose al lenguaje de balón que propone el técnico de Santpedor. La extrañeza inicial por los *rondos*, los *Kreisspiele*, se ha convertido en entusiasmo, como reconoce Toni Kross, uno de los más felices del grupo porque siente que el balón y él harán buenas migas. «La pelota va muy rápida», explica Daniel Van Buyten. «Esto nos obliga a jugar rápido y a pensar rápido.»

Lorenzo Buenaventura aprovecha el momento para definir al entrenador: «Pep es un obseso del trabajo. Y a la vez, un revolucionario. El 99% de los entrenadores no habría tocado nada porque el Bayern ha ganado el triplete y ¡qué vas a tocar! Pero él intenta ir más allá de lo clásico. Intenta aportar cosas nuevas al fútbol y hacerlo evolucionar cada año. El fútbol de los últimos 25 años ha tenido tres grandes sellos: la época de Sacchi, la época de los holandeses y la época del Barça. Son tres sellos en 25 años: los italianos, los holandeses y Pep», asegura.

Meses más tarde, durante las vacaciones de Navidad, Fabio Capello dirá algo similar a lo expresado por Buenaventura: «El de Guardiola es uno de los tres grandes legados de la historia moderna del fútbol: la escuela holandesa, el Milan de Sacchi y el fútbol de Guardiola».

Volviendo a Riva del Garda, la adaptación al nuevo «idioma» de juego que propone Pep no será sencilla ni rápida. En opinión de Lorenzo Buenaventura: «No es lo mismo hablar con Xavi e Iniesta, que llevan veinte años en el Barcelona y lo han aprendido todo allí y lo han practicado mil veces. Otra cosa es hacerlo aquí y meterles esta aceleración. Pep empieza bien, suave, explica el A-B-C, pero de pronto se acelera y cuando menos lo esperas ya está en la Z y ha repasado el abecedario completo. Y esta inmersión no puede dar frutos rápidamente».

A Pep le zumban los oídos porque, a pesar de los pájaros, en esta amplia terraza se oye todo, así que se acerca para dejar también su pincelada: «Sí, muy bien, pero si perdemos dos partidos seguidos dirán que es por culpa de tanto *rondo* y por no estar haciendo series de 1.000 metros en la pretemporada o porque no subíamos montañas en el Trentino», gesticula, ríe, empuja a Buenaventura. «Los jugadores no lo dirán y gente como Toni Kroos dirá que está encantado de entrenar siempre con balón, pero seguro que si perdemos habrá quien escribirá que es por culpa de entrenar de esta manera...», explica.

Buenaventura se ríe de su forma de prever los cataclismos. «He trabajado con treinta y tantos entrenadores. Muchos de ellos eran muy buenos y de todos me quedo con algo, con algún detalle, pero de Pep me quedo con todo porque posee algo vital en el deporte: el espíritu del riesgo. Es como cuando en el salto de altura hay un tío [Dick Fosbury, 1968] que un día decide saltar de espaldas y rompe todos los esquemas establecidos. ¿Cuántos tíos así, dispuestos a romper con lo establecido, con lo tradicional, hay en el fútbol? Es la famosa frase de “está todo inventado”. Pues, mire, no. Pep es capaz de llegar a un país nuevo, analizarlo y saber exactamente lo que hay que controlar y cómo hacerlo. Y aplicar cosas nuevas y arriesgadas.»

El Bayern acaba de incorporar a Mona Nemmer como nutricionista. La joven hace su debut esta misma mañana. Está sentada en esta terraza del Lido Palace, reunida con los cocineros del hotel, con quienes prepara la dieta de los próximos días. Es una joven de 28 años, con experiencia en las categorías inferiores de la selección alemana. El Bayern ha atendido la petición de Guardiola para cubrir este frente, el de la nutrición, en el que había margen de mejora aunque ya cubría de manera excelente la alimentación tras los partidos. El autobús del equipo cuenta con cocina propia, con lo que los jugadores reciben su ración de pasta recién cocinada, ensalada y carne o pescado en cuanto terminan los encuentros, fundamental para la recuperación fisiológica. De dicha cocina, como de toda la alimentación del Bayern, se ocupa el afamado Alfons Schuhbeck, una institución culinaria en Múnich. Ahora, Mona Nemmer completará el cuidado nutricional, entrando en los pequeños detalles.

Para Buenaventura, este es un aspecto fundamental: «Como todos los equipos grandes, el Bayern juega un partido cada tres días, y esto influye poderosamente en el diseño de la preparación. Estudios médicos hechos en Italia demuestran que la recuperación después de cada partido depende de la alimentación del jugador. Así, al tercer día después del partido, si se ha alimentado bien, el jugador ha recuperado el 80% del glucógeno de sus músculos. ¡Solo el 80%! ¡Imagínate si se alimenta mal! Y después de cuatro partidos consecutivos en ciclos de tres días, el riesgo de lesión se incrementa un 60%».

En esta sucesión de partidos cada tres días radica la necesidad de rotar a los futbolistas. Jugando con esta frecuencia, la recuperación nunca supera el 80%. La acumulación de partidos provoca lesiones y bajadas de rendimiento. «En el Barcelona, jugadores como Messi, Busquets, Xavi, Alves o Pedro llegaron a jugar hasta 9 o 10 partidos encadenados cada tres días y alguno incluso llegó hasta los 12. Y si se interrumpió la cadena fue porque les llamaron de la selección española, pero para seguir jugando más partidos. Esto es terrible para el jugador porque, además del riesgo de lesión, conduce a una pérdida brutal del rendimiento. Por este motivo es importante tener una plantilla completa que te

permita, de vez en cuando, dejar a un futbolista sin jugar un partido y darle un pequeño ciclo de cinco días de entrenamiento», explica Buenaventura. En el Bayern, la temporada actual se prevé menos exigente. «Que no haya gira por Asia en verano ya es, de entrada, una bendición —prosigue—. Y esta pretemporada supone una gran ventaja porque tenemos varios ciclos de cinco días completos en los que podemos trabajar sin interrupciones. En estos ciclos de cinco días hacemos seis o siete sesiones de entrenamiento, pero sin las clásicas palizas físicas. Y luego está la bendición de la pausa invernal.»

A lo largo de los siguientes meses, Lorenzo Buenaventura se extenderá en las ventajas de dicho parón. Hoy solo lo apunta: «Tener catorce días completos de fiesta en Navidad y después dos semanas de preparación es una ventaja competitiva muy grande».

Guardiola y Torrent contrastan sus opiniones terminada la mañana, una vez han visto por separado el ejercicio de presión realizado ayer. Los pájaros siguen cantando en la orilla del lago Garda. Al entrenador le preocupa el tobillo de Schweinsteiger, que ya viaja de regreso a Múnich.

Momento 10

Hasta que nos cansamos

Arco, 7 de julio de 2013

Han entrenado como bestias. Pep Guardiola se acerca hasta el banquillo y grita: «¡Así entrenaban en el Barça el primer año!».

Abre y agita los brazos en uno de esos movimientos que tantas veces le hemos visto hacer durante un partido, y repite: «Así entrenaban el primer año, como bestias».

Estamos en el banquillo del pequeño campo de entrenamiento, en Arco. El Bayern se prepara para las grandes batallas del primer año de Guardiola, el año de la sucesión de Heynckes, responsable del triplete. Sammer, director deportivo del club, está sentado en el mismo banquillo y comenta los movimientos que ordena Guardiola sobre el césped. El equipo está disputando un partido de 10 contra 10 + 1 y el entrenador exige presión a los delanteros y coberturas a los defensas y centrocampistas. La intensidad es formidable. Guardiola grita y corre sin parar. Sonríe Sammer: «Nos vamos a divertir».

«Tenemos dos objetivos —nos dirá Sammer aquella tarde de domingo—. Estabilizarnos en el máximo nivel e intentar crear una era de éxitos.» Varios meses antes, en enero de 2013, cuando el triplete aún era una utopía, un alto ejecutivo de una de las principales firmas de material deportivo del mundo, nos lo explicó con otras palabras: «En Múnich no están felices con la manera de jugar del equipo. Los directivos tienen una visión moderna de la gestión y creen que el equipo debe jugar de otro modo. Ahora van muy bien enfocados para ganar, pero Hoeness y su gente no olvidan que este equipo ha perdido dos Champions en tres años, dos Bundesligas consecutivas y ha sido aplastado en la Copa por el Dortmund. Quiere ganar, pero quiere jugar de una manera más estable, que impida los altibajos».

Por esta razón ficharon a Guardiola: para liderar lo que Paul Breitner definió como «la tercera fase» del plan del Bayern.

Cuando estaba en Nueva York, Pep Guardiola imaginó cómo sería su Bayern. Aunque nunca hemos hablado a fondo de este tema, porque el tiempo vuela, su equipo ideal, antes de conocer en profundidad a los jugadores, creo que habría sido el compuesto por Neuer, en la portería; Lahm, Javi Martínez, Dante y Alaba, en la defensa; Schweinsteiger, como mediocentro; Götze y Kroos, como centrocampistas interiores; Müller y Robben, como extremos y Ribéry, como falso 9. En realidad, lo ideal sería tener a Götze y Ribéry alternándose la posición de falso 9. Pero si esta era su alineación sobre el papel durante los meses vividos en Nueva York, la realidad demostraría que un equipo es algo vivo, que crece, se desarrolla, sufre desgracias e inconvenientes, los supera, crea expectativas, mejora en unos ámbitos, empeora en otros y, en resumen, evoluciona. Por lo general, evoluciona de manera algo distinta a lo planificado. Nunca es como imaginaste que sería.

En cualquier caso, en la concentración del Trentino no están Javi Martínez ni Dante; el vicecapitán Schweinsteiger ha regresado a Múnich porque su tobillo se recupera muy lentamente; Götze solo puede ejercitarse en la bicicleta estática pese a que ya han transcurrido dos meses y medio desde su lesión del bíceps femoral; Robben solo ha entrenado una vez y Thiago todavía no ha fichado por el Bayern. Si alguna vez soñó con un once titular indiscutible, ahora Pep está lejísimo de él y se dedica a pensar si Thiago llegará a tiempo para la final de la Supercopa en Dortmund o tendrá que usar al jovencito Højbjerg y exponerlo a los «tiburones» del Borussia.

A la concentración se han unido Alaba, Van Buyten, Mandžukić, Shaqiri, Pizarro y, finalmente, Robben. A cambio, siete chicos del filial regresan a Múnich tras convivir 10 días con los mayores. Pep sigue dedicando muchos minutos a charlas individuales: con Boateng, a quien adivina una excelente predisposición para corregirse y progresar; con Neuer, en cuyo potencial deposita una confianza ciega; con Toni Kroos, desde el primer día su álgter ego sobre el césped; con Lahm, en quien descubrirá una inteligencia táctica prodigiosa e inesperada, y, por supuesto, con Højbjerg. A este chico le está impartiendo un máster privado sobre el juego de posición para que aprenda a avanzar, a encontrar líneas de pase, a empujar hacia adelante al equipo. A partir de ahora le protegerá porque hay en él un proyecto de gran futbolista.

El núcleo central del entrenamiento de esta tarde de domingo en Arco es un partido de 40 minutos con dos objetivos: mejorar la presión de los delanteros y ensayar las cooperaciones entre el resto de jugadores, también para ejercer presión al contrario. Para conseguir el primer objetivo, Mandžukić y Müller deben presionar de forma agobiante a los defensas contrarios hasta arrinconarles en un costado, mientras Ribéry o Shaqiri acuden en su apoyo. Pep se muestra nuevamente satisfecho con este esfuerzo: «Van como bestias a la presión. A Müller le dices que corra cuarenta metros en diagonal hasta la banda y lo hace a toda pastilla, y vuelve atrás y lo repite cien veces si hace falta». Pero también matiza que esta presión tan fuerte en la zona defensiva del rival no será lo habitual: «Haremos esta presión muy pocas veces en la temporada. Contra equipos como el Barça y alguno más. El resto de equipos, a la tercera vez que los presionemos pasarán a lanzar balones largos y nos regalarán la pelota. Tendremos que trabajar otros aspectos para protegernos del peligro a nuestras espaldas y la segunda jugada en contra».

Pese a que será un recurso muy poco empleado, Lorenzo Buenaventura nos explica por qué Guardiola lo trabaja con semejante detalle: «Es muy concienzudo en no dejarse nada por hacer. Es un técnico que, aun sabiendo que hay cosas que solo va a utilizar dos o tres días como máximo en una temporada, las explica para que el jugador y el equipo dispongan de ellas; son herramientas. La mayoría de los equipos normalmente no salen jugando desde su portero cuando se enfrentan a los grandes: el Bayern, el Barça, el Arsenal, el Madrid o el City. Por lo tanto, saber hacer presión sobre el portero rival a través de delanteros muy adelantados es un recurso que usarás muy poco, pero has de saber hacerlo. Por eso Pep lo explica y lo irá recordando a lo largo del año».

El segundo objetivo del entrenamiento consiste en ensayar las cooperaciones entre jugadores para ejercer presión al contrario y las coberturas. Cuando el defensa central salta a presionar al delantero contrario, el mediocentro ocupa su lugar. Si es el lateral quien salta a por el extremo, el defensa central cubre su posición y, nuevamente, el mediocentro hace la cobertura de la posición que se abandona. Si se consigue frenar al jugador contrario en la banda, la cooperación del mediocentro, el lateral y el centrocampista ofensivo es decisiva para arrebatarse el balón. El Bayern trabaja una y otra vez estos movimientos. De vez en cuando, Pep detiene el juego y les corrige, especialmente a Jérôme Boateng y a Højbjerg, con el fin de que coordinen sus movimientos casi sin necesidad de pensarlo. «Ha de ser instantáneo. Si Jérôme salta, Højbjerg, vas a cubrir su puesto. Si Lahm salta, Jérôme le cubre y Højbjerg cubre a Jérôme», les indica.

Pierre-Emile Højbjerg tiene un sentido innato de la posición, es decir, la gran virtud de Sergio Busquets, el eje del Barcelona. Y lo tiene sin haberlo trabajado de antemano. Se adelanta a las acciones de manera natural y solo tiene 17 años. Además, su predisposición al aprendizaje es inmejorable y contrasta con algún otro chico prometedor a quien las correcciones de Guardiola parecen sentarle mal, a la vista de sus reacciones. Un equipo es algo vivo: hay jugadores que crecen y mejoran, como Shaqiri, que está enamorando al jefe, o como Højbjerg y Boateng, dos esponjas dispuestos a todo; pero también hay otros que se desenganchan, por rendimiento o por actitud. Un equipo nunca es una foto fija.

Si hubiera estado aquí, a Rummenigge le habría gustado el entrenamiento. Pero aún no ha llegado al Trentino. Está cerrando los flecos del traspaso de Mario Gómez a la Fiorentina. En cuanto se cierre esta operación se desbloqueará la de Thiago. El jugador ya ha cerrado su acuerdo con el equipo de Múnich y no quiere escuchar a ningún otro club. En el Bayern nadie prevé la menor dificultad por parte del Barça, que lleva tiempo dando demasiadas pistas de que le apetece vender al jugador. Cuando Guardiola aún entrenaba al Barça, en verano de 2011, el club ya sondeó el mercado en busca de un comprador para Thiago. Más tarde, permitió que en el contrato figurara una cláusula de escape, según la cual si Thiago no jugaba un mínimo de minutos anuales mantendría su precio de rescisión de contrato en 18 millones y no en 90, lo que habría sido prohibitivo para cualquiera. Finalmente, ya con la Liga ganada, nadie en el club quiso cambiar la dinámica para que Thiago llegara a ese mínimo de minutos jugados. El Barça mostró claramente su deseo de vender al jugador y no parece probable que ahora, ante una buena oferta, vaya a oponerse.

Terminada la sesión, Arjen Robben definirá la que considera principal virtud del Bayern: «Aquí no tenemos un Messi ni un Cristiano Ronaldo, pero tenemos mentalidad colectiva. También tenemos jugadores de calidad, claro que sí, de los que marcan diferencias. Pero sobre todo somos un colectivo que en ataque siempre quiere marcar un gol más y en defensa trabajamos como un conjunto. Esta es nuestra fuerza».

Guardiola se acerca al banquillo visiblemente satisfecho por el trabajo realizado, y repite: «¡Así entrenaban en el Barça el primer año! Así entrenaban el primer año, como bestias». Y añade: «No es posible estar siempre en la cima de la montaña: Bolt, Federer... Creíamos que nunca dejarían de ganar, pero no es posible, no es posible...».

Inevitablemente aparece en escena Garry Kasparov y su «¡imposible!».

Pero el Bayern, pese a ser el campeón, muestra ese hambre feroz de quien todavía no ha llegado a la cumbre de la montaña. «Aquí y ahora todos tenemos ganas. Ellos, porque tienen entrenador nuevo y nuevos conceptos que aprender y quieren ganar jugando un poco mejor de lo que lo hacían, que ya era mucho. Yo, porque quiero ganar con otros jugadores. Veremos si lo conseguimos...», dice.

Arco, 8 de julio de 2013

A Pep no le cuesta imaginar con qué alineación titular querría afrontar la temporada. Sin duda alguna, Neuer, en la portería y Lahm y Alaba, en los laterales, aunque Rafinha está rindiendo muy bien en los primeros entrenamientos y puede ser un buen complemento. Javi Martínez, Boateng y Dante son los tres hombres que tendrán que repartirse las dos plazas de defensa central. Por delante, como mediocentro único, Schweinsteiger. Es cierto que su gran rendimiento de la pasada temporada surgió con un doble pivote, un doble 6, pero Guardiola piensa que el vicecapitán será capaz de rendir al mismo nivel jugando en solitario. A sus lados, dos centrocampistas interiores con mucha capacidad creativa: Kroos y Thiago. Claro, Thiago todavía es un proyecto y no está ni siquiera fichado. Si finalmente no llega al Bayern, entonces Götze podría ocupar ese puesto. Y en ataque, muchas variantes, pero todas ellas con Ribéry como pieza indiscutible.

De esta alineación imaginaria que Pep baraja en los primeros días de julio a lo que sucederá en los meses siguientes media un abismo, el abismo de la realidad. El fútbol es incertidumbre y azar, incidentes y accidentes. Ningún jugador permanece siempre en un estado pletórico de forma y ningún equipo es una foto fija. De lo que imagina a lo que será hay una diferencia notable, entre otras razones porque cuando hayan transcurrido seis meses y concluya 2013, el equipo habrá vivido una epidemia de lesiones. Solo cuatro jugadores de la plantilla conseguirán llegar a Navidad sin sufrir ninguna lesión: el portero suplente Tom Starke, los centrales Boateng y Van Buyten y el delantero Thomas Müller. Los 20 restantes habrán caído víctimas de las lesiones: en algún caso, de manera leve, como Neuer, Mandžukić o Alaba; pero en otros, de manera larga y seria, como Schweinsteiger, Thiago o Robben, sin mencionar a Holger Badstuber, que cumplirá su segundo año en la enfermería.

Esta situación romperá los planes de Guardiola, le obligará a *inventar* jugadores para cubrir determinadas posiciones, hipotecará muchas decisiones tácticas y provocará lentitud y dificultad en la asimilación de los nuevos conceptos de juego. Pero esto no se lo imagina el entrenador cuando, sentado en el banquillo del campo de Arco, finalizada una nueva sesión de trabajo, se ocupa de explicar cómo considera que puede jugar su Bayern. Y en esto sí está atinado: poco a poco, pero de forma imparable, el Bayern acabará jugando como quiere Pep. ¿Y cómo quiere que juegue?

El 8 de julio de 2013, Guardiola opina que el Bayern debe marcar las diferencias por las bandas. A primera vista suena un poco sorprendente porque él siempre había buscado en el Barça, como jugador y como entrenador, la superioridad por dentro y por el centro. Ya saben, el Barça de los centrocampistas: Busquets, Xavi, Iniesta, Fàbregas, incluso Messi en la final de la Champions 2011 contra el Manchester United, arrancando también como centrocampista. Conseguir la superioridad en la zona central era el sello y la identidad de Pep. ¿Iba a prescindir de ello en el Bayern? En realidad, no. Lo que explica es que aspiraba a tener superioridad en la zona central, pero que pretendía dar un paso más y redoblarla por fuera, por las bandas.

¿Por qué? Porque en el Barça había tenido a su disposición a Leo Messi, a quien denomina «aquella bestia», «un animal». Messi lo resolvía todo en el Barça. Sus compañeros generaban superioridad numérica en el centro del campo y le daban el balón: «Hacía un regate y la metía por la escuadra». En el Bayern no disponía de un Messi. Tendría a un futbolista formidable como Mario Götze, hábil,

escurridizo, buen goleador, inteligente, y también a un rematador magnífico como Mario Mandžukić, duro, luchador y eficaz, pero Messi pertenecía a otra dimensión.

Así que, bajo el calor italiano, Pep despliega su idea de juego. Generar superioridad en el centro del campo, pero desequilibrar por fuera. En el Barça, Iniesta y Xavi lograban la superioridad por el centro, donde Messi también desequilibraba. En el Bayern, Guardiola lo imagina parcialmente distinto: «¿Quiénes son nuestros hombres imparables? Los de fuera, Ribéry y Robben. Por tanto, hemos de ir por fuera. Ser superiores por dentro, pero abrir en diagonal hacia fuera. Hemos de subir al equipo, subirlo mucho para que ellos dos no tengan que empezar la jugada tan abajo», explica.

En apenas dos semanas de trabajo, esto ya es una gran obsesión del técnico: que Ribéry y Robben no tengan que realizar tantas carreras largas, de 80 metros: «Si empiezan la jugada muy abajo les saldrán al paso el lateral y el mediocentro rivales, y así es muy difícil irse de ellos. Pero si montamos el campamento del equipo muy arriba, con los defensas centrales en la línea del centro del campo, entonces la cooperación de los contrarios será mucho menor. Convertiremos cada acción en un uno contra uno. En este tipo de acciones los nuestros son los mejores y se hincharán a meter goles. También podrán centrar, ya que tenemos grandes rematadores dentro del área. En el Barça, el desequilibrio lo hacía Messi por dentro; en el Bayern han de ser Ribéry y Robben por fuera».

Estas son sus ideas en el mes de julio. Sus ideas y su alineación soñada. Puede llevar a cabo sus ideas, aunque más lentamente de lo deseado, pero tardará bastante más de medio año en disponer de todos los hombres y tendrá que sortear las dificultades a base de imaginación.

No basta con decir cómo quiere jugar. Hay que trabajarlo día a día, algo que nos explica Lorenzo Buenaventura en detalle: «Pep me está diciendo que hay que llegar por fuera mucho más que en Barcelona. ¿Por qué? Porque tiene ingredientes diferentes. Si sumas cinco partidos seguidos del Barça, ¿cuántos centros realiza el lateral hacia el área contraria? Quizás cuatro por partido, como mucho. Porque cuando Messi jugaba por la banda, al principio, siempre se encargaba de resolver en una jugada personal y, por lo tanto, no había centro. Si Alves llegaba a la línea de fondo, normalmente su acción terminaba en un pase atrás. Además, no teníamos rematadores. Así que si llegábamos cuatro veces ya era mucho. Pero en el Bayern hay partidos en que se centra más de veinte veces porque hay un reclamo bestial por parte de Müller y de Mandžukić. Claro, si tú estás en la banda y ves llegar a estos *bestias*, lo normal es meter el balón dentro del área. Es un equipo con un nivel de aprovechamiento de este tipo de balones infinitamente superior al del Barça y diría que al del resto de equipos. El gran reto de Pep consistirá en acabar la jugada por fuera, pero metiendo también gente por dentro para controlar el contragolpe rival. Es decir, tener previsto dónde puede caer el rebote para, de este modo, atacar la segunda jugada».

El preparador físico del Bayern, que también es entrenador de fútbol y de natación, cuidará con especial mimo la decisión estratégica de Pep. Para ello, creará ejercicios específicos que permitan encontrar esta combinación de movimientos: conseguir superioridad numérica por el centro, abrir a las bandas para que los hombres de fuera desequilibren, acudir de golpe y con fuerza al remate dentro del área y, al mismo tiempo, estar en posición y en disposición de cortar de raíz cualquier contraataque del rival. Bastantes semanas después, hacia el mes de octubre, mientras tomamos un café en un día libre de entrenamientos, Buenaventura recordará la conversación del Trentino y añadirá más detalles: «Hace unos días entrenamos en la sede del banco que es *sponsor* del Bayern (HypoVereinsbank). El ejercicio fundamental fue así: salida desde atrás con tres jugadores, a veces con el lateral abierto y a veces con el lateral cerrado; por delante, el mediocentro, los centrocampistas y tres atacantes. Las jugadas de ataque siempre pretendían un pase en diagonal, saltando una línea y empezando y acabando por fuera. Cuando el lateral acababa la jugada por fuera, el centrocampista interior terminaba en la posición teórica del mediocentro rival al borde del área, representada por un muñeco, porque debía vigilar un posible contragolpe. Era curiosísimo. Al cabo de unos días, Pep les explicó el porqué del ejercicio: “Recordáis

aquel día que hicisteis todo aquello y acababais en el muñeco, pues era justo por esta razón y por esta otra...”

»Es fruto del análisis que hizo Pep del fútbol alemán: quién contragolpea y cómo y, por lo tanto, la aplicación de ejercicios de protección. Llegar [al área contraria] con presencia y, al mismo tiempo, equilibrarnos vigilando al rival. Si ya es difícil coordinar una buena llegada, imagínate hacerlo previendo que salga mal y estar preparado para la acción del contrario. Este es el plus que tiene Pep. Ser capaz de analizar cómo se juega en un determinado país, no renunciar a la fortaleza propia, en este caso jugar por fuera porque somos buenos en esto, pero apañarse para jugar también la segunda acción y evitar la réplica. Es otra manera de preparar los partidos: entrenamos nuestro ataque y la anulación del rival. Y cada día introduce un elemento propio nuevo y un detalle del equipo contrario».

Volvamos al Trentino. En la mañana del 8 de julio, Mario Gómez se despide de sus compañeros. Lo hace tras el desayuno, con un discurso breve, pero elegante. Hace un mes que Matthias Sammer, el director deportivo, le ha comunicado que el Bayern deseaba traspasarlo. Gómez estuvo de acuerdo, después de que Mandžukić le hubiera arrebatado la titularidad a base de goles. «Quiero al Bayern y siempre seré del Bayern», les dice el jugador a sus compañeros ese día. Y hace las maletas.

A muchos kilómetros del lago de Garda, Thiago también desea hacer las maletas. Su acuerdo con el Bayern esta totalmente cerrado y solo falta que Rummenigge llame a Sandro Rosell. Thiago lleva tres semanas de vacaciones y apenas empieza a entrenarse por su cuenta. Está nervioso por si, a última hora, cualquier detalle rompe la operación. Y también porque solo faltan tres semanas para la Supercopa alemana contra el Borussia Dortmund y no se quiere perder esa final.

Momento 12

La deconstrucción como método creativo

«Para crear, necesitamos libertad, presión y riesgo.»

Arco, 9 de julio de 2013

Fue el célebre cocinero catalán Ferran Adrià quien, tras cerrar El Bulli, su afamado restaurante, ofreció esta receta sobre la creatividad. Guardiola nunca se ha considerado a sí mismo un genio de la creatividad, un inventor. Más bien se ha definido como un «ladrón de ideas»: alguien que, como futbolista, experimentó, pero sobre todo aprendió, y que cuando quiso ser entrenador siguió aprendiendo. En cuanto alcanzó la cumbre como técnico continuó pensando que le faltaba mucho por saber, así que estudió lo que ponían en práctica los mejores. «Las ideas son de todo el mundo. Yo he robado las máximas posibles», decía.

¿Sus influencias? Todas las que puedan imaginar. Cruyff, por supuesto, la primera. Pero también Sacchi. También le influyeron visiones muy contrapuestas del juego, como las de Menotti y Capello. Los holandeses, los italianos, la fiereza competitiva de los argentinos, la innovación de los magiares, la búsqueda de la superioridad en el centro del campo del Barça, el perfeccionismo de Bielsa, la lucidez analítica de un técnico desconocido en la alta competición como Juanma Lillo, la pasión de los escoceses... Pep no aceptaría definirse a sí mismo ni etiquetarse. No querría encerrarse en una categoría. Si acaso, en la de «ladrón de ideas».

Si es un revolucionario del fútbol lo es gracias a la deconstrucción. Estudia a fondo, aprende de los sabios, extrae la esencia de las ideas sembradas en los campos de fútbol del mundo entero, y con esas esencias construye su propio sistema de juego. En este sentido, su creatividad solo guarda una leve similitud con la de un genio de la cocina como Ferran Adrià, capaz de inventar una receta desde la nada. Esta similitud creativa está en las deconstrucciones, un método creativo que empleó mucho Adrià, quien fue capaz de descomponer la estructura de un plato tradicional y volver a construirlo de una forma totalmente distinta a la conocida.

La creatividad de Guardiola es de este tipo. El falso 9 que empleó con Messi nos sirve de ejemplo. Como jugador, Pep fue compañero de Michael Laudrup en el *Dream Team* que entrenaba Cruyff. Y Laudrup fue un falso 9 portentoso. Aquel equipo que conquistó cuatro Ligas españolas consecutivas y dio al Barça su primera Copa de Europa jugó mucho tiempo sin delantero centro. Cruyff dejaba vacía la zona del rematador y empleaba a Laudrup como «hombre sin zona». Los defensas rivales se enredaban sin saber qué hacer con él. Cuando se daban cuenta, Laudrup estaba lejos del área, pero había facilitado la llegada por sorpresa de compañeros que remataban. Guardiola fue testigo y protagonista de aquel período. Más tarde, estudió el recorrido vital del falso 9: Pedernera, Hidegkuti, Palotás, Di Stéfano, Laudrup, Totti...

De todo ello extrajo las esencias. Descompuso la figura y la reconstruyó para Messi. ¿Cuál es la auténtica esencia del falso 9? Dejar vacía una zona habitualmente llena. Los equipos colocan un delantero centro en la zona principal del área, la central, aquella en la que un remate es medio gol. Para Guardiola, el falso 9 dejó de ser un jugador y se convirtió en un concepto: vaciar la zona central del ataque. Pep percibió en Messi la capacidad táctica para comprenderlo. A su mejor futbolista le quería

dar la mejor zona, la del centro del ataque, pero pretendía hacerlo dejándola libre, sin ocupación. El área sería suya, le dijo a Messi, pero a condición de que no la pisara excepto para finalizar una jugada. Debía llegar a la zona del remate final, pero no debía estar en ella. Ya conocemos los resultados.

Deconstruir la figura del falso 9 y reconstruirla en forma de una zona vacía que solo debía ocuparse en el momento del remate es el tipo de creatividad que maneja Pep. Desestructurar un movimiento, desmontar las piezas y fabricar con ellas otro movimiento parecido, pero que obtenga otro rendimiento. Este tipo de creatividad es lo que estaba buscando con Ribéry y Robben cuando les instaba a que sus esfuerzos fueran de 40 metros como máximo. Significaba eliminar las deficiencias de un movimiento y reconstruirlo a partir de otros principios, pero manteniendo su fundamento: continuaría siendo un ataque por la banda, rápido y directo, buscando desbordar al defensa contrario, pero sería más breve, más intenso y con mayor ventaja. Aunque para que pudiera ser cierto, antes debería conseguir que el equipo subiera de manera agrupada hasta el centro del campo.

«Nos gustaría que Ribéry no cruzara hacia atrás la línea del centro del campo», dice Manel Estiarte la mañana del 9 de julio. El Bayern está entrenando duro pese a que por la tarde se enfrenta al Brescia en un partido amistoso que ya tiene cierta categoría. «Ribéry está totalmente entregado a la causa de Pep. Quizás hay cosas que preferiría hacer de otro modo, pero las hace al cien por cien. Es un tipo brutal, que se ha germanizado, con todo lo que esto significa de bueno. Su voluntad y entrega no tienen límite. Lo que queremos es encauzar esta energía. Que no recorra los 80 metros del campo veinte veces por partido y se pueda concentrar en esfuerzos más cortos y que sean incluso más productivos», explica Estiarte.

El entrenamiento matinal es de una intensidad formidable. De hecho, como todos los entrenamientos de la temporada. Consiste, básicamente, en trabajos y correcciones del equipo en la fase de defensa organizada. A Pep le entusiasma profundizar en la organización defensiva. Es una de sus características. Guardiola no es un romántico lánguido del fútbol, ni un esteta, como tantas veces se dice, sino un pragmático feroz: quiere ganar. Se habla mucho de sus ojos de poeta, pero en realidad lo que se oculta tras ellos es un feroz buscador de victorias. Por encima de todo, quiere ganar. Quiere hacerlo a su manera, con sus ideas de juego, desde luego, pero no para reivindicar la bandera del juego estético, ni mucho menos proclamar que solo hay una vía para llegar a la excelencia. Guardiola es un competidor apasionado: quiere ganar y para conseguirlo se deja la piel sobre el campo, aunque quiere conseguirlo con su manera de jugar.

Si trabaja tanto la organización defensiva es porque quiere atacar. Cierta día, ya en la ciudad deportiva de Säbener Strasse, se lo comenté: «Lo que más trabajas es la organización defensiva». Respondió brevemente: «Porque si quiero atacar tanto, es básico. El fundamento de mi juego es la forma de defender».

A lo largo de la temporada habrá docenas de sesiones como la que acaba de concluir en el estadio de Arco, en la que el equipo ha preparado el modo de afrontar los centros laterales, los saques de esquina rivales, los centros directos desde el frente o la defensa en inferioridad numérica. Guardiola ha descompuesto todas las posibles acciones del contrario y para cada una de ellas ha buscado soluciones. Sus jugadores se han entregado tan a fondo que Estiarte se muestra exultante: «Son fieras y están con una disposición mental excelente, dispuestos a aprender y a cumplir con todo lo que les pedimos. Si les pedimos que suban esa montaña [Castello di Arco], la subirían diez veces seguidas...». Guardiola, como siempre, es precavido: «No será fácil. Al principio nos costará porque habrá que jugar muy intensamente y, al mismo tiempo, [los jugadores] tendrán que pensar en los conceptos nuevos y no es fácil jugar y pensar al mismo tiempo. Es complicado estar noventa minutos concentrado y jugar bien si has de pensar en los movimientos que debes hacer o dónde te has de colocar».

El técnico advierte dificultades en el horizonte, ahora que todo el mundo pronostica un porvenir feliz y cómodo: «No será fácil —insiste—. Les está costando asimilar algunos conceptos porque

siempre han defendido al hombre por todo el campo y les estoy cambiando eso para que no dejen agujeros, ni posiciones sin cubrir».

También echa en falta un poco de pausa en el centro del campo. Tiene a Kroos, jugador mayúsculo, que maneja el balón con el tempo preciso, pero necesita incrementar dicho manejo. De ahí que ansíe la llegada de Thiago, ahora que todavía no imagina el importante rol que jugará Lahm en esta faceta: «El físico ya lo tenemos y la presión también: estos jugadores la traen de serie. Tengo que conseguir añadir unos toques tácticos sin hacerles perder esta presión y este físico que tienen. Solo les falta la pausa. En el Barça te la daba Iniesta. Cogía la pelota y parecía que el tiempo se detenía y todo se ordenaba. Aquí, todavía nos falta esto...».

Con Thiago, el entrenador calcula que tendrá 16 jugadores titulares, la cifra que le gusta manejar. Pep busca disponer de plantillas cortas, poco más de 20 jugadores, para gestionarlas sin tensiones. Sufre cada vez que envía jugadores a la grada en las horas previas al partido, de ahí que prefiera manejar un grupo reducido de hombres, de los que 15 o 16 tengan categoría de titulares. Es una característica muy propia de Pep, lo que no significa que sea una virtud. En sus cuatro años con el Barça tuvo que poner muchos parches por manejar una plantilla corta. Es cierto que la mayoría resultaron positivos, como cuando jugó y ganó dos finales de Champions con defensas improvisadas, pero no dejaron de ser parches. Tanto Pep como su cuerpo técnico defienden tener una plantilla corta porque una cifra superior no garantiza estar a salvo de incidencias: si tuviera veinticinco jugadores de la misma categoría quizás también habría que poner parches. En cualquier caso, defecto o no, Guardiola solo se siente cómodo si maneja un grupo reducido, un comando. Incluso ahora, en el Bayern, reflexiona sobre este asunto: «No sé dónde colocaré a todos cuando lleguen los de la Copa Confederaciones [Javi Martínez, Dante, Luiz Gustavo] más Götze y Schweinsteiger...».

La verdad es que la negociación para el traspaso de Luiz Gustavo ya está preparada, pero incluso así Pep da vueltas y vueltas a posibles combinaciones. Sobre el papel no le caben todos los jugadores, aunque la realidad se encargará de cambiar sus preocupaciones. Cuando las lesiones se ceban en el equipo, el problema de Pep no será dónde colocar a sus hombres, sino cómo confeccionar un equipo competitivo. En realidad, Pep no tardará mucho en sufrir verdaderos quebraderos de cabeza para colocar a sus hombres porque ni una sola vez en 2013 contará con todos ellos al mismo tiempo. Es la parte negativa de manejar una plantilla corta.

Concluido el entrenamiento, una imagen atrae la atención de Guardiola y su cuerpo técnico. Como si fueran dos amigos de la infancia, Ribéry y Robben siguen peloteando juntos, ajenos a todo, como si estuviesen en la playa pasándose un balón. Alguien recuerda que no hace muchos meses, en la primavera de 2012, se pelearon a golpes en el vestuario del Allianz Arena durante un Bayern-Real Madrid de Champions. Ahora ríen a carcajadas sobre el césped del Trentino. ¡Cómo cambian las cosas en el fútbol!

El entrenador y Manel Estiarte, su brazo derecho, se enzarzan entonces en una discusión sobre cuáles fueron los mejores momentos del Barça en los años recientes. Para Estiarte, los picos máximos fueron «la primera parte contra el Arsenal en el Emirates Stadium [31 de marzo de 2010, 2-2] y la primera parte contra el Chelsea en Stamford Bridge en las semifinales de Champions de 2012. Nunca jugamos mejor que aquellos dos días». Guardiola discrepa: «El partido contra el Chelsea fue fabuloso, pero creo que jugamos mejor en la final del Mundial de Clubes contra el Santos. Aquel fue el pico máximo».

Por la tarde, el Bayern mostrará piernas de cemento ante el Brescia, equipo de la Serie B italiana. El entrenamiento matinal, unido a las numerosas sesiones previas, impide que el juego sea fluido. Pep sale con su mejor once posible a día de hoy: Neuer; Lahm, Van Buyten, Boateng, Alaba; Højbjerg, Müller, Kroos; Shaqiri, Mandžukić, Ribéry.

La charla a los jugadores previa al encuentro es breve, pero tan significativa que marcará la línea a seguir en los próximos meses. Solo contiene dos puntos: en primer lugar, hasta llegar al centro del campo hay que tener pausa y llegar todos en grupo; en segundo lugar, desde que pisen campo contrario deben ser el Bayern de siempre: verticales y directos.

Simple y breve. Pausa hasta el centro del campo, vértigo en el tramo final.

Las instrucciones no se cumplirán. Durante el primer tiempo, Pep dará numerosas órdenes: a Boateng para que marque bien la línea defensiva; a Kroos para que imponga de manera rotunda el ritmo del partido; a Shaqiri para que se abra hasta la línea de cal y haga ancho y profundo el campo. Frente a un rival duro, pero no excesivamente peligroso, el Bayern vencerá por 3-0 (Müller, Kroos, Kirchhoff), pero Guardiola no quedará satisfecho, sino que tomará aún mayor conciencia del trabajo que le queda por hacer si quiere llegar adonde aspira.

Aquella noche, Mario Götze también regresará a Múnich. De momento solo ha realizado sesiones de bicicleta estática y gimnasio, y ha empezado la hora de la recuperación activa. Su regreso a la competición todavía parece muy lejano.

Saliendo del campo tras el partido, reemprendemos la conversación con Estiarte sobre la creatividad del entrenador. ¿Cómo aprende un técnico? ¿Cómo progresa, cómo mejora? «Básicamente, viendo partidos, estudiando vídeos propios y ajenos. Revisarlos, ver detalles y pensar posibles movimientos nuevos o repasar errores. Y a partir de aquí, reflexionar, crear nuevas ideas y movimientos y ensayarlos en los entrenamientos y los partidos. Es un proceso creativo similar al que realiza cuando analiza a un rival. Pep se pone música en la cueva [así llama a su despacho], se aísla y busca la solución al enigma: ¿dónde puedo hacer daño al rival?, ¿cuál es su punto débil?, ¿en qué zona puedo conseguir la superioridad?, ¿dónde marcaré la diferencia?», explica.

Momento 13

¿Paciencia o pasión?

Múnich, 25 de julio de 2013

Cuando abandonó el Trentino para regresar a Alemania, Pep aún dudaba: Pierre-Emile Højbjerg estaba capacitado para ocupar la posición de mediocentro en la final de la Supercopa alemana en Dortmund, pero suponía un riesgo mayúsculo. ¿Qué alternativa había? Tras nueve días de concentración en Italia, Pep ya sabía que no podría contar con Schweinsteiger, Götze, Javi Martínez, Dante ni Luiz Gustavo, así que tocaba enfrentarse al gran rival únicamente con los jugadores que se habían entrenado mañana y tarde a la sombra del castillo de Arco. A menos que llegara Thiago.

A Højbjerg le había dedicado más horas que a ningún otro jugador: le había explicado cómo colocar el cuerpo cuando recibía el balón para poder entregarlo de inmediato con la mayor eficacia; cómo incrustarse entre los dos defensas centrales para ayudarles en los primeros pases. Le había animado a ser valiente y atreverse a cruzar las líneas rivales, fuese conduciendo la pelota, fuese a través de un pase largo y raso. Durante horas, trabajando con una obsesión que no conocía tiempo ni lugar ni tregua, Pep se sintió como Cruyff cuando enseñaba a un chaval llamado Guardiola a ser el «4» del Barcelona. Le enseñó a Højbjerg el manual del mediocentro de posición.

De todos modos, dudaba de que fuera razonable someterle a semejante prueba: lanzarle al Westfalen Stadion sin paracaídas, frente a un Borussia formidable y ansioso de revancha por la derrota en la final de la Champions League, no era el mejor modo de emplear a un chico de 17 años que tenía un gran porvenir. Era exponerlo demasiado y, quizás, hipotecarlo para el futuro. En los dos partidos amistosos jugados en el Trentino (13-0 contra el Paulaner Team y 3-0 frente al Brescia de Serie B), el entrenador alineó a Højbjerg en la posición de mediocentro, pero en el viaje de regreso desde Verona a Múnich, después de muchas dudas, finalmente decidió que no era prudente quemar al joven danés en Dortmund. Probó otras opciones.

Recién llegado de Italia, el domingo 14 de julio, el Bayern disputó un amistoso en Rostock, a beneficio del Hansa, un histórico club alemán que sufría un grave quebranto económico. Desde el año anterior, Uli Hoeness se había comprometido a disputar este partido a fin de recaudar fondos que permitieran al Hansa renovar sin dificultad su licencia federativa y jugar en la Tercera División del fútbol alemán. La operación fue un éxito: 28.000 aficionados llenaron el DKB-Arena y dejaron casi un millón de euros en la cuenta del club de Rostock. Sobre el césped, Pep alineó a Toni Kroos como mediocentro. Fue una declaración de intenciones: quería buscar alternativas a Højbjerg para no quemarlo ante el Borussia. Toni era la primera de esas alternativas, siempre que estuviera bien rodeado: en Rostock le apoyó nuevamente con Philipp Lahm. El capitán ya había jugado como centrocampista en el segundo partido amistoso, frente al TSV Regen, y también en el tercero, contra el Paulaner Team, y a Guardiola empezaba a gustarle cómo se manejaba en la zona media del campo. El Bayern venció 0-4 y durante los siguientes cinco días pudieron trabajar en Säbener Strasse de manera continuada por vez primera desde la llegada de Guardiola. A la salida del estadio de Rostock, el entrenador leyó un mensaje de texto en su teléfono: «Thiago ya está fichado».

Días antes, en su despedida del Trentino, Pep había dicho: «*Thiago oder nichts* (Thiago o nadie)». Rummenigge había movido ficha y presentado su oferta formal al Barcelona. Una oferta como la del Bayern era perfecta para la directiva del club catalán porque pagaba el precio deseado y, además, le

permitía desprenderse de la perla de la cantera del Barça, la joya de La Masia, evitando cualquier crítica ya que podía explicarse en términos tales como que Guardiola lo había «robado». La filtración de la noticia no procedía del Bayern ni del jugador, aislado en la Costa Brava; solo podía llegar desde la parte vendedora, pensó Guardiola, lo que significaba que la operación estaba bien enfilada.

Aquel día en el Trentino, los periodistas alemanes le preguntaron si era cierto el interés del Bayern por el jugador, y el entrenador fue contundente: «Sí, claro que lo quiero». Fue tan rotundo que la respuesta provocó un largo silencio en la sala de prensa anexa al hotel: los periodistas no esperaban semejante muestra de sinceridad, aunque, más que por sinceridad, Pep lo hizo para acelerar una operación que ya estaba muy encarrilada. Exponiéndola en público, pretendía rematarla. Si el Barça había filtrado la noticia, Guardiola se apresuraba a confirmar su interés personal. Anunció también que no habría más fichajes: «*Thiago oder nichts*».

Ese 11 de julio, Guardiola hizo algo más que confirmar el interés por Thiago: arremetió duramente contra Sandro Rosell, presidente del FC Barcelona hasta su dimisión en enero de 2014. Rosell había denigrado a Cruyff, retirándole la distinción de presidente honorífico; había enviado a los tribunales de justicia al anterior presidente, Joan Laporta, que fue quien nombró entrenador a Pep, y había defendido con una tibieza sorprendente al club en incidentes tan graves como la acusación de dopaje ocurrida en marzo de 2011.

Si, bajo la presidencia de Laporta, Pep había tenido que actuar numerosas veces como portavoz oficioso del club (los medios de comunicación catalanes le calificaron a veces de «presidente virtual»), bajo el mandato de Rosell percibió a menudo un desapego profundo y progresivo, que se hizo evidente la última temporada.

Pep había decidido hablar claro de una vez y lo hizo en el Trentino: «Durante este año le dije al presidente Sandro Rosell que me iba a 6.000 kilómetros y solo le pedí que me dejaran en paz y me dejaran tranquilo, pero no lo han hecho, no han cumplido su palabra. No la han cumplido. Yo hice mi etapa y me fui. No fue responsabilidad de ellos, fui yo quien decidí marchar. Por lo tanto, me fui a 6.000 kilómetros. Que hagan su trabajo, que estén contentos con los jugadores que tienen, que hagan lo que hacen y les deseo todos los éxitos del mundo porque, de hecho, también son, en una parte pequeña, éxitos para mí porque no hace falta que diga lo que este club significa para mí. Pero este año ha habido demasiadas cosas en las que se han pasado de la raya».

Guardiola atacó de frente a alguien tan escurridizo como Sandro Rosell y no fue una buena estrategia. En realidad, Guardiola lo sabía perfectamente, pero no quiso contenerse. Como explica su amigo Sala i Martín «aquel día, Pep necesitaba soltar todo esto. Llevaba mucho tiempo recibiendo golpes y encajándolos sin abrir la boca. Era inevitable que estallara». Probablemente, fue desacertado el modo y el lugar elegidos para estallar porque los periodistas alemanes no comprendieron los detalles. No solo porque Pep habló en catalán, sino porque resultaba muy complejo que entendieran el contexto de la situación: los años vividos, los agravios sufridos, la manipulación del último año, los intereses financieros y editoriales en Barcelona... Demasiado complejo. La prensa alemana se quedó en lo más básico: Guardiola estaba muy enfadado con Sandro Rosell por cómo le trató una vez había dejado de ser entrenador del Barcelona, algo que, por otra parte, acabó siendo un fiel resumen de la realidad.

Días más tarde Thiago llegó a Múnich y el miércoles 17 de julio realizó su primer entrenamiento. Llegaba muy corto de preparación: un mes antes aún estaba disputando la final de la Eurocopa sub 21 en la que España venció (4-2) a Italia con tres goles del propio Thiago, y desde entonces solo había mantenido el estado físico a base de correr e ir en bicicleta por la montaña, en compañía de su hermano menor, Rafinha, que había sido cedido por el Barça al Celta de Vigo. Thiago llegaba entusiasmado a Múnich: «Que alguien de tanto nivel como Pep confíe tanto en mí es brutal. Cuando te llama el mejor entrenador del mundo no hay nada más que meditar».

Guardiola había sido entrenador de Thiago desde que este era juvenil: le hizo jugar con el filial del Barça a los 16 años y lo ascendió al primer equipo con 18. Confió a ciegas en él y, como ahora con Højbjerg, dedicó muchas horas a pulir al diamante, sobre todo en materia de conceptos defensivos, como recuerda el propio Thiago tomando café en Múnich, poco después de su llegada: «Pep me ha quitado muchas cosas de mi juego, de mi manera de celebrar cualquier cosa: ¡Soy brasileño! Me cabré mil veces con él porque siempre pedía calma, calma. En el triunfo siempre intentaba rebajar los ánimos y que no nos sintiéramos eufóricos. Me ha quitado muchas cosas de mi juego, probablemente las superficiales, pero a cambio me ha aportado otras mucho más importantes. Y el balance es muy positivo». Thiago llegaba dispuesto a todo: «Ahora necesito liberarme. Aportar todo lo que ha añadido Pep a mi juego y sacar la esencia de mí mismo».

Pronto podría demostrarlo porque tres días más tarde fue titular en el Hamburgo-Bayern que inauguraba el trofeo Telekom. El Bayern arrolló por 0-4 y Thiago dejó muestras de su clase jugando como mediocentro de posición, con Kroos a su lado. Pep empezaba a mostrar sus intenciones para la final de Dortmund: si Thiago resistía físicamente sería el mediocentro titular en la Supercopa.

En la final del trofeo, al día siguiente, domingo 21 de julio, el entrenador repitió su movimiento, pero añadiendo una pieza más. Con Thiago de mediocentro, fueron Lahm y Kroos quienes ocuparon las otras dos plazas de centrocampistas. El capitán aportaba el olfato defensivo y Kroos, la creatividad. El trío funcionó de maravilla y el Bayern aplastó al Borussia Mönchengladbach (1-5). Si la condición física de Thiago aguantaba, había equipo titular para enfrentarse al Dortmund la siguiente semana. Pero aún quedaba recibir al Barça en el Allianz Arena.

No era un partido del gusto de Guardiola por una razón evidente: Guardiola es del Barça de una manera apasionada. Sería raro que no fuera así, teniendo en cuenta que hablamos de un canterano de La Masia que fue recogepelotas, jugador, capitán, entrenador, portavoz y símbolo del Barcelona. Guardiola lo ha sido todo en el club catalán, con lo que enfrentarse a él es algo que nunca le apetecerá. Guardiola ha sido en el Barça todo lo que verdaderamente ha querido ser, es decir, jugador y entrenador.

El partido amistoso se había fijado para el miércoles 24, solo tres días antes de la final de la Supercopa alemana, otro motivo para el disgusto, pero se trataba de la Copa Uli Hoeness, el presidente, el patriarca, el *Papa* del Bayern, como le apodan cariñosamente, así que había que cumplir el compromiso con la mejor cara posible. Para el Barcelona tampoco era un enfrentamiento atractivo. Sus jugadores internacionales con España seguían de vacaciones, y lo peor había sido la recaída del entrenador, Tito Vilanova. Cinco días antes se había sabido que estaba nuevamente enfermo y debía abandonar definitivamente el banquillo del club al que hizo campeón de Liga. El martes 23, Gerardo Tata Martino había sido nombrado nuevo entrenador, sin tiempo para estar en Múnich en el debut de su nuevo equipo.

En el banquillo del Barcelona se colocó Jordi Roura, que ya había sido el técnico provisional mientras Tito Vilanova se reponía de su enfermedad en Nueva York, a principios de 2013. El Barça, además, regresaba al estadio de su pesadilla reciente: solo habían transcurrido tres meses desde la semifinal de Champions en la que el Bayern de Jupp Heynckes les había aplastado por 4-0, antes de vencer también en el Camp Nou por 0-3. Sumados todos los factores, a nadie le apetecía excesivamente jugar el partido, pero había que hacerlo.

Thiago fue nuevamente el mediocentro del Bayern, otra vez acompañado por Lahm y Kroos. El equipo para Dortmund parecía totalmente perfilado. El amistoso tuvo poquísima historia, aunque dejó consecuencias importantes. Venció el Bayern por 2-0, el Barcelona apenas pudo desarrollar su juego y nadie regaló grandes jugadas, pero el jueves por la mañana Guardiola recibió dos pésimas noticias: Neuer y Ribéry estaban lesionados. El portero notaba una pequeña molestia en el abductor. El delantero tenía la pierna dolorida por un golpe. No podría contar con ellos para Dortmund.

El 25 de julio, a Guardiola se le pone cara de muy pocos amigos y maldice el amistoso contra el Barça. Ni le apetecía, ni lo había querido, ni era conveniente disputarlo tres días antes de una final y, para colmo, ha dejado en la enfermería a sus dos hombres más importantes: el portero indiscutible y el delantero más desequilibrante. Guardiola está rabioso. Llega a su primer partido oficial con demasiadas bajas.

Dedica esa noche a estudiar a fondo al Borussia de Jürgen Klopp. Es su costumbre en vísperas de todos los partidos. Durante dos días y medio analiza hasta el último detalle del rival y busca los puntos débiles por donde atacar. Su proceso de análisis recuerda al de Magnus Carlsen, campeón mundial de ajedrez, quien analiza las ideas básicas de una posición en el tablero sin usar ningún ordenador. A partir de esas ideas propias, instruye a sus ayudantes para que busquen variantes con el empleo de potentes ordenadores. También Guardiola prefiere analizar al rival por sí mismo, sin tener en cuenta las conclusiones de sus ayudantes, Carles Planchart y el equipo de analistas. Una vez él mismo ha radiografiado al rival, contrasta sus opiniones con las que le ha preparado el cuerpo técnico, y con la suma de todo remata el análisis. En cierta ocasión comentamos esta gran similitud y Guardiola se mostró agradablemente sorprendido por la coincidencia con Magnus Carlsen en el proceso de análisis. «Cada vez me interesa más el ajedrez», dijo.

Duda. De hecho, Pep siempre duda. Le da mil vueltas a todo: al modo de atacar al rival, a la alineación, a las instrucciones individuales y colectivas... Sin Neuer ni Ribéry, sin Javi Martínez ni Dante, sin Götze ni Luiz Gustavo y con Schweinsteiger cojeando, el entrenador decide atacar. Duda y se debate entre las palabras de Rummenigge, «Necesitamos paciencia», y las de Sammer, «Necesitamos pasión». Paciencia y pasión, las dos grandes armas de Guardiola. ¿Cómo quiere que sea la primera gran aparición pública de su Bayern?

Se debate entre pasión y paciencia y elige la pasión. En la duda, opta por su credo: atacar, atacar y atacar. Quita a Philipp Lahm del centro del campo y lo devuelve al lateral derecho. Jugará en Dortmund con todos los atacantes posibles. Correrá un gran riesgo.

Dortmund, 27 de julio de 2013

Pep sostiene en brazos a Valentina. La niña se abraza fuertemente a su padre, como si fuera consciente de la amargura del momento. Los jugadores del Bayern ya están en el autobús, esperando a su entrenador con la camisa blanca empapada de sudor. Hace un calor mediterráneo en Dortmund, 38 grados centígrados, y Guardiola acaba de perder su primer partido oficial y su primera final con el Bayern. La Supercopa alemana es para el Borussia sin paliativos (4-2). A 10 metros de la escena se pasea, eufórico, Jürgen Klopp, volcánico como siempre, exultante, feliz por el triunfo.

La Supercopa alemana se disputa a partido único y se han vendido todas las entradas del Signal Iduna Park de Dortmund, como ocurre en todos los partidos de casi todos los estadios del fútbol alemán, y 195 países televisan la final, así que ambos entrenadores se han acicalado a fondo y han brindado por el inicio de una larga y amistosa rivalidad. Nunca hubo gloria sin desafío. Para Guardiola es el rival más duro que podía encontrar en su estreno oficial. Klopp y Guardiola, juntos; Borussia y Bayern, enfrentados por otro título más y apenas estamos en el mes de julio. Hermosa manera de iniciar un trayecto. Esta pareja de baile es prometedora, quizás porque la asimilamos a la que formó Pep con Mourinho cuando se enzarzaron en evoluciones tácticas que condujeron a sus respectivos equipos, Barcelona y Real Madrid, a la excelencia en el juego. ¿Será Klopp el Mourinho alemán? Me refiero al juego de estrategia y no a asuntos colaterales. Es cierto que Guardiola se presiona tanto a sí mismo que apenas necesita presión externa para generar propuestas innovadoras. Y del mismo color es Klopp, con lo que inauguramos un duelo de finos espadachines sobre el tablero de los enigmas futbolísticos.

Dortmund, ciudad orgullosa de sí misma y de su Borussia amarillo y negro, le proporciona una dura bienvenida a Pep. Esta es la Bundesliga real, donde en el mes de julio ya esperan los cohetes propulsados del subcampeón de Europa. De la final de Wembley, hace 63 días, el equipo local solo ha cambiado un jugador: está ausente el lesionado Piszczek y juega Nuri Şahin en el centro del campo. El once de Dortmund, formado en su tradicional 4-2-3-1, es el siguiente: Weidenfeller; Grosskreutz, Hummels, Subotic, Schmelzer; Şahin, Bender; Blaszczykowski, Gündogan, Reus; Lewandowski.

En el Bayern, por el contrario, del equipo titular que ganó la Champions no están sobre el césped Neuer, Dante, Schweinsteiger, Javi Martínez ni Ribéry. Medio equipo es baja. Salta al campo con Thiago de mediocentro único y Kroos y Müller acompañándole como interiores, mientras Robben y Mandžukić ocupan las bandas y Shaqiri, la punta. Su equipo se ha situado sobre el campo en 4-3-3 del siguiente modo: Starke; Lahm, Van Buyten, Boateng, Alaba; Thiago, Müller, Kroos; Robben, Shaqiri, Mandžukić.

Tras dudar entre la paciencia y la pasión, el entrenador ha elegido salir desbocado al ataque. Deja a Lahm en la defensa y coloca a Müller como acompañante de Thiago y Kroos en el centro del campo. Esto significa que su equipo pasará la mayor parte del tiempo con forma de 4-2-4 por la tendencia de Müller a sumarse a la delantera: al fin y al cabo, es un delantero. Guardiola comprueba en su propia carne que no puede colocar a Müller como centrocampista porque su tendencia natural a atacar le impide mantener la posición en la zona central. Pep es víctima de su propia ambición: aunque el Bayern invade el territorio defensivo del Borussia, sufre para dominar el juego ante un equipo especialmente adiestrado para el contragolpe. En las condiciones en que llega el equipo a Dortmund, Lahm podía

haber sido vital como recurso defensivo en el centro del campo, pero Pep prefiere salir sin salvavidas y al ataque: lo paga muy caro.

El entrenador catalán había dicho que los inicios serían difíciles y así ha sido. El Bayern no vence en el Signal Iduna Park desde que el 12 de septiembre de 2009 lo hiciera con Van Gaal al frente. El dato es suficiente para comprobar que, en casa, el Borussia es una roca, y no digamos si a los cinco minutos recibe un regalo del visitante. Basta un error de Tom Starke, el sustituto de Neuer, para que el equipo de Klopp pueda encastillarse como le gusta, con ese repliegue en 4-4-2 con el que entrega el balón y los pasillos exteriores al contrario a la espera de que este pierda el esférico y le conceda el espacio necesario para contraatacar. En pocos años, Jürgen ha fabricado una «máquina de matar». Se dice pronto: el Borussia es subcampeón de Europa, ganador de la Bundesliga en 2011 y 2012, y su estadio resulta inexpugnable. En su debut, Guardiola tampoco ha podido modificar la tendencia, pero por encima de la derrota queda la brillantez del cuadro local, un portento de juego al espacio, espléndido cuando tiene que encerrarse en sí mismo, como si utilizara la formación en tortuga de las legiones romanas, y explosivo en cuanto consigue un metro para correr.

El calor en Dortmund es un calor húmedo, parecido al bochorno barcelonés, quizás para recordarle sus orígenes a Guardiola. Es un partido de sudor en el que se admiten dos pausas para refrescarse, *Trinkpause*, una en cada tiempo, una a disposición de cada entrenador. Klopp usa la primera de ellas, en el minuto 24, con el marcador a favor. Mientras los protagonistas beben y se refrescan, el entrenador del Dortmund convoca a sus defensas para darles instrucciones. A pocos metros, Guardiola habla con sus delanteros: esta imagen será el símbolo perfecto de dos propuestas antagónicas.

El Borussia no se siente incómodo sin balón, al revés: le gusta esperar y salir a morder. No le dura el cuero en los pies porque domina bien los espacios en los que puede correr. No le disgusta verse sometido. Se defiende bien por más que le aprieten contra su portero. Deja a Gündogan y Lewandowski en la zona del círculo central y a los otros ocho jugadores de campo bien juntos. El Bayern se sitúa en campo contrario y busca las rendijas por donde entrar, pero le cuesta un mundo y apenas lo consigue. Klopp se retira al vestuario en el descanso con cara de haber acertado bastante más que Guardiola.

Tras el intermedio, el entrenador del Bayern mueve las piezas de su ataque: manda a Robben a la izquierda; a Mandžukić, al centro del ataque y a Shaqiri, a la derecha. Solo con eso, en principio poca cosa, cambia todo. Dos jugadores visitantes dan un paso hacia delante: Thiago y Lahm. El gol del empate es fruto de un pase filtrado del primero y un centro espléndido del capitán. La cabeza de Robben empata el partido y, con ello, el Bayern parece llegar a la cumbre. Pero será un espejismo.

En apenas 180 segundos, el marcador vive una transición enloquecida, del 1-0 al 3-1 que deja a medio equipo muniqués emocionalmente roto y abatido. Kroos está espeso y Van Buyten, quebrado tras marcarse el 2-1 en su propia portería. Gündogan, prodigioso centrocampista, logra el tercer tanto casi sin dar respiro y, entonces sí, al Bayern se le pone muy difícil esta final. No podía imaginar Guardiola en qué proporción iba a ser complicado jugar en Dortmund.

Pese a todo, el Bayern va a por el empate y logra que sucedan tres cosas: marca Robben el 3-2 que aprieta el marcador, dispara Müller al travesaño y sentencia el Borussia cuando los de Múnich ya jugaban sin red. Thiago simboliza este doble efecto: entrega balones excelentes en ataque, pero pierde uno en defensa. Los que entrega en ataque se transforman en un gol y un larguero; el que pierde en defensa significa el cuarto gol en contra. Balance agrídulce para él, que cae derribado en la eterna batalla entre los dominadores del balón y los dominadores del espacio.

El duelo entre los dueños del balón y los dueños del espacio está marcando el fútbol actual y parece evidente que quien logre el equilibrio triunfará. El pulso entre ambos conceptos del juego es intenso en todas partes y en Alemania tiene unos ejemplos paradigmáticos en el Bayern y el Dortmund. Guardiola pretende que sus jugadores lleguen tranquilos y pausados hasta el círculo central y sean veloces y directos en el campo del rival. Encontrar esta combinación exacta de ritmos puede ser la clave del

porvenir, pero es evidente que por ahora el Bayern no acierta en la mezcla. Thiago queda como símbolo de este desafío futuro, al igual que lo es de la Supercopa: excelente para encontrar fisuras en campo rival, pero frágil para proteger el propio.

Más que para el Bayern, la derrota es punzante para Guardiola, que deseaba estrenar su currículum muniqués con un título. Había sido el primero de los seis por los que luchará el Bayern esta temporada gracias a los éxitos obtenidos por Jupp Heynckes, una herencia que el técnico catalán se apresura a agradecer en público cada vez que puede. De una intensidad y pasión formidables, difícilmente igualables en este momento de la temporada en cualquier otro lugar de Europa, la Supercopa deja el interrogante de si, nuevamente, significará un cambio de reinado. Hace un año, en verano de 2012, el Bayern de Heynckes recibió en su estadio al Borussia de Klopp para disputar la misma Supercopa. Aquel Bayern venía de perder dos Champions, dos Bundesligas consecutivas y los últimos cinco partidos frente al Borussia, el último de los cuales se había saldado con un 5-2 sangrante. Pero los muniqueños ganarían la Supercopa de 2012 y lograrían revertir la tendencia y enderezarse hasta conquistar a continuación un triplete histórico. Ahora, a Jürgen Klopp le gustaría que la Supercopa ganada a Guardiola tuviera el mismo efecto en el Borussia: de momento ha conseguido vencer el primer pulso y, sobre todo, queda en el aire una gigantesca rivalidad que puede marcar la temporada. Guardiola ha trabajado mucho en su primer mes como entrenador del Bayern, pero comprueba que le queda muchísimo por hacer si quiere reinar en el continente.

Descubre también que en Alemania los entrenadores acuden juntos a las ruedas de prensa posteriores a los partidos. Klopp y Pep aparecen juntos. Feliz y radiante, el alemán; aturdido, el catalán. No comprende el significado de una pregunta formulada demasiado rápidamente por un periodista local y le cuesta componer un relato firme del partido. Divaga en algunos momentos. Parece tener la cabeza todavía en el banquillo del Signal Iduna Park, como queriendo retroceder a las 20.30, la hora en que empezó el encuentro, y volver a jugarlo. No ha estado especialmente fino durante los noventa minutos. La alineación titular sorprende por la ausencia de Lahm en el centro del campo. ¿Por qué obvia la *fórmula Lahm*, probada con éxito en los partidos previos?

Durante la rueda de prensa conjunta, Guardiola parece estar pensando en este detalle. Ha estado lento. Como si el año sabático en Nueva York hubiera oxidado su capacidad reactiva. Solo es la segunda final que pierde como entrenador. La primera fue en 2011, la Copa del Rey ante el Real Madrid, sin embargo, se ha mostrado espeso y pesado, como el clima bochornoso de Dortmund. Está aturdido y parece distraído en la conferencia de prensa, en la que responde a algo que no le preguntan. Pero acepta deportivamente la derrota ante Klopp, a quien felicita con rotundidad: «El Borussia ha ganado merecidamente». En su cabeza debe de preguntarse si el equipo de Klopp será su nuevo Numancia, ese primer mal paso de un camino que se irá enderezando hasta convertirse en paseo triunfal. ¿Lo será? ¿Será el *Numancia de Dortmund*,¹ salvando las inmensas diferencias entre uno y otro equipo?

El Pep más emocional es el que encaja el golpe con el rostro dolorido. Es un rasguño insignificante para el Bayern, no en vano la Supercopa está considerada como un torneo menor en Alemania, pero es una herida profunda para el técnico, a quien no le gusta perder en nada.

La familia ha llegado a Dortmund a mediodía y le acompañará durante unos días en Múnich. Los tres hijos visten camiseta blanca con rayas rojas. Pep se ha secado el sudor para tomar en brazos a su hija menor, Valentina, mientras le explica a Màrius, el mediano, algunos detalles tácticos del partido.

Por si acaso, en el autobús rojo que abandona el Westfalen Stadion, se sienta junto a su amigo Estiarte, nuevamente juntos en el primer asiento, exactamente como hace cinco años regresando de aquella derrota sufrida por el Barça ante el Numancia. Abriendo paso en el momento de la derrota. Tres niños de camiseta roja y blanca le dicen adiós con la mano. El camino vuelve a empezar, empinado, siempre cuesta arriba.

CAPÍTULO 2

EL PRIMER TÍTULO

«Del ajedrez, ese juego lógico por excelencia,
forman parte la suerte, la suerte y la suerte.»

SAVIELLY TARTAKOWER, gran maestro

Múnich, 29 de julio de 2013

Neuer y Ribéry se entrenan con normalidad junto a todo el grupo. Es sorprendente. Solo han transcurrido cuarenta horas desde la final de la Supercopa alemana y ya están recuperados. Es inevitable interrogarse sobre una mejoría tan veloz: si no estaban en condiciones para jugar el sábado por la noche, ¿cómo lograron estar bien el lunes a mediodía? ¿Había pecado de prudencia el Bayern no utilizándolos contra el Borussia?

Neuer había sufrido un pequeño pinchazo en el abductor y Ribéry, un golpe fuerte en la pierna. Por decisión médica, ambas lesiones eran suficientes para que no pudieran ni siquiera viajar a Dortmund. Pero ahí están ambos, 40 horas después, frescos y sanos, entrenándose bajo el diluvio que azota Múnich. Es el primer interrogante que se plantea Guardiola. El entrenador estaba acostumbrado, en el Barcelona, a explorar todas las posibilidades para que un jugador pudiera alinearse en un partido, hasta el último minuto. Cuando en el Barça había lesiones como las de Neuer o Ribéry, los jugadores afectados viajaban con el equipo y se sometían a una última prueba exploratoria poco antes de que se disputara el partido. Pep prefería apurar siempre hasta el último instante. Aquí, en Múnich, las costumbres son otras, pero el entrenador duda del acierto. Quizás, piensa Pep, si Neuer y Ribéry hubieran viajado a Dortmund habrían podido probar a media tarde si ya estaban en condiciones de jugar. Quizás habrían podido jugar y la final hubiera sido distinta. Quizás.

«Maldito partido contra el Barça, maldito partido. Nunca más un amistoso tres días antes de una final, nunca más...» A Guardiola aún no se le ha quitado de la cabeza ese partido contra su antiguo club y las consecuencias padecidas. Su cuerpo técnico ha revisado a fondo la final de la Supercopa en las 40 horas transcurridas desde el encuentro, y las conclusiones son similares a lo que vieron en directo: una sucesión de errores individuales sentenciaron al equipo. El resumen del cuerpo técnico del Bayern es que no jugaron un mal partido desde el punto de vista colectivo, pero sí desde el individual. Posiblemente también influyó que el entrenador no protegiera a Thiago con el apoyo de Lahm: «Quizás sí fue un error», admite un miembro del cuerpo técnico.

El entrenamiento está abierto al público. Centenares de aficionados se agolpan en Säbener Strasse, con los paraguas desplegados y en un silencio casi religioso que permite oír las instrucciones del entrenador. Diluvia. Los jugadores querían un día fresquito, después de varias jornadas de sol asfixiante, pero lo de ese día es impropio de un mes de julio. Diluvia en Múnich cuando Mario Götze salta al campo de entrenamiento, ya con el alta médica en el bolsillo. Llueve tanto que el jugador se hace el remolón durante un buen rato, lo que aprovecho para comentarle la formidable pasión con que se viven los partidos en Dortmund, su antiguo club: «Es brutal jugar con ese ambiente. La Südkurve parece una montaña, es la grada más grande del mundo, la más brutal».

Meses más tarde, tendrá que enfrentarse a ella.

Götze toca balón por vez primera en muchos meses. Protagoniza algunas arrancadas intensas y veloces, y parece totalmente recuperado de la rotura muscular sufrida exactamente noventa días antes. La lesión original no había sido grave, pero forzó para jugar la final de Champions y la rotura se agravó. El final de su túnel parece cercano: Guardiola anuncia que el próximo viernes se incorporará al grupo.

Thiago no se entrena. Salió de Dortmund con un golpe fuerte en el tobillo, pero básicamente ha sufrido un bajón general. Es el clásico caso del deportista que da el 200% para llegar a una cita importante y, a continuación, sufre un descenso brusco de la condición general. Thiago llegó hipermotivado, y contra el Barça y el Dortmund rindió más de lo que el cuerpo le permitía. Ahora necesita un par de días para recuperarse del esfuerzo. Subió hasta las nubes y ahora está fundido, con ojeras, dolores por todas partes y necesita un respiro.

Ya no habrá más fichajes este verano a pesar de que se hable en la prensa del polaco Lewandowski. El delantero centro del Borussia Dortmund es un prodigio y el Bayern podría contratarlo ahora mismo, pero ha decidido esperar un año más. Si el fichaje de Götze no hubiese originado tanto alboroto, es probable que Lewandowski también estuviera entrenándose ahora mismo en Säbener Strasse, quizás en lugar de Mario Mandžukić, un excelente rematador en el área pequeña, pero cuyo porvenir no se antoja muy prolongado en Múnich. De lo que no cabe duda, por lo que uno oye, es que al cuadro técnico del Bayern le encanta cómo juega Lewandowski, cómo orienta el balón, cómo se mueve, cómo combina con los compañeros... Pero no llegará hasta el próximo año.

Los planes inmediatos ya son firmes: no habrá más fichajes y dos jugadores serán traspasados: Emre Can irá al Bayer Leverkusen el 2 de agosto y Luiz Gustavo, al Wolfsburg el 16 del mismo mes. Las razones son básicamente económicas. Højbjerg se entrenará con el primer equipo, pero jugará con el segundo; y Kirchhoff se quedará aunque con la perspectiva de salir cedido en Navidad. Pep ya parece convencido de que no conviene emplear a Thomas Müller como centrocampista.

Abrigado bajo la lluvia junto a Màrius, el hijo de Pep, que sigue con atención todos los movimientos de su padre, ha llegado el momento de que Manel Estiarte desvele los objetivos reales de Guardiola en su primer año en el Bayern: «El objetivo es ganar la Bundesliga. Lo vamos a enfocar todo hacia el título de liga. El segundo objetivo es que el equipo aprenda el tipo de juego que quiere Pep, que progrese y avance; que a final de temporada el equipo juegue mucho mejor que ahora. A Pep ya le ocurrió en el Barça B [el filial del Barcelona, al que entrenó en la temporada 2007-2008 e hizo campeón de Tercera División]: el equipo empezó jugando de manera horrorosa, pero vivió una transformación, y el último mes y medio de campeonato fue imparable. Aquí querríamos algo parecido: ir de menos a más. Y poner las bases para que el segundo año ya se juegue exactamente como quiere Pep».

La meta está fijada: es el título de liga.

Momento 16

El máster defensivo

Múnich, 29 de julio de 2013

Empieza un máster defensivo que durará día y medio. Es el primero de varios que impartirá el entrenador a lo largo de la temporada. Empieza con un gesto: Pep le da un peto amarillo a Javi Martínez y lo envía al grupo de los defensas. Si el centrocampista español no lo había leído en los periódicos, ahora ya sabe el papel que quiere encomendarle su entrenador: el de defensa central. Diluvia sin freno. Los cuatro designados como defensas titulares son Rafinha, Javi Martínez, Dante y Alaba. Peto amarillo para los cuatro. Incrustado entre ellos, Guardiola les irá detallando los movimientos que pretende que hagan en cada acción. Quienes atacan son Lahm, Boateng, Van Buyten y Kirchhoff. Es significativo que el capitán Lahm no figure en la defensa que forma como titular: es posible que el entrenador ya empiece a pensar en él solo como centrocampista.

Durante cuarenta minutos, Pep se dedica exclusivamente a explicarles los movimientos de cobertura. Qué hace el lateral cuando es atacado por un extremo, dónde va el primer central, cómo se coloca el segundo, hacia dónde vigila el lateral del lado opuesto, cuándo debe saltar el central a presionar, hasta qué punto le cubre su compañero, dónde se ubica el mediocentro... Son movimientos predeterminados, una coreografía que pretende cerrar en todo momento los pasillos interiores por los que se puede quebrar la defensa.

Javi sufre y Dante goza. Para Javi Martínez, esta tarde de diluvio tiene un doble significado. Sin decir una sola palabra, se escenifica el primer paso para su reconversión a defensa central, y, además, tiene que borrar todo lo aprendido en el Athletic Club de Bilbao, cuando su entrenador, Marcelo Bielsa, le pedía ser un central que marcara al hombre. En el Bayern, los marcajes serán siempre en zona. Es un barullo mental para el jugador navarro, que nuevamente empieza desde cero. En casi cada acción, Javi acude donde no debe, salta cuando no toca o se separa de Dante en vez de acercarse al brasileño. Es una tarde de perros llena de correcciones. Como si la paciencia resultara infinita, el grupo repite sin cesar la coreografía: abre Kirchhoff a una banda, ataca Lahm en profundidad, defiende Alaba agresivamente, cubre Dante la espalda del lateral austríaco, se despista Javi e interviene Pep, que detiene la acción, corrige a Martínez y vuelta a empezar. Transcurren casi tres cuartos de hora bajo la tormenta de rayos y truenos en la sede múniquesa. El trabajo sigue implacable.

Javi padece horrores, y no solo por el cambio de conceptos de juego, sino también porque ha regresado de vacaciones en una condición física muy apurada. Ayer domingo acabó el entrenamiento vomitando a causa de la fatiga y hoy se le exige una concentración extrema. Pep llena la zona con picas y señales para que cada miembro de la defensa sepa cómo y por dónde moverse. Visto desde fuera, el ejercicio recuerda una coreografía en la que los bailarines se balancean para cubrir la posición del compañero que salta a por el delantero rival. Luego recuperan la posición y cada cual mantiene la distancia exacta con el vecino. Sin embargo, tiene poco de ballet.

Pese a quedar exhaustos por el esfuerzo y la concentración, al terminar la clase los protagonistas piden permiso a Pep para ir a correr un rato por el monte cercano. El entrenador bromea: «Dime, tú que sabes lo que es el atletismo, ¿sirve de algo esto de la carrera continua, aparte de hacerte daño en la espalda?». Se ríe, y sigue: «Ahora regresarán y creerán que han entrenado duro porque han corrido un

cuarto de hora. Pero solo es un efecto placebo. Ellos piensan que con los ejercicios de posición y conservaciones no trabajan...».

El entrenador, en realidad, bromea sobre algo serio: el tipo de entrenamiento que practica está condicionado por sus principios del juego y siempre, siempre, posee características técnico-tácticas. Los entrenamientos no se limitan a fortalecer el físico. No habrá series de velocidad, ni de resistencia, ni sesiones de pesas. Solo algunas pequeñas cuñas puntuales para ajustar la condición de algún jugador rezagado que salga de una lesión. Al lado de Pep, Lorenzo Buenaventura lo explica: «Al principio les sorprendió que no hiciéramos series de carreras de 1.000 metros, aunque el Bayern ya era el menos alemán, el menos clásico de los [equipos] alemanes. Ya hacían trabajos con balón y se habían acostumbrado a la dinámica de los dos partidos semanales, en la que no hay margen para mucho entrenamiento físico, sino que hay que hacer trabajo corto y de calidad».

El preparador físico del Bayern sostiene que, en su visión del fútbol, el trabajo de calidad técnica es superior a cualquier otro: «Con respecto al volumen y la intensidad no creo que haya gran diferencia entre el nuestro y otros métodos. La máxima diferencia de tiempo de estancia en el campo puede ser de 10 o 15 minutos menos por nuestra parte, sobre todo si sumamos el trabajo de prevención que hacemos en el gimnasio. Potenciamos la calidad frente a la cantidad, hacer más cosas de calidad juntas en lugar de hacer trabajos físicos muy largos. Eso sí les ha llamado la atención, y también el altísimo porcentaje de trabajo con balón. De hecho, sin balón no hacemos nada, solo algunas recuperaciones y algún trabajo específico para ajustar algún jugador».

Regresan los defensas, empapados hasta el tuétano tras correr quince minutos a buen ritmo. Los rostros son de satisfacción. Guardiola les palmea la espalda y da collejas en la cabeza a los más jóvenes. Se mete en el vestuario y sigue bromeando con ellos. Se gira y guiña un ojo: «¡Efecto placebo!».

El máster defensivo apenas acaba de empezar.

Múnich, 30 de julio de 2013

A la mañana siguiente, ya con un sol deslumbrante, vemos la primera aplicación práctica de la coreografía. Partido en campo muy reducido: tres equipos de seis jugadores más un comodín, el portero juvenil Leo Zingerle, un auténtico fenómeno con el balón en los pies que siempre ayuda al equipo que ataca. Por descontado, en el conjunto rojo se alinean juntos Javi Martínez y Dante. El equipo que encaja un gol se va y es sustituido de inmediato por un tercero, aunque el juego no se detiene en ningún momento, con lo que hay que estar muy atento al cambio. El partido, de 45 minutos largos, es otro suplicio para Javi. A los 25 minutos ya está derrengado. El partido, denominado «doble área», solo se detiene si ningún equipo marca gol. En ese caso, a los cuatro minutos Hermann Gerland toca el silbato para hacer una pausa. Es un trabajo muy intenso y rápido, que exige una gran concentración y en el que resulta fácil despistarse por la fatiga.

Pep está con el látigo. Durante casi toda la mañana, en Säbener Strasse, acostumbrado a las órdenes en alemán de Guardiola, solo se oye gritar en español: «¡Javi, salta!», «¡Javi, mira a Dante, mira a Dante!», «¡Javi, no, ahora no vayas a por el delantero!», «¡Javi, ábrete, ábrete, más, más!»... No hay tregua para Javi. Incluso Dante se anima a gritarle para ayudarlo. Mientras tanto, Ribéry y Robben van a lo suyo. Pim pam pum, meten un gol tras otro, pero nadie presta atención al tanteo, sino al máster defensivo que recibe Martínez. Guardiola le obliga a vigilar siempre al compañero que marca la línea defensiva, a que se coloque mirándolo, y que solo salga agresivamente de su posición cuando el rival que tiene el balón entre en su zona de influencia. Le pide que se olvide de perseguir al delantero contrario por todo el campo, como hacía en el Athletic, una tendencia que aún no ha corregido, y que una vez salte a por él, aprenda a regresar rápido a su posición y mantenga la línea. A Pep le interesa, sobre todo, que no pierda nunca de vista al compañero que marca la línea defensiva. Le insiste en que se abra a un costado para recibir el balón del portero y que se adelante sin miedo, conduciendo el balón, para lograr superioridad en el centro del campo. En definitiva, le pide que asuma el rol fundamental de un defensa central en el juego de posición, el temario ideológico de Pep.

Thiago Alcántara, que se ha limitado a trabajar en el gimnasio y hacer carrera continua antes de ir a visitar al médico a causa del tobillo, es uno de los que mira con atención el partido. Guardiola le comenta: «Ya casi lo tiene. En cuanto pille el truco ya tenemos otro central de lujo».

Pero aquí no termina la lección. Poco antes de las siete de la tarde, la segunda sesión de entrenamiento de este martes consiste en otro ejercicio de defensa: siete atacantes contra cinco. ¿Adivinan quiénes son los cinco que defienden? Por supuesto, Rafinha, Javi, Dante y Alaba, más el mediocentro, en esta ocasión Kirchhoff. Los siete atacan con todo y los cinco se defienden a morir. Cuando defiende muy encerrado en su área, el Bayern lo hace bien, pero el entrenador considera que debe mejorar la organización defensiva anterior, la previa a estar encerrado en su área.

«¡Javi, salta a por el delantero!», «¡Ahora no, Javi, ahora no!», «¡Javi, mira a Dante, mira a Dante, línea, línea!»... El *reset* mental ha sido absoluto: en veinticuatro horas y tres entrenamientos, Javi Martínez ha recibido un bautismo oficioso como defensa central del Bayern y ha tenido que borrar de su mente cualquier atisbo de defensa al hombre. Con la humildad de quien es todo corazón, Javi está aprendiendo un rol nuevo.

Cuando la segunda sesión del día ha terminado, Pep y Javi continúan sobre el césped. El entrenador le explica uno por uno los pasillos que toda línea defensiva debe proteger y cómo hay que cerrar esos espacios. Javi Martínez le pregunta por los viejos duelos vividos entre el Barcelona y el Athletic de Bilbao. Se interesa por los secretos de aquellas finales de Copa en las que el Barça de Pep venció con claridad al equipo vasco. Y Guardiola le cuenta al detalle los movimientos que generaban ventajas: cómo Mascherano conducía el balón para lograr superioridad en el centro; cómo Messi arrastraba al central lejos de la zona y dejaba un gran espacio vacío en el centro; cómo aprovechaban entonces el espacio y la superioridad creada para llegar en manada y sorprender al Athletic. Hoy es Javi quien se rasca la cabeza mientras recuerda aquella pesadilla y comprende de manera precisa por qué sucedió de aquel modo.

Guardiola está entusiasmado con el trabajo realizado durante estos dos días de final de julio. ¿Por qué semejante máster y tanta atención a la defensa? «Es básico. Para mí, la forma de defender es lo más básico de todo», explica.

Tres chavalines rubios corren y saltan sobre el campo de entrenamiento: son los tres hijos de Arjen Robben, Luka, Lynn y Kai, asiduos de Säbener Strasse. De un rubio casi blanco, los niños chutan balones intentando batir a su padre, convertido en improvisado portero. Veinte metros más allá, Toni Kroos, a punto de ser padre por primera vez, dispara cañonazo tras cañonazo contra Starke. Patea balones que le sirve desde la esquina un lanzador peculiar: nada menos que Manuel Neuer, que ni un solo día deja de centrar balones o disparar a puerta como si fuese un delantero más.

Kroos posee un disparo formidable que alimenta cada tarde a base de ensayo y repetición, pero al final Pep tiene que ordenarle parar. Le señala el cuádriceps y dice basta. Ya no puede correr más riesgos: Müller anda renqueante de un gemelo, Thiago tiene un pinchazo en el tobillo desde la final de la Supercopa, Götze todavía madura su recuperación realizando los primeros sprints y Schweinsteiger cumple en este preciso momento la decimosegunda serie de setenta metros a las órdenes de Lorenzo Buenaventura, con veinte segundos de recuperación entre cada serie. Hay que poner a punto al vicecapitán porque anda muy lejos de su estado de forma tras la operación de tobillo y apenas puede girar: todo el trabajo debe llevarse a cabo en línea recta para evitar cargar el pie.

Durante los siguientes veinte minutos, la familia Holzapfel cuida y repara el césped. Lleva años haciéndolo a diario; se ocupan de ello el padre y sus dos hijas gemelas, responsables de la empresa Der Hummelmann. Mientras tanto, Kroos y Neuer guardan los balones, Robben sigue jugando con sus niños y Guardiola se toma un respiro sentado en las sillas desplegadas a la puerta del vestuario de Säbener. El técnico explica en profundidad tres de sus fundamentos del juego: la línea defensiva, los quince pases previos y la gestión de los descolgados.

Momento 18

Observar y reflexionar

Múnich, 30 de julio de 2013

Cuando conquistó el excepcional triplete en la temporada 2012-2013, Jupp Heynckes colocó su línea defensiva a 36,1 metros de la portería defendida por Manuel Neuer. Es la distancia promedio a la que se situaban los cuatro defensores, que habitualmente fueron Lahm, Boateng, Dante y Alaba. En el primer mes de competición, y prácticamente con los mismos hombres, el Bayern de Pep Guardiola avanza nada menos que siete metros, según el informe que publica Christoph Gschossmann en la página web oficial de la liga alemana, www.bundesliga.de. El Bayern de Pep defenderá, de media, a 43,5 metros de Neuer. Será, con mucha diferencia, el equipo que defiende más arriba de todo el campeonato alemán: el Wolfsburg lo hace a 41,2 y el Borussia Dortmund, a 39,4.

El dato no es ninguna casualidad, sino fruto de la propuesta que Guardiola trabaja sin descanso: colocar a sus defensas cerca de la línea del círculo central y, si es posible, incluso en campo contrario durante muchos minutos para encerrar al rival en su área. Esto debe permitir que el Bayern esté agrupado, con sus jugadores próximos entre sí, salvo los extremos, y pueda cortar de raíz los contraataques del equipo contrario.

Cuando empiece el campeonato no resultará tan sencillo poner en práctica estas ideas y hacerlo sin riesgos ni errores. Pero todavía faltan diez días para que empiece la Bundesliga 2013-2014 y aún no sabemos que la aplicación de esta estrategia será compleja y lenta. Estamos sentados con Guardiola a la puerta del vestuario múnichés y el entrenador del Bayern nos explica tres de sus conceptos fundamentales del juego: la línea defensiva, los quince pases previos y la gestión de los descolgados.

La línea defensiva

La línea viene marcada por la posición del balón. El defensa que lo tiene más cerca es quien marca la línea, da igual si es un lateral o un central. Si se trata del lateral, el defensa central más próximo a él debe vigilarle la espalda, el siguiente central ha de vigilar la del primero y el segundo lateral ha de vigilar la del segundo central. En este último caso el peligro es reducido porque el balón se encuentra demasiado lejos de este último punto.

Así lo explica Guardiola: «Los cuatro han de bascular constantemente e impedir que los pasillos que hay entre ellos sean demasiado anchos y grandes. Han de evitar que se pueda entrar en ellos con facilidad. El defensa central ha de saltar a presionar al delantero contrario que recibe el balón y, en ese preciso momento, el segundo central ha de ocupar el puesto del primero, que ha salido a presionar. Mientras, el mediocentro ha de bajar a cubrir el puesto del segundo central. Ha de ser un movimiento de cobertura del compañero, casi como un biombo que se pliega en diagonal. Ha de ser instantáneo».

Los quince pases previos

La posesión del balón solo es un instrumento, una herramienta, no es un objetivo ni un fin en sí mismo. El técnico lo explica así: «Si no hay una secuencia de quince pases previos es imposible realizar bien la

transición entre ataque y defensa. Imposible. Lo importante no es tener el balón, ni pasárselo muchas veces, sino hacerlo con una intención. Los porcentajes de posesión de balón que se manejan o el número de pases que da un equipo o un jugador no tienen la menor importancia: lo que importa es la intención con la que se dan, lo que buscaban al hacerse, lo que pretende un equipo cuando tiene el balón en su poder. ¡Esto es lo que importa!

»Tener el balón es importante si vas a dar quince pases seguidos en el centro del campo a fin de ordenarte tú y, paralelamente, desordenar al contrario. ¿Cómo lo desordenas? A base de dar esos pases con velocidad, con intención y con un sentido concreto. Con esa secuencia de quince pases, juntas a la mayoría de tus hombres, aunque también tienes que dejar a algunos de ellos muy separados y alejados entre sí para ensanchar al equipo contrario. Y mientras das esos 15 pases y te ordenas, el rival te persigue por todas partes, buscando quitarte el balón y, sin darse cuenta, se ha desorganizado por completo.

»Si pierdes el balón, si te lo quitan en un momento dado, el jugador que lo consiga probablemente estará solo y rodeado de tus jugadores, que lo recuperarán con facilidad o, como mínimo, impedirán que el equipo rival pueda construir una transición rápida. Esos quince pases previos son los que imposibilitan la transición del contrario».

La gestión de los descolgados

En el fútbol hay básicamente dos tipos de propuestas: las que se organizan a partir del balón y las que lo hacen a partir de los espacios: «Si quieres ganar los partidos a base de tener el balón en propiedad, debes proteger tu espalda y gestionar a los descolgados, lo que en baloncesto se llama el “palomero“, el jugador que se queda esperando cerca del aro contrario para anotar fácilmente», dice Guardiola.

Por lo general, el equipo que propone jugar a partir de los espacios y cede el balón al rival dejará un número reducido de jugadores descolgados. Habitualmente serán dos, el mediapunta y el punta: quizás uno, el mediapunta, esté en una banda del campo, a la espera de que un compañero logre hacerse con el balón; el segundo, el punta o delantero, estará en una posición más centrada, pero opuesta a la del primero. Los equipos eficaces en esta materia roban un balón y lo ceden al jugador situado en la banda, que acostumbra a tener una buena técnica de pase, para que asista con ventaja al delantero más avanzado. Si ejecutan bien estos tres movimientos, robo, pase y asistencia, pueden ganar con facilidad la espalda de la defensa del equipo que tenía el balón en su poder.

¿Cómo se defiende semejante acción? Básicamente con cuatro acciones: tratar de no perder el balón en zonas interiores del campo que permitan al rival iniciar esta maniobra; conseguir, mediante los quince pases previos, que tus jugadores estén muy cerca del punto de pérdida de balón y busquen recuperarlo de inmediato; presionar sobre el primer receptor rival, el jugador descolgado que está en la banda; y anticiparse al último de los descolgados. Para ello será básico el papel del defensa central que lo vigila: «Para un equipo que pretende ser protagonista con el balón, la gestión de los descolgados es su principal objetivo defensivo», puntualiza Guardiola.

La tarde ha caído definitivamente en la ciudad deportiva del Bayern. Los hijos de Robben se han ido camino de la cena, y el resto de jugadores se prepara para marcharse. Guardiola ha explicado sus principios defensivos, los tres pilares en los que se asienta su organización: cuidar la línea defensiva, situada lo más cerca posible de la línea divisoria de los dos campos; emplear una quincena de pases previos para ordenarse y, al mismo tiempo, desorganizar al rival; y vigilar con presteza a los descolgados para evitar que aprovechen los espacios. Podríamos extendernos hasta el anochecer, pero

llega Estiarte para rescatar a Guardiola de sí mismo, y no puede evitar responder a la pregunta de si Pep es un entrenador defensivo o no: «No lo creo, más bien es muy completo. Trabaja muchísimo los movimientos defensivos, pero también los ofensivos. Cree que la clave está en el centro del campo, en conseguir reunir allí a los de más talento para que logren la superioridad en el centro».

Oscurece, pero Pep regresa desde el vestuario porque ha recordado que había quedado en el aire una cuestión sugerente: ¿Cómo y dónde aprendió los conceptos defensivos? ¿Fue en Italia, durante su etapa como jugador? «Ni hablar, no fue en Italia donde los aprendí. Se aprende mirando y pensando. Siempre me ha interesado mucho la defensa porque exige practicar y desarrollar mucho trabajo. El ataque se basa más en el talento innato; la defensa, en el trabajo que realizas. Por eso trabajo tan a menudo la organización defensiva y sus movimientos. Ya verás como a lo largo del año, cada pocas semanas, repasaremos los conceptos defensivos. El equipo que deja de hacerlo está perdido. Pero si me preguntas dónde nace la creatividad en materia defensiva te diré que el secreto es muy básico: observar y reflexionar».

Observar y reflexionar.

Múnich, 31 de julio de 2013

Pep Guardiola llega a las ocho y Manuel Pellegrini, a las nueve. Es día de partido. La ciudad deportiva del Bayern se llena pronto de futbolistas. Hoy empieza la Audi Cup, el torneo clásico de verano en Múnich, y el Manchester City y el Bayern se entrenan por la mañana como preparación de las semifinales de la tarde. El equipo inglés está emparejado con el AC Milan y el equipo bávaro, con el São Paulo brasileño, así que de momento solo se miran de reojo. En el campo de entrenamiento número 3, el City ensaya los saques de esquina y las faltas laterales. Pellegrini corrige a sus jugadores. En el campo número 1, Guardiola no le presta atención porque se ha enfrascado en una larga conversación con Jérôme Boateng.

Está entusiasmado con lo que ha descubierto: Boateng es totalmente autodidacta. El joven defensa alemán le ha explicado que nunca nadie le ha enseñado cómo hay que defender. De hecho, Boateng le confiesa que desconocía que la línea defensiva podía organizarse. Pensaba que cada cual defendía de un modo innato. Guardiola está encantado con este punto «agreste» de Boateng porque siente que tiene una perla entre las manos, alguien con un potencial elevado y voluntad de aprendizaje a quien pulir. Intuye que en los próximos meses el defensa central puede dar un salto cualitativo muy grande si continúa con su actual dedicación.

Así que cada día dedica unos minutos a revisar con él los fundamentos de la organización defensiva. Hasta final de temporada, Guardiola y Boateng repasarán muchas veces los movimientos asignados. Aunque el rendimiento del defensa tendrá altibajos, en los siguientes 10 meses se mantendrá el proceso formativo porque el entrenador está convencido de que es un jugador de gran potencial. Cuando tiene junto a él a un futbolista de estas características, Guardiola es tenaz: considera que el trabajo diario puede generar un notable salto de calidad en un jugador. Siempre pone de ejemplo a Éric Abidal, que con 30 años cumplidos vivió una evolución técnico-táctica prodigiosa: pasó de ser un defensa caracterizado solo por la potencia física a ser un jugador completo, de técnica exquisita, con una visión de juego formidable.

Lorenzo Buenaventura nos explica las razones de este tipo de progresiones: «A pesar de la edad hay aspectos en que puedes mejorar. El técnico es uno de ellos. Muchas veces lo he hablado con Paco Seirul·lo. A los jugadores que han llegado al Barça, dada la metodología tan especial que tiene, les cuesta mucho adaptarse. Recuerdo los primeros entrenamientos de David Villa. A pesar de que es un tío rápido, dinámico, y que conocía a ocho o nueve compañeros de la selección, le costó mucho coger la dinámica. Los jugadores tienen capacidad de mejorar la técnica y sentido táctico a pesar de tener más de 30 años, eso es indudable. También sucede en el ámbito físico. Puedes pensar que ya no tienes margen de mejora, pero el cuerpo es una esponja y aquí en el Bayern está ocurriendo. El fútbol inglés y alemán es muy de carreras largas, pero te pones a hacer otro tipo de trabajo muy diferente, como el nuestro, con balón, y logras mejoras físicas importantes. Sobre todo en la dinámica colectiva. Si les cambias el tipo de movimiento y les añades fuerza y balón, generan una mejora muy potente».

Guardiola está empeñado en Boateng: ha visto en él un potencial de gran defensa y no dejará de intentarlo mientras el jugador le acompañe en el esfuerzo. Eso sí: cuando un futbolista dice basta, cuando desiste en el empeño por mejorar, cuando deja de creer en su propia capacidad de progresión o

se abandona, el entrenador cierra la carpeta. Se acabó. Si el jugador no pone toda su energía en el intento, Guardiola no insistirá ni un minuto más. Al fin y al cabo, piensa, se trata de deportistas adultos, rodeados de consejeros y asesores, dueños de sus carreras: a ellos les corresponde decidir si quieren progresar o no.

Lo que está ocurriendo con Thomas Müller es distinto. El entrenador intuía en el delantero bávaro un gran potencial para jugar también como centrocampista. Sin la habilidad técnica de Kroos o Thiago, pero con excelentes cualidades para triunfar en la posición: veloz, agresivo, tenaz en la presión, muy escurridizo y móvil. Sin embargo, cada vez que le ha colocado en la línea de centrocampistas, su rendimiento ha sido decepcionante. No se trata de falta de voluntad ni esfuerzo porque Müller es un jugador entregado y dispuesto a todo. Como explica Gaby Ruiz, analista técnico de la cadena española Digital Plus, «Müller es el paradigma del bávaro: ordenado, serio, persistente, sacrificado. Cumple órdenes. Es capaz de dejarse literalmente la piel por cumplir lo que se espera de él».

Thomas no es capaz de alcanzar el nivel que Pep le pide en el centro del campo: abandona la posición cuando debe mantenerla o se queda estático en el momento en que corresponde moverse. En su caso no se trata de obedecer o no las órdenes recibidas, sino de la dificultad para entender en cada instante lo que es más adecuado para el equipo, una característica propia de los centrocampistas: Müller tiene otras grandes virtudes, pero no esta. Pep insistirá todavía algunas semanas más, pero finalmente comprenderá que no es posible convertir al delantero en centrocampista.

Cuando el Manchester City se retira a la ducha, los jugadores del Bayern, que juegan dos horas más tarde que los ingleses, inician los *rondos*, convertidos ya en símbolo del equipo. El *rondo* fue la seña de identidad básica que Johan Cruyff implantó en el Barcelona, y no hay equipo en el mundo que lo practique con mayor calidad que el catalán. Ya hemos dicho que consiste en un círculo en el que los jugadores colocados en el exterior se pasan el balón a la máxima velocidad posible, normalmente al primer toque, evitando que los que están situados en el interior lo toquen. Cuando uno de los de dentro logra tocar el balón cambia su posición con el jugador del exterior que lo ha perdido. Naturalmente, los jugadores que están en el interior sufren y corren mucho más persiguiendo el balón que los de fuera pasándose el balón.

Los hombres del Bayern iniciaron los *rondos* el 26 de junio, en el primer entrenamiento con Guardiola, y en estas cinco semanas ha habido una evolución muy notable, como detalla Buenaventura: «En todos los ámbitos, no solo en los *rondos*, ha habido una gran evolución a lo largo de este primer mes. Todas las acciones que realizas en espacios reducidos y en las que hay una, dos, tres consignas que se han de desarrollar rápido y con intervención de todos los jugadores, tienen un aprendizaje costoso. Pero tanto en los *rondos* como en los juegos de posición y en las acciones de balón, ha habido una evolución muy grande».

Pese a ello, el mejor *rondo* en el Bayern todavía es aquel en el que participa el propio Guardiola. Por lo que dice y por lo que demuestra durante el ejercicio, el suyo acostumbra a ser el que mejor funciona. Con los meses, esta diferencia irá desapareciendo y los jugadores muniqueeses progresarán de forma inaudita. En la primavera de 2014, los *rondos* del Bayern alcanzarán un nivel excelente y se convertirán también en seña de identidad del equipo.

El entrenamiento matinal se limita a hacer *rondos*. Solo Thiago añade más trabajo y, al igual que ayer Schweinsteiger, realiza nueve series de setenta metros y recupera veinte segundos entre cada una. Busca completar su puesta a punto física. Al final añade siete *sprints* de cuarenta metros. Todavía cojea y aunque dice que le gustaría jugar el partido de la tarde, su rendimiento en la sesión de carreras que le ha impuesto Buenaventura muestra que no será así. Thiago estará hoy en la grada. Guardiola se rasca la cabeza: «No tengo centrocampistas. Solo Kroos está sano. Schweinsteiger todavía no puede hacer giros, a Müller no le va el puesto, Thiago está medio cojo. ¡Y suerte que le trajimos! Hoy le toca a Lahm jugar de interior...».

El comentario de Pep hace referencia a la imagen que se ha extendido de que estamos ante el «Bayern de los centrocampistas». A él le gusta esa idea, solo que por el momento no tiene disponibles a los centrocampistas que la puedan poner en práctica. Las lesiones han martirizado al equipo, y será mucho peor en las siguientes semanas, cuando la mayoría de jugadores caigan lesionados o se resientan de sus problemas. De hecho, Pep no podrá efectuar un entrenamiento con la plantilla completa y sana hasta... el 5 de febrero de 2014.

Los servicios médicos del Bayern son muy eficaces, pero Pep aún no se ha acostumbrado a su forma de trabajar. Por ejemplo, no hay ningún médico en los entrenamientos de Säbener Strasse. Si un jugador sufre un incidente los fisioterapeutas le atienden; si es algo serio, ha de trasladarse a la clínica privada del doctor Hans-Wilhelm Müller-Wohlfhart, en el centro de la ciudad. El doctor es una eminencia mundial y lleva más de treinta años en el Bayern. A pesar de ello, Guardiola está acostumbrado a disponer de médico en los entrenamientos y este asunto dará vueltas durante toda la temporada. Ayer mismo, el entrenador anunció en rueda de prensa que Mario Götze se incorporaría al equipo en dos días porque había recibido el alta tras completar una tanda de *sprints* sin dificultades; sin embargo, esta misma mañana le han comunicado que mejor esperar otra semana más. Al técnico le desconciertan estos cambios. Todavía no ha asimilado lo sucedido en la Supercopa alemana, donde no pudo disponer de Neuer ni Ribéry, quienes ya estaban recuperados cuarenta horas más tarde.

Las lesiones serán un compañero inseparable a lo largo de toda la temporada...

Múnich, 1 de agosto de 2013

El Manchester City marcó cinco goles en los primeros 35 minutos de partido. Fue asombroso, una máquina de rematar y golear. Pero en los seis minutos siguientes recibió tres goles del AC Milan. La debilidad defensiva del equipo de Manuel Pellegrini también fue sorprendente. El 5-3 que indicaba el marcador al descanso sería el resultado final de esta primera semifinal de la Audi Cup. El City había eliminado al Milan dejando en evidencia sus fortalezas y debilidades, las mismas que mostraría con claridad a lo largo de la temporada: una gran potencia de remate y mucha fragilidad en defensa. Un equipo con personalidad poco equilibrada.

En la segunda semifinal, el Bayern presentó casi su mejor equipo posible. Por supuesto, Neuer y Ribéry ya no mostraban signos de lesión. Pizarro entraba como delantero titular, lo que confirmaba que Guardiola no estaba muy satisfecho con el rendimiento de Mandžukić hasta la fecha, y Javi Martínez se estrenaba como defensa central tras el máster defensivo. No fue un partido brillante del Bayern, aunque dominó a placer al São Paulo brasileño, al que eliminó por 2-0 tras generar muchas ocasiones de gol. La actitud del Bayern convirtió al veterano portero brasileño Rogério Ceni en la estrella del partido al salvar doce remates de gol, y evidenció lo que se convertiría en un rasgo del equipo en los meses siguientes: una baja eficacia rematadora, algo inusual en el equipo.

Javi y Dante se pasaron el partido mirándose para proteger la línea defensiva y no dejaron de hablarse y corregirse. A Javi Martínez se le notó inseguro, pero Dante le valoró mucho: «Javi es un portento y es muy inteligente. Si en el futuro hacemos pareja, será muy cómodo compartir la defensa con él».

La final del torneo, programada para el jueves 1 de agosto, mediría por novena vez a Guardiola y Pellegrini: en los ocho enfrentamientos anteriores, el entrenador chileno solo había logrado un empate (3-3, en el Camp Nou cuando dirigía al Villarreal). El catalán había acumulado siete victorias. A pesar del balance tan favorable, Pep respeta y valora mucho al técnico del Manchester City: «Conozco mucho a Pellegrini y es un gran entrenador. Tiene jugadores fantásticos».

Sonó a frase hecha, pero en realidad encerraba mucha verdad: Guardiola tenía anotado al City como uno de los grandes rivales en la batalla por la Champions League. Todavía era demasiado pronto para hacer planes de futuro y Pep solo tenía en mente la Bundesliga y la Supercopa europea, pero si se le hubiera preguntado por los grandes rivales de la Champions no habría dudado en apostar por el City, el Barcelona, el Real Madrid y el Borussia Dortmund.

Le preguntaron por la reacción de Mandžukić cuando marcó el primer gol de las semifinales. El delantero croata, que había saltado al campo tras el descanso para sustituir a Pizarro, hizo un gesto desafiante hacia el banquillo: «Mandžukić es un gran jugador de área, un gran rematador. No me he dado cuenta de ninguna reacción suya tras el gol».

Hacía dos semanas que sus relaciones con Mandžukić pasaban por momentos de tensión. El delantero croata era muy valorado por sus compañeros por su capacidad para luchar, presionar y entregarse sin descanso en los partidos. Semejante agresividad también tenía su parte negativa: cuando en los entrenamientos se producían golpes o situaciones de tensión, a menudo estaba Mandžukić por medio. Guardiola y su cuerpo técnico tenían dudas sobre el croata, pero no por su forma de jugar al

fútbol. Admiraban su capacidad rematadora y lo mucho que aportaba al equipo dentro del área, pero al mismo tiempo se preocupaban por esa apariencia de enfado permanente contra el mundo en general y su poca voluntad por comprender un nuevo modo de jugar.

Robert Lewandowski, el delantero centro del Borussia Dortmund, flota en el ambiente como seguro fichaje del Bayern para la siguiente temporada, con lo que crece la sensación de provisionalidad alrededor de Mandžukić. El conflicto tiene poco que ver con el de Müller, cuya actitud es inmejorable y a quien solo hay que ubicar como atacante y no como centrocampista. En el caso de Mandžukić, su papel sobre el campo es excelente y lo que rechina es la actitud.

En Múnich se ha instalado la idea de que el Bayern jugará como el Barça. Hay tres factores para ello: el fichaje de Thiago, la disposición en 4-3-3 y el falso 9. Guardiola no tiene la menor intención de que el Bayern se parezca a su Barça, partiendo de que el tipo de jugadores es diferente. En cuanto al esquema de juego, simplemente se ríe de ello: «El sistema de juego son números de teléfono. No es lo más importante, no es significativo. Me gustan un tipo de jugadores que sepan jugar el balón y ocupar mucho el centro del campo. A nivel táctico estoy muy sorprendido del gran nivel de estos jugadores y de su capacidad de aprendizaje para el poco tiempo que llevamos».

En la sesión matinal de entrenamiento del 1 de agosto, Arjen Robben nos adelanta lo que sucederá en la final de la tarde: «Tengo las piernas pesadas, no puedo con el cuerpo...».

El Bayern juega media hora prodigiosa y después se funde. Mientras el Manchester City introduce nueve cambios con respecto al día anterior, el equipo de Múnich solo mueve dos piezas: Thiago entra por Rafinha y Müller, por Pizarro. De nuevo juega Javi Martínez como defensa central; Thiago y Kroos, como interiores y Mandžukić se queda en el banquillo. Podríamos decir que si Guardiola hubiese podido contar con Mario Götze, probablemente habría formado la alineación que más deseaba.

Durante 35 minutos, el Bayern es el que había soñado Pep: sale jugando con tranquilidad desde la defensa, atrae a los rivales, los supera por todas partes y se planta en el balcón del área del City con superioridad en el centro. En ese punto, el equipo suelta amarras y siembra el pánico con Robben y Ribéry, tanto por el exterior como apoyándose por dentro. Esa primera media hora es un festival de juego y de ocasiones: hasta nueve veces remata el Bayern a gol, pero vuelve a mostrarse sin puntería, lo que todavía es un pequeño detalle sin importancia, pero que en las siguientes semanas se convertirá en un problema casi crónico.

Guardiola está tan satisfecho con lo que ve que se limita a dar algunas indicaciones a Javi Martínez para que sea más agresivo al sacar el balón desde atrás y que lo lleve más allá del círculo central: le pide que intente atravesar las líneas rivales sin miedo. Por lo general, Pep es muy intervencionista desde el banquillo. Hasta que la afición y la prensa alemana se acostumbren, esas intervenciones encendidas de Guardiola les resultarán algo chocantes.

Gesticula tanto porque le puede la pasión. Es un enfermo del fútbol. Cuando se pone a hablar de este juego es capaz de perder el sentido del tiempo y que transcurran las horas sin darse cuenta. Esto puede suceder en cualquier momento. El asunto sobre el que debatir puede ser tan prosaico como el movimiento de un defensa lateral cuando se acerca el extremo del equipo contrario. En este caso, si se produce la oportunidad y no hay compromisos que lo impidan, es probable que Pep dedique muchísimos minutos a detallar esos movimientos. No lo hará de manera pausada: se pondrá en pie, empezará a agitar los brazos señalando las posiciones de los jugadores, marcará con los dedos en vertical cada nueva posición que han de cubrir, moverá los brazos a su espalda para indicar los espacios que quedan vacíos y, al cabo de un minuto, habrá explicado 40 movimientos que tienen lugar en esa única acción del juego.

Ocurre a diario en los entrenamientos. Se mueve, gesticula, agita los brazos, marca las líneas hipotéticas y describe con manos y brazos los posibles movimientos propios o del jugador rival. Los futbolistas del Bayern se están acostumbrando a este código de gestos y señales. Ya saben que cuando

busca corregir un movimiento, Guardiola llama al jugador y le expone el repertorio de gestos dinámicos y efusivos. Se abraza con el jugador, le agarra por los hombros para modificar su posición o se mueve a su alrededor, casi bailando, haciéndole indicaciones sobre una determinada acción del juego. Para felicitarlo por un buen movimiento, probablemente le dé un buen golpe en la espalda o una patada en el culo, algo que Robben comprobó enseguida.

Como futbolista que fue, sabe perfectamente que durante los partidos los jugadores no pueden oírle desde dentro del campo. Por esta razón, su lenguaje es de gestos: señala con los dos brazos a su espalda para indicar los huecos a cubrir o la línea defensiva que debe protegerse, y durante el 70% del tiempo de un partido da indicaciones de manera constante, siempre gesticulando.

Pero en esa primera media hora de partido contra el City, Pep permanece silencioso y quieto. Le gusta tanto lo que ve que no tiene nada que añadir, salvo la falta de puntería, claro está. A los 35 minutos, las piernas del Bayern dicen basta, como había predicho Robben, el City da un paso adelante y todo cambia. Los hombres de Pellegrini empiezan a presionar a Javi y Dante y encadenan ocasiones hasta que Negredo, a los 60 minutos, consigue el tanto inglés. En este punto del partido, Guardiola ya ha cambiado a sus tres centrocampistas y ahora juega en el medio con Kirchhoff, Lahm y Shaqiri, un trío inédito y sorprendente, que muestra que el «Bayern de los centrocampistas» todavía no existe.

El equipo muniqués remonta el partido y gana la final por 2-1 mostrando un rostro diferente al de la primera media hora, un rostro que no parece propio de Guardiola: envía muchos balones largos en diagonal a las bandas, centros al área y remates de cabeza. Es la primera vez en que Pep muestra que no le molesta en absoluto jugar con otro registro diferente al suyo habitual. Sin duda, prefiere el modo de jugar del primer tiempo, pero también empieza a sentirse cómodo con este otro. Se muestra satisfecho al acabar el encuentro: «Estoy contento con mis jugadores. Han trabajado todos muy bien, y gente como Schweinsteiger, Dante o Javi Martínez, con una sola semana de preparación, han rendido bien. La temporada será muy larga y podremos mejorar. Estoy sorprendido con el equipo: no me esperaba que hicieran tantas cosas tan bien. El fútbol alemán es muy diferente al del Barcelona y hemos de afinar cosas y encontrar asociaciones entre jugadores».

Se le vuelve a preguntar por Mandžukić, que ha entrado a la hora de partido y ha marcado el gol del triunfo. Al ser un amistoso Pep ha hecho siete cambios: «Es muy importante tener un delantero alto y fuerte delante. Su actitud es fantástica y el equipo lo necesita. Fue importantísimo para la victoria». Muchos meses más tarde, cuando ya es evidente que el delantero no continuará la próxima temporada, le pregunto a Pep por él: «Mira —me dice— yo iría a la guerra con Mandžukić porque cuando juega te ayuda como nadie: presiona y va a muerte. Pero cuando no juega, ay...».

También le preguntan por el rendimiento de Javi Martínez, que en esta fecha es considerado por Pep como la pareja titular de Dante en el centro de la defensa por delante de Boateng: «Estoy muy satisfecho con él. Ayer jugó muy bien y hoy ha sido más duro porque el City es un gran equipo. Javi lleva solo cinco entrenamientos y su condición no es buena, pero a base de minutos se irá coordinando mejor con Dante».

Guardiola se va del Allianz Arena con un mensaje que va más allá de las victorias: «Lo que hace grande a un entrenador es lo que finalmente dirán los jugadores de él. Si puedo convencer a estos jugadores para jugar de esta manera y sé ayudarles a crecer y mejorar aún más, estaré muy contento y será mi mayor satisfacción. Intentaremos hacerlo bien y no solo ganar títulos».

En el vestuario del inmenso estadio muniqués nos atiende Manuel Pellegrini: «No tengo ninguna duda de que Pep va a imponer su estilo en el Bayern. Es un estilo que va a gustar porque es de mucha posesión y buen juego. En la primera media hora, este Bayern me ha recordado al Barcelona por como ha tocado el balón y ha poblado el centro del campo. En ese rato, tuvieron mucha posesión de balón aunque no la transformaron en muchas ocasiones de gol, pero es indudable que el balón fue del Bayern, con lo que debemos aceptar que nosotros no lo hicimos demasiado bien: perdíamos muy rápido el balón

cuando lo teníamos, con lo que ellos lo recuperaban con mucha facilidad. Y, como sabemos, recuperar fácil y rápido es uno de los rasgos importantes de los equipos de Guardiola».

Ni uno ni otro imaginan que volverán a enfrentarse en menos de dos meses, nada menos que en la Champions League.

Múnich, 9 de agosto de 2013

«Ganar la Bundesliga. El objetivo de la temporada es ganar la Bundesliga», me recuerda Estiarte antes de empezar el campeonato nacional.

Pep estrena despacho en el Allianz Arena.

El vestuario de los jugadores es un rectángulo amplio de suelo gris con taquillas individualizadas de rojo intenso donde los futbolistas encuentran su ropa y calzado. Un sencillo banco de madera les permite sentarse. La foto de cada jugador corona su taquilla. Ribéry se cambia junto a Robben; Shaqiri, junto a Schweinsteiger; Neuer, junto a Starke y Javi Martínez, junto a Dante. En un extremo están las duchas, de azulejo blanco sencillo, sin la menor sofisticación. En el otro, las camillas de los fisioterapeutas. Más allá, tras una mampara translúcida, se sentaba hasta hace unos meses Jupp Heynckes.

Pep ha pedido tener un pequeño despacho separado del vestuario, y el club acaba de habilitarlo, a una docena de metros. Es un despacho cuadrado y sobrio, con una mesa negra sobre una alfombra roja, un pequeño sofá gris y las paredes totalmente desnudas. Solo un pequeño televisor y una pizarra blanca adornan el lugar. Antes de cada partido encontrará una cubitera con hielo refrescando una botella de agua. Al terminar se le habrá añadido una botella de vino blanco. No hay ningún papel sobre la mesa ni tampoco ordenador. Pep lo guarda todo en su portátil. Recuerda en tamaño y sobriedad al despacho que tenía en el Camp Nou, también separado del vestuario de los jugadores. Siempre ha querido estar fuera porque considera que es un espacio reservado a los futbolistas. De hecho, nunca entra en él, salvo en el descanso de los partidos, cuando plantea muy brevemente el análisis de lo que ha sucedido en el primer tiempo y lanza las propuestas para el segundo. Ni al empezar ni al terminar un partido se le verá en el interior del vestuario. Cuando era futbolista no le gustaba que sus entrenadores invadieran este espacio, y al pasar a ejercer de técnico ha querido respetar este principio.

Le gusta estar tranquilo antes de los partidos, lejos del bullicio del vestuario. Prefiere mantenerse alejado y concentrado mientras los fisios vendan tobillos y Lorenzo Buenaventura dirige el calentamiento, que siempre es breve e intenso. No dura más de veinte minutos y sigue un estricto protocolo de ejercicios. Solo cuando el partido está a punto de empezar Pep sale del despacho, recorre un breve pasillo blanco adornado con enormes fotografías de los futbolistas actuales (Alaba y Thiago son los primeros del pasillo), desciende veintidós escalones de un largo túnel y sube otros quince hasta el banquillo. Empieza su primera Bundesliga.

El campeonato alemán siempre lo inaugura en su estadio el ganador de la última edición. El Bayern recibe hoy al Borussia Mönchengladbach porque la Deutsche Fussball Liga ha considerado que no había rival más atractivo para el primer encuentro: se trata del equipo en el que Jupp Heynckes forjó su leyenda como futbolista, el mismo contra el que disputó su último encuentro como entrenador del Bayern. Dado que Guardiola sustituye a Heynckes, la Bundesliga ha pensado que no había mejor simbolismo que enfrentar a ambos conjuntos en el debut de Pep.

Para el estreno, Guardiola viste un impecable traje gris. Ha dejado en el armario las camisas de cuadros que utilizó en los últimos partidos, lo que indica que su esposa, Cristina, ya se ha instalado en Múnich. Bromharemos sobre ello durante varios días: la conocida elegancia de Pep es debida

fundamentalmente a su esposa, heredera del negocio familiar de tiendas de ropa Serra Claret de Manresa.

Para confeccionar la alineación que inaugurará el campeonato, Guardiola ha tenido en cuenta dos factores: las pequeñas molestias que Javi Martínez ha empezado a notar en la ingle izquierda y que desaconsejan situarlo como defensa titular; y que Thiago ha iniciado su pretemporada particular. El jugador llegó al Bayern prácticamente sin haber entrenado, forzó al máximo para jugar la Supercopa alemana y su condición física es precaria. Por sugerencia de Lorenzo Buenaventura, el centrocampista dedicará tres semanas completas del mes de agosto a ponerse en forma, con lo que hoy ni siquiera forma parte de la convocatoria. De nuevo con pocos centrocampistas, Guardiola ha de volver a recurrir a Müller para ocupar una plaza en la zona central del campo. Se resiste a hacerlo, pero no tiene más remedio, así que se estrena en la Bundesliga con el siguiente equipo: Neuer; Lahm, Boateng, Dante, Alaba; Schweinsteiger, Müller, Kroos; Robben, Mandžukić, Ribéry.

El Bayern compensa la tendencia atacante de Müller a base de colocar muy arriba al capitán Lahm. El equipo se sitúa en un 3-3-3-1, con Lahm, Schweinsteiger y Kroos en la línea del centro del campo. El inicio no admite dudas y en apenas 15 minutos el Bayern ya vence por 2-0. El gol inaugural es obra de Robben, que aprovecha con un toque sutil un *alley oop* de Ribéry para estrenar el campeonato cuando solo se llevan jugados 11 minutos. La formidable asociación *Robbery* no ha hecho más que empezar un nuevo capítulo. El segundo tanto es obra de Mandžukić. Llega tras una falta sacada por Robben desde el costado, defendida por ocho jugadores del Gladbach y atacada por solo tres del Bayern. Simboliza otra de las ideas de Guardiola: llegar al área en vez de estar en ella.

Con su equipo a pleno rendimiento, Guardiola recibe una sorpresa: no hay rival en la Bundesliga que no sepa contragolpear de manera eficiente. A la media hora de partido, Neuer tiene que salvar un remate formidable de Kruse y pocos minutos después, Dante remata a gol en propia puerta un centro de Arango. Neuer es batido por vez primera en el campeonato por un compañero. El resultado ya no peligrará, aunque la defensa bávara deje descontento al entrenador: en especial el lateral Alaba. Cada vez que un rival le ataca retrocede de forma inmediata y le permite penetrar en campo muniéndose sin la menor resistencia en lugar de presionarlo y saltar a por él para arrebatarse el balón. Es decir, hace justamente lo opuesto a lo que Guardiola les pide desde hace siete semanas: cortar los ataques desde la raíz, sin permitir que lleguen al área de Neuer. Uno de sus mejores defensas, el joven Alaba, parece haber olvidado todo lo aprendido. Tardará semanas en corregir el defecto.

El propio Alaba completa el marcador al transformar un penalti. Para entonces, el partido se ha convertido en un correcales, con ambos equipos corriendo arriba y abajo. Pep se rasca la cabeza sin parar porque esto no le gusta nada. Es lo contrario a lo que él propone: control y pausa hasta cruzar el centro del campo y después, velocidad y vértigo. Su Bayern, sin embargo, se ha transformado en un equipo que no controla ni el partido, ni el balón y se limita a correr atropelladamente. Le sirve para ganar al Gladbach cómodamente, pero deja en el entrenador catalán un sabor amargo: no es esto lo que espera de su equipo.

El Bayern ha de lanzar dos penaltis para conseguir el gol que cierra el partido (3-1). Primero lo hace el lanzador oficial, Thomas Müller. Ter Stegen le adivina la intención y desvía el disparo, pero el defensa español Álvaro Domínguez, autor de la primera infracción al golpear el balón con el brazo derecho, vuelve a desviar el esférico con el brazo izquierdo. Alaba transforma el nuevo lanzamiento en gol e inaugura una etapa en que los penaltis darán mucho que hablar en el Bayern.

Insatisfecho, Guardiola ha ganado en su debut en la Bundesliga, como hizo días atrás en el estreno en la Copa (0-5, en campo del BSV Rehden, en Osnabrück) y como hará el próximo domingo en un amistoso contra el campeón húngaro, el Györi ETO (1-4), en el que Mario Götze jugará sus primeros minutos. Después, los jugadores internacionales acudirán a la llamada de sus selecciones para disputar

el tradicional partido amistoso de mediados de agosto. Pep dedicará esos días a entrenar con los jóvenes del segundo equipo y a reflexionar sobre cómo corregir la dinámica de su equipo.

El segundo encuentro de la Bundesliga no irá mucho mejor. El Bayern vencerá en Frankfurt al Eintracht (0-1, con una volea majestuosa de Mandžukić), dominará gran parte del encuentro y sumará su partido número 39 de liga marcando algún gol. Aunque supera el récord del club con 27 partidos consecutivos sin perder (récord que data de la temporada 1985-1986) sigue concediendo muchas transiciones ofensivas al equipo rival sin mostrar capacidad para frenar desde el inicio sus contraataques.

Esta vez Guardiola prueba a Shaqiri en el centro del campo, junto a Schweinsteiger y Kroos, pero tampoco logra el control permanente del juego. Aunque el Bayern asalta por momentos la meta local, defendida de maravilla por el meta Kevin Trapp, regala demasiados contragolpes y se muestra frágil en defensa. El entrenador no está nada contento pese a los buenos resultados. El Bayern mantiene la capacidad de aplastar al rival: es un equipo que corre rápido y directo a portería, pero todavía no consigue marcar el ritmo preciso en cada momento. Si Guardiola insiste en el control del ritmo es porque en su idea del fútbol pretende reducir al mínimo la intervención del azar. El azar siempre existirá, así como siempre habrá un error, un rebote o una acción inesperada, pero Pep busca limitarlos al máximo: que su equipo recorra unos circuitos predeterminados que aporten seguridad absoluta a los jugadores y reduzcan los riesgos a la mínima expresión.

Por esta razón insiste en conceptos como salir jugando desde atrás o presionar desde la raíz el inicio de un contragolpe contrario. Salir jugando desde atrás no consiste en pasarse el balón, sino en avanzar juntos. De momento, el Bayern solo se pasa el balón: de defensa a defensa, casi siempre en horizontal, a un lado y a otro, dibujando una *u* que transcurre de Lahm a Boateng, de este, a Dante y de Dante, a Alaba. A veces, con Schweinsteiger entre los cuatro: entonces son cinco los que se pasan el balón, pero el equipo no avanza y el balón y los jugadores no empujan al mismo tiempo al rival hacia atrás. Salir jugando desde atrás implica ser más agresivo y valiente: coger el balón y atravesar las líneas rivales sin miedo al vacío que queda detrás, y hacerlo todos juntos.

Esto es condición *sine qua non* para Guardiola. Lo aprendió de Johan Cruyff. «Si sales bien —decía el genio holandés—, puedes llegar a jugar bien. Si no lo haces, no hay ninguna opción.» Cruyff siempre creyó que el equilibrio en el juego reside en el control del balón. Si pierdes pocos balones serás un equipo equilibrado. Para Pep, esto es un precepto. Quiere que su equipo salga jugando, que sus hombres jueguen juntos, que sean agresivos y atrevidos, sin miedo a cruzar las líneas defensivas del rival, y que, además, no pierdan el balón. Guardiola pide mucho. De hecho, lo quiere todo.

Se va de Frankfurt con desazón. Siente que todavía le queda muchísimo por construir. Los jugadores empiezan a dar signos de que comprenden lo que el entrenador quiere, pero aún no aciertan a ejecutarlo de una manera continuada y constante. Si salen jugando, quizás no son capaces de presionar arriba y evitar contragolpes. Si se concentran en no perder el balón, pierden agresividad. Guardiola se rasca la cabeza sin parar. Es su forma de mostrar una gran preocupación. Cuando regresa a Säbener Strasse, un miembro del cuerpo técnico le recuerda lo que hablaron hace 10 días: «Ganar la Bundesliga. El objetivo de la temporada es ganar la Bundesliga».

Hay varios desafíos en el horizonte, pero un único objetivo.

Momento 22

La cena iniciática

Múnich, 24 de agosto de 2013

Pep engulle un tazón de puré de patatas. Lo come con fruición. Parece que no haya comido nada desde anoche y, al preguntárselo, mueve afirmativamente la cabeza, con lo que confirma que los días de partido es incapaz de probar bocado.

Diluvia. Es sábado por la noche. Estamos cenando y han llegado las primeras visitas: unos amigos de Nueva York y otros de Barcelona. Todos ellos han asistido en el Allianz Arena al triunfo del Bayern sobre el Nürnberg, en el áspero derbi de Baviera. Ha sido un partido raro, de sensaciones ambivalentes. Ha debutado Götze y Thiago se ha lesionado de gravedad. Acaba de telefonar para pedir que le esperemos para cenar, pero a los 10 minutos vuelve a llamar para advertir de que no puede, que le duele demasiado el pie como para salir a la calle y se queda en el hotel. En las siguientes horas deberá ser operado del tobillo.

El Bayern ha jugado un primer tiempo horrible, atezado. Parecía que los jugadores querían gustarle a Pep a base de pasarse el balón, dice uno de los comensales. Y de inmediato el entrenador dispara una de sus grandes explicaciones: «Es que yo odio eso de pasarse el balón porque sí, eso del tiquitaca. Eso es una porquería que no sirve para nada. Hay que pasarse el balón con una intención, con la intención de hacer gol en la portería rival, no pasar por pasar».

Los tres hijos de Pep y los dos del matrimonio de Nueva York también tienen hambre, pero se conforman con el puré de patatas servido de aperitivo. Hay que esperar, ha dicho el padre, porque llegan los primeros amigos de Barcelona. Es la primera visita, al margen de familiares, exactamente dos meses después del desembarco en Múnich. Resulta sorprendente y es un signo más del desapego profundo que se ha creado entre la Barcelona que idolatraba a Guardiola y el entrenador. Podía esperarse una avalancha de amigos o conocidos viajando a Múnich para ver a Pep, pero apenas hoy han llegado los primeros y lo hacen con timidez, casi de incógnito. Esto se repetirá a lo largo de toda la temporada, tanto entre los amigos y conocidos como entre la prensa catalana y española, que no está lo bastante estimulada por la situación como para desplazar periodistas hasta Múnich y conocer de primera mano las vivencias del entrenador.

La cena está marcada por las explicaciones de Pep. Se habla de las similitudes y diferencias entre el Barça y el Bayern. Al entrenador catalán le sirve para liberarse de sus cavilaciones de hace dos meses. El partido contra el Nürnberg ha sido el caldo de cultivo perfecto para ello: horrible al principio, explosivo al final. Todos los comensales quieren saber qué les ha dicho a sus jugadores en el descanso para que se haya producido semejante cambio. «Poca cosa. Cuatro palabras: “¿A qué estáis jugando?”», aclara Guardiola.

Les ha dicho que se desaten, que se liberen, que él no les ha insinuado ni una sola vez, en los dos meses que llevan juntos, que deben jugar como el Barça. Les ha recordado que nunca les ha pedido que jueguen de esta manera para agradarle a él, que a quien deben agradar es a los 71.000 aficionados que llenan el Allianz siempre, en todos los partidos. Pep solo ha pedido a sus jugadores que sean ellos mismos, sin timidez.

«Solo quiero que avancen juntos unos metros al principio para que, si perdemos el balón, no nos pillen separados. Cualquier equipo alemán te lanza un contraataque que te deja sin respiración, y si

somos un equipo muy separado, nos harán ocasiones. Es lo único que quiero: que Dante lance una diagonal larga a Robben, pero que no lo haga desde nuestra área, sino cuando ya esté llegando al centro del campo. Si entonces Robben pierde el balón, estaremos todos bastante cerca de él y recuperaremos sin problema. Pero si Dante lanza el pase demasiado pronto, desde nuestra área, y Robben pierde la pelota, patapam, seguro que nos contragolpearán», explica.

Pep se expresa con la misma profusión de gestos que en el banquillo. Por momentos, parece que se levantará de la silla y nos ordenará formar sobre un terreno de juego imaginario en el restaurante. Toma del brazo al amigo americano y le dice: «Es que Bastian [Schweinsteiger] es puro ADN Bayern. Se le nota a cada segundo que el cuerpo le pide ir arriba y abajo. Eso me gusta». «Pero en este caso —le interrumpe uno de los amigos barceloneses—, ¿cómo se compagina la pausa inicial con dicho ADN alemán...?» Guardiola responde: «Cuando ya hayan avanzado juntos hasta el centro del campo, entonces quiero que sean más Bayern que nunca, que se desaten, que saquen su ADN de siempre, que corran, que se liberen. En esto son unos monstruos. Les gusta correr, les encanta. Y a mí me encanta que lo hagan. Que corran. Que abran a las bandas y centren. No para rematar a gol, que es difícil lograrlo de primeras, sino para aprovechar el rechace, para la segunda jugada, que es la peligrosa. Si estamos juntos, los rebotes serán también para nosotros y ahí es donde haremos daño de verdad porque pillaremos a los defensas a contrapié. Esto es lo que les he dicho y es lo que quiero».

Ha sonado a irreversible declaración de intenciones y a principios fundamentales de su modelo de juego. A medida que transcurre la cena, y aunque hay abundantes paréntesis para recordar momentos puntuales de sus cuatro años en el Barcelona, Guardiola va desgranando sus ideas sobre el futuro juego del Bayern. Está aprovechando el momento para exponer su modelo de juego, una vez ha tomado plena conciencia de dónde está y cómo son los jugadores a su mando. Estamos asistiendo a una cena de carácter iniciático.

El técnico considera inviable y absurdo cualquier intento de replicar el modelo de juego del Barça. Reivindica el papel histórico de Johan Cruyff en el Barcelona y también la importancia de los entrenadores *ascensoristas* en el club catalán, aquellos que ayudan a los jóvenes talentos a subir al primer equipo: a los valientes que alinean a chicos jóvenes. Se enorgullece de sus sentimientos: «Soy del Barça y siempre lo seré», afirma.

Esto no significa que vaya a volver a entrenar al Barcelona. De hecho, si uno tuviera que apostar diría que el futuro de Pep como entrenador está en el Bayern, más adelante en Inglaterra y quizás, en unos 8 o 10 años, en un fin de fiesta, en una selección. No apunta a ser un recorrido muy largo, y la familia parece haber acordado que así sea: breve, pero intenso. En este hipotético recorrido profesional del próximo decenio, el banquillo del Barça no parece tener ninguna opción, aunque en esta vida nunca puedas decir nunca jamás. Pero ahora, en agosto de 2013, un regreso al Barça se antoja imposible. También se hace difícil ver a Pep en una posición diferente a la de entrenador, la que de verdad le apasiona. Cuando se le mencionan otros puestos, como director deportivo o presidente, no muestra ningún sentimiento, como si esos cargos no encontraran sitio en su mente de entrenador. Tampoco las referencias al entorno del Barça le hacen mella: «Olvida el entorno. Tal como lo han montado, en el Barça solo hay dos opciones: eres poder o no eres poder. Y contra mi deseo, me han obligado a escoger».

Antes de regresar mentalmente a su Bayern, Pep aún tiene otro recuerdo para el Barça. Se refiere a aquella dramática semifinal de Champions League contra el Chelsea en 2012, en la que el Barcelona remató 46 veces contra Petr Cech (23, en la ida y otras 23, en la vuelta), pero fue eliminado. El Chelsea pasó a la final, que jugó en el Allianz Arena contra el Bayern, al que venció en la tanda de penaltis.

«Aquel día me equivoqué. Después lo he pensado mil veces. Les dije a los jugadores que centrasen al área, pero no supe precisarles bien lo que quería: no buscaba el remate de primeras, sino recoger un rebote y, pam, hacer el gol en segunda jugada. No conseguí que entendieran las instrucciones exactas. Si

les hubiera explicado bien que debíamos ir a buscar el rebote, creo que habríamos pasado a la final...», se lamenta.

Esto le lleva de vuelta al Bayern y a las segundas jugadas dentro del área: «Tengo que conseguir que los jugadores se liberen para que puedan correr y mostrar todo lo que tienen. Yo tengo que adaptarme a ellos y no al revés. No quiero que jueguen a algo que, en teoría, dicen algunos, me gustará a mí. Lo que a mí me gusta es que los jugadores jueguen felices y alegres».

El segundo tiempo del derbi contra el Nürnberg ha sido un ejemplo de lo que Guardiola desea para el Bayern: ha sido un vendaval. Se ha contabilizado una llegada por minuto al área rival, no una ocasión de gol, sino una llegada al área. Ha sido una marea desbocada en la que hemos empezado a percibir los primeros trazos del dibujante Pep. Ha plantado a sus defensas en el círculo central y desde ese punto les ha quitado las riendas a sus futbolistas, que han jugado al galope tendido. Han llegado a la portería rival diez, veinte, veinticinco, hasta 32 veces en 45 minutos: son la avalancha múniquesa. Este es el idioma del Bayern.

En su cabeza se desata definitivamente la idea de construir un sello del Bayern en el juego, diferente al sello del Barça. Guardiola está en plena transición entre el «idioma» del Barça y el «idioma» del Bayern. Empieza la construcción de un «idioma» propio a partir de una raíz común: el propio Pep. No es cuestión de acentos y matices, sino algo mucho más profundo y que aún desconocemos. Parece que Pep haya optado por ejercer una soberanía que le pertenece, pero que permanecía adormilada bajo décadas de juego y pasión barcelonista.

No puede jugar como el Barça. No debe hacerlo. Hoy dice, sencillamente, que no quiere. Se espera de él que aporte al Bayern solidez estructural en el juego. Por más triple campeón que haya sido, sus victorias deben conceder poco margen al azar y la coyuntura. De Pep esperan que trace conjuntamente con los actuales futbolistas, y los que llegarán, un camino definible, nítido e irrevocable, por el que transiten sin discusión ni duda, sin temor ni contradicciones: el camino del idioma común del Bayern.

Ahora, fuera del Barça, la casa madre, lejos de aquella Capilla Sixtina, pincel en mano, empieza a dibujar unos trazos diferentes. La catedral múniquesa es un gigantesco lienzo en blanco. Durante décadas se han celebrado grandiosos triunfos en la sede del Bayern, pero si los orgullosos y triunfales bávaros llamaron a Pep no fue por capricho, sino para obtener de él la identidad futbolística, el sello, el camino, el «idioma» que les hiciera reconocibles y hegemónicos. Hoeness, Rummenigge y Sammer sabían muy bien lo que querían de esta tercera fase. No solo buscaban la luminaria, la guinda, el diamante de la corona; querían al dibujante que se enfrentara al lienzo en blanco. No buscaban al Pep del Barça, sino al Pep del Bayern, el que aún se está construyendo a sí mismo. Estamos, no nos engañemos, ante dos procesos paralelos: mientras Guardiola reformatea al Bayern en esta conocida tercera fase del juego, se reconstruye a sí mismo fuera del caparazón del Barça. «Yo solo busco dotar a mis jugadores de unos principios de juego que reduzcan los riesgos al mínimo y potencien sus virtudes al máximo», dice el técnico.

Guardiola se está comiendo unos *linguini* a la trufa. Sus cenas pospartido son pantagruélicas ya que durante el día no prueba bocado. Incluso un amistoso le pone tenso, y es incapaz de comer. Solo consigue beber agua, botellín tras botellín. Por lo tanto, se desquita cenando. Ha engullido un tarro completo de puré de patatas; una ensalada de tomate y *mozzarella*; media docena de *rostbratwurst* con chucrut, la legendaria salchicha de Nürnberg; los *linguini* con trufa y en breve atacará un solomillo jugoso. Nada de esto le impide hablar por los codos. Anda desatado, como sus jugadores sobre el césped del Allianz Arena contra el Nürnberg. Cada minuto lanza una nueva idea y gesticula sin levantarse del asiento, aunque el cuerpo le pide ponerse en pie y casi gritarnos nuevas instrucciones dentro del restaurante.

El «idioma» del Bayern será sencillo de comprender: avanzar juntos a partir de Neuer, tranquilos y sin prisa, pero sobre todo agrupados, y una vez cruzado el centro del campo, zafarrancho de combate,

fuego a discreción. Cuando el Bayern se sitúe en el balcón del área, habrá que mandar el balón a las bandas como es costumbre en el Barcelona, pero no para devolverlo hacia dentro y resolver con una penetración del juego interior, sino para centrar balones. Ya hemos dicho que no busca tanto el gol de remate directo como cazar todos los rebotes y sentenciar en segunda jugada. Para eso, el grueso de los jugadores deben estar apostados en la frontal del área, juntos y agrupados, sea para ese remate decisivo o para cortar desde el inicio cualquier eventual contragolpe.

Todo esto ya venía dicho desde la concentración en el Trentino italiano, a principios del mes de julio, pero entonces apenas era un esbozo, un dibujo a lápiz. Hoy, Pep ya nos ha enseñado las pruebas a color, ha levantado la lona que cubre las primeras pinturas en la capilla múniquesa. Nos ha dicho: este es el camino, este es mi idioma. Mi idioma para el Bayern.

Cuando Pep se hizo cargo del Barça en 2008 tomó entre sus manos un equipo hundido y desanimado, pero cuyo juego no admitía dudas. Los equipos del Barça llevan veinticinco años jugando bajo el paraguas que abrió Cruyff, en todas las categorías, especialmente en las edades más jóvenes. Todos parten de la misma idea, del mismo concepto, se distribuyen según el mismo esquema de juego, se entrenan con idéntica metodología, desarrollan el mismo modelo de juego, aplican variantes similares y, en definitiva, juegan igual. Por término medio, un futbolista de la cantera barcelonista que llega al primer equipo habrá estado entre 12 y 15 años interpretando el mismo tipo de juego, lo habrá practicado unas 6.000 horas como mínimo, y añadirá otras 4.000 más adelante. Por lo tanto, además de su talento natural habrá moldeado una personalidad futbolística a partir de lo que denominamos «idioma» del Barça. El suyo será un juego construido, premeditado, diseñado, pautado. Es cierto que será un estilo muy automatizado por tantos años de repetición sistemática, lo que le causará dificultades si ha de abandonar el Barça para ir a otro equipo que practique un fútbol más generalista. El del Barça es absolutamente especial y específico. Y esto es así al margen de triunfos o derrotas. Fue así en épocas oscuras y también cuando el *Pep Team* ganaba todo lo que disputaba. El «idioma» futbolístico existe independientemente de los éxitos, aunque son los éxitos los que le dan proyección.

En el Bayern ha habido éxitos enormes, pero no «idioma». Los éxitos vienen de lejos, desde Beckenbauer y Gerd Müller. Como dejó escrito el inglés Gary Lineker en aquella célebre frase: “En el fútbol juegan once contra once y siempre ganan los alemanes”. Son victorias aplastantes: las tres Copas de Europa consecutivas en los años 70; los veintidós títulos de Bundesliga previos a la llegada de Guardiola; el triplete excelso de Heynckes... Se trata de un palmarés grandioso y cuenta con un ramillete de jugadores sensacionales. El Bayern es historia viva y piedra fundacional del fútbol mundial, pero, ¿cuál es su identidad futbolística? Porque el deseo inagotable de ganar es una virtud colosal, pero no es una señal de identidad en el juego, sino en el carácter, algo muy distinto.

Algunos de los más importantes futbolistas de la historia del Bayern, Uli Hoeneß y *Kalle* Rummenigge, decidieron que había llegado la hora de construir dichas señales de identidad, el «idioma» del Bayern, las pinturas de la capilla múniquesa. Para eso llamaron a Guardiola. No le dijeron: haznos jugar como el Barça. Le dijeron: queremos seguir ganando, ganar aun más y más a menudo, pero hacerlo de una manera reconocible, que la gente diga: así juega el Bayern.

Y hoy, Pep ya lo tiene claro. Todavía no los detalles, pero sí las grandes ideas. Y levantándose de la cena, con la pequeña Valentina en brazos, ya medio dormida, continúa muy agitado, consciente de lo mucho que le queda por hacer. «Tengo que hablar con Müller mañana a primera hora. Tengo que preguntarle por qué narices no juega siempre como hoy...», dice.

Continúa: «Tengo que hablar con Ribéry. Él siempre me dice que disfruta más dando una asistencia que marcando un gol, pero hoy ha disfrutado como una bestia marcando el gol contra el Nürnberg. He de conseguir que el gol sea su prioridad...».

Y sigue, ya en la calle: «He de encajar a Götze y a Thiago en esta manera de jugar. Es lo más difícil y aún no sé cómo. Pero he de conseguirlo... Götze y Thiago son claves...».

Ha dejado de llover y sobre la acera de la Maximilien Strasse, el padre pasea en brazos a su hija dormida mientras sigue hablando de diagonales, de centros y de futbolistas liberados para correr.

El restaurante de los jugadores

Múnich, 25 de agosto de 2013

Se acostó tarde y se ha levantado pronto. A las ocho de la mañana está leyendo el informe que le ha pasado Mona Nemmer, la nutricionista. Está enfadado. Solo cuatro de los 14 futbolistas que jugaron ayer contra el Nürnberg cenaron en el restaurante de jugadores del Allianz Arena. Para Guardiola, este es un asunto prioritario porque la completa recuperación fisiológica del esfuerzo exige una buena alimentación en los minutos posteriores a la finalización del partido. Evidencias científicas estiman que en la hora posterior a un partido es necesario ingerir los nutrientes necesarios. Es lo que se llama «ventana metabólica». Otros estudios la amplían hasta las dos horas e incluso algo más. En cualquier caso, una buena ingesta de hidratos de carbono y cierta cantidad de proteínas es imprescindible para recuperarse bien y afrontar la sucesión interminable de partidos cada tres días.

Tanto Guardiola como Lorenzo Buenaventura y, por supuesto, Mona Nemmer, se lo han explicado varias veces a la plantilla. Sin embargo, tras el partido contra el Nürnberg solo cuatro jugadores cenaron en el estadio. Los otros pasaron por el Players Lounge, el restaurante de los jugadores, pero incumplieron las recomendaciones nutricionales, y Pep se ha irritado. No concibe que un futbolista profesional desatienda estos aspectos que pueden marcar las diferencias en una temporada larga. Ya hemos explicado en páginas anteriores que una mala alimentación tras los partidos puede reducir seriamente el rendimiento del jugador cuando debe disputar partidos de manera tan continua e incluso aumenta el riesgo de lesión en un 60%.

El Players Lounge está situado en la segunda planta del Allianz Arena. Es un restaurante amplio, con capacidad para unas doscientas personas, al que solo se puede acceder con una invitación muy especial. Para llegar a él hay que atravesar el restaurante de los *sponsors*, un recinto de tamaño gigantesco que recorre toda la tribuna principal del estadio. Cada *sponsor* del Bayern dispone en dicha zona de mesas reservadas para sus invitados, que disfrutan de un *catering* lujoso que sirve el club. El Sponsors Lounge se llena de invitados que comen antes de los partidos y cenán después. Estos encuentros se acaban convirtiendo en grandes eventos sociales, ruidosos y alegres.

En una esquina medio oculta de este restaurante se halla la puerta de entrada al Players Lounge, discretamente custodiado por vigilantes que no permiten entrar a nadie que no vaya provisto de la invitación oficial. Cada jugador o miembro del cuerpo técnico dispone de dos invitaciones para ver el partido y entrar en el Players Lounge, dado que el aforo del Allianz Arena está completamente vendido para toda la temporada. El restaurante de los jugadores es un remanso de paz que contrasta fuertemente con el de los patrocinadores: se respira calma, aunque los niños más pequeños siempre se atreven a romper las normas y acaban pidiendo autógrafos o fotografiándose con sus futbolistas preferidos.

Una vez duchados, los jugadores abandonan el vestuario, cruzan la zona mixta donde les esperan los periodistas para preguntarles acerca del partido, recorren un pasillo interior y suben en ascensor hasta la puerta de su restaurante. Allí les esperan familias y amigos. Disponen de un bufé especial que destaca por su sobriedad: dos variedades de sopa, dos platos de pasta italiana, queso parmesano, arroz, ensalada, tomate, un plato de carne, otro de pescado, fruta y, por lo general, pequeñas porciones de *apfelstrudel*, una típica tarta de manzana.

Sucede que hay jugadores que no tienen hambre inmediatamente después de terminar el partido, sea por la fatiga o por la tensión nerviosa. Otros prefieren comer un poco de queso y esperar un par de horas para ir a cenar a algún restaurante de Múnich con su pareja. Por unas razones u otras, ese día solo cuatro cenaron en el estadio; el resto lo hizo más tarde. Esto molesta a Pep, que piensa que en la cumbre del deporte hay que cuidar hasta el detalle más mínimo.

El propio Guardiola cena habitualmente en el Players Lounge, salvo en ocasiones excepcionales como anoche, a causa del compromiso con los amigos, o la tarde en que se disputó el clásico entre el Barça y el Real Madrid y se despidió rápidamente de los jugadores para irse a casa a ver el partido por televisión. Pero, en general, entrenador y familia comparten las dos horas posteriores a los encuentros en el restaurante privado junto al resto de plantilla y amigos.

Es uno de los momentos en que puede verse al Guardiola más espontáneo y locuaz, nada que ver con su aspecto concentrado y serio del entrenamiento previo a los partidos, ni al introvertido y tenso de los minutos anteriores al encuentro. Es un Pep parlanchín, tanto si el resultado ha sido bueno como si no, que explica y argumenta lo sucedido con su gesticulación característica. Su protocolo tras los encuentros es invariable: atiende a la televisión y comparte unos minutos con el entrenador rival, a la espera de que empiece la rueda de prensa conjunta. En Barcelona acostumbraba a invitar al entrenador rival a una copa de vino en su despacho, pero en Múnich lo ha sustituido por esa charla en el pasillo que da paso a la sala de prensa, entre otras razones porque el horario de los partidos en Alemania permite al equipo visitante regresar a casa el mismo día y no se trata de hacer perder el avión al otro técnico.

Después de la conferencia de prensa conjunta, Pep conversa en su despacho con Hoeness, Rummenigge y Jan-Christian Dreesen, director financiero del club, a quienes les encanta desmenuzar los detalles tácticos del partido. Esas charlas son prolongadas, y habrá días en los que, una hora después de que el árbitro haya señalado el final del encuentro, Pep y Uli seguirán charlando sobre el juego del equipo. Para cerrar la tarde, Guardiola subirá hasta el restaurante de jugadores para cenar con Cristina y sus tres hijos, aunque a menudo se detendrá en las mesas de jugadores y amigos y mostrará su versión más amigable y espontánea, al tiempo que irá picando comida en cada mesa: aquí, un poco de queso; allá, unas patatas fritas... Es entonces cuando aparece el Guardiola más analítico, el que te describe en pocas palabras, pero muy intensas, los errores o aciertos de su equipo: «Bah, ¡¡Lahm es un escándalo!! Es inteligentísimo, entiende el juego de maravilla. Sabe jugar por dentro y por fuera. Es la hostia este tío...», dice.

La que concluye ha sido la primera semana normal por dos razones: no ha habido partido intersemanal y, por fin, se acabaron las sesiones dobles de entrenamiento. De hecho, esta habrá sido una de las dos únicas semanas, entre julio y Navidad, sin partido en medio, sea del Bayern o de las selecciones nacionales. De las veintidós semanas que habrán compuesto la primera parte de la temporada oficial, solo dos habrán estado limpias. En Alemania se emplea el término *Englische Woche* (semana inglesa) para definir la disputa de dos partidos semanales. Bien, pues veinte de las veintidós semanas habrán sido «inglesas».

El cambio también ha sido notable por la disminución de los entrenamientos. Hasta ahora, el cuerpo técnico llegaba a Säbener Strasse a las ocho de la mañana y no abandonaba la ciudad deportiva hasta las nueve de la noche, dada la doble sesión de entrenamiento diario. Pero esta semana ya han abandonado el hotel y cada uno se ha instalado en su domicilio con la familia. Los hijos de Pep han empezado el colegio. Entran a las nueve de la mañana y salen a las cuatro de la tarde, y empieza a respirarse normalidad y sensación de estar en velocidad de crucero.

Guardiola aprovechó el lunes pasado para visitar el campo de concentración nazi de Dachau, localidad próxima a Múnich. Él y Cristina tenían dudas sobre si los niños debían acompañarles en una visita tan cruda, pero finalmente acudió la familia al completo junto a Manel Estiarte para conocer en persona uno de los ejemplos de la crueldad humana. Como temían, los niños pequeños durmieron mal y

tuvieron pesadillas aquella noche, pero el matrimonio Guardiola consideró que la experiencia fue muy instructiva.

Pep hizo más cosas esa semana, la última en la que iba a tener cierto tiempo libre hasta Navidad. Acudió a la Pinacoteca, jugó al golf, participó en el anuncio de la cerveza que patrocina al Bayern, vestido con el *Lederhose* (pantalón corto con tirantes típico de Baviera), y paseó por Múnich. «Es un poco sorprendente poder pasear libremente por la ciudad y los restaurantes sin que me digan nada. La gente aquí es extraordinaria por lo mucho que te respeta y te deja en paz», afirma.

Ante la pregunta acerca de su asistencia al rodaje publicitario vestido como un bávaro, Pep bromea. Dice que a Cristina le ha gustado cómo le sentaba el *Lederhose* y apunta su política de actos promocionales en el Bayern: «No supone ningún problema porque lo que es importante para el club también lo es para mí. En el Barça tenía pocas citas de este tipo, pero no estoy aquí para comparar clubes. Cada club tiene su cultura y su forma de ser. Es igual lo que sucediera antes. Lo que importa es lo de ahora. Yo debo adaptarme al Bayern, y el Bayern ha de aceptar mi trabajo en el campo y el despacho. Hemos de ver lo que le da sentido al club y trabajar para dar al equipo todo lo que necesite».

Pep está acostumbrándose a las formas de hacer del Bayern, que son bastante diferentes a las del Barcelona. La revista oficial del Bayern titula así un artículo: «*Optimaler Start, aber...*» (Inicio óptimo, pero...), y el entrenador empieza a comprender que la autocrítica en el club forma parte del espíritu general y debe ser entendida como parte intrínseca del carácter bávaro.

El derbi contra el Nürnberg le había dejado dos sensaciones opuestas: la horrible del primer tiempo y la avasalladora del segundo, en la que el Bayern llegó al área rival una vez por minuto.

«Esta semana hemos podido trabajar bien. Cuando atacamos es importante defender y cuando defendemos es importante saber cómo atacar. El fútbol es atacar y defender. Se trata de atacar mucho y conceder muy pocas ocasiones al rival. Contra el Eintracht en Frankfurt ya lo hicimos mejor, aunque concedimos alguna ocasión al final. Lo hemos hablado mucho con los jugadores durante la semana y se está notando», relata.

El derbi bávaro ha dejado algunos datos estadísticos notables: la victoria por 2-0 con goles de Ribéry y Robben, que parecen competir por quién está en mejor forma, suponía el vigésimo octavo partido consecutivo sin perder en la liga y se había saldado con un 81% de posesión de balón para el Bayern, récord histórico de la Bundesliga. Pep no hizo demasiado caso al dato durante la cena de anoche. También había dejado una huella más para la pequeña historia de los penaltis: el portero Schäfer había detenido el lanzamiento de David Alaba a la media hora de partido.

Mientras cae la lluvia sobre esta mañana de domingo en Múnich, Guardiola toma notas sobre nutrición preparando la charla que dará a sus jugadores dentro de un rato. Le ha costado dormir, como casi siempre después de un partido. Ha repasado una y otra vez los defectos que advierte en sus jugadores: han mejorado, pero todavía no son capaces de evitar desde el principio los contraataques del rival, su obsesión actual; son demasiado blandos y estériles en el inicio del juego, y caen en esa tontería del tiquitaca intrascendente; y no acaban de liberarse del todo, no terminan de romper a jugar como saben y pueden. Tiene que hablarles de todo esto en la charla de esta mañana.

Y una cosa más: tiene que reflexionar mucho para ver cómo encaja a Götze y Thiago en este modelo de juego. Claro que Thiago va a ser baja durante mucho tiempo...

Múnich, 25 de agosto de 2013

No imaginaba que la mañana de domingo le traería dos malas noticias. Llueve, y mientras centenares de aficionados se agolpan en silencio en los alrededores de los campos de Säbener Strasse formando un enjambre de paraguas desplegados, Guardiola reúne a su plantilla en el salón de la planta superior de los vestuarios. Es una sala muy amplia, habilitada como cine, que se emplea habitualmente para las charlas previas a los partidos. Hoy toca charla posterior, con dos temas: alimentación y juego. Dice Pep: «Ya os he explicado dos veces la importancia de cenar como máximo una hora después de los partidos. También lo ha hecho Mona, pero ayer comprobamos que casi ninguno lo hacéis. Solo cenasteis cuatro. Yo entiendo que todos preferís marcharos del estadio y salir con vuestra pareja a vuestro restaurante preferido, pero si jugamos cada tres días la única manera de recuperarnos fisiológicamente es esta. Cuando jugamos fuera del Allianz no hay problema: ducha, autobús y plato de pasta. Pero en el Allianz es obligatorio y no lo diré más. Hay que cenar como máximo una hora después del partido, y como sois profesionales del más alto nivel confío en que lo haréis a partir de ahora».

Tarda menos de cuatro minutos en exponer el asunto. Y emplea los siguientes cinco en hablar del juego: «Segundo asunto: liberaos. Liberaos. Sed vosotros mismos. Yo solo quiero que avancéis juntos al principio, pero una vez estéis arriba, mandad una diagonal al extremo para que este centre al área y, chicos, todos al rebote. Sed vosotros mismos. Sois los mejores haciendo esto. Hacedlo. Sacad vuestro ADN y corred cuanto queráis, pero hacedlo una vez cruzado el centro del campo. Y quiero deciros otra cosa...».

A continuación les aclaró: «Yo odio el tiquitaca. Lo odio. El tiquitaca es pasar el balón por pasar, sin ninguna intención. Y esto no sirve para nada. No os creáis lo que dicen: ¡El Barça no tenía nada de tiquitaca! ¡Eso es un invento! ¡No hagáis caso! En todos los deportes de equipo el secreto es cargar mucho un costado para hacer que el contrario bascule. Cargar mucho y atraer al contrario para que deje libre el costado débil. Y cuando hemos conseguido cargar y atraer, entonces debemos resolver por el costado opuesto. Por eso hay que pasar el balón, sí, pero con intención, con intencionalidad. Pasarlo para cargar, para atraer y para resolver por el opuesto. Nuestro juego ha de ser eso y no el tiquitaca».

Es una de las charlas esenciales de la temporada, una charla fundacional. Uno de esos momentos que Guardiola subraya con bolígrafo rojo en su libreta negra. Por si no lo habían entendido aún, les ha dicho que ellos no son ni tienen que ser el Barça de Múnich y, para reafirmarlo, el entrenamiento de los suplentes, de una intensidad formidable, se basa en aperturas al extremo, centros al área y llegadas en dos oleadas: la primera, para rematar; la segunda, buscando el rebote. Pep da un grito: «¡Patapam! ¡Este es nuestro juego!».

Llueve tanto que alguien dice que el verano se ha terminado, lo que sirve para que Toni Tapalovic, el entrenador de porteros, bromea con Pep: «Ya verás en invierno... Entrenaremos a 10 grados bajo cero y con medio metro de nieve. Nos meteremos directamente del campo a la sauna sin quitarnos las botas...».

Los padres de Javi Martínez están de visita y aportan su experiencia en meteorología: «Es que en Múnich cae como un sirimiri de los de Bilbao, pero en vez de lluvia es sirimiri de nieve. No te das cuenta y va cayendo, cayendo, y al final tienes medio metro de nieve por todas partes».

Guardiola y Thomas Müller discuten sobre el césped. El entrenador le ha preguntado directamente por qué no juega siempre como ayer, con esa precisión e intensidad. El jugador le dice, y lo escuchamos en el silencio matinal, que quiere libertad de movimientos, que juega mejor cuando no tiene responsabilidades. El entrenador le replica, con un montón de gestos, que si cada jugador del equipo quiere jugar por libre esto será un desastre. Pronto se pondrán de acuerdo.

Quizás por la experiencia que adquirió en Barcelona con futbolistas de mucho carácter como Eto'o o Ibrahimovic, a Pep se le nota tan dialogante como directo con sus jugadores. Siempre ha creído que cada futbolista es distinto y necesita un trato diferente, y en Múnich lo está aplicando sin titubeos. Advierte que Schweinsteiger es un enfermo del fútbol con el que puede charlar horas y horas de cuestiones tácticas, y así lo hace. Un día les vimos discutir sobre una acción durante treinta minutos una vez acabado el entrenamiento. Cuando se fueron al vestuario seguían con el mismo tema. Y 20 minutos más tarde salieron por otra puerta, ya duchados, camino del autobús porque se iban al hotel de concentración para un partido, y continuaban discutiendo sobre el mismo asunto táctico, gesticulando ambos como si estuvieran disputando en ese momento la final de la Champions.

A Philipp Lahm puede darle todas las instrucciones que quiera: el capitán las absorbe sin pestañear. En cambio, con Franck Ribéry hay que ir gota a gota: es un futbolista de la calle, un jugador que se hizo a sí mismo de manera intuitiva, al que darle dos conceptos tácticos al mismo tiempo puede significar bloquearle sobre el césped. Ribéry sigue jugando como cuando era niño en las calles de Boulogne-sur-Mer: recibe el balón e inmediatamente ataca. Si le das demasiadas instrucciones, se enreda, así que con él hay que ir despacio y de manera simple.

Con Mandžukić hay que estar siempre alerta. En menos de dos meses ha pasado de una actitud receptiva y solidaria a otra desafiante y negativa para, nuevamente, mostrarse dispuesto a todo. Estos días está entregado al 100%. Es quien mejor presiona del equipo, pone buena cara a todo y tiene una actitud excelente. Pero hay que ver qué sucederá si Götze le arrebatara el puesto de titular. Si Mandžukić es capaz de asumir que de vez en cuando le tocará ser suplente, pero que en los días duros de frío y lluvia será titular indiscutible, entonces todo irá bien y tendrá un peso importante. Será distinto en la siguiente temporada, cuando llegue «el otro» (en agosto de 2013, el fichaje de Robert Lewandowski, delantero centro del Borussia Dortmund, no admite la menor discusión en Säbener Strasse).

Pep ya lo sabía, pero acabó de aprenderlo en el Barça: cada jugador es distinto y debe tratarse de forma diferente. El truco está en acertar cómo hacerlo con cada cual. Él tuvo experiencias buenas y malas. Ahora en Múnich, mientras sus jugadores aprenden de manera constante e incorporan nuevos conceptos del juego, también él está aprendiendo y corrigiendo cómo relacionarse con cada uno. Es duro con este y blando con el otro. Se extiende en explicaciones tácticas con un chaval del juvenil y, si lo cree oportuno, será cortante con un titular indiscutible. Busca encontrar la tecla precisa para cada jugador, la que le proyecte a un nivel superior.

Hay una mala noticia. La lesión de Thiago Alcántara en el tobillo derecho es grave: mañana será operado en Stuttgart, con lo que estará de baja dos meses y medio. Adiós a media temporada. Es un golpe duro. «*Thiago oder nichts...* (Thiago o nadie)».

Hay otra igual de mala. Javi Martínez apenas puede moverse. Padece dolores intensos en el anillo inguinal, una especie de pubalgia, y no puede golpear el balón con la pierna izquierda. Está preocupado porque, además del dolor, los doctores no encuentran una solución sencilla al problema.

«¡Qué simpático es Pep!», dice la madre de Javi Martínez tras charlar un rato con el entrenador: «Claro que Heynckes también lo era». Pero Pep se rasca la cabeza sin parar, señal de máxima preocupación: no cuenta con Thiago, Javi está cojo y Schweinsteiger va a medio gas. Mal asunto a una semana de enfrentarse al Chelsea de José Mourinho en la final de la Supercopa de Europa, un partido que despierta ansias gigantescas de revancha en el Bayern.

Antes tiene otro compromiso: dentro de dos días, el martes, disputará el partido de liga en Friburgo, la ciudad más meridional de Alemania, en la frontera con Francia. Ya tiene decidido hacer cambios: cinco o seis jugadores titulares se quedarán en el banquillo, para reservarlos para la Supercopa.

Terminado el entrenamiento, Pep se reúne en uno de los comedores de la ciudad deportiva con los amigos con los que cenó la noche anterior. Les explica el ambiente familiar que se vive en el Bayern: «Me lo habían dicho varias veces, pero he tenido que verlo y es cierto: esto es una gran familia».

Durante unos minutos habla sobre sus jefes: se siente muy ligado a Hoeness, a quien adora; advierte en Rummenigge una profesionalidad inusual en el mundo del fútbol; y está seriamente agradecido a Sammer por el apoyo que le da a todas horas. Guardiola se siente muy arropado en Múnich.

Cuando llega la hora de mencionar el desafío próximo de la Supercopa y su reencuentro con Mourinho lo despacha rápido: «A José le conozco demasiado...».

Pero ya está mentalmente en otro lugar: su cabeza ha viajado a Friburgo y está dando vueltas a su decisión. ¿Jugar el martes con medio equipo suplente? ¿Quitar a cinco o seis titulares? En las siguientes 48 horas dará, como siempre, mil vueltas a la decisión.

Friburgo, 26 de agosto de 2013

Pierre-Emile Højbjerg sale llorando del despacho de Guardiola. Hace dos horas, el joven danés ha pedido reunirse con el entrenador, que no ha podido atenderle antes porque estaba en una conferencia de prensa. Højbjerg es directo y, aunque le tiembla la voz, le expone a Pep la realidad: a su padre le han diagnosticado un cáncer de páncreas y la familia está hundida. El padre está desmoralizado y el hermano mayor viaja en un barco que tardará dos semanas en regresar, con lo que el niño Højbjerg deberá ser el hombre fuerte que sostenga a la familia en este trance. Ni jugador ni entrenador pueden contener las lágrimas y se echan a llorar, abrazados. Durante unos minutos sollozan sin consuelo. El jugador solo tiene 17 años, lleva uno en Múnich y se le ha caído el mundo encima. El entrenador, además de sentirlo por Højbjerg, ha revivido las pesadillas vividas con Éric Abidal y Tito Vilanova, que padecieron enfermedades similares. El entrenamiento empezará media hora tarde.

A mediodía, antes de conocer la dura noticia, Pep ha protagonizado una rueda de prensa muy significativa. Ha sido posiblemente la más larga de la temporada y ha estado casi enteramente dedicada a aspectos tácticos del equipo: «Perdemos a un jugador muy importante que aporta cosas diferentes», ha dicho sobre la operación quirúrgica de Thiago; «Queremos estar juntos para evitar contragolpes», ha afirmado para restar importancia al 81% de posesión de balón, récord histórico en la Bundesliga.

En el encuentro con los medios, el técnico se ha mostrado entusiasmado con la liga alemana: «Es una sorpresa positiva: los estadios son fenomenales, puedes hablar con los árbitros sin el menor problema y la atmósfera es sensacional pese a las rivalidades». Guardiola ha elogiado a Mario Mandžukić, «es honesto, luchador, tiene un gran carácter, es un jugador muy importante» y a David Alaba, «tiene el nivel de Abidal en joven; será buenísimo; de hecho, ya lo es». También ha valorado la mejora de su equipo evitando contragolpes del rival: «Mis jugadores lo han entendido perfectamente; el sábado solo concedimos un contraataque».

Después ha dedicado cinco minutos a explicar en detalle cómo quiere que juegue su equipo. Compacta, resume y comenta a los periodistas los conceptos que expuso el sábado por la noche en la cena de amigos y el domingo por la mañana ante su plantilla. Están reunidos en el pequeño centro de prensa de Säbener Strasse, anexo al comedor de empleados del Bayern. Su intervención ha sido una declaración de intenciones en público. Ha detallado cómo iniciar el juego, cómo avanzar juntos y agregados, cómo desatarse y liberarse en la zona de ataque, cómo combinar la pausa y el vértigo. Este mediodía todo ha quedado dicho y explicado.

A las cuatro de la tarde, los jugadores pelotean en el campo de entrenamiento a la espera de que empiece la sesión. Ni el entrenador ni Højbjerg están presentes. Aparecen ambos veinte minutos después, cuando Lorenzo Buenaventura ya ha ordenado iniciar el calentamiento. Pep está serio durante toda la sesión. Le resulta inevitable recordar a su amigo y ayudante en el Barça, Tito Vilanova, y a Éric Abidal, que estuvo muy cerca de fichar por el Bayern a finales del mes de junio. De hecho, Pep pidió contratarle cuando el Barcelona se desprendió del jugador, pero Hoeness y Rummenigge no lo vieron claro por el modo en que el club catalán decidió no renovarle. Guardiola pensaba que podía ser un excelente refuerzo como central-lateral, servir de maestro a Alaba en su perfeccionamiento y como ejemplo de superación en el vestuario. Cuando Claudio Ranieri, entrenador del Monaco, telefoneó a Pep

para pedirle consejo, este no lo dudó: «Fíchale», le dijo. «No te arrepentirás.» En octubre, Ranieri le llamó de nuevo para agradecer el consejo: Abidal estaba jugando como titular en el equipo monegasco.

En el entrenamiento de este lunes, Pep trabaja obsesivamente la salida de balón desde la defensa. «El Freiburg nos apretará muy arriba y hay que refrescar los movimientos», explica. Cada pocos partidos lo hace. Sitúa al portero, los cuatro defensas y el mediocentro sobre el campo y repite, caminando, los movimientos que deben realizar y los que hará el rival. Una y otra vez los repite para interiorizarlos. En el Barça no pasaba dos semanas sin hacerlo. En el Bayern adoptó la misma política: cada quince días toca repasar las ideas de la salida de balón como si se tratara de un examen.

En la otra punta del campo, siete jugadores se han organizado por su cuenta para ensayar los lanzamientos de penaltis. Uno de los lanzadores titulares, David Alaba, no está entre ellos porque trabaja junto a Pep la tarea defensiva. El sábado pasado, Alaba falló un penalti contra el Nürnberg cuando el marcador aún estaba empatado a cero. Cuando le preguntaron por ello en la rueda de prensa, Pep otorgó su confianza al lateral austriaco: «Lo hace bien y, también Müller, Kroos o Schweinsteiger. Alaba seguirá lanzándolos». En realidad, Guardiola ni siquiera se había preocupado de designar un lanzador prioritario: es un asunto que acostumbra a dejar en manos de los propios futbolistas. Y ellos se han organizado para entrenar los lanzamientos, por si acaso en la final de la Supercopa europea se da la ocasión.

El Bayern no olvida lo sucedido en mayo de 2012, cuando el Chelsea de Roberto di Matteo conquistó el título de Champions en el Allianz Arena tras ganar la tanda de penaltis por 4-3. Aquella noche empezó a disparar el equipo de Múnich. Marcaron Lahm, Mario Gómez y Neuer en los tres primeros lanzamientos, pero fallaron Ivica Olic y Bastian Schweinsteiger. Los jugadores bávaros no lo han olvidado, y siete de ellos se empeñan en perfeccionar el disparo.

En la portería está Tom Starke porque Neuer, como Alaba, ensaya con Pep la organización defensiva. Lanzan, uno tras otro: Müller, Kroos, Robben, Shaqiri, Pizarro, Schweinsteiger y Götze. No están Ribéry, que nunca practica el disparo, ni las faltas, ni Mandžukić. El nivel de aciertos es absoluto: cada jugador dispara seis veces y los 42 lanzamientos terminan en gol. En broma, Schweinsteiger dice: «Muy bien, muy bien. Pleno total, pero hoy no hay presión. ¡Ya veremos cuando haya presión de verdad!».

Javi Martínez ni siquiera viaja a Friburgo. Las molestias en la ingle han llegado a tal punto que los doctores acuerdan con el jugador y el entrenador una inminente intervención quirúrgica. Tras la operación de Thiago, a Pep se le complican los planes: se queda sin centrocampistas.

Freiburg im Breisgau es una villa hermosa con callejuelas de piedra antigua y un pavés endemoniado por el que el viajero no debería arrastrar una maleta con ruedas si la valora en algo. Las callejuelas son tan estrechas que hay que pasar casi de perfil. Por ellas circula el agua a través de los *bächle*, una especie de regata situada al lado de la acera. El campanario de la catedral de Friburgo, que mide 116 metros de altura y tiene diecinueve campanas, no descansa. Los cuartos, las medias, las horas... Produce una escandalera gloriosa que alcanza su apoteosis entre las 6 y las 7 de la mañana, en un *crescendo* que justifica la tradición musical de la antigua villa francesa, en su día, parte del imperio galo de los Habsburgo. Sorprendido y anonadado, comprendo a esa hora por qué había una bolsita con tapones para los oídos en la mesilla de noche del hotel, pero ya es demasiado tarde.

Cerca del río Dreisarn, medio escondido por la frondosa vegetación de esta villa que anuncia la inminente llegada de la Selva Negra alemana, el Mage Solar, un estadio pequeño y ardiente, una caldera repleta con 24.000 aficionados, espera al Bayern. Guardiola cumple su palabra y deja a seis titulares en el banquillo: Lahm, Alaba, Boateng, Ribéry, Robben y Mandžukić se sientan junto a Starke. El Freiburg presiona muy arriba, como había anticipado Pep, e intenta provocar errores en el equipo muniqués en la salida de balón.

El Bayern domina, se adelanta en el marcador gracias a Shaqiri, somete al Freiburg y dispara hasta diecisiete veces contra la portería defendida por el formidable Oliver Baumann. La estrategia parece salirle bien a Guardiola hasta que en el minuto 80 todo se quiebra: primero, Schweinsteiger sufre un esguince de tobillo; a continuación, el Freiburg empata en un contraataque. Son dos duros golpes. De nuevo, a tres días de una final cae herido un puntal del equipo. Se pierden dos puntos que, en ese momento y visto el inicio imparable del Borussia Dortmund, parecen vitales en la Bundesliga.

Guardiola aparece tristón ante la prensa. Le duelen los dos puntos perdidos, aunque está contento con el juego del equipo: «No hemos sido pasivos y hemos controlado bien el partido, con una buena defensa. Hemos jugado bien, no hay nada que decir ni nada que reprochar a los que han jugado. Estas cosas pasan en el fútbol, hay que aguantarse».

El entrenador local, Christian Streich, da su opinión a pie de vestuario: «Te digo una cosa: el Bayern ha jugado de cine. De cine. Y te digo otra: es favorito rotundo para ganar esta Bundesliga, sin la menor duda. Aunque hoy hayan perdido dos puntos han jugado fabulosamente bien. Nos han toreado como han querido, sacando el balón desde la defensa. Si jugamos diez partidos contra este Bayern, y mira la cantidad de jugadores que ha reservado, conseguiremos empatar uno y perderemos los otros nueve. Son una máquina. Mis jugadores están destrozados, fundidos, agotados. Lo de este Bayern será impresionante. Y lo de Guardiola está fuera de las normas: lo que ha logrado con solo 42 años es formidable».

Pero los elogios de Streich no han servido para calmar a Guardiola, que ahora sí ha encontrado su Numancia alemán, ese equipo con el que tropezó apenas iniciar su primera Liga con el Barça. Sube al autobús y Schweinsteiger tiene el rostro de quien se perderá seguro la Supercopa. Pep se ha quedado sin centrocampistas. «Iremos a Praga a competir al máximo. Tenemos tres días para descansar y será suficiente. Contra el Chelsea solo hay un plan: jugar bien, controlar los contraataques y atacar, atacar y atacar», dice el entrenador a pie de autobús.

Y en ese mismo momento, a las nueve de la noche, Guardiola habla con Sammer y entre ambos deciden llamar urgentemente a Múnich: «Doctor, detenga la operación de Javi Martínez. Le necesitamos para Praga».

Momento 26

«Chicos, yo no sé tirar penaltis.»

«Chicos, yo no sé tirar penaltis. No he tirado ni uno solo en mi vida. Pero aquí está el señor que mejor ha tirado los penaltis en el mundo.»

Praga, 30 de agosto de 2013

Es una final estresante, febril y agónica. El Bayern solo puede empatarla cuando pasan 51 segundos de los 120 minutos reglamentarios. El árbitro sueco Jonas Eriksson ha prolongado el partido un minuto más a causa de las interrupciones. Cuando solo quedan nueve segundos para que el equipo de Guardiola pierda su segunda final consecutiva en un mes, un jugador que tres días antes estaba en la puerta del quirófano acierta a marcar el gol que da una última oportunidad a los de Múnich. Se jugarán la final a los penaltis, una vez más, contra el Chelsea, con el recuerdo fresco de lo sucedido un año antes en el Allianz Arena, cuando el equipo inglés ganó la Champions League ante el Bayern también en la tanda de penaltis. Es una gran revancha, pero si hubiera podido elegir, Guardiola no se la habría jugado a los penaltis: en las últimas cuatro semanas, los jugadores del Bayern han lanzado cinco penaltis y solo han marcado tres goles.

Volando de regreso desde Friburgo, Guardiola asimila que Schweinsteiger no podrá disputar la Supercopa de Europa. Tiene el tobillo terriblemente hinchado, así que hay que detener la operación quirúrgica de Javi Martínez, a quien se iba a intervenir de su lesión inguinal. El día anterior había sido Thiago quien había pasado por el quirófano, y entre unas lesiones y otras, más los pocos entrenamientos que lleva Götze, a Pep no le queda más remedio que alinear otra vez a Thomas Müller en el centro del campo, como interior. Se había prometido a sí mismo no hacerlo nunca más, vistas las malas experiencias, pero si no es Müller ¿quién juega en el centro del campo? Es un parche, pero no hay alternativa. Decide que Toni Kroos ocupará la crucial posición del mediocentro y, para protegerlo, situará al capitán Lahm muy cerca, en el rol del número 8. Pep hace la alineación a regañadientes. Kroos, de mediocentro, es un problema mayor, en especial frente a un equipo de Mourinho, especialista en buscar la espalda del mediocentro a base de contragolpes veloces. Pero no hay más solución, con lo que el Bayern sale aquella noche de Praga con este equipo: Neuer; Rafinha, Boateng, Dante, Alaba; Kroos, Lahm, Müller; Robben, Mandžukić, Ribéry.

La final de hoy es el decimosexto enfrentamiento de Guardiola con Mourinho, y hasta el momento el balance le es muy favorable: siete victorias, para Pep; cinco empates y tres triunfos, para Mourinho. Se conocen a la perfección: cuando Guardiola era capitán del Barça, Mourinho ejercía de segundo entrenador. Compartieron vestuario, entrenamientos, confidencias y conocimientos. Años después protagonizaron grandes enfrentamientos tácticos memorables. Entre ambos no hay secretos: se conocen a fondo. Mourinho sabe que Pep querrá el balón para su equipo y que saldrá al ataque. Guardiola sabe que Mourinho aparecerá con su equipo replegado en busca de un balón perdido para saltar como un leopardo a la contra y soltar un zarpazo mortal.

En este nuevo duelo entre quien quiere dominar el balón y quien desea controlar el espacio, el Chelsea se adelanta sin discusión. Basta un amago con el cuerpo de Fernando Torres para que Kroos pierda el sitio y, a continuación, Hazard se escapa de Rafinha y toda la organización defensiva del

Bayern salta por los aires, con Boateng, Dante, Alaba, e incluso Robben, temerosos de intervenir para interrumpir el contraataque de los jugadores azules. El Chelsea ataca con agresividad y marca el primer gol de la final mientras los defensas muniqueeses se limitan a mirar la jugada rival con una pasividad que irrita a Guardiola.

A la media hora exacta de partido sucede algo que marcará la temporada del Bayern. Kroos sigue sufriendo cada vez que el Chelsea lanza balones a su espalda porque su mejor virtud no es girarse rápido y defender. Entonces, Domènec Torrent, el segundo entrenador de Pep, le dice: «¿Y si pusiéramos a Lahm de pivote?».

Guardiola tarda lo que se tarda en beber un sorbo de agua. Se levanta como un resorte y, casi pisando el terreno de juego, grita a Kroos: «¡¡¡Toni!!! Tú, de 8. ¡Tú, de 8 y Philipp, de 6!».

En ese momento se inaugura la etapa de Philipp Lahm como mediocentro del Bayern. Con 11 años, Lahm entró en el Bayern, procedente del FT Gern, y en las categorías inferiores entrenó a las órdenes nada menos que de Hermann Gerland, segundo técnico de Heynckes y de Guardiola. Gerland le acostumbró a jugar en varias posiciones del campo: de lateral derecho, de extremo, y también en el centro del campo, donde jugó a las órdenes de Roman Grill, que hoy es su representante. Con 19 años, Lahm debutó en el primer equipo, entrenado por Ottmar Hitzfeld. Como las posiciones de lateral estaban ocupadas por Willy Sagnol y Bixente Lizarazu, Hermann Gerland se encargó personalmente de hablar con el entrenador del Stuttgart, Felix Magath, para que aceptara la cesión de Lahm. En el Stuttgart destacó como lateral izquierdo. Diez años más tarde, Guardiola empezó a usarlo como centrocampista y ahora, en plena final de la Supercopa europea, y con el marcador en contra, le ordenaba situarse en la delicada posición del mediocentro: el eje del equipo.

Meses más tarde, a finales de noviembre, Guardiola recordaría aquel movimiento: «Las palabras de *Dome* [Domènec Torrent] fueron claves. Si esta temporada ganamos algo será por aquello. Fíjate bien en lo que te digo: si ganamos algo esta temporada será gracias a lo de Lahm. Porque colocarle de mediocentro fue lo que ordenó todas las piezas».

Muy lentamente, el Bayern empieza a dominar la final. No solo Lahm pasa al mediocentro, sino que Pep también hace que Rafinha se adelante, con lo que el equipo pasa a atacar en una formación 3-3-1-3. Rafinha cierra por dentro y ayuda a Lahm, mientras Kroos queda liberado para crear jugadas de ataque, y Müller queda libre en la mediapunta. Tras el descanso, Ribéry empata gracias a un formidable disparo lejano, después de que Kroos cree una excelente acción ofensiva.

Eufórico y entusiasmado, Ribéry va directo a celebrar el gol del empate con su entrenador. Guardiola le agarra por el cuello y el jugador choca su cabeza con la del técnico mientras levanta el puño izquierdo y le dedica su segundo gol en seis días. Ribéry había sido elegido mejor jugador europeo del año 2013 la tarde anterior en Mónaco, con lo que no pudo entrenar con el equipo. Pep prefirió que fuera a recoger el merecido galardón. Está intentando convencer a Franck de que puede incrementar mucho su capacidad goleadora y el jugador responde de maravilla.

Tras el empate, el Bayern domina el ritmo del partido y empieza a tener ocasiones claras de gol, con lo que Guardiola piensa que si mueve otras dos piezas podrá ganar el partido. El día antes de la final, Pep y Javi Martínez habían decidido que el jugador recibiría una infiltración calmante para estar en disposición de jugar. Ahora, a los 55 minutos de partido, Pep retira a Rafinha del campo e introduce a Javi en busca de mayor profundidad ofensiva. El jugador también será útil si toca correr arriba y abajo.

Al principio, el cambio sienta mal al Bayern porque Lahm deja la posición de mediocentro, que ocupa Martínez, y vuelve a la de interior y, además, tiene que desdoblarse como lateral derecho. Pep hace un movimiento más: Götze ocupa el puesto de Müller, pero el Chelsea se estira y llega hasta tres veces con peligro a la meta de Neuer, que tiene que sacar sus manos prodigiosas, además de defenderse incluso con el larguero. A cambio, Kroos y Ribéry tienen dos grandes ocasiones de gol. Lo que marca el partido en los minutos finales es la violenta entrada de Ramires a Götze, que le cuesta la expulsión por

doble amonestación cuando solo faltan cinco minutos para los 90 reglamentarios. Para Götze significa una grave lesión de tobillo, que le tendrán que escayolar a la semana siguiente.

En la pausa previa a la prórroga, Guardiola pide agresividad a sus jugadores, que sean agresivos defendiendo, que no vuelva a ocurrir lo del gol del Chelsea, y que ataquen sin parar.

Sucede justamente lo contrario. Al minuto y medio de iniciada la media hora extra, David Luiz cede el balón al fabuloso Eden Hazard, situado de extremo izquierdo. El jugador del Chelsea penetra en el área alemana sin que Lahm intente impedirlo y, seguidamente, se va hacia Boateng, que tampoco le entra, ni intenta quitarle el balón, sino que mira mansamente como el joven belga dispara a portería, donde Neuer comete un gran error y encaja el gol. Con solo diez jugadores, el equipo de Mourinho vuelve a adelantarse en el marcador, y ahora el reloj corre a su favor.

Los aficionados del Bayern reaccionan más rápidamente que los propios jugadores. Los hinchas inflaman el estadio a base de cánticos. Pierden y queda poco tiempo, pero son los campeones de Europa y van a ir a por el empate. La afición múniquesa enarbola sus banderas, lanza sus mejores gritos y convoca a sus jugadores a una remontada épica. Impulsados por una grada encendida y desatada, los hombres de Guardiola transforman el juego en una avalancha sobre la portería de Petr Cech. Para entonces, Kroos ha regresado al mediocentro, Lahm se ocupa de toda la banda derecha y Javi Martínez actúa como mediapunta e incluso como delantero centro. Ocasión tras ocasión, el Bayern llega a la meta, pero una y otra vez el formidable portero checo evita el gol. Ni Shaqiri, ni Mandžukić, ni Javi pueden marcar. Shaqiri falla una segunda vez. Tampoco pueden Götze ni Ribéry, ni nuevamente Mandžukić cuando ya se han cumplido los 120 minutos. El Bayern ha disparado 38 veces contra Cech, ha lanzado diecinueve saques de esquina y ha completado tres veces más pases acertados que el Chelsea, pero pierde la final cuando quedan solo sesenta segundos...

El equipo múniques hace buena la fama de los equipos alemanes, que no se pueden considerar derrotados hasta que llegan a la ducha. Cuando faltan nueve segundos, centra Alaba, baja el balón Mandžukić, rebota en Dante y va a parar a la pierna izquierda de Javi Martínez, la lesionada, la del gol. La combinación de un austríaco, un croata, un brasileño y un español hace estallar a la afición alemana en un éxtasis que retumba en la noche de Praga. Mourinho se gira hacia el banquillo de Guardiola y junta sus dos manos en un círculo queriendo decir que Pep ha tenido toda la suerte del mundo. Y es cierto. De los cuatro grandes protagonistas del fútbol: balón, espacio, tiempo y suerte, el Chelsea ha sido el dueño del espacio, pero el balón, el tiempo y, finalmente, también la suerte, son para el equipo de Pep. Claro que aún quedan los penaltis...

Y entonces, en plena euforia, con el corazón desbocado, aparece el Pep frío y gélido, y reúne a toda su gente en un corro. Están todos: doctores, fisioterapeutas, ayudantes, segundos entrenadores, jugadores titulares, suplentes y hasta lesionados como Schweinsteiger. Y surge el mejor Pep, el de las grandes ocasiones, el que deslumbra a su gente. Porque cuando todos esperan una charla intensa y aguerida, llena de adjetivos épicos, Pep simplemente les cuenta una historia. Les habla sonriendo y relajado, de forma llana, lejos del lenguaje guerrero, como si no estuvieran en una final tensa ni les rodearan decenas de miles de hinchas enfervorizados. Les cuenta una historia de waterpolo. «Chicos, yo no sé tirar penaltis. No he tirado ni uno solo en mi vida. Pero aquí está el señor que mejor ha tirado los penaltis en el mundo», les dice.

Y señala hacia su izquierda, al final del corro, casi oculto.

«Es Manel [Estiarte]. Manel ha sido el mejor jugador del mundo de waterpolo. Lanzaba los penaltis como nadie. Él ha tirado centenares. Pensad que el waterpolo es como el fútbol: se marcan cuatro de cada cinco lanzamientos. ¡Y Manel los metía todos! Es el que más sabe de penaltis del mundo.»

Pep no solo ha captado la atención de todos sus hombres, sino que les ha cambiado el rostro. Quienes esperaban oír consignas de lucha, gritos de motivación, y recibir una buena dosis de adrenalina, se encuentran de pronto escuchando una historia en mitad del bullicio de un estadio que hierve por

todos los costados. Van Buyten y Starke, en chándal, se abrazan detrás de Pep, junto al doctor Müller-Wohlfhart. En primera fila le atienden Kroos, Lahm y Ribéry. Alaba tiene el codo apoyado en Müller, también en chándal, como Robben. En un segundo círculo están Javi Martínez, Shaqiri, Dante, Boateng y Mandžukić; los segundos entrenadores, Domènec Torrent y Hermann Gerland; el suplente Kirchhoff; el fisioterapeuta Gianni Bianchi; los preparadores físicos Lorenzo Buenaventura y Andreas Kornmayer; Götze; Claudio Pizarro; Rafinha y Contento. Ligeramente separados de ellos, Matthias Sammer y Bastian Schweinsteiger. En el grupo no está Manuel Neuer, que repasa con Toni Tapalovic el historial de los lanzadores del Chelsea. También Estiarte se ha retirado unos metros.

El ambiente es silencioso, pero distendido. Los jugadores sonrían. Están a gusto con el tono de la charla: «De Manel y los penaltis he aprendido dos cosas. Escuchadme bien. Son las dos únicas cosas que tenéis que hacer ahora, las dos únicas. La primera: tenéis que decidir ya por dónde tiraréis el penalti y no cambiarlo por nada del mundo. Os lo repito: decididlo inmediatamente y no lo cambiéis por nada del mundo. Y la segunda cosa: repetid mil veces que vamos a marcar gol. No dejéis de repetirlo desde ahora y hasta que hayáis chutado. No tengáis miedo y no cambiéis de opinión».

«Fue una charla increíble», dijo más tarde Matthias Sammer. Pero no ha terminado aún. Tras los dos consejos, Pep añade algo: «Chicos, no hay lista de lanzadores. Lanzad los que queráis. Todos marcaréis gol. Elegid vosotros. ¿Quién quiere tirar?».

Alaba es el primero en ofrecerse. Kross levanta la mano izquierda de inmediato y Lahm, a continuación. Pep le da al capitán uno de sus habituales cachetes en el rostro. Ribéry se apunta a la lista y el entrenador le propina un golpe en el pecho. Shaqiri también se ofrece y Pep lo celebra diciendo: «¡Bravo, Shaq!».

Han elegido ellos mismos. ¿Y el orden de lanzamiento? «Elegid vosotros mismos. Como queráis vosotros. El orden que os guste y en el que os sintáis cómodos. No importa: marcaremos gol en cada chut.»

Deciden lanzarlos exactamente en el orden en que se han ofrecido voluntarios. Cuando ya se van, reclamados por el árbitro, Pep agarra a Ribéry y Lahm y hace volver a todo el grupo: «Solo una cosa más. Recordadlo: ya habéis decidido por dónde chutaréis. Id y chutad, y desde ahora y hasta que chutéis, no paréis de repetiros que será gol. A cada paso que deis: gol, gol, gol...».

De los siete que habían ensayado el lunes y que metieron 42 goles en 42 lanzamientos solo lanzan Kroos y Shaqiri. Ni Müller ni Robben, que han sido sustituidos; ni Pizarro, que es suplente; ni Schweinsteiger, lesionado, pueden hacerlo. De los que no habían ensayado se prestan voluntarios Alaba, Lahm y Ribéry. Los cinco marcan. Neuer detiene el quinto lanzamiento del Chelsea, a disparo de Lukaku. El Bayern gana el único título que no poseía y Guardiola, su primer trofeo con el Bayern y la tercera Supercopa de Europa de su palmarés personal.

Elegido mejor jugador de la final, Franck Ribéry dedica el título a Pep: «Sé lo importante que es para él, lo mucho que significa su primer título y también conozco su vieja rivalidad con Mourinho». El entrenador portugués se ha ido del campo sin felicitar a Guardiola, en contraste con el excelente ambiente que comparten los jugadores de uno y otro equipo.

Una hora más tarde, en un rincón de la sala de prensa del Eden Stadion de Praga, Guardiola y Estiarte saludan a dos periodistas catalanes, Isaac Lluçh, del diario *Ara*, y Ramon Besa, de *El País*. Pep está radiante. Sus ojos muestran el brillo de los días felices, pero, por encima de todo, expresan un profundo alivio: «Necesitaba esta victoria. Si no hubiéramos ganado no sé si habríamos sacado esto adelante...».

Aquellos penaltis le han quitado un gigantesco peso de encima.

CAPÍTULO 3

2013, EL AÑO PRODIGIOSO

«El hombre más peligroso es aquel que tiene miedo.»

LUDWIG BÖRN

Múnich, 5 de septiembre de 2013

Uno de los defectos de Guardiola es que es muy miedoso. Teme ser atacado. El defecto creció en paralelo a su carrera de futbolista: frágil físicamente, sin grandes virtudes atléticas y liviano como el papel, tenía que abarcar en solitario una enorme zona del campo. Jugaba solo ante el peligro, con el miedo pegado a sus botas porque era una presa fácil y un objetivo obvio: si podían con él, si lograban superarlo, toda la estructura de juego del Barça podía derrumbarse. Creció con ese miedo en el cuerpo y como antídoto cultivó el atrevimiento.

Pep es muy valiente porque es muy miedoso. Mientras fue entrenador del Barcelona explicó cien veces que prefería enfrentarse al tipo de equipos que juegan muy encerrados delante de su portero, casi como si formaran un búnker. Aunque estos equipos siempre resultaban difíciles de vencer dada su férrea estructura defensiva, el técnico los prefería: «En estos casos el balón siempre está muy lejos de mi portería y corro menos peligro». Es decir, los prefiere porque le dan menos miedo.

Compensa el miedo con un atrevimiento que, en ocasiones, resulta excesivo. Desarrolló los anticuerpos necesarios y como entrenador lo afrontó con dosis extraordinarias de audacia y determinación. Para no ser atacado decidió atacar siempre, pretendiendo con ello corregir el defecto. Ya hemos comprobado en las dos Supercopas, la alemana y la europea, que de tan osado a veces se convierte en temerario, valga como ejemplo el caso de Thomas Müller en el centro del campo.

Frente al miedo, una de las virtudes de Guardiola es la clarividencia. Quizás sea un don o quizás la desarrolló fijándose en Johan Cruyff, que también tiene el talento de intuir los acontecimientos. Es probable que esta circunstancia esté relacionada con su temor congénito. Puesto que es miedoso, no solo aplica el antídoto del atrevimiento y decide atacar sin esperar a ser atacado, sino que también pretende compensar el miedo a base de clarividencia: intenta anticiparse a lo que ocurrirá. De este modo se cerraría un círculo y la virtud intervendría como compensador del defecto.

Resulta sugestivo, por ejemplo, repasar una de sus respuestas del 28 de mayo de 2011, en el estadio de Wembley, al terminar la final de la Champions League que ganó el Barcelona ante el Manchester United (3-1), una de las grandes demostraciones de juego del *Pep Team* barcelonés. En plena euforia por un triunfo tan extraordinario, se le recordó que aumentaban los rumores de que su estancia en el Barcelona solo se prolongaría un año más (como así ocurrió) y que sir Alex Ferguson acababa de aconsejarle públicamente que siguiera en el club catalán porque en ninguna otra parte iba a estar mejor. En ese punto, Guardiola se mostró intuitivo: «En otro club no sé lo que ocurrirá: tendré que mirar qué jugadores tiene ese club y quizás tenga un problema para encontrar jugadores tan buenos como estos del Barça. Pero será un reto para mí, evidentemente. Hay que buscar retos en el interior de uno mismo. Habrá un momento en que lo correcto será ir a otro club e intentar jugar lo mejor posible con otros jugadores. El entrenador depende de los jugadores y de la forma en que juegan. Será un gran reto».

Dos años más tarde, la realidad confirmó sus previsiones. ¿Por qué se fue realmente del Barça? Porque la suma de los problemas fue superior a la suma de las ilusiones. El radical desapego del presidente Rosell y el desgaste propio y de los jugadores pesó más que el ánimo de seguir venciendo. ¿Por qué fichó por el Bayern? Hoeness y Rummenigge le inspiraron una confianza que le cautivó, pero la razón fundamental fue el deseo de volver a jugar muy bien con otro tipo de jugadores.

Tras la final de la Supercopa europea, el 30 de agosto de 2013, en Praga, a Guardiola se le preguntó si se sentía el mejor entrenador del mundo: «Con el Barça, quizás en un momento concreto —dijo— pude ser el mejor técnico del mundo. Pero ahora siento que no es así: ahora no lo soy. Si acaso, tengo que volver a demostrarlo. Especialmente, a mis jugadores».

Convencerlos: este es el primer paso para cumplir el desafío. De momento, le siguen y parecen confiar en él. Basta ver la reacción de Ribéry tras su gol en Praga o la sensación colectiva de seguridad de la charla previa al lanzamiento de penaltis. Cuando habla, el capitán Lahm siempre emplea el verbo *lernen* (aprender). En cada frase lo utiliza, dejando bien a las claras el momento que está viviendo el equipo: el del aprendizaje del nuevo «idioma». Ribéry lo resumirá con precisión: «Pep es completamente diferente a Heynckes, pero estamos muy contentos con él».

«Lo más importante son los jugadores», repite una y otra vez Guardiola. Es tan extrovertido que acostumbra a dar a sus jugadores cachetes en la cara, collejas o patadas en el culo. Son sus gestos tradicionales, una costumbre que al principio puede sorprender, pero que todos acaban comprendiendo. Cuando está preocupado se rasca la cabeza. Cuando quiere expresar una idea, gesticula como un loco. También en materia de gestos, jugadores y entrenador tendrán que acostumbrarse al nuevo lenguaje.

A primeros de septiembre, el entrenador, ya instalado en el centro de Múnich, siente que la ciudad es muy amable. «Estoy contento. Múnich es muy bonito, y en el club todos nos apoyan.»

¿En qué invierte las doce horas diarias de trabajo? La mitad de ellas, en el análisis a fondo del rival, que acostumbra a ocuparle unos dos días y medio en cada caso. Otra gran parte de las horas las emplea en el entrenamiento y la preparación de la siguiente sesión junto con Buenaventura, Torrent y Gerland. Finalmente, cada día dedica una o dos horas a conversaciones individuales con los jugadores, a veces con la ayuda de vídeos y otras, simplemente, tomando un café o yendo a comer para hablar de asuntos personales. Ellos son la clave, lo verdaderamente importante, y Pep ha aprendido que debe dedicarles el tiempo que haga falta. ¿Qué hace, pues, en Säbener? Estudia, analiza, investiga, piensa, deconstruye jugadas de otros y movimientos del fútbol antiguo, reinventa... Observa, reflexiona, habla y convence.

La convocatoria de las selecciones nacionales hizo que la mayoría de los jugadores abandonaran Säbener Strasse a las pocas horas de conquistar la Supercopa europea en los dramáticos penaltis de Praga. Casi no dio tiempo a celebrar el triunfo. De pronto, Pep se había quedado casi solo en la ciudad deportiva ya que Javi Martínez iba a ser intervenido quirúrgicamente, Mario Götze tenía el tobillo escayolado y en las próximas semanas ambos convivirían en la enfermería junto a Thiago y Schweinsteiger. Con semejante póker de jugadores se podría formar un centro del campo formidable: duro, serio, potente y creativo. Pero ahora mismo es un sueño que debe posponer hasta bien entrado el otoño.

Su verdadero anhelo, no obstante, consiste en dirigir una cantera de jugadores jóvenes, entrenarlos, tutelar su crecimiento, enseñarles los fundamentos del juego y exprimirlos al máximo. Quizás lo consiga algún día, aunque todavía ha de transcurrir bastante tiempo: el ciclo de tres años en Múnich, salvo que se prolongue, y posiblemente otro ciclo en Inglaterra. Quizás después decida abandonar la élite mundial y dedicarse a formar jóvenes.

Un día, en el Camp Nou, a finales de 2010, Pep ordenó que dos chicos, Gerard Deulofeu y Rafa Alcántara, hermano de Thiago, participaran en el entrenamiento de los mayores por vez primera. Y al acabar me explicó sus sensaciones: «Me lo paso bomba con ellos. Es mucho más cómodo entrenar con estos chicos que con los mayores, mucho más. Me siento más entrenador. Con los mayores tienes que cuidar y gestionar lo que dices, cómo lo dices, si venimos de una victoria o de una derrota, medir las palabras, mirar las caras de este o del otro... En cambio, a estos chavales los agarras por el cuello y los aprietas como si fueran una naranja y los exprimes. Es más gratificante. Y más divertido».

Estos primeros días de septiembre son los más placenteros para él. Solo tiene cuatro jugadores a los que entrenar (Starke, Rafinha, Contento y Kirchhoff), que trabajan con el equipo filial. El Bayern II

también estrena entrenador. Matthias Sammer había contratado al holandés Eric ten Hag y durante las dos primeras semanas de septiembre Guardiola y Ten Hag compartirán los entrenamientos para que el Bayern II empiece a jugar con los criterios del primer equipo. La experiencia será fructífera. El filial protagonizará un campeonato espléndido y ganará el título de la categoría, siendo el equipo más goleador y el menos goleado, aunque finalmente no consiguió ascender a Tercera División por un gol recibido en el último segundo del partido decisivo.

Guardiola tiene un ojo puesto en la cantera del Bayern. Algunos de los grandes nombres actuales, como Müller, Lahm, Schweinsteiger y Alaba, han salido de los equipos inferiores de Säbener Strasse, pero ahora mismo no se advierte una generación tan excepcional. Hermann Gerland, *Tiger* Gerland, que fue responsable de los equipos juveniles del club desde 1990 y tiene un olfato especial para detectar jóvenes valores, no se muestra optimista a corto plazo, aunque hay excepciones muy notables, como Højbjerg y Julian Green. Pep le ha cogido un cariño enorme a Gerland: «Me está ayudando mucho, mucho. Me explica los detalles de la Bundesliga, de cada club, de cada jugador. Es una persona muy leal al Bayern y me gusta que el club le propusiera que trabajáramos juntos. Confío en él y en sus consejos. Y me gusta cómo respeta a los jugadores y cómo estos le respetan a él».

Además de trabajar con los jóvenes y compartir, sin tensiones competitivas, los entrenamientos con alguien entrañable como Gerland, en días así Pep puede tratarse con leyendas del fútbol mundial como Gerd Müller, colaborador de Ten Hag en el Bayern II, y Mehmet Scholl, cuyo hijo Lucas juega en el sub 19. Pero sus ratos placenteros son breves y no puede permitirse distracciones. Se interesa por la atención médica. Hay detalles que le preocuparon, como la lenta recuperación de Götze y Schweinsteiger, pero la atribuyó a la gravedad de ambas lesiones. Después sucedió lo de Dortmund, con Neuer y Ribéry, que a las 40 horas del partido ya se estaban entrenando como si no hubiera ocurrido nada. Pep pidió entonces modificar los protocolos de los fisioterapeutas: en caso de molestias leves, los jugadores viajarían con el equipo y la decisión se adoptaría en el último momento. Más tarde, reflexionó sobre un aspecto relacionado con el doctor Müller-Wohlfahrt, sin discusión, una eminencia. Por su clínica del centro de Múnich han pasado muchos de los mejores deportistas del mundo, dado que el médico tiene una extraordinaria habilidad exploratoria: es capaz de diagnosticar la mayoría de lesiones simplemente con las manos. Se ha especializado también en el empleo de pequeñas inyecciones de sustancias homeopáticas que usa en las zonas doloridas. Velocistas como Usain Bolt, maratonianas como Paula Radcliffe o golfistas como Txema Olazábal dan fe de que las «manos sanadoras» del médico curaron sus graves dolencias, fuesen musculares o articulares. Por la consulta de Müller-Wohlfahrt han pasado Michael Jordan, Cristiano Ronaldo, Andy Murray, Boris Becker e incluso Luciano Pavarotti y Bono, entre otros.

Guardiola desearía que algún médico estuviera presente en los entrenamientos de Säbener Strasse. Ante cualquier incidencia han de ser los fisioterapeutas quienes actúen. Puede no ocurrir nada grave, pero ¿y si sucede? Müller-Wohlfahrt, sin embargo, sostiene que estar todo el día en la ciudad deportiva supondría una pérdida de tiempo para él o alguno de sus ayudantes y que para los jugadores lesionados no representa un esfuerzo excesivo desplazarse hasta su clínica de la Dienerstrasse, en el barrio antiguo de Múnich, ubicada en la que fue residencia del emperador Luis IV de Baviera en el siglo XIII. En la clínica MW, el doctor atiende a diario a un número ingente de pacientes. Cuando un jugador del Bayern precisa un diagnóstico, es atendido de inmediato, pero en la clínica y no en la ciudad deportiva. La temporada terminaría sin que este asunto estuviera resuelto a plena satisfacción de todos.

La receta para ganar la liga

«Las ligas se ganan en las últimas ocho jornadas y se pierden en las ocho primeras.»

Múnich, 13 de septiembre de 2013

«*E*s bastante parecido a una receta», dice Pep. La experiencia le ha permitido llegar a esta conclusión: hay que evitar perder la liga en los primeros dos meses de campeonato. Tus rivales pueden sacarte puntos, pero no demasiados. Que sea una desventaja mentalmente asumible: dos o tres puntos, cuatro como máximo al término de esas ocho jornadas. Aunque marches por detrás, tienes al líder muy cerca: en un duelo mano a mano puedes alcanzarlo. Será entonces cuando estarás en condiciones de pelear por el título en las ocho últimas jornadas y cuando se demostrará la verdadera capacidad de tu equipo: en el momento de jugarse el campeonato. El esprín final en el que no se puede fallar, el momento decisivo en que el equipo ha de rendir al máximo para conquistar el triunfo. Esta es la teoría.

Estamos todavía muy al principio del camino. Se han disputado cuatro jornadas de la Bundesliga y el Bayern es segundo, a dos puntos del Borussia Dortmund, su gran rival. El equipo de Guardiola ya está en el límite. Más allá de los dos puntos se empiezan a vislumbrar los problemas. Otro tropiezo como el de Friburgo y...

Vollgas fue la palabra que empleó Uli Hoeness para expresar el ritmo que esperaba del Bayern a partir de septiembre. A todo gas. Guardiola recogió el guante: «El presidente dice que hemos de ir a todo gas y tiene razón: empieza uno de los grandes momentos del año, con Liga, Champions y Copa, y estamos preparados para el reto». Aunque en privado Pep está tenso, preocupado por los dos puntos de desventaja, ante la prensa se muestra tranquilo: «No siento presión por esa desventaja. Desde que fiché por el Bayern supe que mi etapa en Múnich sería de mucha presión. Solo llevamos cuatro partidos y lo importante no es ahora, sino cómo estaremos en mayo. Estoy convencido de que tras la pausa invernal estaremos bien situados. Tengo buen *feeling*: haremos una buena temporada. Creo que en abril y mayo estaremos en condiciones de pelear por los títulos».

Pep se siente muy a gusto con Uli Hoeness. Como enfermo del fútbol que es, no puede encontrar mejor hábitat que el Bayern, donde las grandes leyendas se pasean por Säbener Strasse. Comer con Hoeness y competir con él por ver quién engulle más salchichas *rostbratwurst*, tomar café a diario con Rummenigge, charlar cada semana en los campos de entrenamiento con Paul Breitner, leer los cambios de opinión del *Kaiser* Beckenbauer, pisar el mismo césped que el *Torpedo* Müller, *der Bomber der Nation*, y compartir las vicisitudes del equipo con Matthias Sammer son lujos impagables para un mítomano del fútbol como él.

Hoeness y Rummenigge tienen problemas. El primero, a causa de una evasión de impuestos que meses más tarde le llevará a prisión. El segundo, porque en su día no declaró unos relojes de mucho valor que le habían regalado en Catar, lo que acarreó una elevada multa. Pese a las evidencias (Hoeness se había denunciado ante la Hacienda alemana), no puede esperarse de Guardiola que sea crítico con ellos. Al fin y al cabo, ambos lo habían contratado. Sus palabras, por tanto, se movían en el terreno de lo políticamente correcto: «Hoeness es el corazón y el alma del club. Para mí tiene una importancia

capital. Cuando le escuchas hablar del Bayern te das cuenta de la trascendencia que tiene para él: lo es todo para Uli».

En este punto me permito hacer una reflexión sobre el modelo de gestión del Bayern, tan analizado en toda Europa gracias a su notable éxito. Es un club sin deudas, con una gran capacidad de generar ingresos por múltiples vías, apoyado por excelentes patrocinadores, con un estadio permanentemente lleno, más de 230.000 socios, ingresos anuales superiores a 430 millones de euros, beneficios recurrentes temporada tras temporada desde hace 20 años, más de un millón de camisetas vendidas en 2013, una tesorería boyante y, por supuesto, éxitos deportivos extraordinarios. Resulta indiscutible que la manera de gestionar el club es soberbia, además de excepcional si se compara con numerosos casos de clubes europeos que rozan la quiebra técnica. Sin embargo, de manera generalizada se atribuye este éxito al simple hecho de que sea dirigido por exfutbolistas como Hoeness y Rummenigge, lo que, en mi opinión, no es cierto. El Bayern está bien gestionado porque Hoeness y Rummenigge han sido buenos gestores, no porque fueron futbolistas.

Cuando tuvo que retirarse del fútbol en 1979 a causa de una lesión en la rodilla, Hoeness, que solo tenía 27 años, fue nombrado director comercial del Bayern. Desde entonces ha acumulado 35 años de experiencia en la gestión del club, ha conocido todos los ámbitos y detalles de la entidad y en estas tres décadas y media ha encontrado el camino adecuado para construir un club sólido, gigantesco pero sostenible, y deportivamente ambicioso, sin perder por ello el espíritu de una gran familia. A su lado, Rummenigge ha añadido una visión moderna y global del deporte, pero especialmente ha aportado un estilo de dirección que combina con acierto la responsabilidad individual y la toma colectiva de las grandes decisiones.

Vollgas, ha dicho Hoeness. El entrenador ha encargado un análisis estadístico del ataque del Bayern durante las primeras cinco semanas de competición porque no está satisfecho de la eficacia de sus delanteros. Los datos son contundentes: en los siete partidos disputados antes de la pausa por los partidos de la selección, el equipo de Pep ha disparado 162 veces, un promedio de veintitrés por partido, y ha logrado dieciséis goles: la ratio de eficacia es del 10%, pero la tendencia va a peor. El Bayern se defiende mejor de los contraataques rivales, pero en cada partido empeora la precisión en el remate. En los dos últimos, la eficacia ha descendido hasta el 5%.

El viernes 13 de septiembre, media hora antes de empezar el entrenamiento, Pep muestra estos datos a los jugadores, recién incorporados de sus respectivas selecciones. No les pide que acierten más en los remates porque eso sería una osadía: no fallan porque quieren. Pero desea que sean conscientes de lo desacertados que están a la hora de rematar, y les insiste en la necesidad de cortar de raíz cualquier contragolpe del rival.

Al día siguiente el Bayern juega en el Allianz Arena contra el Hannover 96. Y estalla la tormenta.

Múnich, 15 de septiembre de 2013

A Pep le sorprendió gratamente la reacción inmediata de Uli Hoeness y Kalle Rummenigge al día siguiente de la Supercopa europea de Praga, cuando los máximos dirigentes del Bayern salieron en su defensa: «Las declaraciones de Mourinho son descaradas (...) Quizás estaba viendo otro partido». El entrenador del Chelsea había dicho en Praga: «Siempre que juego contra Pep me quedo con un jugador menos: debe ser una premisa de la UEFA». Lo que obvió Mourinho aquel día es que la entrada de su jugador Ramires a Mario Götze, que supuso la segunda amonestación y consiguiente expulsión, le había roto la cápsula del tobillo al futbolista alemán y que, en realidad, debió ser merecedora de expulsión directa.

La sorpresa de Pep se debió a que no estaba acostumbrado a una reacción de sus superiores como esta. En el Barça, a menudo tuvo que hacer frente en solitario a incidentes de todo tipo y defender no solo a su equipo, sino a toda la institución frente a ataques desmedidos y graves. En abril de 2011, Barcelona y Real Madrid tuvieron que enfrentarse cuatro veces seguidas, en una sucesión de clásicos que estuvo presidida por una tensión desmedida. Algunos jugadores del Madrid se emplearon con una agresividad que, en algunos casos, rozó la violencia. Más de un futbolista del Barça fingió y se comportó con muy poca deportividad. Tras la final de Copa que ganó el Madrid gracias a un gol de Cristiano Ronaldo, el entrenador del Barcelona felicitó a su rival, pero también dijo que su equipo había estado muy cerca del triunfo. Era cierto porque el árbitro anuló, de forma acertada, un gol de Pedro por fuera de juego. Guardiola se refirió así a esa acción: «El asistente tuvo muy buena vista y por dos centímetros nos anuló el gol de Pedro».

El 26 de abril de 2011, Pep y sus jugadores estaban almorzando en el restaurante privado del hotel Eurostars Madrid Tower. En la televisión se emitía la rueda de prensa de Mourinho previa al partido de semifinales de la Champions League que iba a jugarse al día siguiente. Él estaba de espaldas y no prestaba atención, pero uno de sus ayudantes le avisó para que se girara y escuchase. Entonces oyó decir a Mourinho: «Ha empezado un nuevo ciclo. Hasta ahora teníamos un grupo muy pequeño de entrenadores que no hablaba de los árbitros. Luego uno grande en el que estoy yo, que critica a los árbitros (...). Pero ahora con las declaraciones de Pep entramos en una nueva era, un nuevo grupo en el que sólo está él, que es criticar el acierto del árbitro. Yo nunca lo había visto».

Los jugadores del Barça escuchaban también y se mostraron indignados con Mourinho, especialmente por el tono burlón que empleó. A Guardiola no le hizo falta más: «Ha llegado el día».

Hacía muchos meses que Pep había dicho a sus próximos: «Conozco muy bien a Mourinho y sé que busca la provocación para que yo salte, pero no lo conseguirá. No saltaré, no le responderé. Solo lo haré un día y ese día lo elegiré yo». Mourinho era como un martillo percutor y a menudo provocaba a Pep, pero este se había mantenido toda la temporada en silencio. Hasta que llegó el día.

A las ocho de la tarde, los jugadores del Barça abandonaron el estadio Bernabéu tras el último entrenamiento previo al partido. La plantilla intuía que Pep iba a responder con dureza. Se había extendido tanto el rumor que incluso los principales dirigentes del club estaban al corriente de que había preparado una declaración contundente contra Mourinho. Al salir del vestuario, uno de los jugadores más cercanos al entrenador se acercó a él para desearle suerte en la conferencia de prensa. También lo

hizo el director deportivo del club, Andoni Zubizarreta, que le sorprendió con una frase: «No contestamos, eh Pep, no contestamos. Perfil bajo, mejor perfil bajo».

Pep sintió, una vez más, que el club volvía a dejarlo solo en un momento clave. Pero descartó el consejo del club y decidió seguir adelante; contestó a Mourinho con una dureza inaudita: «Como el señor Mourinho me ha tuteado, yo también le voy a tutear. Él me ha llamado Pep y yo le voy a llamar José. Mañana a las 20.45 horas nos enfrentamos en el campo. Fuera del campo ya me ha ganado. Me ha ganado durante todo este año y seguirá haciéndolo en el futuro. Le regalo su Champions particular fuera del campo, que se la lleve a casa y la disfrute. En esta sala [de prensa del estadio Bernabéu] él es el puto jefe, el puto amo, es el que más sabe del mundo y yo no quiero competir en ningún instante. Solo le recuerdo que hemos estado juntos cuatro años. Él me conoce y yo le conozco. Si prefiere hacer más caso a los amigos de Florentino Pérez y a la *central lechera* que todos conocéis aquí en Madrid [en referencia a un grupo de periodistas de Madrid muy cercanos al presidente Pérez] que a la relación que tuvimos durante cuatro años, que lo haga. Yo felicité al Real Madrid por la victoria y la Copa que ganó. El fuera de juego lo fue por centímetros. El árbitro de la final de Copa estuvo muy atento y listo. Dentro del campo intento aprender mucho cuando juego contra José o cuando le veo por la televisión. Pero fuera del campo intento aprender poco de él».

Las palabras de Pep incendiaron el ambiente previo a la semifinal. Cuando llegó al hotel de concentración, sus jugadores le ovacionaron, entusiasmados por lo que consideraron una respuesta imprescindible e impecable. Estaban acostumbrados a recibir muchos elogios, pero también habían vivido acusaciones de dopaje, trampas, fingimiento y connivencia arbitral sin que los dirigentes del club, partidarios del perfil bajo y la tibieza, salieran en su defensa. Guardiola lo había hecho en el lugar adecuado y el momento oportuno.

En Múnich, sin embargo, están acostumbrados a decir las cosas claras. Gente como Beckenbauer o Hoeness jamás se han retenido a la hora de lanzar una crítica a un entrenador o a sus propios jugadores. Lo que en España se consideraría un conflicto mayúsculo, en Baviera solo es una forma de expresarse. Nadie se sorprende, por ejemplo, cuando en el descanso de un partido el locutor oficial del Bayern, Stephan Lehmann, le pregunta a Paul Breitner por un penalti señalado a favor y el exjugador responde: «No, no era penalti. Nos lo han regalado». Esto ocurrió el sábado 24 de agosto de 2013 en el Bayern-Nürnberg, derbi de Baviera. En el Allianz Arena, a nadie le pareció incorrecto que Breitner se expresara con semejante rotundidad y sinceridad.

Guardiola ha tenido que acostumbrarse a esta nueva cultura y a mediados de septiembre de 2013 se encuentra en medio de una tormenta: el «huracán Sammer».

El Bayern juega ante el Hannover 96 un partido similar al disputado contra el Nürnberg tres semanas antes en el Allianz Arena: un primer tiempo lento, anodino y monótono; una charla intensa de Guardiola en el descanso para despertar a sus jugadores; y un segundo tiempo bullicioso y veloz que acaba con el mismo resultado (victoria por 2-0). Al entrenador le desagrada la actuación de sus jugadores, aunque no le sorprende. Siempre le preocuparon mucho los partidos posteriores a las convocatorias de las selecciones nacionales. Durante casi dos semanas, los jugadores se acostumbran a otro tipo de entrenamientos y distintas maneras de jugar y su regreso suele ser caótico: «Después de ocho o nueve días con las selecciones, el ritmo de los jugadores es otro. Pero ahora ya estaremos en buenas condiciones para debutar en la Champions League», dice Pep tras el partido, en unas declaraciones bastante prudentes, que no reflejaban para nada su estado de ánimo.

Quizá por vez primera desde que ha llegado al Bayern, está abatido y enfadado. Ya no se trata del desconcertante papel de Thomas Müller en el centro del campo, donde había tenido que jugar una vez más debido a las numerosas bajas. De hecho, alinear como centrocampista a un atacante como Müller estaba dejando en evidencia al jugador. Pep teme que los jugadores no le comprenden y, al mismo tiempo, que él no encuentre la forma de hacer funcionar al equipo. Matthias Sammer no tarda en

aparecer. Con voz tranquila, pero contundente, dice lo siguiente: «Si no empezamos a olvidar los títulos que hemos ganado... Estamos jugando de manera letárgica; jugamos al fútbol sin emoción; jugamos para cubrir el expediente. Hemos de salir de nuestra zona de confort. ¿Por qué digo esto? Porque no puede ser que en cada partido nuestro entrenador tenga que pronunciar una filípica para que espabilemos. Nos estamos escondiendo todos detrás del entrenador».

Suena como un trueno. Lo peor es que Sammer está en lo cierto. Es inevitable que un equipo que lo gana todo, como hizo el Bayern de Heynckes, acumule dos sentimientos: una gran autoestima y la impresión de invencibilidad. Los jugadores se sienten formidables, capaces de superar cualquier obstáculo, como habían comprobado 15 días antes en Praga, en la milagrosa remontada ante el Chelsea, y además están satisfechos con Pep porque les aporta nuevos avances tácticos. Pero esta misma satisfacción les enjaula en una zona de confort durante los partidos, que afrontan con menor energía y entusiasmo que los entrenamientos. Están tan convencidos de ganar que no les importa salir adormecidos al campo hasta que el entrenador los despierta en el descanso con su filípica...

Por estas fechas, Guardiola y Sammer ya han forjado una relación excelente, pese a los vaticinios de que su convivencia sería complicada. Han conectado de maravilla, comprendieron rápidamente lo mucho que uno podría aportar al otro y no les hizo falta más para caminar juntos. El apoyo mutuo ha sido una constante. Sammer también tiene la clarividencia del futbolista que en su día manejaba a un equipo gracias a su jerarquía en el juego y le costaba muy poco percibir las señales de relajación que mostraban los jugadores durante los partidos. Por esta razón suelta el bombazo, sin siquiera comentárselo previamente a Pep. El entrenador queda sorprendido con la crudeza del director deportivo, pero lo agradece. Y, de hecho, en la tormenta posterior que se origina en el club, Pep se pone rotundamente del lado de Sammer, al que defiende sin la menor duda.

Como es costumbre en Múnich, las palabras de Sammer tienen réplica, en este caso del presidente Hoeness, en unas declaraciones al diario *Bild*: «Parece que tengamos que pedir perdón por ganar solo 2-0 y parece que hayamos perdido cuatro o cinco partidos. En Dortmund deben estar partiéndose de risa». En la revista *Kicker* añade: «Comprendo que Matthias ha querido poner el dedo en la llaga. Sin embargo, lo que ocurre es que no hay ninguna herida».

Interviene también *Kalle* Rummenigge: «Esto es bonito para la prensa, pero no es lo que necesita el equipo ni el entrenador». Por supuesto, tampoco faltan las opiniones del *Kaiser* Beckenbauer ni de Lotthar Matthäus ni de los jugadores. Toni Kroos y Manuel Neuer aceptan públicamente las críticas, reconociendo haber jugado mal contra el Hannover y que las palabras de Sammer suponen un buen toque de atención. El capitán Philipp Lahm, en cambio, pide que las críticas se pronuncien dentro del vestuario y no en el exterior.

Dos días más tarde, ya en la previa del debut en la Champions, Guardiola vuelve a referirse a la tormenta: «Esto es cultural y no estoy sorprendido por la opinión de Sammer. Él es muy emocional, como yo. Me he dado cuenta de que en Alemania, a diferencia de Barcelona, este tipo de reacciones son normales y yo tengo que adaptarme. Si ocurriera algo así en España, *buff*, tendríamos un gran problema, pero aquí es normal». Esto no impide que Hoeness y Rummenigge convoquen a Sammer a una reunión, cuyo ambiente será tenso. Y si Sammer había acudido siempre en ayuda de Guardiola, el entrenador hace lo mismo: apoya a su director deportivo sin el menor titubeo. «Matthias es uno de los nuestros», dice con rotundidad.

El domingo 15 de septiembre, dieciocho horas después de jugar contra el Hannover, Pep sigue desanimado, pero hace todo lo posible por ocultarlo a sus hombres en el entrenamiento matinal. Tiene una charla previa con ellos, intensa, con esa gesticulación agresiva tan característica. Sorprende a muchos cuando dice: «Quiero poner a uno de vosotros como ejemplo: a Mario Mandžukić. Él y yo no empezamos bien. Ya el primer día vimos que no íbamos a ser amigos, que no había buen rollo entre nosotros. Pero os digo que no hay nadie mejor que él, nadie que se esfuerce más, que acabe los partidos

más roto y que lo haya dado todo en el campo. Es el mejor por esta razón. El que más se sacrifica por el conjunto. En mis años de entrenador no he tenido un delantero centro como él. Ninguno ha sido mejor que él por las razones que os he dicho. En este equipo jugarán Mario y diez más».

Lo que no imaginaba todavía es que de aquel profundo desánimo surgiría una de sus mejores ideas.

«¡Maria! ¡Màrius! ¡Venid, rápido!»

Múnich, 15 de septiembre de 2013

Los dos hijos mayores de Pep dejan de jugar y van corriendo al rincón de la casa donde trabaja su padre. Es la segunda «cueva» de Guardiola. La primera está en Säbener Strasse, donde tiene su despacho principal. La segunda es ese cuartito al fondo de un pasillo en su piso del centro de Múnich. Unos pocos metros cuadrados, una mesa, una silla y el ordenador portátil.

Este domingo 15 de septiembre, Pep está profundamente abatido. El partido de ayer le ha desalentado mucho. Los resultados son positivos: el Bayern ha ganado la Supercopa europea, marcha segundo en la liga a dos puntos del Borussia Dortmund, y solo ha perdido un partido en mes y medio, el de la Supercopa alemana, pero nada de esto le satisface. Vive de los resultados, como cualquier otro entrenador, pero lo que verdaderamente le hace disfrutar es la manera de jugar. Está triste y con el ánimo caído. Ya se sintió así durante el partido de ayer contra el Hannover 96, aunque en el descanso arengó a sus jugadores e introdujo un montón de cambios tácticos para conseguir la victoria. En la rueda de prensa se mostró contento con el resultado (2-0) y el rendimiento, pero en su interior estaba decepcionado. En la cena posterior al partido, en el Players Lounge, se le vio distraído: sentía que no conseguía hacer llegar su mensaje de juego a los futbolistas, que no lograba que jugaran al nivel de su talento.

Tras el entrenamiento matinal se va rápido a casa en vez de quedarse en el campo charlando con sus ayudantes como acostumbra a hacer. Come pronto y rápido, y se va a su «cueva». «Perdona, Cristina, tengo faena», le dice a su esposa.

Cristina lleva tantos años con él que no necesita explicaciones. Cuando está así, silencioso, meditabundo y tristón es porque se culpa a sí mismo de algo. No culpa a los jugadores del Bayern por su bajo rendimiento: se culpa a sí mismo por no sacarles el máximo de su potencial, por no acertar con las palabras o los ejercicios, por no ubicarlos correctamente y por no construirles la plataforma adecuada para exprimir sus cualidades. Pep es hijo de paleta, como se dice en catalán. Su padre, Valentín, es un albañil de Santpedor, localidad próxima a Manresa, en el centro de Catalunya. Él le enseñó a vestirse por los pies, a no culpar a los demás y a sentirse responsable de sus actos. Hoy, Pep es uno de los entrenadores más reputados del mundo y dirige uno de los clubes más grandes, pero sigue siendo hijo de albañil, lo que equivale a ser y sentirse responsable de todos sus actos. No puede acusar a los demás: si el Bayern no funciona es por su culpa. Y punto.

Durante seis horas repasa los vídeos del partido del sábado y toma notas. Dibuja en su libreta, tacha los dibujos y vuelve a construir ideas sobre el papel. Un paleta es un constructor modesto. Pep pasa la tarde dando vueltas a su problema y en un momento dado cree encontrar la solución. Entonces da ese grito: «¡Maria! ¡Màrius! ¡Venid, rápido! ¡Ya lo tengo!».

No es el «¡Eureka!» del inventor, sino la voz del alumno que se siente capacitado para superar el examen, el grito de quien cree haber encontrado la solución al problema, aunque es consciente de que debe argumentarlo ante los profesores. Maria y Màrius son sus profesores. Pep les cuenta siempre hasta el mínimo detalle de los partidos y a los niños les entusiasma: son dos fanáticos de la táctica futbolística

y, además, no tienen la menor piedad con el padre. Si la idea que les explica no les parece consistente se la tumban sin miramientos. Este domingo por la noche, los niños dan el visto bueno a su trabajo. Examen aprobado.

A las ocho de la mañana del lunes, el entrenador ya está sentado en el despacho de Säbener Strasse con Manel Estiarte. La mesa está llena de papeles, el ordenador muestra el partido contra el Hannover y en las dos pizarras hay un montón de esquemas tácticos. Estiarte recuerda aquella mañana con una sonrisa: «Es uno de los diez grandes momentos de Pep. ¡Y mira que ha vivido grandes momentos! Es un momento impresionante».

Guardiola está excitado y exaltado. El desánimo del sábado («No veo al equipo, no me hago con él») ha dado paso al entusiasmo del lunes («¡Lo tenemos, lo tenemos!»). Y explica la idea, al principio lentamente y luego va acelerando hasta que el invitado se pierde en una maraña de gestos y detalles. Aproximadamente, se trata de lo siguiente: «Mantenemos a Lahm de mediocentro. Esto es inamovible. A los lados, Boateng y Dante para que Lahm pueda salir agresivamente a dividir al contrario. Bastian [Schweinsteiger] y Kroos por delante como interiores ofensivos y entonces hacemos el movimiento: Rafinha y Alaba dejan de ser laterales y pasan a ser también centrocampistas. Se mueven sobre todo por dentro, aunque puedan alternarse por fuera con Robben y Ribéry. Si tenemos el balón somos verticales a partir de la posición que han creado Alaba y Rafinha. Si perdemos el balón tenemos a todos los jugadores colocados en el centro y muy arriba: será fácil recuperarlo».

Es un 3-4-2-1. En la línea de 3 estarán los dos defensas centrales más Lahm, incrustado entre Boateng y Dante para iniciar el juego. El capitán Lahm ya es, a estas alturas, el mejor mediocentro del Bayern: quien mejor saca el balón desde atrás, quien divide al contrario y quien sabe lo que hace falta en cada instante. Es el más valiente y no hay quien le arrebatase el esférico. En la línea de 4 estarán los dos laterales y los dos interiores formando una maraña de centrocampistas ofensivos, pero también una red con la que frenar al contrario si el Bayern pierde el balón. Por formación, Alaba no tendrá dificultad en asumir el rol, con lo que el hombre clave será Rafinha: si el brasileño rinde bien en esta zona, la idea funcionará. En la línea de 2 estarán Ribéry y Robben, con libertad para moverse por fuera o irse por dentro; cuando lo hagan por dentro, Alaba y Rafinha deberán desplazarse al exterior. Y por delante de todos, un delantero: en principio, Mandžukić, pero también Müller, una vez desterrada la idea de que puede ser centrocampista.

La charla del martes 16, previa al debut en la Champions, será monográfica sobre ese 3-4-2-1. Convocan a los jugadores a la sala de vídeo de Säbener Strasse, un auditorio que parece un cine, pero Guardiola les ordena levantarse y salir fuera, a la terraza exterior. Allí les señala el campo de entrenamiento número 1, con cuatro líneas perfectamente pintadas de punta a punta que delimitan la zona central como prolongación del área. En capítulos posteriores hablaremos extensamente de ellas.

«Lo único importante en nuestro juego es lo que sucede dentro de estas cuatro líneas. El resto no importa», les dice Pep.

Regresan dentro y muestra a sus jugadores el vídeo de la *u*. En las imágenes se observa que el movimiento de inicio es reiterativo y estéril: el balón circula de una banda a otra de manera inocua: de Ribéry a Alaba; de este, a Dante; del brasileño, a Boateng; de este, a Rafinha y finalmente a Robben, dibujando una especie de *u* mayúscula. A veces también intervienen Neuer y Lahm. Es un movimiento horizontal que no conduce a ninguna parte. El balón circula de un costado al otro, de pie en pie, sin la menor sustancia. Es como un guiso sin sal. El rival puede defenderse casi sin esfuerzo porque los jugadores del Bayern en ningún momento intentan romper sus líneas: «Señores, esto que veis es el tiquitaca y es una mierda. Este tipo de posesión no nos interesa para nada. Es la intrascendencia pura. Es pasar el balón por pasarlo. Lo que necesitamos es que nuestro mediocentro y nuestros defensas salgan agresivamente y rompan las líneas del rival para colocarnos todos muy arriba. Esta *u* tiene que acabarse», les indica.

Quedan instaurados el 3-4-2-1 flexible y, sobre todo, la colocación de los laterales a la misma altura que los centrocampistas ofensivos. Pep establece en su equipo los falsos interiores, que sin la menor duda será el principal movimiento táctico de su primera temporada en el Bayern. También queda declarada la guerra total contra el tiquitaca entendido como sinónimo del pase intrascendente.

La noche siguiente, el CSKA de Moscú será la primera víctima. Pep lleva 511 días sin escuchar la música de la Champions y su reestreno es feliz. No solo el Bayern vence por 3-0 al equipo moscovita, sino que el juego empieza a ser fluido y agresivo, con intencionalidad ofensiva, olvidándose de la *u* y el pase estéril. Lahm repite de mediocentro; Rafinha y Alaba cumplen su nuevo papel; Müller disfruta jugando como segundo delantero por detrás de Mandžukić y el equipo recupera a Schweinsteiger, que tiene unos minutos para probarse en el puesto de Kroos. El segundo gol, además, llega en una jugada ensayada en el entrenamiento del día anterior: en el lanzamiento de una falta lateral, Ribéry y Robben simulan discutir sobre quién lanzará, amagan con hacerlo pero retroceden y, finalmente, por sorpresa, el neerlandés centra sobre el área para que Mandžukić cabecee a gol sin oposición, aunque en fuera de juego: la defensa del CSKA se ha despistado.

Domènec Torrent y Hermann Gerland se abrazan efusivamente con Pep por el éxito de la jugada de estrategia. Para el cuerpo técnico es muy gratificante que sus propuestas terminen en gol, y para Guardiola es el primer partido del año en el que empieza a sentir que el equipo marcha por el camino que había imaginado. No ha hecho falta ninguna filípica en el descanso para cambiar la dinámica, y los dos laterales han entendido a la perfección lo que el entrenador pretendía. Por vez primera en seis años, el campeón de la Champions debuta en la siguiente edición ganando su primer partido (no sucedía desde que el AC Milan venciera al Benfica por 2-1 en 2007; todos los sucesivos campeones empataron en su debut).

Meses más tarde, recordando aquel momento, el escritor Ronald Reng, autor del libro *Una vida demasiado corta* sobre el malogrado guardameta Robert Enke, nos dirá: «Jugaron tan a tope... Daban pases con tanta rapidez y fluidez que el CSKA parecía un equipo de la Tercera División. Me recordó al Barça de 2009, pero con la rapidez tradicional del Bayern al contragolpe o en la presión para cerrar espacios si perdían el balón. Desde aquel partido hemos visto un equipo que nunca habíamos presenciado en Alemania».

La idea de juego saldrá aun más reforzada en la visita a Gelsenkirchen, el hirviente estadio del Schalke 04. Cuando tiene el balón, el Bayern se ubica en un claro 3-4-2-1, y cuando no lo tiene se defiende en 4-3-3. Una vez asentada la nueva formulación, con los laterales jugando como centrocampistas interiores, el equipo se mueve con más fluidez, lo que da alas a sus atacantes, convertidos en cuchillos afilados que cortan al Schalke por fuera y por dentro. En el costado derecho, Robben lleva su juego mayoritariamente hacia fuera, con lo que a Rafinha le queda la parte de dentro del ataque, que es donde se desenvuelve mejor. En el lado izquierdo, Ribéry y Alaba permutan incesantemente sus posiciones.

Cuando mira hacia atrás, Guardiola tiene motivos para sonreír: hace una semana estaba abatido y desanimado, sin encontrar el punto de cocción que necesitaba el equipo, pero siete días más tarde ha logrado tres victorias *in crescendo* (2-0 contra el Hannover; 3-0 contra el CSKA y 0-4 contra el Schalke). Además, lo que es más importante, el juego colectivo está adquiriendo la armonía buscada. La idea de los laterales situados en el centro del campo empieza a dar fruto. Ha sido el clic.

Dos horas antes y a bastantes kilómetros de distancia, en Núremberg, el Borussia Dortmund ha empatado su partido, lo que significa que en la sexta jornada de liga los dos principales rivales marchan empatados a 16 puntos. Las ligas se pierden en los ocho primeros partidos.

Múnich, 18 de septiembre de 2013

Guardiola almacena en su cabeza el mapa del tesoro. Es un mapa secreto que contiene enigmas y misterios, un enrevesado crucigrama y una línea discontinua de puntos que se van uniendo a medida que resuelve las incógnitas que surgen en el camino. En ese mapa están todas las preguntas y la mayor parte de las respuestas. Algunas las responde Pep en público; otras, directamente sobre el césped. Hay varias que simplemente están congeladas, esperando que llegue el momento oportuno para emplearlas. Guardiola tiene un especial olfato para los momentos, una virtud que no se aprende en la escuela de entrenadores. Él tiene el privilegio de acertar con los momentos. Por esta razón no tiene prisa en resolver todas las incógnitas de su mapa táctico: las respuestas irán surgiendo en el momento correspondiente del proceso.

Este es un asunto que parece baladí, pero que en la vida del entrenador catalán tiene una gran trascendencia. Significa que es consciente de que a lo largo de un determinado ciclo (un trimestre, una temporada, una etapa en un club) se enfrentará a una serie de decisiones y movimientos tácticos. Una serie inevitable y, paralelamente, predeterminada por su propia filosofía de juego. Su primer año en el Barça no tuvo mucho que ver con el tercero. Su primer curso con el Bayern será distinto del tercero. Hablamos de organización táctica, de movimientos individuales, de asociaciones e interacciones colectivas.

Pep traza un «plan de negocio» táctico para cada ciclo. Lo escribe en el interior de su cabeza, sin dejar rastro físico. Pensemos en el Bayern que recibe de Heynckes: es una herencia formidable. Guardiola es consciente de que solo puede introducir una determinada cantidad de *software* nuevo en el *hardware* de este Bayern hipercampeón. Si supera cierto volumen de nuevas ideas colapsará al colectivo y a algunos jugadores. Establece *a priori* un plan de desarrollo de sus ideas, como quien identifica unos hitos concretos a conseguir en un determinado período. No son hitos que se puedan explicar fácilmente con palabras, ni son extrapolables a otros equipos, jugadores o entrenadores. Pertenecen a su manera de entender el fútbol.

No aspira a que sus jugadores lo comprendan todo. Es consciente de que hay futbolistas capaces de asimilar explicaciones complejas, en tanto que otros son de comprensión más limitada. Por lo tanto, distinguirá claramente entre quienes deben recibir mensajes breves, sintéticos y parciales y quienes poseen capacidad para entender el cuadro completo. Empleará un lenguaje muy diferente según a quien se dirija, lo que no es ninguna novedad. De hecho, uno de los grandes conflictos del deporte, desde tiempos inmemoriales, reside en el lenguaje que emplean los entrenadores cuando pretenden hacer llegar sus mensajes técnicos a los deportistas. Solo los técnicos muy privilegiados o experimentados alcanzan un nivel de comunicación verbal y gestual capaz de transmitir con precisión el mensaje deseado. En ocasiones, han de ser mensajes sofisticados; en otras, muy básicos. Resulta imprescindible acertar en la forma, el contenido, el volumen y el momento preciso para cada mensaje y cada receptor. Para un entrenador es imprescindible acertar para desarrollar sus ideas técnico-tácticas con los jugadores.

Guardiola tiene un problema en este aspecto. Es muy hábil para diseñar mentalmente su mapa del tesoro, su «plan de negocio», es decir, para definir todos aquellos aspectos tácticos, individuales y

colectivos que pretende aplicar a lo largo de un determinado período. Tiene una clarividencia especial para saber hasta dónde puede llegar este trimestre o esta temporada y también qué aspectos o movimientos deberá aparcar hasta el siguiente ciclo, cuando el equipo haya madurado. Al repasar con él la historia de sus cuatro años en el Barça te recuerda sin dudar cada una de las evoluciones del equipo y también las que habría aplicado si hubiera seguido en el club catalán. Pero cuando le preguntas por el Bayern es más reservado y te explica solo los movimientos a corto plazo: esta temporada haremos esto y lo otro, te dice, pero calla cuando le preguntas por el año siguiente. Aunque ya sabe cuáles serán.

A pesar de esta claridad de ideas tiene dificultades para transmitirlos a sus jugadores. No es problema de lenguaje, y tampoco de idioma futbolístico. Es un problema de exceso de *software*. En ocasiones, quiere decir tantas cosas, llegar a tan pequeños detalles, que algunos futbolistas no pueden seguirle. En esos casos, insiste de forma machacona y tarda cierto tiempo en darse cuenta de que el jugador en cuestión necesita, a menudo, bastante menos mensaje y mucho más simplificado.

Pongamos un ejemplo: Franck Ribéry, un futbolista al que podríamos asimilar con un corredor de 100 metros por sus pautas de comprensión y comportamiento. Si a Ribéry le sofisticas el mensaje, en realidad le complicas la evolución. Guardiola tardó meses en encontrar la medida exacta de sus palabras con Ribéry. Ya en el primer entrenamiento le habló de jugar por dentro ocupando la zona del falso 9. Pep está convencido de que Ribéry puede ser doblemente peligroso si hace en el centro lo que acostumbra a hacer en la banda. En el centro no tiene una línea de cal que le limita por un lado y, como es lógico, contará con más espacio para moverse y regatear. Cree firmemente que el francés puede marcar grandes diferencias por el centro. Pero Ribéry necesita tiempo para madurar y asimilar los movimientos que le explica el entrenador. Son demasiado sofisticados y complejos para asimilarlos rápidamente, por lo que Pep decidirá aparcar la idea hasta el momento oportuno, pasados unos meses.

El ejemplo opuesto es Philipp Lahm, a quien puede complicar el mensaje tanto como quiera. Ambos han dedicado muchas horas a hablar de fútbol de forma compleja. No hay entrenamiento en el que no dediquen un cuarto de hora, al finalizar, a discutir movimientos y acciones. Es entonces cuando Pep se suelta e interpreta uno de sus rituales preferidos, con una sinfonía de gestos que indica dónde debe estar cada jugador en cada momento, quién cubre a quién, adónde va el mediocentro, cómo sale el central, qué acción interpreta el lateral del lado débil... El etcétera es tan largo que exige una concentración elevada para no perder el hilo de la charla. Doy fe de que cada vez que asistí a una de estas charlas y Pep explicó acciones colectivas complejas me acabé perdiendo. No es sencillo seguir su plan. Lahm lo consigue.

Resumamos este asunto que hace referencia a las ideas, al recorrido de las mismas y a la transmisión y comprensión de los conceptos. Todo unido puede ser definido como el camino del juego que propone el entrenador. Guardiola tiene claro el camino que quiere seguir, tanto colectiva como individualmente para cada jugador; qué puede pedir y qué puede esperar como respuesta; cuándo debe desarrollar sus ideas y cómo ponerlas en práctica. Desde el punto de vista estratégico y táctico, tiene dibujado en la mente todo el campo de batalla de la temporada. Pero en la transmisión de los mensajes para desarrollar este complejo y extenso plan encuentra dificultades cuando no acierta con el volumen exacto de ideas a presentar a cada tipo de jugador. Se corrige con acierto, aunque tarda un cierto tiempo en encontrar la dosis correcta de explicaciones.

La virtud de Pep reside en la riqueza de su plan, el mapa táctico del tesoro que posee. Su defecto es la dificultad para medir con precisión la cantidad de *software* que cada jugador puede absorber.

Múnich, 25 de septiembre de 2013

La idea de los laterales situados como centrocampistas formando una línea de 4 con los dos interiores ya la había tenido cuando estaba en el Barça, aunque con otras variantes. Incluso empezó a hablar de ella al terminar algunos entrenamientos en el Trentino, recién llegado al Bayern. Lo apuntó levemente en una rueda de prensa: «Sin duda, Alaba también puede jugar de centrocampista». En realidad, no pensaba en Alaba como centrocampista, sino como un lateral que jugara adelantado en la línea del centro del campo. ¿Cómo surgió la idea? Ya estaba ahí, en el catálogo de juego, reposando hasta que llegara el momento adecuado para desempolvarla.

Veamos el proceso que siguió Guardiola para desarrollarla. Primero analizó el problema: el Bayern hacía circular el balón en un recorrido en forma de *u* entre Ribéry y Robben, pasando por los laterales y los defensas centrales, sin que esta circulación supusiera ningún provecho al equipo. El Bayern tenía el balón, pero no atacaba con él al rival, no era agresivo, no intentaba romper las líneas enemigas, no profundizaba.

Entonces rescató una idea que no pudo desarrollar en el Barça dado que se marchó tras su cuarta temporada: «En el Barça, cada año conseguíamos nuevas evoluciones sobre lo establecido y el equipo iba mejorando, pero a partir del Mundial de Clubes de 2011 [que ganó 4-0 al Santos de Neymar] ya no había un camino sencillo para seguir progresando con los mismos jugadores. Habíamos jugado mejor que nunca y no era simple encontrar el siguiente paso».

Una de las ideas que barajó en esa época hacía referencia al lateral izquierdo (no mencionaba al derecho porque en el Barcelona quien ocupaba esta posición era Dani Alves, que no es precisamente un prodigio de rigor táctico). «La evolución táctica que yo imaginaba en aquella época para el Barcelona —explica Guardiola— consistía en utilizar al lateral izquierdo para cerrar como doble pivote junto al mediocentro. Sabemos que los laterales pueden subir hasta la altura del mediocentro mientras él saca el balón, pero sin rebasarlo hasta que ya ha pasado el balón hacia delante. La idea era dejar al lateral izquierdo sin que superase la altura del mediocentro para poder componer con él un doble pivote en caso de necesidad». Nos lo explicó en el mes de julio de 2013, en el Trentino, durante la pretemporada: «Esta idea del lateral cerrando como doble pivote junto al mediocentro me la guardo y me la reservo para el futuro».

El domingo 15 de septiembre, abatido y desanimado, pero dispuesto a encontrar soluciones, Guardiola rescató la idea y la adaptó a los jugadores del Bayern. Emborronando papeles llegó a una formación que le pareció idónea: no sería el lateral izquierdo quien formaría junto al mediocentro, sino que ambos laterales lo adelantarían y compondrían una línea de cuatro por delante del pivote. El clic nació de este modo.

Diez días después volvía a enfrentarse al Hannover 96, pero esta vez en un partido de Copa, es decir, a partido único. «Prefiero este sistema de Alemania al de España porque cada partido de Copa es una final. Es mucho más arriesgado, pero también más atractivo de esta manera. Y positivo para los jugadores porque 11 meses de competición es una barbaridad y debemos potenciar la calidad de los partidos en vez de la cantidad».

Mirko Slomka era en aquel momento entrenador del Hannover (fue destituido en Navidad y sustituido por Tayfun Korkut) y había dicho que cualquier equipo alemán era capaz de montar un contraataque completo en menos de 11 segundos. Pep discrepaba: «Yo creo que es más rápido de lo que dice Mirko. Esta liga es bestial en materia de contraataques. Es la *Contra-Bundesliga*. En España hay grandes equipos que hacen buenos contragolpes, pero en ningún lugar como en Alemania hay tantos equipos tan eficaces al contraataque y tan rápidos».

El Bayern venció cómodamente al Hannover por 4-1, aunque siguió mostrando un juego irregular. Se adelantó pronto en el marcador y fue muy agresivo para cortar cualquier opción de contragolpe rival, pero en cuanto llegó al 2-0 se relajó y concedió varias ocasiones de peligro que permitieron marcar un tanto al equipo visitante. El Bayern se había vuelto a dormir y Pep, a enfadar. En el segundo tiempo reaccionó como siempre y sentenció el pase a octavos de final con otros dos goles. «Es que en la primera parte hemos cometido un error de principiante —explicó—: todos los pases que dábamos en ataque eran hacia dentro en vez de darlos hacia fuera. Si los das hacia dentro y te quitan el balón, zas, te organizan un contragolpe. En la segunda parte lo hemos corregido.»

Iban a cumplirse cien días de la llegada de Pep al Bayern y el entrenador hacía balance: «Estoy contento. Mi alemán no es bueno, pero mis jugadores me apoyan mucho. Todavía no consigo expresarme bien y llegar a ellos con facilidad, pero su comportamiento en los entrenamientos es formidable. Veo detalles en los jugadores que me hacen pensar que podemos jugar bien. Esos momentos son los que me hacen realmente feliz».

En el pasillo de vestuarios del Allianz Arena hablamos con Rafinha, el lateral brasileño que, con la inclusión de Lahm como mediocentro, se había convertido en titular indiscutible del equipo. Rafinha, que está permanentemente de broma y se denomina a sí mismo “canterano” [sabiendo que Guardiola es partidario acérrimo de alinear siempre en sus equipos a jugadores de la cantera] comentó: «Pep se explica bastante bien en alemán, y cuando tiene dificultades ahí estamos Pizarro y yo mismo para hacer de intérpretes».

Un miembro del cuerpo técnico dijo: «Rafinha es ahora mismo el jugador más importante del equipo. Si se lesiona se nos cae todo el invento». Así era: la presencia de Rafinha permitía mantener a Lahm como mediocentro, una pieza que se había convertido en vital para el equipo. Rafinha estaba exultante: «¿Cómo voy a estar con Pep? Feliz de la vida. El año pasado había once jugadores que jugaron cincuenta partidos y el resto participamos en quince o veinte. Ahora todo está más repartido y es lógico que los que jugamos más estemos más contentos. El cambio era necesario: Jupp Heynckes era muy bueno y nos hacía jugar muy bien, pero los rivales ya nos conocían mucho. Ahora jugamos diferente y esto es bueno. Para los laterales es un gran asunto porque tenemos permiso para movernos por todas las zonas, por fuera, por dentro y para atacar constantemente».

Guardiola se felicitó por el gran rendimiento de Lahm como mediocentro: «Ha jugado increíblemente bien en esta posición. Sé que cuando tengamos a todos los jugadores sanos, Philipp podrá volver al lateral, pero quizás se acabe quedando como mediocentro. Es un superjugador».

Días después, durante un entrenamiento a puerta cerrada, añadirá algunos detalles más sobre el capitán: «Lahm es bestialmente inteligente. Lo capta todo de inmediato. Es rápido mentalmente y ve las jugadas con antelación. Tiene el mismo nivel de inteligencia futbolística que Iniesta».

Otro de los jugadores que habla constantemente con Pep es Bastian Schweinsteiger, con quien mantiene inacabables conversaciones, así que hablamos con el vicecapitán acerca de dichas charlas: «Pep es muy inteligente y entrenar con él resulta interesante y enriquecedor. ¿El idioma? Bueno, el alemán es un idioma muy difícil para los extranjeros. Por eso, lo que hizo Pep, hablarlo nada más llegar, ha tenido mucho mérito. Cuando conversamos cara a cara se explica perfectamente. Cuando es en grupo le cuesta un poco más: lo hace correctamente, pero no tan bien como en el cara a cara».

Pep ha cambiado mucho en los tres meses que lleva viviendo en Múnich. Ya ha concedido una entrevista al *Magazin* del club. Más adelante hará lo mismo con la televisión del Bayern. Acudirá gustoso a la Oktoberfest, protagonizará el anuncio de la cerveza que patrocina al club, se vestirá con los *Lederhose* (los tradicionales pantalones cortos con tirantes de Baviera) y se mostrará, en general, más distendido que en Barcelona, en parte porque el entorno del club lo facilita y en parte, también, por su propia evolución personal.

El objetivo de estas semanas es que el equipo atraviese sin dificultades la Oktoberfest: mantener el pulso en liga con el Borussia Dortmund y ser firmes en la Champions. De momento, en la Copa sigue adelante a pesar de las bajas que padece el centro del campo (Javi Martínez, Götze y Thiago).

Domènec Torrent, el segundo entrenador, es claro: «Götze es buenísimo. Pep está entusiasmado porque tiene el gesto técnico, la habilidad y, sobre todo, la pausa que necesitamos. Cuando se junten él y Thiago será formidable».

No puede imaginar cuánta razón tiene...

Mánchester, 2 de octubre de 2013

Un total de 94 pases seguidos en 3 minutos y 27 segundos han servido para ejemplificar la «toma de Mánchester», una noche en la que el Bayern ha conquistado el Etihad Stadium y Pep Guardiola ha sonreído, al fin, satisfecho. Su equipo ha bailado como una mariposa y ha picado como una avispa, según había definido Mohamed Alí décadas antes al referirse a su propio estilo de boxeo. Inevitablemente, el juego del Bayern ha recordado al que practicó el Barcelona de Pep la noche de 2010 en la que derrotó por 5-0 al Real Madrid de Mourinho en el Camp Nou.

Los 94 pases han supuesto un momento especial en el fútbol europeo. El campeón llegaba a un estadio temible y formidable, su rival se había reforzado y tenía en el banquillo a un excelente entrenador como Manuel Pellegrini, invicto hasta el momento en el Etihad Stadium. Pero esta noche, al Bayern le ha salido todo bien durante ochenta minutos. Ha sido la noche casi perfecta, el partido en el que Pep se ha demostrado a sí mismo que podía volver a jugar con la habilidad del Barça sin disponer de los jugadores azulgrana.

Todos, incluido Guardiola, se han apresurado a decir que no se trata del Barça 2.0. Arjen Robben resume el sentimiento del vestuario: «Hemos jugado ochenta minutos fantásticos, pero no somos el Barcelona dos. Entiendo la comparación, pero no tenemos a jugadores como Xavi ni Messi y somos diferentes. Solo queremos dominar, aunque siempre con el balón en nuestro poder».

Antes de comparecer ante la prensa, Guardiola tiene tiempo de telefonar a un amigo desde el vestuario: «Calma y pies en el suelo, *nanu*, pero ¡qué exhibición! ¡Qué exhibición!». Es uno de sus grandes momentos como entrenador, no solo por la victoria rotunda (1-3) en un estadio que no vivía una derrota en un partido de competición europea desde 2008. Ha sido especial por el modo en que ha jugado su equipo, aplicando todas las claves que pretendía el entrenador: intensidad atacante, búsqueda permanente del área rival, posesión agresiva del balón, fluidez y movilidad constantes. El partido ha dejado en Guardiola un recuerdo imborrable porque es la primera vez en la que su Bayern se parece a lo que había soñado.

Por descontado, ante la prensa aparece moderado: «Tenemos muchas cosas que mejorar». Así es. Los últimos 10 minutos han sido de total dominio del Manchester City, que con Negredo en el campo ha cambiado su fútbol timorato y ha logrado batir una vez a Neuer y rematar al travesaño, además de hacer zozobrar a la defensa muniquesa de la que Boateng ha acabado expulsado.

El Bayern había llegado a Mánchester con cierta inquietud porque su último partido de liga, en Múnich ante el Wolfsburg, había sido complicado. Ganó el Bayern por 1-0, pero resultó ser el día más delicado de los tres primeros meses de temporada. Salvo durante unos minutos del segundo tiempo en que el equipo encontró su *flow* y se convirtió en una ola atacante, el Bayern jugó de manera espesa. El Wolfsburg se defendió de forma extraordinaria y Pep no encontró la fórmula para superar esa barrera. Sus jugadores solo pudieron rematar once veces contra la portería rival y el partido dejó una sensación agria en Múnich.

Para el partido de Mánchester, Müller ha sido elegido en lugar de Mandžukić como delantero centro para acompañar a Ribéry y Robben en el ataque. Lahm ya es, sin discusión, el mediocentro del Bayern, el jugador sobre el que pivota el equipo, el amigo de todos. Schweinsteiger se ha transformado en

centrocampista ofensivo. En la posición de número 8 o 10, Bastian se movía con más soltura que como mediocentro único porque todavía cojeaba ligeramente dado que aún no tenía el tobillo curado. Las molestias ralentizan su juego y le crean inseguridad. Como centrocampista interior se siente más protegido y puede mostrarse más expansivo corriendo hacia delante y hacia atrás sin miedo a perder un balón decisivo. A Pep, las piezas clave le han empezado a encajar.

Los goles del Bayern han sido de los tres delanteros: Ribéry ha repetido el desmarque y el disparo que le permitió empatar contra el Chelsea en la Supercopa europea; Müller se ha desmarcado espléndidamente de Clichy, pasmado, para conseguir el segundo después de que el Bayern encadenara durante cuarenta segundos una sucesión de pases que desordenó al rival; y Robben ha zigzagueado hasta marear a Nastasic y marcar con la derecha después de que Toni Kroos robara el balón en el círculo central.

Por momentos, ha parecido que el Bayern hacía bailar al Manchester City, que acababa de vencer por 4-1 al Manchester United en el derbi de la ciudad. La espalda de los mediocentros locales, los formidables Yayá Touré y Fernandinho, la han ocupado Ribéry, Müller, Robben y Schweinsteiger una y otra vez. Bastian y Kroos han dado un recital de control del balón, con el que han desorientado tanto a los jugadores de Pellegrini que el comentarista de la televisión española que transmitía el partido, el especialista en fútbol alemán Gaby Ruiz, ha llegado a decir: «Para los jugadores del City es un poco sonrojante lo que estamos viendo. El City ha sacado la bandera blanca de rendición».

En el minuto 65 ha tenido lugar el gran *rondo*, una sucesión de pases que ha asombrado al mundo del fútbol por su precisión, rapidez y duración. Durante casi tres minutos y medio, el Bayern ha encadenado 94 pases en los que han intervenido los diez jugadores del campo. El equipo se ha pasado el balón durante más de doscientos segundos mientras el Etihad Stadium enmudecía y los jugadores del City levantaban la citada bandera blanca. En esta sucesión de pases, el balón ha rebotado dos veces en defensas ingleses, ha sido rechazado una vez por Clichy, y Jesús Navas ha logrado recuperarlo en una ocasión, pero solo lo ha mantenido en su poder durante siete segundos porque Philipp Lahm se lo ha arrebatado de inmediato mediante un *tackle* soberbio.

La acción ha resultado tan espectacular que esta misma noche numerosos usuarios la han subido a YouTube, en algunos casos acelerada y resumida en un minuto y medio con música hilarante; en otros, con los 3'27" de duración completa. El gigantesco *rondo* del Bayern ha sido el compendio de lo que pretendía Guardiola y las estadísticas de la jugada muestran el intervencionismo de los jugadores del centro del campo: Toni Kroos ha sido quien más pases ha dado en esa acción (18), seguido de Robben (14), Schweinsteiger (13), Ribéry (12), Rafinha (11) y Lahm (10). Han intervenido mucho menos el resto de defensas y el delantero centro: Boateng (7), Alaba (6), Müller (2) y Dante (1).

Si el partido de los centrocampistas ha sido memorable (Kroos ha acertado el 97% de sus pases y Schweinsteiger, el 95%), la exhibición de Thomas Müller ha dejado sin palabras al propio Pep. Más que falso 9 ha sido un delantero líquido, con la virtud de moverse por todas las zonas del campo y aparecer donde menos se le esperaba. Müller ha sido el reflejo exacto del triunfo de un equipo que ha sabido combinar todas sus versiones: ha mezclado el juego corto con el largo, la posesión con la velocidad, ha presionado muy fuerte arriba, ha recuperado balones defendiendo hacia delante, ha ganado la mayoría de *tackles*, ha acertado casi todos los pases, ha secuestrado el balón y no lo ha hecho porque sí, sino para hacer daño al City. Ha sido una exhibición de la mezcla de dos estilos: ha jugado en el centro del campo como quería Pep y ha atacado como hacía el Bayern de Heynckes.

La exhibición ha desatado elogios innumerables. Michael Owen ha mostrado su asombro «ante esta exhibición». Franco Baresi ha hablado de «grandísimo nivel, un fútbol propositivo con la participación de todos y, además, divirtiéndose». Rio Ferdinand ha dicho: «Era difícil imaginar que el Bayern del triplete pudiera mejorar, pero Pep lo está consiguiendo». El todavía presidente del Bayern, Uli Hoeness, se ha deshecho en elogios: «Durante 80 minutos hemos jugado el fútbol perfecto. El mejor fútbol que he

visto en mi vida». Durante el banquete posterior al partido que el Bayern siempre organiza, gane o pierda, con jugadores, técnicos, patrocinadores y periodistas, *Kalle* Rummenigge lo ha resumido en pocas palabras: «Ha sido una fiesta para los ojos».

El aplauso de los aficionados del Manchester City —que meses más tarde se proclamará campeón de la Premier League— ha sido el mejor homenaje para un equipo que, no obstante, ha dejado lagunas. Ha disparado veinte veces contra la portería inglesa y ha seguido mostrando esa extraña ineficacia rematadora. Y ha mostrado otro de sus defectos: cuando se relaja, la desorganización defensiva es abrumadora. Durante los diez últimos minutos ha sido ampliamente superado por el City, que no solo ha merecido el gol de Negredo sino alguno más.

Pese a estos defectos evidentes, Guardiola está exultante. Cumple 101 días al frente del Bayern y lo celebra con una exhibición formidable. A su lado, alguien le recuerda que en los dos últimos títulos de Champions League obtenidos (2001 y 2013), el Bayern había vencido en sus visitas a equipos ingleses. Así que, quizás, este triunfo podía ser una premonición... Pep no hace mucho caso del comentario. «La Bundesliga, el objetivo es la Bundesliga», dice. El entrenador lleva un mes con el mismo discurso: «Hay que superar la Oktoberfest sin tropiezos».

Suena demasiado modesto, pero a él le parecía complejo resistir en septiembre sin Javi Martínez, Götze, Thiago y con Schweinsteiger a medio gas. «Puedes ganar partidos con los defensas y con los delanteros, pero si no tienes centrocampistas no puedes jugar bien. Estoy intentando sobrevivir estas semanas, a ver si recuperamos a los lesionados», dice. Y entonces lanza uno de los principios básicos para su forma de entender el juego: «Me encantan los centrocampistas. Me gustaría tener miles en mi equipo. Por suerte tengo a Lahm, que aunque sea el mejor lateral del mundo puede jugar de lo que sea, incluso de delantero. Y como centrocampista es un prodigio».

Hasta Mánchester, el equipo no se había desplegado de manera fluida, pero en el Etihad ha empezado a jugar como quería el entrenador: «Para que nos salga todo bien, los jugadores han de correr como bestias, pero han de jugar con la pelota como si fueran niños», explica Pep.

Sus jugadores están exultantes. «Son pequeños detalles, pero muy importantes. Pep ha incrementado mi confianza», dice Ribéry. «Tiene ideas increíbles», anota Schweinsteiger. No se queda lejos Robben: «Su llegada ha sido refrescante, un gran estímulo. Tengo 29 años, pero con Pep estoy aprendiendo detalles tácticos que desconocía». En esta fecha aún no podemos saber si la exhibición de Mánchester será un punto de inflexión en la temporada del Bayern, pero es indiscutible que la fecha del 2 de octubre de 2013 pasará a formar parte de las grandes noches de Guardiola.

Cuando aterriza en Múnich, el entrenador lee en un periódico una frase de Lotthar Matthaus: «El tiquitaca ha llegado a Baviera». Tira el periódico a la papelera.

Múnich, 18 de octubre de 2013

El entrenamiento empieza media hora tarde a causa de la charla de Pep. Normalmente realiza tres por partido: el día antes explica cómo actúa el rival en ataque; en la mañana del partido detalla la estrategia ofensiva y defensiva del contrincante, y por la tarde, en el hotel de concentración, da la charla táctica sobre cómo debe atacar el Bayern.

Hoy viernes, visto que han estado doce días separados a causa de la convocatoria de selecciones, busca conjuntar al equipo y cortar la relajación. Los jugadores regresan tras muchos días de entrenarse de manera diferente. Unos, animados por haber ganado con su selección; otros, tristes por las derrotas. Todos se muestran felices por encontrarse de nuevo, hacen bromas y hay mucha alegría y relajación en el ambiente del vestuario de Säbener Strasse. Pep busca recuperar de inmediato las sensaciones anteriores al parón, la intensidad mostrada en Mánchester y Leverkusen, y les exige concentración y seriedad.

Trece días antes, la visita a Leverkusen se había saldado con empate a un gol, el mismo resultado que el obtenido en la visita a Friburgo a finales de agosto. Pero esta vez, al igual que en Mánchester, el Bayern desplegó una exhibición prodigiosa de juego y aunque el punto sumado supo a poco en la expedición múniquesa, la derrota del Dortmund en el campo del Borussia Mönchengladbach le otorgó el liderato de la Bundesliga por vez primera en el campeonato: habían transcurrido ocho jornadas, las de la receta de Pep, y el Bayern no solo no había perdido el tren de la liga, sino que la encabezaba, aunque por un solo punto.

Eufóricos por el reconocimiento de toda la Europa futbolística ante el modo de vencer en el Etihad Stadium, los futbolistas de Múnich protagonizaron otro festival de juego tres días más tarde. Esta vez, sin embargo, no lograron vencer pese a que su dominio sobre el Bayer 04, tercer clasificado de la liga en aquel instante, resultó abrumador. Durante el 80% del partido, el balón estuvo en los pies del Bayern, cuyo acierto en los pases alcanzó el 90%, rematando nada menos que veintisiete veces, de las que dieciocho fueron contra la portería del espléndido Bernd Leno. El equipo de Pep solo marcó un gol y desperdició docena y media de ocasiones primorosas. Su ratio de eficacia descendió a un paupérrimo 3,7%. Los defensas y el portero locales también realizaron una exhibición de despejes y paradas y, sin embargo, al cuadro de Leverkusen le bastó llegar tres veces para batir en una ocasión a Manuel Neuer.

Han transcurrido dos semanas desde que el trío de centrocampistas compuesto por Lahm, Kroos y Schweinsteiger se adueñara de los campos de Mánchester y Leverkusen, y Guardiola se esfuerza en retomar aquella senda. La convocatoria de selecciones ha supuesto un paréntesis que intenta cerrar rápidamente. Su charla dura 35 minutos, el doble de lo habitual. El entrenador explica el juego del Mainz 05, rival de mañana, detalla cómo jugarle y acaba con frases sobre la necesidad de solidaridad: «Debemos respetar al compañero. Ya sé que todos queréis jugar, pero no es posible y debo elegir a los que cada día me parecen más adecuados. Y los que no juguéis y estéis en el banquillo sois igual de buenos, pero os ha tocado no jugar. Y si vais a la prensa o a vuestros representantes y explicáis por ahí que debéis jugar vosotros, estaréis faltando al respeto. No a mí, sino al compañero que juega, que es vuestro compañero. Ahora bien, si queréis que yo no decida la alineación no hay problema. Decididlo vosotros. Os reunís y decidís quiénes juegan y quiénes no».

El objetivo de esta charla, inesperada y chocante, no es invitar a la plantilla a la autogestión, por supuesto, sino moderar los egos que puedan haber crecido durante las dos semanas fuera del Bayern y estimular nuevamente el codo con codo, el «somos un equipo», el «no habrá éxito sin solidaridad de todos». Evitar que el equipo se acomode en una potencial zona de confort.

Es el primer entrenamiento con cortinas. Pep lo pidió el primer día, allá por el mes de junio, para aislar un campo, el número 1, de periodistas y *scoutings* ajenos. Conocemos sobradamente que al técnico le gusta entrenar en discreción y silencio, sin miradas foráneas. Y dado que en Säbener Strasse incluso si se cierran las puertas es posible observarlo todo desde la colina trasera, solicitó al club que cerrara a la vista pública uno de los campos. Han transcurrido casi cuatro meses desde aquella petición, mucho más tiempo del razonable: el retraso obedece a que los primeros materiales empleados no funcionaron. Hoy, por fin, la cortina gruesa de color gris que cubre el campo de entrenamiento está completamente instalada. A esta hora luce un fuerte sol sobre Múnich, y Pep y los suyos, apenas concluida la charla, comentan que es probable que la cortina no sea suficientemente opaca y deje traslucir los entrenamientos. Que algún observador avisado sea capaz de verlo todo desde la montaña cercana. ¿Montaña? «¿Cómo se dice montaña en alemán, que no me acuerdo?» Ahí está Heinz Jünger, el jefe de los vigilantes de Säbener, siempre amable y solícito, para recordarle a Guardiola que montaña se dice *berg* en alemán.

Bastian Schweinsteiger es el primer jugador en saltar al campo y sorprenderse de la cortina. Lanza un grito, levanta los brazos en señal de júbilo y dice algo ininteligible (o mejor dicho, que preferimos no entender) sobre los periodistas. Señala hacia un punto alejado y explica que alguien aparecerá seguro por aquel punto para capturar una fotografía del día de la cortina. No le falla el instinto al segundo capitán porque un rato más tarde llegará, acelerado, Markus Hörwick, el eficiente director de comunicación, para cerrar una pequeña grieta por donde el fotógrafo de un periódico está pretendiendo captar la exclusiva gráfica.

Pep está especialmente callado, pensando en el partido del día siguiente contra el Mainz. Los entrenamientos previos a partidos son especiales para el técnico. Ya se ha encerrado en su despacho la tarde anterior para revisar fortalezas y debilidades del rival, y cree saber lo que necesita para ganar. Pero no le gustan los parones motivados por los encuentros de las selecciones nacionales porque los jugadores llegan «atontados». Y se esfuerza por reconducir todas las energías del equipo, como si las exhibiciones ante Manchester City y Bayer Leverkusen hubieran sido anteayer y no hace un par de semanas.

En los días previos ha vuelto a pedir la estadística concreta sobre la eficacia rematadora del equipo, que continúa siendo decepcionante. No es algo que pueda entrenarse, pues es bien sabido que las rachas de los goleadores son eso: rachas. Pero sí puede mejorarse a base de concentración. En la charla de esta tarde alaba al equipo por la excelencia defensiva, ejemplificada en las tres escasas concesiones permitidas al Bayer en Leverkusen, pero aprovecha para recordar que de los 18 remates a portería que el Bayern acumuló en ese partido solo transformó uno en gol: «Señores, concentración. Si estamos siempre concentrados, acertaremos más».

Salvo Thiago, en el gimnasio empezando a recuperarse del tobillo, y Shaqiri, en la enfermería con una rotura muscular que le tendrá seis semanas de baja, todo el equipo está a disposición de Guardiola, si bien Javi Martínez ni siquiera se incorpora al grupo sino que trabaja al pie de la montaña anexa, junto a Thomas Wilhelmi, el preparador físico encargado de las recuperaciones. Durante ochenta minutos, Javi incrementará su condición física, muy disminuida tras la operación en el anillo inguinal, el dificultoso inicio de temporada y una intervención dental. El resto, a las órdenes de Lorenzo Buenaventura, completará una sesión de intensidad muy elevada, a la sombra de esta sobria cortina gris que ha instalado el Bayern.

Hoy luce una tarde espléndida y el balón vuela durante un ejercicio de conservaciones que dura más de lo habitual: nueve minutos continuos, antes de la preceptiva pausa para hidratación. El plato fuerte será un partidillo once contra diez a campo completo e intensidad máxima, seguido de otro a campo reducido. Por supuesto, Philipp Lahm se alinea de mediocentro.

Lahm ha sido la gran revelación del fútbol europeo en este otoño, lo que no es poco teniendo en cuenta que hablamos de un jugador de 30 años totalmente consagrado como lateral. Pero ese movimiento del entrenador ubicándolo como mediocentro del Bayern y las exhibiciones del capitán en los últimos partidos han supuesto una revolución inesperada. Pep está feliz con la decisión por más que haya explicado en la revista del club que Lahm regresará a la posición del lateral en cuanto se recuperen los lesionados. «Si esta temporada hacemos algo bueno, que está por ver, será gracias a esa decisión», repite Pep, recordando el momento de la decisión, en Praga, a la media hora de la Supercopa europea.

Le pregunto a Roman Grill, representante de Philipp Lahm, qué pensó durante aquel partido, cuando vio que Pep ordenaba a Lahm situarse de mediocentro: «La verdad es que pensé: por fin un entrenador ha encontrado el sitio natural de Philipp. Porque lo que ocurría en Alemania hasta ahora es que no se ha jugado un fútbol excesivamente técnico, sino más bien físico, y muchos entrenadores han desperdiciado esa posibilidad. Así que desde hacía mucho tiempo yo venía pensando que esta era la ubicación idónea para Philipp».

Roman Grill fue jugador del Bayern II (era mediocentro, precisamente) y entrenador del equipo juvenil: «Reconozco que juego con ventaja. Fui entrenador de Philipp cuando él era juvenil y ya le hice jugar en la posición de mediocentro. Pienso que sus características que más destacan son la inteligencia en el juego y la capacidad de leer tácticamente un partido. Por ello, un jugador como él tiene que estar en el centro. Philipp aporta mucho a la organización defensiva, pero también a la fluidez del juego. Ya como lateral tenía este don de ver al compañero y pasar el balón con ventaja, lo que facilitaba el juego del colectivo. Pero en la posición de mediocentro, esta capacidad destaca aun más».

Este viernes previo a la reanudación de la Bundesliga, Guardiola habla poco y piensa mucho. Le preocupa la dispersión de sus jugadores, que durante 10 días se han repartido por todo el mundo con sus selecciones nacionales. También ha habido noticias positivas: los 45 minutos que Joachim Löw dio a Mario Götze con Alemania son importantes para la recuperación del gran fichaje muniqués, que todavía no está totalmente a punto. Y a Guardiola le gustó especialmente que el seleccionador Löw ubicara a Lahm como mediocentro durante los últimos quince minutos del partido contra Suecia. Cualquier otro entrenador lo habría evitado, pero Löw antepuso el ensayo y la experiencia antes que el ego. No le importó que el mundo del fútbol pudiera pensar que imitaba un movimiento de Guardiola, sino que dio prioridad a mejorar a su equipo. Ese día, Guardiola tomó buena nota del detalle de Löw.

Hoy se han oído buenas palabras llegadas de Barcelona, pues Gerard Piqué ha hecho estas declaraciones a la revista *So Foot*: «Guardiola es el mejor entrenador que he tenido nunca. Trabajaba veinticuatro horas al día», y a Pep, como a todo ser humano, semejante elogio le ha endulzado la mañana y ha soltado una de sus muletillas preferidas: «Cosas así dan sentido a nuestra profesión».

Por la tarde ya solo piensa en el Mainz, y está más serio y callado que otros días. Hasta que abre la boca y ya no se detiene. En el primer partidillo once contra diez permanece callado; en el segundo, a campo más reducido, grita a pleno pulmón. Corrige posiciones, pide intensidad, exige y grita, grita y exige. Guardiola está desatado, echando madera a la locomotora, pidiendo más y más, exigiendo, exigiendo, como si estuviera frente a unos jugadores noveles, con el palmarés vacío, todavía por estrenar, estrujándolos, sacándoles el jugo como a una naranja. Es otro momento en que el *flow* colectivo domina todas las acciones: Robben vuela como un poseso, Ribéry corre sin parar, Götze parece feliz, Lahm y Kroos combinan sin mirarse... El Bayern parece poseído por una fuerza colosal esta tarde calurosa de octubre, hasta que Ribéry cae al suelo víctima de un golpe involuntario de Kirchhoff. Será baja mañana, no hay duda.

Pese a ello, camino de la ducha, Guardiola sonríe por primera vez en toda la tarde, sobre todo cuando se bromea con él sobre el tiquitaca, ese apodo con que se adjetiva ahora cualquier tipo de juego donde se dan más de tres pases seguidos: «¡Odio eterno al tiquitaca! Déjame huir del tiquitaca. El tiquitaca es una mierda, un sucedáneo: es pasarse el balón por pasárselo, sin intención ni agresividad. Nada, nada. No voy a permitir que jugadores tan buenos como los que tengo caigan en esa mentira...».

Múnich, 20 de octubre de 2013

Son cuatro líneas blancas pintadas sobre el césped. Las cuatro líneas de Pep que dividen el campo de entrenamiento número 1 en cinco franjas de una anchura parecida. Las dos exteriores están formadas por la línea del perímetro del campo y la prolongación de la línea que marca el inicio del área grande; las tres interiores surgen de trazar dos líneas paralelas dentro de un área y prolongarlas hasta el área opuesta. De este modo, cuatro líneas interiores dividen el campo en cinco calles.

Aunque nos acercamos al final del mes de octubre (hoy es domingo, día 20), sobre Múnich luce un sol mediterráneo, literalmente tórrido. El entrenamiento ha concluido hace más de una hora. Los jugadores titulares en el triunfo de ayer sobre el Mainz 05 únicamente han realizado un calentamiento, con unos *rondos* y pequeños ejercicios de movilidad articular para facilitar la recuperación. Para Arjen Robben solo han sido veinte minutos y se ha dirigido inmediatamente a su rutina diaria de gimnasio: media hora antes de empezar y media hora después del entrenamiento, el futbolista neerlandés trabaja siempre allí. Al inicio calienta con la bicicleta estática, efectúa estiramientos y ejercicios de prevención; al terminar hace abdominales, refuerza alguna zona muscular muy concreta y termina con unos minutos de *propiocepción*. Robben no descuida ni un solo día su rutina porque es básica para preservar una estructura músculo-articular muy rígida, que emplea siempre con la máxima explosividad. Incluso comiendo es el más rápido: corta el filete con gestos veloces, como si estuviera regateando a un contrario, y mastica con rapidez. Es una de sus virtudes, pero también su punto débil: tanta explosividad le ha gastado muchas jugarretas en forma de lesiones, de ahí que la rutina preventiva de la gimnasia sea imprescindible.

El resto de titulares ha completado el típico entrenamiento pospartido: calentamiento, *rondos*, un poco de movilidad y a descansar hasta el martes. El equipo muestra síntomas de fatiga: han disputado muchas «semanas inglesas» (con un partido cada tres días) más el añadido de las selecciones nacionales, que inevitablemente resulta en un desbarajuste general. Jugadores como Lahm están fundidos, más mental que físicamente, por tanta exigencia continua, pero no pueden descansar porque las visitas del Viktoria Plzen en la Champions (el miércoles 23) y del Hertha en la Bundesliga (el sábado 26) son básicas para mantener el pulso. «Necesitarían descanso —dice Pep—. Pero ahora no puedo dárselo. Después del partido con el Hertha hay una semana completa hasta el siguiente partido y voy a dar dos o tres días de descanso general. A Lahm, quizá cuatro. Que se vaya a casa y desconecte».

Sobre el césped de Säbener Strasse, los que no jugaron ante el Mainz o lo hicieron pocos minutos completan un partidillo a dos áreas. Lorenzo Buenaventura ha mandado a Rafinha a la ducha: «¡Yo quiero jugar, pero Lorenzo no me deja!», suelta el brasileño al pasar camino del vestuario, sonriendo. «¡Eres demasiado necesario, Rafa!», le responde el preparador físico.

Götze, Kirchhoff, Alaba, Pizarro, Starke, Van Buyten y algunos jugadores del filial disputan el partidillo, con Javi Martínez de comodín, ya incorporado al grupo. «Por fin, buenas sensaciones —dice el jugador navarro—. Ya no me duele la ingle y esto es otra cosa.»

Muy lentamente, Pep va recuperando efectivos, aunque hoy suene irónico decirlo, vista la reciente rotura muscular de Shaqiri (estará seis semanas de baja), el corte profundo en el tobillo que recibió

Dante contra el Mainz (estará dos semanas de baja) y el golpe en el tobillo que padece Ribéry, además de Thiago.

El partidillo se juega de acuerdo con las pautas habituales: intensidad máxima, agresividad y respetuoso silencio del público asistente, dado que, como es norma de la casa, la sesión dominical se celebra con las puertas abiertas. Pero por más veces que se repita, este silencio absoluto con el que más de mil aficionados (muchos de ellos, niños) asisten al entrenamiento es un rasgo que choca con nuestro carácter latino, más propenso al griterío y el alborozo. Los hinchas alemanes se mantienen callados durante hora y media, suceda lo que suceda en el campo, donde solo se pueden oír las instrucciones de Guardiola, el silbato ejecutivo de Hermann Gerland, que marca el fin de un ejercicio y el inicio de otro, y los gritos de los jugadores en busca del gol. Solo se les oye a ellos.

Los aficionados únicamente rompen a hablar cuando *Tiger* Gerland pita el final de la sesión: entonces gritan enfebrecidos, pidiendo el autógrafo de sus ídolos. Esta es otra norma de la casa: atender a los aficionados. Los jugadores, por fatigados que estén, se desvivirán por complacer a los más pequeños. No es extraño que más de uno tenga tantas peticiones que tarde media hora en llegar a la ducha. Hoy, Alaba y Javi Martínez complacerán a centenares de chavales y harán las delicias de todos manejando el cochecito del utillero (donde transporta los bidones de agua y bebida isotónica) a lo largo del todo el campo.

A mediodía, Dante Bonfim sale de la enfermería apoyado en muletas para evitar el contacto del pie con el suelo, y Thiago ha completado una nueva sesión de recuperación. Se le ve muy animado ahora que ya trabaja en la elíptica y también corre sobre la máquina de la ingravidez (la Alter-G), para recuperar la movilidad en el tobillo operado: «Esta máquina es un lujo. Empiezas suave, te levanta del suelo y puedes ir regulando el esfuerzo sin que el tobillo sufra», explica.

Thiago está rabiando por los meses perdidos y las oportunidades desaprovechadas, ahora que el equipo ha adquirido ya la velocidad de crucero y él todavía no se siente a bordo. «Pronto, pronto volveré», repite, aunque sabemos que todavía le falta un mes largo.

Quien ya ve la luz al final del túnel es Javi Martínez, que el próximo sábado podría tener sus primeros minutos en liga, justo cuando termine el mes de octubre. A Pep se le va iluminando el rostro cuando habla de contar con Javi, poner en forma a Götze y Schweinsteiger y recuperar a Thiago: «Es que este inicio ha sido muy duro. Ha habido momentos en que creía que no saldríamos adelante porque el centro del campo estaba roto».

Toni Kroos es el único centrocampista puro que empezó el curso y sigue al pie del cañón. Por unas causas u otras, Javi, Thiago, Schweinsteiger y Götze, más allá de las posiciones que Pep había pensado para cada uno, no han tenido peso en el equipo en estos tres meses y medio de temporada. El centro del campo ha necesitado un parche tras otro, pero ese tiempo de oscuridad parece llegar al final, justo cuando los problemas se trasladan a la defensa.

Con Dante herido y Boateng sancionado, el Bayern tendrá que jugar su próximo partido de Champions (ante el Viktoria Plzen) con el veterano Van Buyten y el lateral Diego Contento. Pero no hay más: Javi no llega a tiempo y Kirchhoff ya ha demostrado demasiadas veces que la contundencia defensiva no es su punto fuerte. Contento será el segundo central.

El domingo es tan espléndido que propicia uno de esos intensos momentos en que Guardiola se libera de ataduras y protocolos y se abre y se sincera. El culpable es Matthias Sammer, que aparece risueño y bromista, tomándole el pelo: «Hacedme un favor: entrad en YouTube y escribid “Guardiola goles”. ¡Ya veréis lo que sale! “¡404 not found!”».

Pep y Sammer se parten de risa con las bromas de los goles. Durante diez minutos, el director deportivo se encarga de recordar el escuálido historial de Guardiola como goleador (en casi cuatrocientos partidos con el Barça solo consiguió trece tantos): «Cero. En blanco. Cero. Buscas en YouTube y todas las veces da error».

A su vez, Pep responde apodándole *Torpedo* Sammer, en alusión al *der Bomber der Nation* con que era conocido Gerd Müller. Entre ambos provocan minutos de hilaridad general entre el cuerpo técnico del Bayern y el ambiente permite que el entrenador se libere y explique sus sensaciones: «Estos [por sus jugadores] son unos bestias. Cuando aceleran son bestiales. Tienen ese espíritu alemán de las remontadas épicas. El espíritu histórico de Beckenbauer y compañía. Con ellos me siento capaz de todo. Si estás en unas semifinales de Champions y tienes que remontar dos goles, a estos les veo capaces de todo, de remontar lo que sea. Tienen un espíritu especial».

Pregunto entonces si ayer hubo bronca en el descanso del partido, cuando el Mainz 05 iba ganando por 0-1, antes de que Robben, Müller por dos veces y Mandžukić dieran la vuelta al marcador final (4-1) para mantenerse líderes con un punto de ventaja. El segundo entrenador, Domènec Torrent, explica con precisión lo que sucedió ayer: «Nunca. En los momentos malos nunca hay que pegar una bronca. Las broncas se reservan para los buenos momentos, que es cuando pueden ser útiles de verdad. En los malos momentos lo que hacemos es corregir posiciones y detalles, nunca abroncar. La credibilidad la ganas corrigiendo, no metiendo broncas cuando vas perdiendo».

Pep está satisfecho con la remontada de ayer. En lugar de abroncar a los jugadores lo que hizo fue proporcionarles otra plataforma táctica: les ubicó en 4-2-1-3, con Mario Götze de mediapunta a la espalda de Mandžukić, y este sencillo movimiento desmontó al muy bien organizado Mainz del excelente Thomas Tuchel, uno de los más prometedores técnicos alemanes: «El día que de verdad sufrimos fue contra el Wolfsburg: nos defendieron de lujo. Aquel día sí que vi peligrar la victoria», dice Pep. Y pasa a analizar aspectos positivos y negativos de su equipo: «Ya hemos logrado frenar la sangría de los contragolpes. Aquí en Alemania te montan un contragolpe en tres segundos. Al principio empezamos mal porque Alaba, en vez de ir hacia delante a presionar a su extremo, retrocedía rápidamente hacia atrás y regalaba el espacio. Pero lo corrigió muy pronto».

En cambio, la salida de balón, la famosa *u* mayúscula intrascendente, todavía es una asignatura por corregir: «Nos falta agresividad al sacar el balón. Si el contrario te espera hay que ir a por él: hay que ir a buscarlo para poder dividirlo». Para mejorar esta faceta, Pep apuesta claramente por retrasar al mediocentro Lahm y colocarlo entre los defensas centrales para propiciar la salida lavolpiana [por el entrenador argentino Ricardo La Volpe]: «La salida con tres hombres desde atrás es muy buena porque modificas la presión del contrario. Aunque ellos te presionen con dos (un punta y un mediapunta), al salir nosotros con tres hombres les obligas a ponerse en paralelo, en 4-4-2, y ahí ya los superas».

Para él, no lo olvidemos, el juego siempre consiste en conseguir la superioridad en cada punto del campo. Explica entonces un rasgo que puede sorprender: para Guardiola, los movimientos tácticos son instrumentales y están al servicio de las necesidades del equipo y no al revés. «Siempre es así. Lo importante son los jugadores y la táctica debe adaptarse a ellos. En el último año del Barça, por ejemplo, cambiamos todo el sistema y pusimos el 3-4-3 para que pudiera entrar Cesc Fàbregas. Y fue una época brutal, con Cesc y Messi de doble mediapunta, con lo mejor que tienen ambos, que es llegar al área en cuanto huelen sangre», dice.

Ahora le satisface enormemente el rendimiento de Arjen Robben cada vez que sitúa al holandés en la banda izquierda del ataque: «Puede ser casualidad, pero cada vez que le colocas en la izquierda marca gol». Y empieza a pensar en emplear a Robben en todas las zonas del ataque.

Matthias Sammer tiene que abandonar la conversación, pero antes de despedirse me toma del brazo y explica en privado: «No es que sea un genio, que lo es. No es que sea un ganador, que lo es. Es que por encima de todo Pep es un buen tipo, con un corazón muy grande. Es muy buena persona».

Con Sammer camino de su casa, en Säbener Strasse solo se oye hablar catalán este mediodía de domingo. Junto a Pep y Domènec Torrent está el gaditano Lorenzo Buenaventura, que lo entiende a la perfección, Manel Estiarte, Carles Planchart y Miquel Soler, el *Nanu* Soler, el jugador que ha militado en más equipos de la Primera División española, siete concretamente: Espanyol, Barcelona, Atlético de

Madrid, Sevilla, Real Madrid, Zaragoza y Mallorca. «¿Recuerdas Pep lo que te dije de los centros al primer palo?», pregunta Soler. «Sí, sí, lo hemos estado trabajando. Un centro lateral que rebese el poste es gol. Si no lo mete el delantero que llega, se lo meterá el defensa en propia puerta. Por eso hay que despejar siempre el balón antes de que llegue a la vertical de la portería. Hoy se lo he dicho a Contento: no defiendas un centro lateral dentro de la portería, hazlo siempre antes del poste.»

Tras los centros laterales, vuelve a su perenne preocupación por los contraataques: «Son muy buenos estos alemanes. Cuando dejan arriba jugadores descolgados, son muy buenos. Tengo que hablar con Pesic [Svetislav Pesic, entrenador del equipo de baloncesto del Bayern] y que me explique en detalle porqué en el baloncesto no es posible una defensa de cuatro contra cinco y dejar un descolgado arriba. Es un asunto que me interesa».

Guardiola se ha quitado las botas de fútbol y dirige la charla desde el césped como si fuese un entrenamiento más. Gesticula, cambia de posición y acompaña con el cuerpo los movimientos que explica: «Me preocupa dar demasiados conceptos tácticos a los jugadores. Un día pensé que estaba colapsándolos a base de conceptos, así que he tenido que reducirlos y administrarlo con más prudencia».

Pero contradiciendo sus propias palabras, conduce al grupo hasta el campo número 1, donde están pintadas las cuatro líneas. Y durante veinte largos minutos pronuncia un monólogo formidable, imposible de reproducir con exactitud, en el que detalla todos los movimientos que practica su equipo, jugador por jugador. Es una clase magistral que complementa desplazándose por el campo, de calle en calle, cruzando las líneas blancas que los delimitan. Es un torbellino de gestos y movimientos, algunos de ellos muy difíciles de seguir sin perder el detalle de la explicación: «Trabajamos aquí, en estos cinco pasillos, y lo fundamental es que el extremo y el lateral del mismo lado nunca estén en el mismo pasillo. Según sea la posición que tenga el defensa central, entonces el lateral y el extremo de su lado se colocarán en uno u otro pasillo, en el exterior o por dentro. Lo ideal es tener al central abierto, al lateral por dentro y al extremo abierto para pasarle directamente a él. Si el pase sale bien has logrado saltar todo el centro del campo enemigo; si pierdes el balón, tu lateral puede cerrar el espacio inmediatamente. Se trata de modificar con tu comportamiento los planes de presión del rival. Nuestro lateral se va hacia dentro y arrastra al extremo rival; si este no le sigue, entonces ya tienes un hombre libre; si quien va a cubrirle es el mediocentro, entonces nuestro interior quedará libre. Y así todo el rato...».

Pep desgrana uno por uno los pasos que debe dar cada jugador. No solo los suyos propios, sino especialmente los que debe dar en función de lo que hacen sus compañeros: «Cuando atacamos, el extremo pica hacia fuera y nuestro delantero centro también cae hacia fuera y arrastra a su central: ese espacio creado en el frente del ataque es para que lo ocupe nuestro interior o nuestro lateral, que deben aprovecharlo. Si nuestro lateral pica hacia fuera, nuestro delantero le acompaña y entonces nuestro extremo queda libre para ocupar el espacio vacío».

Las calles del campo número 1, en definitiva, serán instrumentos para que la orquesta alcance la coordinación de los movimientos, pero el objetivo siempre será desordenar al equipo rival: «Nosotros debemos modificar la estructura organizativa del rival. Siempre. Es nuestro objetivo». Y para facilitar que el contrario se desorganice, Pep busca la superioridad por las zonas centrales: «Yo quiero mucha gente por dentro, la mayoría por dentro, al revés de aquellos entrenadores que lo quieren todo por fuera. No es mejor, pero es mi idea».

La clase ha sido de tal intensidad que a Pep se le ha abierto el hambre: «Bueno, después de tanta charla me voy con la familia a buscar una terraza para comer».

La familia del entrenador se ha adaptado de maravilla a Múnich. Los tres niños están contentos. Si en la escuela de Nueva York sufrieron con el aprendizaje del inglés, ahora son los reyes de sus respectivas clases porque dominan el idioma con mayor fluidez que los compañeros.

A la salida de la ciudad deportiva, camino de la cercana estación de metro de Wettersteinplatz, Miquel Soler reflexiona en voz alta: «¿Podrá aguantar este ritmo más de tres años? Me cuesta creerlo. Este hombre se desgasta mucho porque lo vive todo a mil por hora. Me parece que le pasará como en el Barça. Tres o cuatro años y quedará agotado. Tendrá que volver a descansar y luego, a Inglaterra a por otro ciclo igual. No puede vivir siempre a este ritmo...».

Múnich, 24 de octubre de 2013

«Se trata de competir bien cuando uno no está bien», nos dice Lorenzo Buenaventura.

El Bayern no está bien a finales de octubre. Hay dos causas: las lesiones y el aprendizaje de los conceptos. Pero gana y gana partidos. A veces, sin dejar opciones al rival, como el 5-0 contra el Viktoria Plzen en la Champions o el 3-0 contra el Augsburg en la Bundesliga. Otras veces, padeciendo después de un inicio difícil de partido, como si el equipo aún estuviera haciendo la digestión de una comida pesada, como en el 3-2 frente al Hertha o el 1-2 frente al Hoffenheim. Pep reconoce las dificultades: «Estamos teniendo buenas segundas partes en el Allianz Arena, pero los primeros tiempos nos cuestan bastante».

La asimilación de conceptos de juego es positiva y el equipo comprende lo que quiere el entrenador, pero ponerlo en práctica no es simple y las lesiones lo ralentizan. Cuando no es Ribéry es Dante, cuando no es Shaqiri se trata de Kroos o Robben, los lesionados se suceden semana tras semana, sin que exista una razón única, ni una causa que lo explique, más allá de la dureza de la temporada anterior, la del triplete. Sencillamente, se lesionan y el equipo está en permanente cambio, sin poder estabilizarse. Y si por un lado se recuperan hombres vitales como Götze o Javi Martínez, por otro se pierden piezas fundamentales como Bastian Schweinsteiger, que ya no puede soportar más tiempo el dolor recurrente en el tobillo y vuelve a ser intervenido quirúrgicamente. Su rendimiento estaba siendo muy limitado a causa de las molestias.

Guardiola resuelve los problemas con soluciones imaginativas. Juega en la Champions con Diego Contento en la posición de defensa central, lo que constituye un hecho inédito porque contra el Viktoria Plzen se alinean hasta cuatro laterales: Rafinha, Contento, Alaba y Lahm. El entrenador no se queja: entiende que hay que convivir con las dificultades y las incidencias. Está contento con sus hombres, pero no satisfecho: «Mi objetivo es sacar el máximo rendimiento de estos jugadores. Me molesta cómo hemos jugado esas primeras partes; es lo único que me preocupa. Quiero que la gente sea feliz desde el primer minuto y no desde el 46. Hemos de jugar mejor, mucho mejor».

Jugar mejor será una obsesión toda la temporada. La tabla de clasificación es más optimista que Pep. El Bayern es líder con un punto de ventaja sobre el Borussia Dortmund y tiene solo un punto menos que hace un año, cuando llovían los elogios sobre el Bayern de Heynckes, pero Manel Estiarte se muestra severo con la sugerencia de buscar similitudes: «Nada de nada, cero comparaciones. No podemos dedicarnos a las comparaciones. Hay que trabajar y punto».

Si alguna vez alguien tiene la tentación de relajarse, ni que sea un segundo, siempre aparece Estiarte para recordarle que nada está hecho y que el éxito solo llegará a partir del trabajo diario. Manel siempre es el contrapunto: el que da una palmada de ánimo en el momento difícil; el que en los instantes de euforia recuerda que todo está aún por ganar. Por trabajo no será. Nada menos que Gennaro Gattuso, el combativo centrocampista que jugó en el AC Milan, se muestra asombrado con lo que observa en Säbener Strasse: «¿Siempre se entrenan así? ¡Pero si van como motos!».

El equipo no tiene respiro en los entrenamientos. A la mañana siguiente de aplastar por 5-0 al Viktoria Plzen en la Champions, Guardiola está sobre el césped desarrollando un formidable recital de gestos, instrucciones, gritos y órdenes para aumentar el nivel de su equipo, para mantenerlo a un ritmo

elevado de revoluciones. No es sorprendente que alguien tan agresivo como Gattuso se asombre por el entrenamiento: la sesión es un tratado de intensidad formidable.

Los jugadores ya conocen las pautas de trabajo. Al día siguiente de un partido, los titulares practican unos *rondos* (en los que Neuer y Müller cuentan los toques y compiten sin piedad) y ejercicios de movilidad y recuperación. Los suplentes, sin embargo, se entregan a fondo, como si en cada llegada al área, en cada centro, en cada remate estuviera en juego su puesto en el equipo. Y, en realidad, es así. Con Pep no se juega por nombre ni por jerarquía: hay que ganarse el puesto día a día y sobre el césped. El entrenador podría estar en el gimnasio, relajándose por la sucesión de victorias, pero incluso en un entrenamiento de los suplentes se sitúa en el centro de la escena, gritando y exigiendo. Exigiendo siempre un plus.

A finales de octubre, el equipo acumula 107 sesiones de entrenamiento y empieza a verse un cambio significativo en la adquisición de ideas y conceptos. El «idioma» de juego de Pep empieza a ser comprensible. Los jugadores aún no son capaces de alcanzar de manera continuada el excelente nivel del partido contra el Manchester City. Lorenzo Buenaventura, el preparador físico, confirma que la asimilación de conceptos marcha a buen ritmo: «Hay conceptos que Pep da desde el calentamiento, desde el ejercicio más sencillo de pase. Da un detalle y al día siguiente, otro, y al siguiente explica cómo perfilar el cuerpo y al siguiente, cómo recibir en movimiento y al siguiente, cómo pasar el balón a la otra pierna, y pasito a pasito los jugadores van enganando y asimilándolo todo. Y pronto lo ejecutarán con facilidad y rapidez».

En Mánchester se logró un nivel de juego que en las siguientes semanas ha sufrido un pequeño retroceso. Guardiola está de acuerdo en lo que dice Buenaventura, pero por más que se le insista se niega a hacer ningún balance: «Estamos a finales de octubre. ¡Queda un mundo por delante!».

Está centrado en aportar instrumentos a sus jugadores, en darles conceptos e ideas que puedan manejar durante los partidos según las necesidades que surjan. Su pretensión es que el jugador salga de cada entrenamiento con la certeza de haber aprendido algo nuevo.

Veamos la sesión de hoy, empezando por el calentamiento, que explica Buenaventura: «Nunca tenemos el mismo calentamiento para iniciar una sesión. ¿Qué significa nunca? Que según la actividad posterior hacemos un tipo de calentamiento u otro. Normalmente, la actividad se inicia en el campo con una parte de movilidad, una pequeña parte preventiva y una parte de desplazamiento. Esto suele durar entre 6 y 10 minutos, dependiendo de la actividad posterior. Hay otros días en que empezamos con movilidad y algún juego. Otros días nos centramos más en la parte preventiva. Por ejemplo, dos veces por semana, normalmente después de los partidos, incrementamos esta actividad en el gimnasio. Esta parte preventiva tiene un tramo general y otro individual. Siempre lo hacemos tras los partidos: una tarea tiende más a movilidad y estiramiento y otra, a cuestiones de equilibrio y fuerza. Después, en la parte individual cada uno centra su atención en la movilidad, según los últimos problemas que haya tenido en determinadas zonas o si tiene un déficit de movilidad, de fuerza o de lo que sea.»

A continuación se efectúan los *rondos*, el ejercicio ineludible para Guardiola. No habrá ni una sola sesión del año en que no se practiquen: «Una vez terminado el calentamiento más físico iniciamos los *rondos*. Excepto un día por semana (el día previo a un partido o la mañana misma del partido) en que son un poco más libres, los *rondos* normalmente tienen algún aspecto a tratar: un día sobre quién debe jugar en medio, otro sobre la recuperación del balón, otro sobre la ayuda y la busca del tercer hombre. Hay algunos días que son más lúdicos, que acostumbran a ser siete contra dos, a veces ocho contra dos, pero normalmente hacemos unos *rondos* pequeños (cuatro contra uno) y lo más normal es que hagamos cinco contra dos o seis contra dos».

El rondo es la biblia de Pep. El ejercicio a partir del cual se comprende todo su modelo de juego. No es un divertimento, ni solo un ejercicio de perfeccionamiento técnico (que también), sino la piedra angular de su concepto del fútbol, por lo que a diario dedica unos veinte minutos a ello.

A continuación se realiza una tarea en forma de circuito. Hoy toca trabajar la fuerza-resistencia pero a alta intensidad. Buenaventura ha diseñado un ejercicio de ataque con fuerza que cumple las necesidades del técnico: «Pep me dice que hoy quiere que la acción acabe en una banda, que alguno termine en disparo y que, además, haya movimientos al espacio y dividir al rival. Con estas directrices paso a organizar un movimiento que cumpla sus necesidades: meto los ingredientes de fuerza (pelea, tracción), fuerza reactiva (saltos) y fuerza elástica (multisaltos), y construimos las acciones de ataque más fuerza. Normalmente, dos o tres acciones con balón y otras tantas con fuerza. Y convierto el regreso del ejercicio en algo muy importante. Hago: fuerza-fuerza-fuerza-anticipación; o bien fuerza-fuerza-fuerza-pase; o fuerza-fuerza-fuerza-pared-disparo. Y regreso al punto de salida. Intensidad máxima y poca recuperación. Cuando lo haces tres veces seguidas, una cada 30-40 segundos, logras el esfuerzo buscado. Cada jugador ha realizado hoy dieciocho disparos dentro de este circuito. El control que buscamos siempre es por la vía física y por la vía táctico-técnica».

La sesión contiene otras dos tareas. La primera es un juego de posición, otro de los instrumentos fundamentales para Guardiola. En un rectángulo de 20 x 12 metros se sitúan dos equipos de siete jugadores más otros cuatro que ejercen de comodines (en ocasiones son cinco) y apoyan siempre al equipo que posee el balón. El ejercicio consiste en pasarse el balón sin que el equipo rival interrumpa la secuencia de pases. Quien tiene el balón abre el campo tanto como permiten las limitadas dimensiones; quien no lo tiene presiona al máximo. El jugador ha de saber perfilarse, tocar, moverse y hacer circular rápido el esférico, por lo general al primer toque. Es un ejercicio que exige concentración absoluta, excelencia técnica, clarividencia en el pase y una gran maestría en cada movimiento. En ocasiones, Pep obliga a que jugadores como Thiago, Kroos, Schweinsteiger y Lahm den dos toques mientras el resto está obligado a jugar al primer toque: esta diferencia hace aún más complejo el ejercicio. Hoy, Guardiola ha ordenado tres series del ejercicio de cinco minutos cada una, con dos minutos de recuperación entre ellas. Durante el juego no hay un segundo de respiro y Pep corrige de manera constante sobre la marcha. Sin la menor duda, estamos ante el ejercicio más enriquecedor de cuantos realiza, una coreografía prodigiosa visto el reducido espacio en que se efectúa. Aquí no hay risas ni relajación, sino una búsqueda obsesiva del movimiento adecuado y de la posición correcta, tanto la personal como la colectiva. Y se producen momentos casi inverosímiles: los que Pep define como el *tac-tac*. Hay *tac-tac* constante entre Lahm y Thiago o entre Kroos y Thiago. El *tac-tac* es el sonido limpio del balón cuando dos de estos fenómenos se lo pasan a la velocidad del rayo. Es el sonido de Säbener Strasse...

El entrenamiento afronta la última tarea del día. Los delanteros quedan liberados y, como todos los días, bombardean la portería de Neuer y Starke. Son 20 minutos de disparos libres en los que siempre aparecen Müller, Mandžukić, Kroos, y a menudo Pizarro. Hoy se ha sumado Robben, que casi nunca practica los lanzamientos.

A los defensas el entrenador les ha preparado un ejercicio para controlar los contraataques rivales. Se alinean Rafinha, Van Buyten, Contento y Alaba. Javi Martínez, Højberg y cuatro jóvenes del filial atacan mediante pases filtrados entre el defensa central y el lateral en busca del centro del extremo y obligan al defensa central a cubrir el primer palo de la portería. La agresividad de todos ellos es superlativa, aunque ninguno como Javi Martínez. Durante casi media hora, Pep repite machaconamente los movimientos de unos y otros, hasta que los defensas consiguen ganar claramente la partida. Y entonces estalla de júbilo con Diego Contento: «¡¡Bravo Diego!! *I love you!!*». Y se va con los delanteros para ensayar lanzamientos de esquina. Kroos, Ribéry y Robben estarán otros veinte minutos practicando los saques, añadiendo unos detalles por consejo de Pep: «Si haces esos detalles antes del lanzamiento —explica Pep— acostumbras a despistar a la defensa contraria, que se queda mirando el movimiento y durante una décima de segundo pierde la marca del jugador que vigila. Y esa décima de segundo puede sernos muy útil...».

Dominar en Dortmund con los bajitos

Dortmund, 23 de noviembre de 2013

Götze y Thiago calientan en un pasillo interior del Westfalen Stadion. Acaba de empezar el segundo tiempo de un partido llamado a ser decisivo en el campeonato alemán y el marcador señala empate a cero. Hace un frío gélido esta tarde en Dortmund, un clima opuesto al del pasado verano, cuando el Borussia ganó la Supercopa alemana en una noche de calor mediterráneo y sofocante. Guardiola ha decidido no exponer a Mario Götze a las iras de la Sudkurve del Signal Iduna Park, la grada más caliente del fútbol mundial, en la que 25.000 hinchas cantan, saltan y bailan sin cesar durante noventa minutos. Götze no es bien recibido en Dortmund tras su marcha al Bayern, pero Guardiola lo necesita sobre el césped. Y ha llegado la hora de pasar al ataque.

El BVB ha llegado al partido con cuatro puntos de desventaja (perdió la semana anterior en Wolfsburg) y con una epidemia de bajas, lo que le obliga a jugar con este equipo: Weidenfeller; Grosskreutz, Friedrich, Sokratis, Durm; Bender, Şahin; Blaszczykowski, Mkhitaryan, Reus; Lewandowski.

El Bayern se presenta con dudas en el juego y también muchas ausencias. La más importante es la de Ribéry, de nuevo ausente en el gran duelo. También la tarde anterior, Mandžukić se torció el tobillo durante el último entrenamiento y el doctor del club tiene que hacerle una infiltración, pero no podrá resistir en el campo más de 50 minutos. Con los siguientes jugadores Guardiola plantea un primer tiempo de control y desgaste del rival: Neuer; Rafinha, Boateng, Dante, Alaba; Lahm, Kroos, Javi Martínez; Müller, Mandžukić, Robben.

La novedad que introduce Guardiola es situar a Javi Martínez como interior ofensivo. Le coloca muy arriba para intentar cortocircuitar a Nuri Şahin, la pieza clave de los contragolpes del Borussia. Durante todo el primer tiempo, el partido solo tiene dos parámetros: el Dortmund obliga al Bayern a salir jugando a través de Rafinha y Alaba, es decir, por los pasillos exteriores; y el Bayern intenta evitar los contraataques mediante la intervención de Javi Martínez sobre Şahin. «Si los dejas correr estás muerto», había dicho Pep el día anterior.

El primer tiempo es plano, con mayor sensación de peligro por parte del equipo local, que tiene dos ocasiones de gol de Lewandowski, replicadas por otras dos de Mandžukić. El Bayern se atasca en las bandas, obligado por la tela de araña que monta su rival en el centro del campo, y el Dortmund no consigue hilvanar con fluidez sus fenomenales contragolpes. El partido está en un punto muerto que, en el fondo, no perjudica a nadie.

Pero Guardiola tiene una espina clavada muy profundamente, la de la derrota en la Supercopa alemana en su debut. Y, por encima de esta espina, tiene un sueño que nunca explica, ni siquiera a sus colaboradores más próximos. Es un sueño que nos desvela Xavier Sala i Martín, su íntimo amigo: «Pep quiere demostrarse a sí mismo que es capaz de jugar como el Barça, pero sin los jugadores que tenía en el Barça. Cuando digo jugar no me refiero a la manera concreta de jugar, sino a dominar los partidos, a tener la jerarquía y la autoridad total sobre el juego. Quiere demostrarse que puede construir otro equipo dominador».

Ocurre en los grandes partidos. Sucedió en Mánchester, ante el City, donde el Bayern dictó su ley en el campo. Y vuelve a ocurrir en Dortmund. Al descanso, el marcador es positivo para el Bayern porque

ese 0-0 significa salir del gran duelo alemán con los mismos cuatro puntos de ventaja, pero Guardiola aspira a mucho más y en el descanso ordena que calienten Götze y Thiago. En un largo pasillo interior del estadio, Lorenzo Buenaventura dirige los ejercicios de ambos y también de Van Buyten, que tiene que agacharse porque toca el techo con su estatura de casi dos metros. El entrenador quiere a los dos bajitos en el césped para ganar el partido aunque todavía no estén en forma: Thiago no ha jugado ni un minuto desde su lesión a finales de agosto, pero Pep sabe que puede aportarle esa pausa que necesita el juego, una pausa que desactive al Dortmund y propulse al Bayern.

A los 56 minutos entra Götze por Mandžukić y el Signal Iduna Park acoge a su exjugador con un abucheo colosal. Por vez primera con Pep, Götze se sitúa como falso 9 en vez de mediapunta, extremo o interior. Como si reservara esa figura para los grandes partidos, al igual que hiciera en 2009 con Messi ante el Real Madrid, Guardiola estrena a Götze en la posición del delantero mentiroso en un momento cumbre. Y empieza a modificar de manera radical el centro del campo del Bayern, que hasta este partido había vivido un hecho peculiar. Hasta ese día, Pep se había esforzado siempre en poblarlo con numerosos hombres, pero en el primer tiempo de Dortmund el entrenador ha sido especialmente prudente y conservador. A los laterales Rafinha y Alaba los ha mantenido en el exterior como medida protectora, evitando que ayudaran a Lahm en el centro. Y a Javi Martínez lo ha proyectado contra Şahin, así que el capitán Lahm solo ha tenido dos opciones de pase en cada inicio de jugada: abrir a sus laterales o ceder el balón a Kroos. Ha sido un hecho insólito, pues si algo había distinguido a Pep en los meses anteriores era precisamente llenar el centro del campo de jugadores que dieran numerosas opciones a Lahm.

En el descanso, Guardiola reflexiona y cambia. Entiende que el camino conservador no es el que más conviene a su equipo y toma varias decisiones: Götze y Thiago, a calentar; Javi Martínez pasa a ocupar la plaza de mediocentro único y Lahm, la de interior. Los laterales reciben permiso para abandonar la banda y juntarse en el centro del campo. Domènec Torrent hace un guiño: «Podíamos haber ido a amarrar el empate a cero, pero en el descanso Pep ha dado la orden de salir a ganar. Y sacamos la artillería».

Con Götze en el campo y la furia en las gradas *borussers*, el Bayern muta radicalmente y junta hasta seis hombres en el centro del campo: los laterales Rafinha y Alaba, el mediocentro Martínez, los interiores Lahm y Kroos y el falso nueve Götze. El partido cambia de color y se tiñe de rojo. El Bayern se libera del agarrotamiento inicial, empieza a combinar y los extremos Müller y Robben reciben con facilidad, mientras Götze se convierte en una pesadilla para los centrales del Dortmund, Sokratis y Friedrich, que dudan de si ir a por él o quedarse en la zona defensiva. Es la misma terrible duda que, un lustro antes, sufrieron Metzelder y Cannavaro en el Real Madrid cuando Messi interpretó su primera gran actuación como falso nueve.

Guardiola huele sangre y dobla la apuesta. Llama a Thiago para echar más madera al fuego. Pep está tenso, con esa tensión de los grandes días. Habla rápido, da instrucciones sin parar, quiere que Thiago evite riesgos y le da las siguientes instrucciones: «¡¡Thiago, Thiago, por Dios, no pierdas balones, no los pierdas!! Control, control, mucho control. No arriesgues. No des ni un pase de riesgo. Controla, controla, busca al compañero y pasa fácil. Da igual que no toques mucho balón, solo busca dar continuidad al juego, que fluya el juego, pero sobre todo no lo pierdas. ¡¡No arriesgues Thiago, por Dios!!». Entonces Thiago, de pie delante del banquillo, a punto de saltar al césped, sin oír los rugidos del estadio, tiene un rasgo de frialdad serena que deja boquiabierto al entrenador. Le mira sonriendo y le dice: «Tranquilo, míster, tranquilo. Puedes estar muy tranquilo conmigo. Yo sé lo que hago». Y entra a jugar. Hace tres meses exactos que se lesionó ante el Nürnberg y no ha disputado ni un minuto desde el 24 de agosto. No le hace falta: salta al campo y se adueña del partido. Javi Martínez se sitúa de central, Lahm regresa al mediocentro y Thiago, al puesto de interior. El juego del Bayern empieza a ser el mismo que desarrolló en Mánchester el mes anterior: el de sus centrocampistas, el del dominio del

balón. Solo dos minutos después de la entrada de Thiago, el dominio se transforma en gol de Götze. Por primera vez desde 2009 (con Van Gaal), el Bayern está ganando en el campo de su gran rival y Guardiola siente que puede dar un paso de gigante en el campeonato.

Pocas veces ha dirigido un partido desde el banquillo con semejante clarividencia. Cuando advierte que Klopp modifica el despliegue táctico del Dortmund en busca de un empate que Marco Reus tiene en sus botas y Manuel Neuer evita con una estirada prodigiosa, Guardiola cambia por cuarta vez la disposición de sus jugadores. Van Buyten entra por Rafinha, Javi Martínez regresa al mediocentro y Lahm se sitúa de lateral derecho. El Bayern se dispone a ajusticiar al BVB con las armas propias del rival: al contragolpe. Thiago advierte a lo lejos la posición libre de Robben y le manda un balón que cruza en diagonal todas las líneas amarillas y que el extremo neerlandés convierte en el 0-2. Dos minutos más tarde, Martínez rompe por el centro, ataca Robben, le dobla por fuera Lahm y Müller ejecuta el 0-3.

Es una gran victoria y el Bayern sale de Dortmund con siete puntos de ventaja que ya serán imposibles de remontar. Pero, sobre todo, la herencia del partido es una confianza inmensa en sus propias posibilidades. Los jugadores sienten que la exhibición de Mánchester no fue una simple casualidad, sino fruto del sentido de la organización que están adquiriendo. El entrenador se reafirma en su idea de que juntar a los mejores en el centro del campo es una propuesta ganadora.

Es un Bayern mutante, capaz de poner varias caras a lo largo de un partido, simbolizado en Lahm y Javi Martínez. El capitán ha empezado jugando de mediocentro, ha pasado a ser interior y ha terminado de lateral derecho. El jugador español ha sido interior, mediocentro, defensa central y ha acabado nuevamente de mediocentro: cuatro cambios de posición en 90 minutos. El Bayern tiene varias pieles, como los camaleones. Es mérito de su entrenador, que es capaz de interpretar las necesidades del momento y dar la vuelta por completo a su equipo para mejorar en cada cambio de ropa. También es mérito de los jugadores, la mayoría de los cuales ya estaba ahí con Jupp Heynckes, que están mostrando una capacidad inaudita de aprendizaje de nuevas ideas y se muestran versátiles, dúctiles y receptivos a las propuestas del entrenador.

Al día siguiente, ya en Múnich, Pep continúa hablando del contraataque del Dortmund: «Es bestial. Es imparable. Hay equipos que contragolpean de maravilla, como el Madrid, pero lo del Dortmund es único. No he visto nunca nada igual. Están concentrados los 90 minutos esperando que tú falles un pase para disparar a sus velocistas. Tengo que estudiar a fondo si hay alguna manera de pararlos porque son muy buenos...».

Pep ha recibido numerosos elogios por su capacidad de modificar el partido desde la banda, con los cambios de jugadores y de posiciones: «Déjate de elogios, lo importante son los jugadores, que son muy buenos y, sobre todo, están dispuestos a todo. Quieren mejorar y progresar».

El triunfo en Dortmund le reafirma en sus convicciones: «Juntar a los buenos en el centro del campo. Esta es la idea y hay que ir con ella hasta el fin del mundo. Juntar a los buenos por dentro, quedarnos el balón y ser agresivos con él. No hay que tener dudas. Esta es la línea a seguir...».

El sueño que nos mencionaba Xavier Sala i Martín ha vivido un nuevo episodio en Dortmund. Como en Mánchester o Leverkusen, el Bayern ha mostrado jerarquía y dominio, las aspiraciones íntimas de Pep. Con un tipo de jugadores distinto del que tenía en el Barça, Guardiola quiere construir otro equipo que esté por encima del azar y la fortuna, un equipo dominador. Él dice que no quiere que su Bayern juegue como su Barça y dice la verdad. Lo que de verdad quiere es que su Bayern domine con la misma autoridad con que lo consiguió aquel Barcelona. «Götze más Thiago —dice—. Así hemos de jugar. No como en el primer tiempo. Bombeando balones al área marcaremos goles, pero no conseguiremos dominar el juego. Lo dominamos cuando juntamos a los buenos por dentro, dejamos a los dos extremos bien abiertos y en el centro tenemos a Thiago, Toni, Lahm, Götze, Alaba... Y si pierdo da igual. Me iré contento a casa porque habré jugado como creo...»

Jugar como cree. Este podría ser un resumen de Guardiola.

Múnich, 2 de diciembre de 2013

El 27 de noviembre Philipp Lahm sufrió la primera lesión muscular de su carrera. Fue en Moscú, a cinco grados bajo cero. El césped estaba nevado y resbaladizo. El viaje había sido un tormento: el Bayern tardó doce horas en llegar a su hotel por retrasos en el vuelo y un atasco monumental en la capital rusa que, incluso, le impidió entrenarse el día antes del partido de Champions contra el CSKA. Lorenzo Buenaventura tuvo que improvisar una sesión de estiramientos y movilidad sobre la alfombra de un salón del hotel.

En esas condiciones, el equipo de Pep jugó un partido sobrio y eficaz, sin el menor brillo, que le permitió conseguir su quinta victoria (1-3) en los cinco partidos disputados, lo que supuso un récord. Sumado a las otras cinco logradas por Heynckes entre abril y mayo de 2013 elevó a diez el número de triunfos consecutivos en la Champions League.

El partido dejó el peaje de la lesión de Lahm, la primera contractura muscular de su carrera... a los 30 años. [Para contrastar este dato le pregunté al propio Lahm, que lo confirmó, aunque más tarde recordó que en 2008 había sufrido también un golpe en el gemelo que le tuvo unos pocos días de baja]. No fue una lesión seria, pues solo le apartó dos semanas del equipo, pero para el capitán constituyó una experiencia inédita que le hizo sentirse muy raro en los días siguientes. Aunque pronto recibió el alta médica, Lahm no se sintió curado hasta bien entrado el mes de diciembre. Para Guardiola fue otro problema: todavía no había conseguido disponer de todos sus centrocampistas a causa de las lesiones y ahora perdía al hombre clave, al que atrae al rival, lo junta y lo divide, a la piedra angular sobre la que ha edificado su equipo. Si Pep tuviese que elegir once jugadores de entre todos los que ha dirigido entre Barcelona y Bayern, sin la menor duda Philipp Lahm estaría entre ellos. Recuerden aquello que dijo en septiembre: «Si esta temporada ganamos algo será gracias a lo de Lahm. Colocarle de mediocentro fue lo que ordenó todas las piezas».

Regresaron de Moscú de madrugada y aunque descansaron el jueves, en la sesión de entrenamiento del viernes los rostros eran de agotamiento, con lo que Pep cambió su hábito y ordenó trabajar a medio gas. «Llevo cientos de viajes en mi vida, a todas partes del mundo, pero este ha sido el más duro de todos. El peor viaje de mi vida», explicaba Thiago. Carles Planchart, el jefe de analistas del equipo, coincidía con él: «Tengo el cuerpo destrozado. Imagínate cómo deben de estar los jugadores...».

Pese a ello, un grupito de jugadores acabó el entrenamiento corriendo series de 60 metros, lo que provocó las risas de Guardiola: «Mírales, menuda banda... Les pongo un entrenamiento suave porque están destrozados y ahora se echan a correr. Y además han embaucado a Thiago. ¡A Thiago!».

Manel Estiarte compartía las risas con el entrenador: «Déjales, déjales hacer. Es un asunto de cabeza. Creen que lo necesitan y eso les va bien para la cabeza. Todo lo que es bueno para la cabeza acaba siendo bueno para las piernas».

Terminadas las series, Thiago explica por qué se ha puesto a correr con los alemanes: «Yo vine aquí para hacerme alemán, para endurecerme, para curtirme». El entrenador está satisfecho con el jugador que fichó: «Thiago tiene un corazón enorme. Aún no está en condiciones, pero se come el campo. Y Javi también: no tiene condición física porque no ha podido rodarse, pero llega a todo».

La fatiga se notó al día siguiente, en el partido contra el Eintracht Braunschweig, resuelto con victoria por 2-0. Lo que más agradecieron los jugadores fue reencontrarse con sus familias. El restaurante de jugadores en el Allianz Arena parecía una guardería porque todos los niños habían querido reunirse con sus padres. Se notaba que hacía días que no estaban en casa. Incluso los padres de Guardiola se presentaron en Múnich para estar unos días con la familia. Cenando con ellos, el entrenador seguía hablando de fútbol, de los goles en contra: «Fíjate, hemos jugado 14 partidos y solo hemos recibido siete goles. Es brutal: solo siete goles. Un gol cada dos partidos. Esto es lo que más gusta de todo lo que hacemos».

A las 10 de la mañana del domingo ya estaba planificando el partido de Copa que le enfrentaría el miércoles al Augsburg: «Es vital. Si pasamos esta ronda y ganamos el sábado al Bremen en liga, llegaremos a Navidad mucho mejor de lo soñado y vivos en las tres competiciones. Solo quiero llegar a la pausa invernal con esta ventaja de siete puntos. Además, el sábado juegan entre sí Dortmund y Leverkusen. Ojalá gane el Leverkusen. Hoeness dice que mejor un empate, pero yo sigo viendo mucho más peligroso al Dortmund...».

En los últimos diez años, el Bayern solo ha conseguido retener su título de liga una vez (en 2005 y 2006). En las restantes ocasiones que ganó, al año siguiente no pudo revalidar título. Pep quiere cambiar eso y alcanzar la estabilidad en el éxito. Por primera vez en la temporada, verbalizó sus intenciones, que hasta entonces solo conocíamos a través de sus colaboradores: «El objetivo de este año es la Bundesliga. Es una competición mucho más dura de lo que cree la gente. Mira, ayer, el Braunschweig no se abrió ni perdiendo por 2-0. Y su delantero se pasó el partido marcando a nuestro mediocentro, sin parar de correr. A veces es más fácil contra equipos grandes, incluso si pretenden jugar como los pequeños, porque no lo hacen igual, se repliegan menos, tienen más orgullo y quieren mostrar su potencial. El delantero de un equipo grande no presiona ni muerde como el de un equipo pequeño».

Esta idea nos condujo hasta el Real Madrid: «El Madrid está jugando fenomenal, con los tres bestias que tiene delante y el apoyo de Xabi Alonso. Pero contra ellos ya sabes que Cristiano Ronaldo no bajará a defender. Ahí tienes una opción: se trata de ser profundo y conseguir superioridad a su espalda».

Inevitablemente, nos habíamos ido a la Champions League: «Olvídate, olvídate, hay que pensar en la Bundesliga. Nadie ha ganado dos veces seguidas la Champions...». Se abrochó el anorak y dijo: «Voy al campo, a visualizar el ejercicio de mañana».

Era jornada de descanso y solo los lesionados estaban trabajando. Lorenzo Buenaventura y Domènec Torrent estaban en el campo n.º 1 de entrenamiento, distribuyendo las picas y los conos para el ejercicio táctico del día siguiente. El ejercicio no admitía dudas y todos lo conocían, lo habían practicado varias veces, pero Guardiola tuvo un pálpito de los suyos, una de esas intuiciones especiales. «Esta noche he tenido una idea —dijo—. Voy al campo a visualizar el ejercicio, a ver si consigo verlo claro y podemos ensayarlo bien el martes. Porque si sale bien, en Augsburg quizás planteo la salida con tres defensas desde atrás y un lateral largo. Pero tengo que sentir que podemos practicarlo bien».

Durante una larga hora dedicó su día libre a recorrer una y otra vez el campo, el de las cuatro líneas blancas pintadas sobre el césped, para comprobar que el ejercicio sería auténticamente eficaz y sus hombres aprenderían esa salida de tres que había imaginado. Discutiendo con Torrent y Buenaventura, se combinaron en ese instante dos rasgos opuestos de la personalidad de Pep: la intuición y el trabajo.

La idea más imaginativa no puede llevarse a cabo de forma eficiente si no se practica con repeticiones constantes. Sí, puedes ser genial y soñar variantes tácticas fabulosas, pero hay que trasladarlas al campo, diseñar los ejercicios adecuados, comprobar que serán útiles y, únicamente después de esta labor previa, practicarlos con claridad e intensidad. El 1 de diciembre Pep estaba en la segunda fase de las cinco que emplea: el día anterior pensó la idea; y ahora diseñaba y comprobaba el camino para enseñarla. Al día siguiente la practicaría con sus jugadores y el miércoles por la mañana decidiría por su cuenta si tocaba aplicarla. Finalmente, si la decisión había sido positiva porque el

entrenamiento le había dejado buenas sensaciones, sobre el estadio del Augsburg veríamos su puesta en práctica.

Este es su proceso de implantación de una idea en el fútbol. Reflexión, intuición, visualización sobre el terreno, ensayo, repetición, valoración del ensayo, decisión y aplicación en tiempo real. El proceso recuerda el de una receta culinaria de esos grandes creadores gastronómicos, solo que hablamos de algo mucho más prosaico como es la salida de balón a partir de la defensa...

«Augsburg es una final», dijo.

Este 2 de diciembre a mediodía, un lunes de frío intenso y sol reluciente en Múnich, Pep muestra la tensión de las semanas grandes. «Augsburg es una final —repite—. Juegas sin red, todo a noventa minutos. Pero si ganas ya estás en cuartos y, entonces, estos [sus jugadores] ya olerán que la final de verdad está cerca, a solo dos partidos, y en estas condiciones son imparables. Si ganamos al Augsburg estaremos muy cerca de otra final». Por esta razón ha salido al campo con su idea y su ejercicio: ganar en Augsburg. La victoria aún está lejos, pero «estos olerán sangre...».

Ribéry se ha entrenado como si le fuera la vida en ello. Durante hora y media, acompañado de Thomas Wilhelmi, el recuperador físico, ha desarrollado una sesión de esfuerzos breves, explosivos y repetidos. Su rostro muestra fatiga por la paliza, pero también satisfacción por el estado en que se encuentra. «Quiero hablar con Pep —le dice Ribéry a Estiarte—. Y me han dicho que él también quiere hablar conmigo.»

Ribéry está sofocado y habla entrecortadamente porque todavía resopla. En esa hora y media apenas ha habido pausas para recuperarse. Ha encadenado esprines con ejercicios de pequeños saltos, giros y bastantes minutos de choque cuerpo a cuerpo con Wilhelmi, que le ha clavado constantemente los codos en las costillas para comprobar cómo está el jugador francés. «Estoy bien, Manel, estoy bien. Estoy para jugar. Tengo que hablar con Pep. Y sé que Pep quiere hablar conmigo», repite. «No te preocupes, Franck —le responde Estiarte—. Yo se lo digo y Pep hablará contigo cuando regrese del otro campo.»

El Bayern había ganado en Dortmund sin Ribéry. A principios de temporada habría sonado a misión imposible. Pero ahí está el 0-3 sin Franck. Y después ha llegado la buena victoria en Moscú. Y las exhibiciones de Robben y Götze. Ribéry no quiere perderse más partidos: «Dile que quiero hablar con él. Estoy bien, Manel. Estoy para jugar».

Augsburg es una final y Thiago también se ha acercado a Säbener Strasse. Después de tres meses sin poder jugar, ha encadenado tres partidos en una semana y el domingo no podía ni moverse. Viene a Säbener a estirar músculos, hacer un poco de pilates y recuperación. Quiere estar fino para el miércoles: «Augsburg es una final —dice—. Nos lo jugamos a noventa minutos. Es una final».

A este paso, Guardiola no necesitará motivar a sus jugadores ni indicarles la importancia del partido... El jefe de fisioterapeutas, Fredi Binder, se dirige hacia Estiarte. «Manel, Ribéry quiere hablar con Pep», dice. «Lo sé, lo sé», responde una vez más Estiarte. «Ya está bien. No siente ninguna molestia —precisa Binder—. El único punto de dolor es el del pinchazo de la aguja del calmante que le pusimos hace dos días. Pero Wilhelmi le ha dado duro en las costillas y está perfecto. Recuérдалo: quiere hablar con Pep.»

Llega Pep de revisar el diseño del campo de entrenamiento de mañana y Estiarte le habla de Ribéry: «Lo sé, Manel, lo sé. Me lo ha dicho todo el Bayern. Franck quiere hablar conmigo. Yo también quiero hablar con él. A ver cómo está... Por mí, adelante con él contra el Augsburg. Lo único malo es que Franck no es jugador para estar en el banquillo y salir. Es para salir desde el minuto 1. Voy a verle y ya decidiré. Augsburg es una final, Manel, una final. Casi una final...».

Múnich, 5 de diciembre de 2013

En Augsburg, Pep recuperó a Ribéry pero perdió a Robben. El neerlandés se hallaba en un momento sublime de forma: en el minuto 3 de partido había conseguido su decimotercer gol de la temporada, es decir, había igualado los registros de la 2012-2013, en la que había logrado trece goles y dado diez pases de gol. Ahora, con solo cuatro meses de competición, exhibía las mismas cifras, lo que era suficientemente indicativo del rendimiento de Arjen.

Su carrera en el Bayern, al igual que en el Chelsea o el Real Madrid, se caracterizaba por la discontinuidad a causa de las lesiones. Su mejor temporada había sido la 2009-2010, la de su llegada al Bayern, cuando disputó 37 partidos, consiguió veintitrés tantos y dio ocho pases de gol a sus compañeros. Apenas iniciado el mes de diciembre ya sumaba veinte partidos, contaba trece goles y diez asistencias, lo que parecía garantizar que iba a ser su gran temporada, cuando estaba a punto de cumplir los treinta años.

Pero a los quince minutos de partido, una entrada del portero Marwin Hitz acabó con el año 2013 de Robben, que sufrió una herida tan profunda en la rodilla que afectó la articulación. Arjen no volvería a jugar hasta el 24 de enero de 2014. «Es una gran pérdida —dijo Guardiola—. Estaba jugando de manera grandiosa.»

La prevención de lesiones se había convertido en el mejor aliado de Robben. Después de muchos años de amargas experiencias, había aprendido a cuidarse, y a diario empleaba la media hora previa al entrenamiento en efectuar una rutina de trabajo de fuerza, equilibrio y *core* [trabajo lumbopélvico] a fin de proteger los músculos de la espalda, los isquiotibiales y los abductores. Tras cada entrenamiento dedicaba otra media hora a ejercicios de movilidad y estiramiento. Este trabajo preventivo había sido fundamental para conseguir continuidad en el juego.

El partido de Copa en Augsburg fue tan intenso como preveía Guardiola que, sin embargo, decidió no emplear la salida de balón con tres defensas porque el ejercicio del día anterior no le había parecido convincente. Previendo la presión agresiva del equipo rival hizo que Thiago ocupara la posición de mediocentro para priorizar la salida de balón y facilitar el inicio del juego, y en ese momento contabilizamos que en solo cinco meses de competición el entrenador había empleado hasta seis mediocentros distintos, Lahm, Schweinsteiger, Kroos, Javi Martínez, Thiago y Kirchhoff, lo que da idea de los vaivenes que había sufrido el equipo a causa de tanta lesión.

En la charla técnica realizada en el hotel, Pep pidió a sus defensas y centrocampistas que atacaran agresivamente la primera línea del Augsburg. Que intentaran superarla a través de pases verticales, evitando hacer la *u*, esa intrascendente combinación de pases horizontales en campo propio, pero durante gran parte del partido no lo consiguieron. El gol tan temprano de Robben facilitó las cosas pese a lo mucho que apretó el equipo local. Ribéry pudo jugar casi media hora y Thomas Müller hizo lo que se esperaba de él: un *Müllered*, uno de esos goles de estética dudosa y definición incierta que solo el delantero bávaro es capaz de conseguir. Esta vez, marcó con alguna parte indefinida de la espalda.

Guardiola seguía insatisfecho: «No estamos jugando bien, no, no, no, ni mucho menos. Trabajamos bien, tenemos buenos resultados y estoy contento con los jugadores, pero no jugamos como hemos de jugar. Necesito tener a todos los jugadores y hay que mejorar cosas. Tengo que comprender mejor lo

que necesita este equipo para sacarle todo el potencial que tiene porque hasta ahora no hemos hecho grandes partidos...».

Comenté esta autoexigencia de Guardiola con el periodista Julien Wolff, del periódico *Die Welt*, que la analizó de este modo: «Cuando Pep llegó a Múnich en verano creíamos que pretendería que el Bayern jugase como hacía en el Barça, pero lo que ha hecho en realidad es un *mix* entre el Bayern de Heynckes y su Barcelona. En este momento, el Barcelona ya no es el mejor equipo del mundo: lo fue, pero ya no lo es. Y al Bayern de Guardiola aún le falta. El entrenador ha reconocido que todavía no es «su» equipo, pero en febrero o marzo ya deberíamos ver un Bayern como él pretende, sobre todo si recupera a los lesionados».

En estos días de diciembre, Paul Breitner es el más optimista de todos: «Yo esperaba que los jugadores tardaran mucho más en comprender las ideas de Guardiola, mucho más. Pero ya lo tienen. Bueno, ahora mismo no jugamos de manera tan excelente como hace unas semanas, en Mánchester o en Leverkusen, por ejemplo, pero no se gana la liga ni la Champions por jugar de manera brillante. Hay que ganar por trabajo. Y este equipo sabe de todo: sabe brillar y sabe trabajar, como ayer en Augsburgo o como en Moscú o como algunos partidos de las últimas semanas. Esto es lo más valioso, mucho más que la brillantez. Si tienes un equipo de artistas que saben trabajar y que comprenden que a veces se puede brillar y a veces solo sirve trabajar duro, esto es lo que marca las diferencias de verdad. Esto es el carácter de un equipo. Y este Bayern, con este entrenador, tiene un grandísimo carácter. Yo estoy seguro que vamos a conseguir grandes éxitos en los próximos tres, cuatro, cinco años».

Como siempre después de un partido, Guardiola está en ebullición. Por una parte, lo sucedido en el último encuentro se transforma en un oleaje de ideas que van y vuelven sin cesar, de manera recurrente. De otra parte, empieza la disección de su próximo rival y la búsqueda de la mejor manera para atacarlo, defenderse y vencerlo. El día después siempre es una combinación de ambas cosas: se suceden las ideas sobre lo ocurrido ayer y nacen las nuevas que verán la luz en el próximo partido. «A nuestro mediocentro —dice— le cuesta atravesar la línea de cinco jugadores que todos los rivales colocan en el centro del campo. Por eso hice jugar media hora a Thiago en esa posición, que no es la suya: porque Thiago es muy valiente y se atreve a hacerlo aunque pierda el balón. Ahora me sentaré con Javi para analizar cómo hay que romper esa línea por dentro y cómo hay que hacerla bascular a un lado para, a continuación, mandar el balón al lado opuesto. Si consigues hacer eso, entonces giras a los rivales y les haces correr hacia atrás y ya está solucionado. Te digo más: antes que estar haciendo la *u* todo el rato prefiero que mis centrales manden balones en diagonal porque si los perdemos es mucho más fácil recuperarlos en la banda.»

Guardiola es consciente de que está exigiendo mucho, sea quien sea el que ocupe la posición de mediocentro en su equipo: «Lo sé, lo sé. Hay muy pocos jugadores en el mundo con esta capacidad de romper la línea rival con un pase interior: Busquets, Xabi Alonso, Lahm... Por ejemplo, en nuestro primer gol en Dortmund, Lahm lo hizo de maravilla: engañó al contrario, lo arrastró fuera de posición y superó la línea mandando el balón al lado opuesto. Højbjerg es muy bueno en esto, pero claro, todavía es muy joven... Te digo una cosa: yo era bueno en esto. ¿Por qué crees que jugué tantos años en el Barça? Desde luego, no era por la velocidad, ni por el músculo, ni por el juego de cabeza, ni por mis remates [se carcajea]...».

Ha leído unas declaraciones de Gerard Piqué, el defensa del Barcelona, en las que dice que cada vez hay más equipos que buscan jugar abiertos y dominando el balón: «Ojalá Piqué tenga razón. ¡¡Eso es lo que yo querría!! Que los otros salgan jugando desde atrás: porque si lo hacen, seguro que les robaremos el balón. Pero lo normal no es esto sino que se encierren atrás y dejen a cuatro jugadores muy rápidos. Entonces, lanzan un pase a la espalda de Thiago y Kroos y estamos perdidos. Por esta razón nosotros no podemos jugar a correr y lanzar balonazos porque Thiago y Toni tampoco pueden ir arriba y abajo todo

el rato... Nosotros tenemos que ir pasito a pasito, avanzando todos juntos. Si perdemos el balón, ¡pam, a recuperarlo rápido porque estamos muy juntos!».

Tiene dos días exactos para preparar el enfrentamiento con el Werder Bremen, un tiempo inferior al que necesita. Por lo general, emplea dos días y medio para analizar al rival: ver sus partidos, pensar cómo atacarlo y preparar las tres charlas con los jugadores. Dado que casi siempre se disputan dos partidos semanales solo puede enfocarse en el próximo partido, aunque sus ayudantes siempre le entregan un resumen básico del último encuentro disputado y Pep, robando horas al sueño, siempre los revisa.

Antes de entrar a fondo con el Werder Bremen, y una vez terminado el entrenamiento de la mañana, no solo dedicará un buen rato a revisar con Javi Martínez los problemas de la *u* y la necesidad de ser más atrevido, sino que tendrá con Ribéry una charla técnica que estaba pendiente desde hacía meses, desde que comprobó que con el jugador francés debía ir más lentamente que con otros. Hoy se sienta con él y juntos estudian vídeos sobre los movimientos del falso 9. Quiere convencerlo poco a poco de que puede jugar en esa zona, no de manera permanente, sino durante algunos minutos de cada partido. Pretende que comprenda que únicamente debe hacer lo mismo que en la banda, pero con la ventaja de no tener una línea exterior que no se puede cruzar. En el centro podría moverse como quisiera, con total libertad.

Pep insiste con Ribéry. No quiere transformarlo, pasándolo de la banda al centro, sino únicamente añadirle la capacidad de jugar también por el centro durante períodos breves. Cree que puede ser un plus para el catálogo de juego del delantero francés y un salto cualitativo para el equipo. Le planteo a Guardiola que esto supone un paso más en la búsqueda de la mejora permanente, en la persecución de la excelencia, pero se ríe cuando pronuncio esta palabra: «¡La excelencia! ¿Qué es la excelencia? La excelencia es una burbuja. Puedes buscarla tanto como quieras, pero eso aparece solo de vez en cuando. Ahora bien: hay que estar allí por si aparece...».

En estos primeros meses de acumulación, de transferencia de conocimiento a sus jugadores, se ha guardado muchas ideas; no las ha planteado para evitar colapsar mentalmente a sus hombres. Ha buscado administrar dosis moderadas de *software* futbolístico: suficientes, pero moderadas. Su caja de las ideas está llena de pequeños conceptos (individuales o colectivos) que Pep solo irá sacando cuando vea que sus hombres ya han digerido todo lo enseñado y están en disposición de adquirir nuevas ideas. Hoy le ha tocado a Ribéry.

Múnich, 14 de diciembre de 2013

Vientos de 140 kilómetros por hora azotaron el norte de Alemania a causa de la llegada del huracán *Xaver* y faltó poco para que el Werder Bremen-FC Bayern tuviera que suspenderse a causa de las inundaciones. En el *Weserstadion*, Franck Ribéry cumplió las instrucciones recibidas dos días antes y visitó las posiciones centrales del ataque: el resultado fue aplastante, pues el Bayern endosó la peor goleada de su historia al Bremen en su estadio (0-7) y el delantero francés estuvo sobresaliente en sus acciones.

Cinco hombres ocupaban de forma permanente el centro del campo (Thiago, Kroos, Götze, Rafinha y Alaba), y los tres delanteros realizaban movimientos muy diferentes: Müller jugaba muy abierto en la banda, pero haciendo diagonales constantes hacia el interior; Mandžukić picaba sin parar hacia el exterior, vaciando la zona central; y Ribéry se juntaba con los centrocampistas y ejercía de falso 9. La combinación de posiciones y movimientos consiguió la demolición total del adversario y mereció una frase explícita del entrenador: «Es el primer partido en el que hemos practicado un gran juego de posición». También endulzó los oídos de sus hombres: «Agradezco a mis jugadores lo que han hecho. Es un honor ser su entrenador». El todavía presidente Uli Hoeness se apresuró a señalar una característica especial del técnico: «Esto es increíble. Juegue quien juegue, juega bien, pero Pep siempre quiere corregir algo».

De entre los muchos momentos espectaculares que dejó el partido, Guardiola se quedó especialmente con dos de ellos. El primer gol llegó mediante un centro de Ribéry dirigido al primer palo de la portería del Bremen. Alaba y Mandžukić llegaron al remate como lobos hambrientos, pero el defensa local Lukimya se introdujo el balón en su propia meta. Pep recordó entonces la frase de su amigo Miquel Soler: «Un centro raso al primer palo es gol seguro».

La segunda acción que Guardiola grabó en su memoria fue el sexto tanto, obra de Ribéry. El jugador francés lanzó un saque de esquina y él mismo lo remató a gol. Dicho así parece algo imposible, pero lo que ocurrió fue que el Bayern ejecutó una jugada ensayada varias veces en el entrenamiento. Ribéry sacó en corto hacia Claudio Pizarro, que pisó el balón en el vértice del área pequeña; el peruano aguantó dos segundos el balón en el pie derecho mientras Alaba, que estaba fuera del área, corría hacia él y le superaba por fuera; entonces, Pizarro le entregó el balón impulsándolo con la suela de la bota, mientras Ribéry, lanzado al esprín, había llegado ya hasta el interior del área pequeña. Alaba solo tuvo que pasarle el balón al francés y éste remató a la red. Fue un gol prodigioso, ejecutado en siete segundos y cuyo autor fue el mismo jugador que había sacado el córner. La euforia se desató en el equipo, pero especialmente en el cuerpo técnico, que había visto culminado su esfuerzo de estrategia: habían sido muchas horas de análisis, grabación de vídeo y ensayo de los movimientos.

El partido supuso la victoria número 200 de Guardiola en 274 partidos oficiales disputados entre el Barça y el Bayern, y también el récord histórico de la Bundesliga para un entrenador, que acumulaba sus primeros quince partidos sin sufrir ninguna derrota (récord que seguiría batiendo jornada tras jornada). El día le trajo otro regalo a Pep, exactamente el que había deseado: el Bayer Leverkusen venció 0-1 en Dortmund al Borussia, lo que alejó al equipo de Jürgen Klopp a diez puntos del campeón de Múnich. El Bayern flotaba en una nube de satisfacción.

Fue Manuel Pellegrini el encargado de bajarlo al suelo.

A Guardiola pueden irritarle los errores de ejecución, pero los perdona. En privado no es tan benevolente como en público, pero incluso entonces los acepta como un accidente del juego: ha sido futbolista y, por lo tanto, también él cometió muchos errores involuntarios que no olvida cuando debe juzgar a cualquiera de sus hombres. Lo que de verdad le irrita profundamente es la relajación, el dejarse ir en los partidos creyendo que todo es fácil o ya está conseguido de antemano. Le irrita porque una de sus ideas-fuerza es precisamente la opuesta: en el deporte no te regalan nada, no existe el crédito y debes conseguirlo a diario sumando esfuerzos, escalando peldaño a peldaño y sin relajarte en ningún momento. No es extraño que sienta verdadera pasión por futbolistas como Mascherano o Iniesta, en el Barça, o Lahm y Neuer, en el Bayern: ellos jamás pierden la concentración durante un partido.

Cierta noche, cenando en el Allianz Arena, vimos con Pep un vídeo peculiar que grabé desde la tribuna del Allianz Arena. La cámara enfocaba exclusivamente a Manuel Neuer mientras el Bayern atacaba y atacaba contra el área rival. En las imágenes únicamente se veía al portero del Bayern y, si acaso, en algún momento aparecían Dante o Boateng en escena porque el dominio era abrumador a favor del equipo local, que tenía al contrario aplastado contra su área. Bien, pues Neuer seguía las evoluciones como si estuviera interviniendo de verdad aunque en realidad el balón estaba 60 metros delante de él. Ni un solo instante perdía la orientación del juego y se movía al unísono de sus compañeros, previendo dónde podría producirse una grieta que él debería tapar con su intervención. Guardiola quedó asombrado y maravillado con ese vídeo: «Manu es único. Único».

Como si aún estuviera impulsado por el huracán de Bremen, el Bayern saltó al Allianz Arena al galope contra el City. Ribéry volvió a ocupar la zona del falso delantero centro, mientras Mandžukić caía a las bandas y Müller abría el campo por la derecha. Detrás, Thiago, Kroos y Götze movían el balón a su gusto, bien acompañados por Lahm, que partía desde el lateral. A los 11 minutos de partido, Müller y Götze ya habían logrado el 2-0 y la noche del miércoles prometía otro aplastamiento. De nuevo, el Manchester City de Pellegrini era la víctima propiciatoria. El Bayern iba camino de su sexta victoria consecutiva en los seis partidos de la fase de grupos de la Champions League, algo que ningún campeón había logrado desde que existe la competición como tal, en sustitución de la antigua Copa de Europa (1992-93). De hecho, en las veintidós temporadas que lleva disputándose la competición bajo este formato, solo en cuatro ocasiones el anterior campeón había logrado cinco victorias en la siguiente temporada: el Ajax, en 1995; la Juventus, en 1996; el Borussia Dortmund, en 1997 y el FC Barcelona, en 2011. El *Pep Bayern* ya había igualado este registro y estaba en condiciones de convertirse en el campeón que mejor empezaba a defender su título...

Y entonces ocurrió. El Bayern se durmió en los laureles. Era tal el dominio, tantas las oportunidades que creaba, tanta la diferencia de juego entre un equipo y otro, tantos los récords que iba mejorando, que los hombres de Pep dieron la victoria por hecha. Y ocurrió lo que más odia Guardiola: su equipo se relajó. Y llegaron los errores. «Los errores llegan cuando te relajas, cuando dejas de ir con tensión a los balones, cuando crees que ya está todo hecho...», dijo Pep más tarde.

Boateng vio pasar el balón por el centro del área sin intervenir. Después, Dante derribó a Milner dentro del área cuando el delantero inglés ya perdía el balón por la línea exterior. Finalmente, a la hora de partido Boateng completó una noche negra y no despejó un balón sencillo en el centro del área. La suma de estos errores permitió al City marcar tres goles a Neuer, un portero que llevaba cinco partidos consecutivos sin encajar un solo tanto. Como portero del Bayern, a Neuer nunca le habían marcado tres goles en un mismo partido...

Pep bebió un sorbo largo de agua y escuchó lo que le recordaron Domènec Torrent y Hermann Gerland, sentados a su lado: si el City marcaba otro gol le arrebataría el primer puesto de grupo al Bayern y eso significaría perder el factor campo y enfrentarse en octavos de final a uno de los grandes

rivales europeos. Guardiola dejó pasar unos minutos, pero faltando diez llamó a Müller a la banda y le dio instrucciones concretas: «Congelad el partido, Thomas, congeladlo. Hay que acabar así».

Desde que el City había logrado su tercer tanto, el Bayern estaba grogui, incapaz de hilvanar su juego normal. Parecía más sencillo que el equipo inglés marcara nuevamente que los locales lograsen empatar. Así que Pep decidió amarrar el primer puesto de grupo aunque ello le supusiera sufrir su segunda derrota de la temporada y poner punto final a una racha de victorias en la Champions que duraba desde el mes de abril.

La sorpresa no fue que el Bayern ralentizara el juego, sino que el City no lo acelerara. Pero resultó que nadie en el equipo inglés, ni el entrenador, ni su cuerpo técnico, ni los jugadores, ni los dirigentes, ni su director deportivo, nadie, absolutamente nadie, sabía en aquel momento que un cuarto gol le daba el primer puesto del grupo. Terminado el partido, ellos mismos lo reconocieron.

Al entrenador catalán le ofendió la derrota por el modo en que ocurrió: por la relajación de sus hombres. Matthias Sammer, que dos meses antes había convulsionado al club con su exigencia de que los jugadores abandonaran la zona de confort, estaba incluso más irritado que Pep, pero ni uno ni otro lo mencionaron en público. Al contrario, ya saben, las broncas se reservan para las victorias. En las derrotas, calma. Públicamente, Pep dijo lo siguiente: «Felicitamos al City por su gran victoria. A veces hay que perder un partido. Quiero felicitar a mis jugadores por el éxito [de terminar primeros de grupo] y espero que ahora entiendan lo difícil que es jugar en Europa. Por supuesto, los jugadores tienen derecho a no tener un buen día sobre el terreno de juego. Tenemos que trabajar más».

En los días siguientes, Pep tampoco habló con ellos de la derrota. Dejó que fueran los propios jugadores quienes reflexionaran sobre las causas de la misma. Como había experimentado en materia de adquisición de nuevos conceptos tácticos, el entrenador sabía que en ocasiones es mejor menos que más, menos palabras que más. Mejor reservar la lección que se extrae de la derrota para el momento oportuno. Sus jugadores no eran precisamente tontos, sino todo lo contrario: por sí mismos sacarían las conclusiones del 2-3 ante el Manchester City.

Cuatro días después, el 14 de diciembre, se cierra el año 2013 en el Allianz Arena. El Hamburg sale derrotado por 3-1 en un partido que nuevamente destaca por la conexión entre Thiago y Götze, cada vez mejor compenetrados. El Borussia Dortmund empató en Hoffenheim y el Bayer Leverkusen pierde en casa ante el Eintracht Frankfurt, con lo que el Bayern despegará rumbo a Marrakech con siete puntos de ventaja sobre el equipo de Leverkusen, y 12 sobre el de Dortmund, una distancia que empieza a ser contundente, inimaginable para Pep apenas dos meses antes.

El Bayern viajará a Marrakech en busca de otro título, el quinto del año 2013, el Mundial de Clubes. Camino del aeropuerto, Guardiola lee un balance del año con algunos datos asombrosos. El Bayern ha disputado 33 partidos de liga en esos doce meses, ha vencido en treinta de ellos y empatado solo en tres, y ha conseguido 93 puntos, récord histórico. De ellos, diecisiete partidos los ha dirigido Jupp Heynckes (dieciséis victorias, un empate) y dieciséis el propio Guardiola (catorce victorias, dos empates), que se convierte en el primer entrenador invicto en sus primeros dieciséis encuentros de liga, en los que suma 44 puntos con 42 goles favorables y solo ocho en contra. Con el recién concluido, el equipo acumula 41 partidos invicto en liga (35 victorias y seis empates) y se despide hasta 2014 de Múnich con el sabor de un equipo formidable.

Por descontado, Guardiola no opina lo mismo: «Nos falta mucho por mejorar, nos falta mucho...».

Marrakech, 21 de diciembre de 2013

Lo que más sorprendió a Guardiola fue el jolgorio en las calles de Marrakech: «Salía gente de todas partes. Parecía Barcelona el día que el Barça ganaba una Champions. Miles y miles de personas por las calles. Casi no llegamos al hotel».

Acompañado de parte de su cuerpo técnico, Pep había presenciado la semifinal entre el Raja de Casablanca y el Atlético Mineiro. Para sorpresa de muchos, el equipo marroquí eliminó al de Ronaldinho a base de unos contragolpes fulgurantes. Por momentos, Guardiola creyó estar asistiendo a un partido de la Bundesliga, una obra de arte del contraataque. A los 84 minutos de partido, previendo que la euforia se desataría en las calles, decidió abandonar el estadio y, en efecto, para entonces miles de aficionados empezaban a invadir el centro de Marrakech celebrando el éxito. El Raja accedía a la final del Mundial de Clubes e iba a enfrentarse al todopoderoso Bayern.

El día antes, en Agadir, al equipo muniqués le habían bastado siete minutos para golear (3-0) al Guangzhou Evergrande que entrena Marcello Lippi, el único técnico que ha conquistado la Champions europea y también la asiática, además del Mundial de selecciones nacionales. Guardiola aprovechó el regreso de Lahm al mediocentro para situar a Thiago como mediapunta, lo que a su vez le aproximó a Götze. Thiago dio su tercer pase de gol en un Mundial de Clubes (había dado dos con el Barça), Götze logró el primer gol de un futbolista alemán desde que la competición adquirió el actual formato y el Bayern estrelló hasta cinco remates en los postes.

En el autobús que les llevó de Agadir a Marrakech, Manel Estiarte fue muy escueto: «Otra final. Una más». Sería la decimoquinta final para Guardiola, la octava de carácter internacional. De todas las finales que había alcanzado, solo en dos ocasiones había sido derrotado: por el Real Madrid de José Mourinho, en la prórroga de la Copa del Rey 2011; y por el Borussia Dortmund de Jürgen Klopp, en la Supercopa alemana de 2013. Llegar a una final significaba, en el caso de Guardiola, una garantía elevada de conquistar un título.

Así ha sido. La comodidad de la semifinal se ha repetido en la final contra el Raja, despachada en 20 minutos con goles de Dante y Thiago. El Bayern se ha sentido tan a gusto sobre el césped y ha permutado tanto las posiciones de sus jugadores que en algunos momentos recordaba la exhibición del Barcelona contra el Santos en la misma competición de 2011, aquella en la que el entrenador del cuadro brasileño afirmó que el equipo de Guardiola había jugado con un esquema 3-7-0. Sin llegar a tanto, el campeón alemán se ha movido en 3-1-6-0 o a ratos en 3-2-5-0 porque Müller ha vuelto a ser el delantero líquido que no ocupaba la posición de delantero centro clásico. Pep ha utilizado la salida con tres defensas y un lateral largo que había ensayado a principios de mes, pero no había empleado contra el Augsburg, lo que certifica que el aprendizaje de las ideas tácticas no tiene una fecha concreta de ejecución. Para él, lo importante es que sus jugadores conozcan y ensayen los conceptos: la aplicación práctica ya llegará cuando el momento sea oportuno.

Lorenzo Buenaventura explica esta característica del entrenador: «A veces, en las charlas con los jugadores, Pep se pasa 10 minutos explicando con exactitud lo que hay que hacer. Les dice: hay que hacer esto, lo otro y lo de más allá. Y cuando termina con todo y lo ha explicado en detalle, va y les

dice: “y ahora, chicos, olvidad todo lo que os he explicado y haced esto otro...” [se carcajea]. Primero cuenta la lección, pero él decide cuándo hay que aplicarla».

Tras ganar la Copa Intercontinental en 1976 y 2001, el Bayern logra en Marrakech su tercer título mundial, al mismo tiempo que Guardiola —campeón en 2009, 2011 y 2013—, que a su vez contabiliza el decimosexto título de 22 disputados: 14 de 19 con el Barcelona, 2 de 3 con el Bayern [y podríamos añadir el triunfo con el Barça B en el campeonato de Tercera División]. Pep ha conseguido el Mundial de Clubes con dos equipos diferentes (anteriormente lo había logrado Carlos Bianchi) y puede seguir luciendo el distintivo que acredita la victoria. Además, ha ganado todas las finales internacionales que ha disputado: dos Champions, tres Supercopas europeas y tres Mundiales.

2013 ha sido un año prodigioso para el Bayern. Con Jupp Heynckes ha conseguido tres títulos, los tres más preciados: la Bundesliga, la Copa y la Champions. Y Pep Guardiola ha añadido la Supercopa europea y el Mundial de Clubes. Solo la derrota en Dortmund impide el pleno absoluto. Para el club de Múnich supone la consagración como gran dominador del fútbol, aunque al mismo tiempo se abre un reto inaudito en 2014, pues la exigencia de obtener nuevas victorias se incrementará.

Pep celebra la conquista junto a buenos amigos, como el economista Xavier Sala i Martín y el cineasta David Trueba, que incluyó a Valentí Guardiola, padre de Pep, en su película *Vivir es fácil con los ojos cerrados*, que acaparó todos los premios anuales del cine español. Todos juntos regresan a Barcelona en un avión privado y para el entrenador se inicia una nueva etapa. Los títulos que intentará conquistar en 2014 ya no dependerán de lo previamente conseguido por Heynckes, sino que serán fruto exclusivamente de su trabajo.

Si para el Bayern resultaba casi inimaginable un año tan excepcional (con cinco títulos y solo tres partidos perdidos en doce meses), para Pep era susceptible de mejora. En los seis meses al frente del equipo, el juego había sido discontinuo, con partidos excelentes, como frente al Manchester City, y una epidemia de lesiones que le había impedido cuajar sus ideas. Dicho de otro modo: sus resultados (solo dos derrotas en veintinueve partidos) eran formidables, pero él no estaba satisfecho. En el viaje de regreso a casa, ya con rostro de vacaciones, sus deseos parecen muy simples: «Hemos de jugar mejor, mucho mejor...».

CAPÍTULO 4

UNA LIGA EN MARZO

«La gente tiene la mente muy abierta hacia las cosas nuevas siempre y cuando sean exactamente iguales a las viejas.»

CHARLES KETTERING

«Pep está cambiando al Bayern y Alemania está cambiando a Pep.»

Doha, 12 de enero de 2014

Lorenzo Buenaventura no se refiere a los dos kilos que Pep ha engordado durante las vacaciones de Navidad, sino a un cambio profundo. Guardiola es otro. No ha modificado su esencia de entrenador apasionado, obsesionado por el fútbol, «enfermo de fútbol», atrevido e innovador, pero a medida que va introduciendo sus señas de identidad en el Bayern también sufre una metamorfosis. En apariencia es el mismo que llegó a Múnich a finales de junio de 2013, pero Alemania ha ejercido un poderoso influjo sobre su personalidad.

Pep se siente libre y feliz en Alemania. Percibe en su club un cariño y un apoyo formidables, que en el caso del presidente Hoeness se convierte en estrecha amistad. Es un gran contraste respecto a la amarga relación vivida durante dos años con el presidente Rosell. En Múnich percibe un extraordinario apoyo desde el club. Manda menos que en el Barça, pues solo es el entrenador, pero en lugar de incomodarlo, este menor protagonismo le libera. Lo explica con precisión su amigo Xavier Sala i Martín: «El desgaste de Pep en Múnich es menor que el que tuvo en Barcelona porque allí tenía que asumir un papel que no le correspondía a causa de la falta de liderazgo en otros ámbitos. Hubo momentos en que casi parecía presidente del país y además de entrenador ejerció de portavoz del club, tuvo que defenderlo de acusaciones de dopaje, de Mourinho o ante la UEFA. En Múnich todo es más normal».

A Pep le gusta la predisposición total de sus jugadores a trabajar, el rigor con que Markus Hörwick prepara las conferencias de prensa, la minuciosidad de Kathleen Krüger como delegada del equipo, la campechanía con que Hermann Gerland le instruye sobre las características de la Bundesliga, la pasión de Matthias Sammer... Alemania está moldeando a Pep, que se muestra cada día más abierto, más sereno, más dispuesto a nuevas iniciativas. No solo concede entrevistas a la revista y la televisión del club, sino que apoya sin recelos las iniciativas publicitarias del Bayern, asume que la política de fichajes pertenece básicamente a los despachos de Hoeness y Rummenigge y, en definitiva, se siente a gusto. «Aquí solo soy entrenador; es muy diferente que en Barcelona. Entreno a mi equipo y lucho por tener buenos resultados con el apoyo de Sammer, que es una persona importantísima para mí. Es clave».

Sus hijos están aprendiendo rápidamente la lengua alemana, no se pierden un partido en el Allianz Arena, ni siquiera los nocturnos, y han hecho buenos amigos en el colegio. Cristina, la esposa de Pep, sigue atendiendo su tienda de ropa y ya ha visitado todas las pinacotecas de la ciudad. La misma serenidad que se advierte en Pep se aprecia también en su familia, que no se siente extraña en Múnich, como relata Sala i Martín: «En Múnich le veo muy feliz, sin la menor nostalgia ni añoranza. Para él, lo más importante son sus hijos. Tiene obsesión por que estudien en el extranjero y hablen varias lenguas. Siempre explica que lo mejor que puede darles es una buena educación y muchos idiomas».

El fútbol alemán ha entrado a borbotones en las arterias del entrenador. Mientras él sigue inculcando pequeños conceptos al equipo, recibe la influencia de un fútbol diferente, más veloz y agresivo, repleto de contragolpes vertiginosos, en el que cualquier equipo es capaz de superarte por alto en un córner. El

fútbol alemán tiene carencias de relieve en el ámbito táctico que compensa con agresividad, esfuerzo y solidaridad. A medida que va modificando al Bayern, Pep está cambiando.

«Se ha reinventado muchísimo. En seis meses ha variado más cosas en el Bayern que en los cuatro años del Barça.»

Quien lo afirma es el hombre que se sienta junto a él en el banquillo: Domènec Torrent, su segundo entrenador, un técnico que le acompaña desde que en 2007 Guardiola se hizo cargo del Barça B.

En el balance táctico de los primeros seis meses podemos anotar seis ámbitos de actuación:

1.- La colocación de la línea defensiva. Pep la ha adelantado, como promedio, hasta los 45 metros por delante del portero. En fase ofensiva, los centrales se sitúan en el campo contrario, a 56 metros de Neuer.

2.- Avanzar juntos. El equipo ha asimilado el concepto: se trata de un viaje conjunto. El inicio de la jugada es trascendental para el posterior desarrollo. Por lo tanto, hay que salir desde atrás con claridad, mediante una sucesión de pases que permita a los jugadores desplegarse del modo deseado.

3.- El balón ordena. La sucesión de pases con sentido (no confundir con el intrascendente tiquitaca) equilibra al equipo. Lo sitúa en las posiciones adecuadas y lo hace de forma agrupada, permitiéndole atacar con orden y recuperar el esférico sin demasiado esfuerzo en caso de pérdida.

4.- Superioridad en el centro del campo. La esencia del juego de Pep consiste en tener siempre superioridad, numérica o posicional, sobre el contrario. Y conseguirla en la zona del centro del campo. Asegurar esa superioridad de forma constante le garantiza el dominio de los partidos.

5.- Los falsos interiores. Es la gran novedad táctica de la primera temporada de Guardiola. Por el peso de Robben y Ribéry en las bandas y por la necesidad de cortar de raíz los contragolpes rivales, decidió situar a sus laterales por dentro, como falsos interiores, acompañando a los auténticos.

6.- Sin falso 9. De ser una figura vertebral en el Barcelona, el falso 9 se ha transformado en un simple recurso táctico en el Bayern. Recurso esporádico para un día o un momento determinados.

Del fútbol alemán, Guardiola valora cinco conceptos relevantes:

1.- Los contragolpes. En su día habló de la *Contra-Bundesliga* por la calidad y rapidez de los contraataques. A Pep le ha fascinado la eficacia de esta táctica y le encanta cuando su Bayern la pone en práctica. Al mismo tiempo, uno de sus grandes esfuerzos ha consistido en adoptar medidas para evitar que la emplearan los rivales.

2.- El juego por alto y las estrategias ofensiva y defensiva. Las características físicas de los jugadores alemanes propician el juego aéreo, tanto a balón parado como en movimiento. Si en el Barça dirigía a un equipo de futbolistas bajos, en el Bayern los ha encontrado altos, con los que puede mejorar en las jugadas a balón parado.

3.- Agresividad en el *pressing*. De la confluencia entre las características de sus jugadores y la calidad de los contraataques rivales, Guardiola ha extraído la necesidad de ejercer una presión intensa tras la pérdida del balón. Siempre lo practicó en el Barça, pero en Múnich ha conseguido incrementar la agresividad colectiva en este tipo de acciones.

4.- El doble pivote. Abanderado del mediocentro único, Pep ha aceptado renunciar puntualmente a él a fin de facilitar un mejor rendimiento de sus centrocampistas. El mediocentro único quedará a menudo aparcado hasta la siguiente temporada.

5.- El juego por fuera. En el Barça, el balón se enviaba hacia las bandas únicamente como medio de distracción para devolverlo al interior, que era donde se resolvían todas las jugadas. En el Bayern, con los laterales cerrando por dentro como falsos interiores, el juego por las bandas se ha convertido en un recorrido esencial.

¿Qué se propone Pep en este inicio del año 2014? Exacto: lo que usted ha imaginado. La combinación entre sus ideas tradicionales y las novedades que ha adquirido en Alemania. El *mix* entre ambas ideas. Domènec Torrent lo explica así: «Pep mantendrá lo esencial: tocar el balón para juntarnos;

llegar a tres cuartos de campo mediante la sucesión de pases; subir la línea defensiva muy arriba, y tener siempre un hombre de más en el centro del campo, sea por la vía que sea. Pero no esperes un sistema táctico fijo, ni un equipo titular indiscutible. Eso cambiará en cada partido. Y el análisis del rival será cada vez más importante».

El *stage* del mes de enero en Doha significa un punto de inflexión. Los jugadores ya han completado un periodo de adquisición de conocimientos, marchan destacados en la liga, han conquistado dos nuevos títulos (Supercopa de Europa y Mundial de Clubes) y la confianza en Guardiola es máxima. Ya no es aquel entrenador carismático y mítico que lo había ganado todo en el Barcelona. Ahora, Pep es «su» entrenador, el que dirige todas las sesiones, llueva, nieve o haga sol, con los titulares, los suplentes o los juveniles. Ya no es una imagen icónica a la que reverenciar. Es carne y hueso, es una sonrisa, un coscorrón, una patadita en el culo, un grito, un cabreo. Y muchas ideas, técnicas y tácticas. Es la exigencia permanente. Más, más y más. Pep no solo ha ganado sus primeros títulos con el Bayern: ha conquistado a la mayoría de sus jugadores.

Doha hace saltar el tapón. El *stage* llega tras dos semanas completas de vacaciones. Es un descanso primordial. Las piernas han descansado y las mentes de los jugadores se han limpiado tras un año prodigioso, pero agotador. También la de Guardiola, que llega de vacaciones con dos kilos de más. Sus colegas del cuerpo técnico le verán correr con los jugadores, hacer abdominales y renunciar a los platos de pasta en beneficio de las ensaladas. Pep es coqueto.

En Doha se prepara el segundo *round* del combate: el decisivo, el de los títulos. La pausa invernal ha sido una bendición. «La pausa en Alemania es buena para el físico y para la mente —explica Lorenzo Buenaventura—. Si hablas con médicos y fisiólogos, no hay duda. En Inglaterra ocurre lo contrario: se emplea la Navidad para jugar partidos cada dos días y los médicos reconocen que es malísimo para el cuerpo, porque a mediados de enero los jugadores están fundidos. Con una carga de partidos como la que ha tenido el Bayern en 2013, dos semanas de vacaciones y tres de pretemporada son una bendición.»

El cuerpo técnico trabaja de modo similar como lo hizo en el Trentino en julio de 2013, pero hay una diferencia importante: el equipo ya es otro. Los jugadores han cumplido centenares de horas de trabajo y han asimilado nuevos conceptos. Pep les ha introducido un *software* y después de los trastabilleos iniciales, sus hombres se han adaptado a sus ideas. Han aprendido el nuevo «idioma» futbolístico.

El vídeo que difunde el diario *TZ online* de uno de los entrenamientos en Doha sorprende a todos aquellos que no han tenido la fortuna de ver en directo las sesiones de Pep. El vídeo, que da la vuelta al mundo, muestra el verdadero día a día del equipo: la intensidad del entrenador tratando de que los jugadores efectúen los movimientos adecuados. En todas las sesiones se vive la misma entrega. Son 80 minutos de entrenamiento, pero siempre al máximo, en busca del movimiento correcto, de la acción que permitirá dar un salto de calidad.

Interrogo a Manel Estiarte sobre el cambio de Guardiola, que a los aficionados y periodistas alemanes les puede costar comprender, pero que resulta significativo para cualquiera que le haya conocido en sus años de Barcelona: «El Bayern no tiene lujos, ni fuegos artificiales, pero tiene todo lo que un profesional necesita para hacer bien su trabajo. Básicamente, tiene buenos profesionales. Y un enorme respeto por su trabajo. Ayer le dije a Pep: “Creo que estamos en el lugar y el momento idóneos”. Ahora mismo, pienso que no sería fácil encontrar otro lugar con tan buenas condiciones. El equipo tiene lo principal: ganas de progresar. No digo que sea el equipo con el que más títulos se pueda ganar en el mundo —que quizá sí lo sea—, pero los jugadores quieren progresar y mejorar individual y colectivamente. Están hambrientos de aprendizaje, quieren ser mejores, además de ganar. La suma de club y equipo forma un hábitat inigualable ahora mismo. Quizás dentro de unos años no sea así, pero ahora es así”. Por todo esto ha cambiado Pep».

El prodigioso año 2013 ha concluido y los relojes vuelven a estar a cero. La noria del fútbol empieza a girar de nuevo. El Bayern que se despide de Doha es un equipo que galopa sin freno en busca de títulos y en breve se comerá la Bundesliga de un bocado. Los jugadores han asimilado los conceptos que durante seis meses les ha explicado el entrenador, que a su vez ha adaptado muchas de sus ideas a la plantilla que dirige. De ahora en adelante, la progresión será mucho más rápida. Pep está cambiando al Bayern y Alemania está cambiando a Pep.

La noche en que ganaron la liga

«Hay días en los que no juegas bien, en los que no te sale nada y piensas: “¿Qué mierda estoy haciendo en el campo?”, pero al final das una asistencia y te sale el gol de tu vida.»

Stuttgart, 29 de enero de 2014

El Bayern gana virtualmente la Bundesliga en Stuttgart, en esta fría noche de enero en la que Thiago Alcántara no juega un buen partido, pero logra un gol colosal justo cuando cae el telón. El partido del Bayern ha sido espeso, gris y caótico y el equipo local ha merecido un mejor resultado porque lo ha hecho todo bien: se ha defendido de manera compacta y sólida, sin conceder excesivas ocasiones. Cuando su doble muralla defensiva se ha visto rebasada, ha surgido el guardameta Ulreich, espléndido en todas sus actuaciones; el VfB Stuttgart ha atacado con precisión e inteligencia: lo ha hecho poco, pero en los momentos adecuados, siempre que el Bayern ha estado descolocado, y casi siempre ha hecho sufrir a la defensa muniquesa, y cuando el Bayern ha impuesto su mayor potencial, el Stuttgart le ha roto el ritmo a base de retrasar el inicio de las jugadas o los saques de banda. El técnico local, Thomas Schneider, que sería destituido seis semanas más tarde, se ha mostrado formidable en su planteamiento: al Bayern le ha caído un manto de oscuridad encima, como si no pudiera olvidar que, al fin y al cabo, tiene una amplia ventaja de puntos en la clasificación (nada menos que catorce sobre el Borussia Dortmund), con lo que no debe ocurrir nada grave si hoy llega a perder el partido aplazado desde diciembre. La cabeza de los jugadores estaba embotada.

Por vez primera en la temporada, Guardiola ha repetido alineación y han jugado los mismos que el viernes anterior, en el brillante triunfo logrado en el Borussia Park de Mönchengladbach, en lo que supuso la reanudación de la liga tras la pausa invernal. ¿Cómo ha podido descender tanto el rendimiento de los mismos jugadores que cinco días antes habían sido punzantes, combativos, brillantes? «No podíamos más, la cabeza no daba para más. El partido del viernes contra el Gladbach fue durísimo, durísimo —explica Thiago, eufórico, a la salida del vestuario del Mercedes Benz Arena de Stuttgart—. El fútbol tiene estas cosas: a veces te colapsas y no puedes más. Van pasando los minutos y ya solo juegas pensando en que se acabe porque no ves la forma de encontrar la solución. Pero la hemos encontrado.»

La solución ha llegado, esta vez, desde el banquillo. Había tres razones por las que Pep ha presentado la misma alineación: porque era la que más le gustaba, con Lahm de mediocentro, Kroos y Thiago por delante y Götze, Müller y Shaqiri cambiando constantemente de posiciones en el ataque; porque seguía sin poder contar con Ribéry, Robben, Schweinsteiger y Javi Martínez a causa de molestias y lesiones, y porque había levantado el castigo a Mandžukić por entrenarse con desgana, pero no estaba dispuesto a regalarle la titularidad sin que el croata se la ganara a base de esfuerzo.

Por todo ello, Pep ha repetido alineación en busca de un efecto similar al del viernes anterior, cuando su equipo batió con claridad (0-2) al tercer clasificado de la Bundesliga en Mönchengladbach. Pero en Stuttgart casi nada ha salido como espera el entrenador: el Bayern se ha apoderado del balón y lo ha movido a placer cerca del área local, con Thiago y Götze recibiendo fácilmente entre las dos líneas defensivas del Stuttgart, pero la entrada en el área ha resultado deficiente: muy poco acertado en los pases

y aún menos en los remates a portería. Como ha ocurrido en otros partidos, el aplastante dominio muniqué no se ha traducido en auténtico peligro y a medida que pasan los minutos el estado de gracia se evaporaba, la defensa ha empezado a sufrir en los contraataques rivales y la maquinaria de juego dejaba de fluir. Se adelanta el Stuttgart en el marcador a la media hora de partido y el Bayern ha empeorado. Durante el descanso, Pep ha decidido cambiar de idea y en el primer minuto del segundo tiempo han salido a calentar Mandžukić, Pizarro y Contento.

Pep ha cambiado el partido. Radicalmente. Otras veces lo ha intentado y no lo ha logrado, pero en Stuttgart su propuesta de modificación ha resultado muy eficaz. En la dirección de campo, acostumbra a ser intervencionista, brillante y eficiente, pero esta noche en el Neckar Stadion de Stuttgart ha sido más que todo esto: le ha dado la vuelta al partido como quien se la da a un calcetín. Cuenta, indudablemente, con una ventaja de la que no disponía años atrás en Barcelona: tiene jugadores distintos que le permiten jugar de modo diferente.

«Así no vamos a ningún lado, *Dome* —le ha dicho a Torrent apenas llegar al vestuario—. Hay que cambiar esto radicalmente porque así no ganamos.» El equipo estaba tan atascado que Pep también ha modificado sus costumbres y ha hecho un doble cambio a los pocos minutos de iniciarse el segundo tiempo: han entrado Mandžukić y Pizarro por Shaqiri y Kroos, que no han tenido su mejor noche. El entrenador ha hecho más: ordenar un doble pivote compuesto por Thiago y Lahm y colocar a Pizarro como mediapunta para distribuir balones a las bandas. Con este 4-2-3-1, los defensas han sacado con rapidez desde atrás en busca de Thiago o Lahm; uno de ellos filtraba con facilidad a Pizarro y el peruano —en una actuación formidable— se ha encargado de abrir el juego a los extremos (Müller y Götze) y acudir en apoyo de Mandžukić para el remate final dentro del área. La propuesta de Pep ha supuesto un cambio radical en su tradicional sistema de juego. Incluso podríamos decir con rotundidad que ha sido una proposición contraria a su estilo. Si en noviembre, en Dortmund, para ganar por 0-3 al Borussia había apostado doblemente por el juego interior con los más habilidosos (Thiago y Götze), es decir, una apuesta firme por el juego más guardiolista, en Stuttgart, con el marcador en contra y ansioso por cerrar la liga definitivamente, ha optado por todo lo contrario: jugar por las bandas y centrar a la cabeza de Mandžukić. Habrá quien piense que Pep se ha traicionado a sí mismo. Cuando se lo pregunto al acabar el partido, ni se inmuta: «Tío, no me jodas, se trataba de ganar el partido...».

Las piezas habían tardado unos minutos en acomodarse. Pero pronto se había percibido que al Stuttgart le iba a costar resistir el empuje del Bayern reformado, incluso si jugadores como Götze y Thiago parecían agotados. Como había dicho Guardiola meses antes, cuando el Bayern necesita remontar, todo es posible. Había empezado a pisar el área del portero Ulrich con verdadero peligro (sumó hasta 24 remates), había empatado de cabeza faltando un cuarto de hora (lo consiguió Pizarro, en una falta sacada por Thiago) y Pep había hecho un tercer cambio que acabaría resultando clave: había entrado Contento por el fundido Götze y el equipo había sido mucho más profundo y combativo al colocarse Alaba como extremo izquierdo. Y había seguido intentándolo sin desmayo pese a que el Stuttgart había culminado su formidable noche con una serie de contragolpes espléndidos que habían amenazado seriamente a Neuer.

Para entonces, Pep había dado otro paso en busca de la victoria, dando órdenes rotundas para ejecutar una maniobra que era sencilla, pero que a esas alturas de partido costaba recordar: había que cargar el juego por una banda, abrir a la opuesta, que estaría libre, y centrar balones al área. Era el mismo mensaje que en la épica final de la Supercopa europea contra el Chelsea: cargar el juego en la izquierda, cambiar a la derecha y centrar.

El soberbio remate de Thiago llegó de esta manera, cuando el reloj casi marcaba el minuto 93. Combinaron Alaba, Contento, Pizarro y Thiago por la izquierda, abrieron a Lahm, este cedió a su derecha a Rafinha y el lateral brasileño centró el balón al área. Y entonces apareció el alma artística de Thiago y su media chilena, la tijera espectacular que cerró el partido y, prácticamente, el título de liga.

La euforia del equipo bávaro recordó la vivida en Praga, cuando Javi Martínez empató en el último segundo de la prórroga contra el Chelsea; o la de Dortmund, cuando el 0-3 descabalgó al gran rival. El gol de Thiago llevaba grabada la *Meisterschale*, el plato que se entrega al campeón del torneo.

—¿Le has dado con la tibia? —le pregunto al jugador en el vestuario.

—No, no, con toda la bota. Ha sido el remate soñado, con toda la bota. De lleno.

«*Thiago oder nichts...* (Thiago o nadie).» Era el primer gol de Thiago en la Bundesliga, lo que permitía al Bayern seguir batiendo récords: 43 partidos invicto de manera consecutiva en la liga; veintiocho partidos fuera de casa marcando al menos un gol; primer club que gana dieciséis de los dieciocho primeros partidos... Unos récords que serían pulverizados en los dos meses siguientes, en los que un Bayern hambriento añadiría otras diez victorias seguidas y conquistaría el título en el mes de marzo, antes que nadie en la historia.

Guardiola estaba muy contento tras la remontada en Stuttgart, pero ocultó su alegría tras uno de esos rostros inexpresivos de momia egipcia. Antes había celebrado el triunfo con euforia dentro del vestuario. En cuanto se dirigió a la sala de prensa aparcó la victoria y abrió la carpeta de asuntos pendientes: hay que recuperar con urgencia a Ribéry, Robben y Javi; hay que convencer a Mandžukić de que trabaje a tope aunque no juegue los noventa minutos de cada partido; hay que evitar que Kroos se descentre con la renovación de su contrato (pretende un mejor salario); debe impedir que el equipo se relaje pensando que la liga ya está ganada (aunque son diecisiete puntos sobre el Dortmund...), y, sobre todo, hay que analizar ya la manera de meterle mano al Arsenal de Wenger. Porque la Champions está a la vuelta de la esquina y toda Europa mira hacia Múnich.

Al salir del vestuario, Lorenzo Buenaventura no tiene dudas sobre el acierto de Pep a la hora de cambiar la dinámica del partido: «Estábamos encallados, al revés que en Gladbach. Pep ha conseguido cambiar el partido por dos razones: porque ha añadido a su catálogo de juego nuevas ideas que ha visto o aprendido aquí, de sus jugadores o de los rivales; y porque aquí tiene jugadores capaces de jugar de otro modo. Y hay un tercer factor: Pep no es talibán de sí mismo. Está mostrando lo inteligente que es: ha estudiado y analizado la Bundesliga y se ha adaptado, sin renunciar a los conceptos básicos que definen su estilo».

Pep ni le escucha porque ya estaba pensando en los siguientes partidos.

—Loren, hay que hacer rotaciones. Hay que seleccionar muy bien los esfuerzos a partir de ahora.

—Pep, que no nos pase lo que pasa tantas veces —añade Domènec Torrent—, que por querer batir un récord de puntos el entrenador funde a los jugadores.

Había vivido sus cinco minutos de euforia en el vestuario y ya miraba al futuro. No se permite a sí mismo regocijarse en la victoria: la disfruta con un único sorbo y de inmediato pasa al siguiente capítulo.

«Tenemos que mejorar, tenemos que mejorar...», dice camino del autobús que llevará al equipo a Múnich con medio título de liga a bordo.

Múnich, 31 de enero de 2014

«¡Qué frío en los pies! ¡Coño, qué frío hace aquí!», dice Pep.

Stuttgart y la épica del último minuto ya es pasado. Thiago copa las portadas y los elogios, pero toca volver a reiniciar el ciclo: llega un nuevo rival, hay que analizarlo a fondo y preparar las herramientas con que se le intentará vencer. Como norma invariable, antes de cada partido Guardiola imparte tres charlas a sus jugadores, cada una de ellas de unos quince minutos de duración, siempre con el apoyo de imágenes, por lo general vídeos que no duran más de siete minutos. Las tres charlas por partido siguen siempre las mismas pautas.

El día anterior al encuentro, Pep detalla el juego ofensivo del equipo rival. Mediante los vídeos muestra los peligros del adversario y los movimientos de los jugadores más relevantes. En este punto, el entrenador explica con detalle las soluciones defensivas que deberá ejecutar el Bayern para contrarrestar el ataque del contrincante. Inmediatamente a continuación tiene lugar el entrenamiento del día, donde se ensayan las medidas que acaba de mencionar.

La segunda charla se produce antes del entrenamiento matinal del día del partido. Consiste en una explicación pormenorizada de la estrategia ofensiva y defensiva del rival. En esencia, cómo defiende y cómo ataca en los saques de esquina y lanzamientos de faltas. Interviene Domènec Torrent, segundo entrenador, que ha estudiado al detalle las últimas 50 faltas que ha sacado el rival y sus últimos 50 saques de esquina, con lo que explica sus peculiaridades más significativas a balón parado. Será él quien, durante el partido, recordará a los jugadores suplentes que salen al campo las posiciones que han de ocupar en ese tipo de acciones. Tras la charla, el equipo efectúa un suave entrenamiento en el que ensaya el ataque y la defensa de las jugadas que acaba de analizar. Todavía no se conoce la alineación, con lo que todos los jugadores participan en todas las acciones. Si el partido se disputa fuera de Múnich no se ensayan las jugadas, sino que se revisa el vídeo del día en que las practicaron en la ciudad deportiva de Säbener Strasse.

Por último, dos horas antes del partido, en el hotel de concentración, Pep da la tercera y última charla (en el vestuario no habrá ninguna). Aunque podríamos llamarla motivacional, posee un alto componente táctico pues consiste en detallar cómo atacará el Bayern, momento en que el entrenador también comunica cuál será la alineación titular. Hasta ese instante, los jugadores no la conocen. La charla se centra solo en el modo de atacar, ya que la manera de defender se estudió el día anterior y las acciones a balón parado se han analizado y ensayado por la mañana. Se define asimismo cómo se lanzará el primer saque de esquina y la primera falta lateral de que disponga el equipo durante el partido. Pero la charla contiene también elementos de motivación, aunque no siempre. Por ejemplo, en el partido de vuelta de cuartos de final de la Champions contra el Manchester United, a principios de abril, Pep incluso prescindió de esta tercera charla porque el equipo, por una vez, conocía la alineación desde el día anterior, había ensayado el juego de ataque y no necesitaba añadir ningún comentario. Por el contrario, en el reinicio de la Bundesliga, el 24 de enero, el equipo llegó al Borussia Park de Mönchengladbach con el tiempo justo para disputar el partido porque Pep se demoró en esa última charla, mostrándoles a sus hombres la razón por la que habían caído con estrépito seis días antes en un amistoso en Salzburg (3-0): habían jugado sin correr, sin la menor intensidad. «Yo llego hasta aquí —les

dijo—. Puedo analizar al rival y distribuirlos tácticamente del mejor modo. Por ejemplo, David [Alaba], en el partido de hoy no subas demasiado porque el extremo derecho del Stuttgart [Martin Harnik] te puede castigar. Pero a partir de este punto, chicos, los responsables sois vosotros. Si no jugáis con intensidad y corriendo como cabrones, no ganaremos...» El Bayern ganó aquel partido contra el Gladbach por 0-2, ofreciendo una exhibición de juego y lanzándose de modo definitivo a la conquista del título.

El contenido de las tres charlas es fruto de dos análisis concienzudos: el del rival y el del propio equipo y, al mismo tiempo, obedece a una de las características fundamentales de Guardiola, según explica Xavier Sala i Martín, catedrático de Economía de la Universidad de Columbia: la innovación. «Desde mi punto de vista, Pep es un gran innovador. Vence a través de analizar meticulosamente el punto débil del adversario y atacarle por allí. Pero, sobre todo, es capaz de seguir innovando de manera constante pese a que los rivales aprenden la lección y se corrigen de manera permanente, pero a su vez Guardiola vuelve a implementar su idea de juego con nuevas variantes. Siempre va por delante. Es capaz de mantener su filosofía propia de juego, que se basa en lograr permanentemente la superioridad en el centro del campo, y hacerlo adaptándose a las características del contrario.»

Comentando el modo de atacar a los rivales en ajedrez o en cualquier otro deporte, Garry Kasparov le dijo a Pep en Nueva York, en octubre de 2012: «No puedes atacar del mismo modo si estás en lo alto de una montaña que si estás en una llanura a campo abierto». En la misma ciudad, Ferran Adrià, el genio de la gastronomía que acababa de clausurar su restaurante El Bulli, también cenó con Guardiola a finales de 2012 y le dijo: «Pep, más que entrenador, tú eres un gran innovador». El entrenador le respondió: «Mira Ferran, yo lo único que hago es ver vídeos del rival e intentar machacarlo [en realidad empleó una frase mucho más prosaica y algo obscena]. Lo único que hago es estudiar todas mis armas y cambiarlas cada vez».

Para Sala i Martín, esta vocación innovadora de Guardiola se entronca a la perfección con el espíritu empresarial de Alemania: «No sé lo que pensará la opinión pública futbolística alemana, pero conozco bastante a los grandes empresarios y dirigentes del país y son absolutamente perfeccionistas e innovadores. Viven de no cometer errores y de buscar la perfección. Da igual que pensemos en BMW, Siemens o Audi: valoran profundamente la capacidad de innovación y la búsqueda del producto perfecto, con lo que han de coincidir, de manera forzosa, con el estilo de Pep, que es el de la evolución e innovación constantes. Y el de la adaptación. Si nos fijamos bien, Pep no ha intentado que el Bayern jugara como el Barça, sino que se ha adaptado a los jugadores y al país. Pero, por otra parte, el juego del equipo el 1 de julio de 2013 no tiene nada que ver con el que practica ahora mismo».

Para conocer a fondo cómo se generan los análisis de los equipos rivales y del propio Bayern es imprescindible hablar con Carles Planchart, responsable del cuerpo de analistas de Guardiola, compañero suyo desde que empezó a entrenar al Barça B en 2007. Planchart nos explica con detalle las pautas de trabajo que utilizan él y su grupo de colaboradores: «Básicamente hay dos partes: el análisis de tu propio equipo y el del rival. Son dos mundos diferentes. Estás en un club que compite cada tres días y eso no te permite corregir en el campo tus defectos por falta de tiempo. Necesitas, por lo tanto, transmitir a los jugadores muchas correcciones que durante el partido no les puedes hacer llegar. Si dispones de una semana completa de entrenamientos puedes preparar una serie de ejercicios correctores. Por ejemplo, si la defensa está demasiado alta o demasiado baja o hay demasiada distancia entre líneas o problemas con centros o si defendemos mal en el primer palo... En nuestro caso, la forma más rápida de que disponemos es la imagen porque con ella puedes transmitirles mucho más rápidamente la idea de corrección».

Al terminar cada partido, los analistas extraen conclusiones sobre acciones colectivas o individuales, estratégicas o tácticas, y en función de la semana Pep se las muestra a un jugador concreto o en ocasiones las reserva para más adelante, para un momento especial. Pero, en general, las correcciones

individuales y las estratégicas se hacen de manera inmediata, con lo que las rectificaciones del partido anterior ya se aplican en el análisis del siguiente encuentro.

El grupo de Planchart ha añadido esta temporada otro detalle: además de las acciones tácticas, también analiza las acciones individuales. De este modo, al terminar el partido dispone de todas las acciones concretas de cada jugador, es decir, todas las situaciones en las que ha participado, y sabe si las decisiones que el jugador ha tomado en cada momento han sido las adecuadas o no. Para cada jugador se abre una carpeta de archivo para guardar todas las acciones descritas y anotadas. Al terminar el partido, se ordenan en función del tipo de jugada de que se trata: juego aéreo, regates, etc... Con todo ello, en el entrenamiento del día siguiente se puede mostrar a cada uno las imágenes específicas y trabajar las correcciones individualmente o por líneas o bien tácticamente. Hay que tener en cuenta que todas las grabaciones se realizan en formato panorámico, lo que ofrece una visión táctica y no solo del gesto técnico del jugador. «Aparte de esto —explica Planchart—, Pep siempre mira el partido completo. Al terminar se lo cargamos en su ordenador. Puede verlo completo o puede elegir las acciones que hemos seleccionado, por jugador o por tipología de acciones o tácticamente, con nuestras anotaciones. También encuentra los detalles que anoto durante el partido y que en ocasiones ya hemos comentado antes de que se juegue porque queremos fijarnos en aspectos muy específicos. Independientemente de que reciba el partido totalmente desmenuzado, a Pep le gusta anotar cosas por su cuenta cuando lo revisa y así hace suyo el informe del partido.»

El segundo aspecto del análisis consiste en desmenuzar al rival, un asunto trascendental pues influye poderosamente en la elección del tipo de juego. La liga alemana graba los partidos de todos los equipos de la Bundesliga y la 2.Bundesliga en formato panorámico y los pone a disposición de los clubes a primera hora de cada lunes. Por el contrario, en la Champions League no solo no existe este servicio, sino que incluso hay serios problemas para conseguir grabar, lo que estimula el ingenio y ha generado inventos de todo tipo, desde grabar a pulso desde la grada mediante una pequeña cámara hasta hacerlo con unas gafas dotadas de un sistema de grabación de vídeo. Resulta vital grabar los partidos *in situ* y en formato panorámico a fin de estudiar las acciones del juego desde la óptica táctica: «En Alemania, el *scouting* es considerado algo normal y no como si fuese espionaje. Entre los propios clubes a veces nos pasamos partidos y lo consideramos totalmente normal», aclara Planchart.

Resulta imprescindible analizar al rival para elegir el sistema de juego, el tipo de jugadores a emplear e incluso los ejercicios que practicarán durante los días previos al partido: «En el Barcelona, cuando jugamos una final de la Champions llegamos a analizar los 12 últimos partidos del rival, pero en encuentros ordinarios vemos una media de cinco o seis. Influye también el calendario y el tipo de rival al que se enfrenta el equipo que analizamos: no es lo mismo si lleva la iniciativa o espera para contragolpear, si juega con un sistema parecido al nuestro, etc... Si tus oponentes se enfrentan a rivales que tienen características similares a ti, fantástico. Si no, el análisis resulta mucho menos provechoso».

Tras analizar esos cinco o seis partidos, Planchart prepara un informe para Pep, por conceptos y por jugadas. Un informe visual, para que sea más fácil transmitirlo, con la indicación de cada concepto y tres jugadas para cada uno de ellos. Si Pep lo cree oportuno, trabajará teniendo en cuenta este aspecto. «Normalmente, en cuanto termina un partido, la misma noche o a primera hora del día siguiente, le cargo el informe del nuevo rival. Yo trabajo con dos semanas de antelación, pero él se centra solo en el rival inmediato. Alguna vez, para la Champions le adelanto partes del informe porque, si tiene una semana sin partido en miércoles, aprovecha para verlo antes. Pero normalmente, él va partido a partido. Solo cuando termina un encuentro se centra en el siguiente».

Guardiola mira primero el informe, compuesto de unas 50 o 60 jugadas, y eso le permite hacerse una idea general y preparar aspectos del próximo partido o incluso la posible alineación. Con ello puede planificar las tareas del entrenamiento inminente, que determina junto con Torrent y Buenaventura, centrándose en determinados aspectos del juego. En los días sucesivos, analiza al rival con detalle,

mirando partidos o momentos de partidos y sacando conclusiones. Hace anotaciones y elige cuáles serán los conceptos a transmitir a los jugadores. A veces, los combina con otros de partidos anteriores, bien por tratarse de una jugada determinada, de un aspecto motivacional o de una idea táctica.

Durante los encuentros, Planchart y su equipo envían imágenes de acciones concretas al banquillo, donde Domènec Torrent las recibe en su iPad: «Carles me las envía al iPad —explica Torrent—, bien porque él detecta cosas, bien porque nosotros las vemos y se las pedimos. Un córner, un tipo de contragolpe... Le pedimos el corte de imagen y así Pep puede verlo casi simultáneamente».

Desde la tribuna, el grupo de analistas tiene la cámara de grabación conectada al iPad de Torrent, al ordenador del despacho de Pep y al ordenador del vestuario, que a su vez está conectado a una pantalla. Planchart selecciona en vivo aquellas acciones que le parecen relevantes y envía directamente algunas de ellas, en tanto anota y selecciona otras. Cinco minutos antes del descanso, archiva el programa y completa el primer tiempo desde el despacho de Pep. En los partidos fuera del Allianz Arena, lógicamente no posee la misma red de conexiones y tiene que desplazarse al vestuario con su propio ordenador.

Para la revisión de los partidos en el descanso, acostumbra a seleccionar tres o cuatro conceptos del juego que muestra con dos o tres vídeos de unos tres segundos cada uno. Es decir, unas diez jugadas en total, breves y concretas. «¿Qué hacemos en el descanso? Lo primero es la pregunta de Pep. Llega a su despacho y pregunta: “¿Qué veis?”. Porque desde arriba se ven cosas diferentes, con una perspectiva distinta. Le respondo y escucha atentamente. Pep escucha siempre y analiza, habla con Torrent de posibles soluciones para corregir defectos o para revolucionar el partido. Anota esos cuatro o cinco conceptos que quiere corregir y entra en el vestuario de los jugadores. Faltan unos cinco o seis minutos para el inicio de la segunda parte; llama a los implicados, les muestra las imágenes y les explica las correcciones a hacer. Y vuelven al campo.»

Como le respondió a Ferran Adrià, la innovación a veces es muy prosaica: «Mira Ferran, yo lo único que hago es mirar vídeos del rival e intentar machacarlo».

Múnich, 15 de febrero de 2014

A principios de febrero, Mario Götze marca el primer gol del año 2014 en el Allianz Arena. Hace siete semanas que el Bayern no pisa su estadio y en tan poco tiempo han cambiado bastantes cosas. No solo Pep parece otro, sino que el equipo se mueve de un modo distinto, más veloz y eléctrico, impulsado por una nueva energía, pese a que la lista de lesionados nunca se acaba. En este periodo de tiempo, Thiago se ha convertido en la imagen del Bayern aplastante: «Thiago necesitaba marcar un golazo de este tipo —explica Guardiola— para que la gente comprendiera la gran calidad que tiene. Thiago nunca será un gran goleador, pero sí un gran jugador. Recuerda lo que hizo en Dortmund: llevaba tres meses sin jugar, sale y se hace con el partido».

El aumento de la influencia de Thiago tiene razones que van más allá del efecto psicológico de su golazo en Stuttgart: hay razones tácticas. Guardiola ha abandonado la idea de jugar con un único mediocentro y con falso 9. Las circunstancias le han impulsado a ello. En varios partidos tuvo que contar con un delantero centro y un mediapunta, lo que a su vez le obligaba a protegerse un poco más en el centro del campo. Empezó a ocurrir en el mes de octubre: cada vez que situaba a Götze como mediapunta por detrás de Mandžukić modificaba la ubicación de los centrocampistas y los colocaba en forma de doble pivote. Ya en enero, durante la épica remontada en el Mercedes Benz Arena de Stuttgart, tuvo que ubicar a Thiago y Lahm como doble pivote para que Pizarro jugara de mediapunta detrás de Mandžukić. Y la dinámica del equipo mejoró tanto que el entrenador optó por modificar su esquema tradicional: «En esta posición —dice Pep—, Thiago está en constante contacto con el balón, da uno o dos toques y genera continuidad en el juego. Y Lahm le ayuda mucho porque aporta fluidez. Philipp es muy bueno y hace aún más bueno a Thiago».

Domènec Torrent lo resume así: «El doble pivote nació por la desaparición del falso 9. Cuando necesitamos meter a un delantero centro más, un mediapunta, tuvimos que desembocar en el doble pivote porque, además, los mediocentros se sienten más cómodos jugando con un solo interior en vez de con dos».

Ha habido muchas rotaciones: de un partido al siguiente cambiaban hasta siete jugadores titulares, pese a lo cual, el inicio del año en el Allianz Arena ha resultado espectacular, con Götze y Thiago deslumbrando y Lahm asentado como mediocentro. El 2 de febrero, la Schickeria, grada ultra del Bayern, empezó a cantar: «¡Campeones en marzo! ¡Campeones en marzo!». Y ciertamente, lo que llegó a continuación fue un huracán: entre el 2 de febrero y el 8 de marzo, en 35 días, el Bayern disputaría ocho partidos, ganando los ocho, con un aplastante balance de goles: marcaría 33 y solo encajaría dos. En el Allianz Arena: victorias por 5-0 contra el Eintracht Frankfurt, por 4-0 contra el Freiburg y por 5-1 contra el Schalke. Como visitante: vencería al Nürnberg (0-2), al Hannover (0-4) y al Wolfsburg (1-6). En la Copa eliminaría al Hamburg (0-5) y en la Champions League conquistaría el Emirates Stadium del Arsenal (0-2). El Bayern se convertiría en una trituradora imparable. Torrent lo atribuye al cambio vivido durante la pausa invernal: «El *stage* de Catar supuso un cambio extraordinario. Quizá porque después de vacaciones los jugadores llegaron frescos y habían asimilado todo lo que les veníamos enseñando. Catar fue un *boom*, un multiplicador. La suma se transformó en multiplicación. El equipo se disparó. Y lo hizo comprendiendo lo que hacía». Guardiola se muestra un poco menos satisfecho que su

ayudante: «El fútbol perfecto es muy difícil de conseguir. El Bayern de Heynckes lo consiguió el año pasado, pero yo necesito tiempo para aprender de verdad lo que es la Bundesliga y para que mis jugadores acaben jugando como verdaderamente pueden hacerlo».

En estas semanas, los jugadores parecen movidos por una energía inagotable y casi da igual si Toni Kroos estaba dos partidos en el banquillo como medida de escarmiento por haber reaccionado mal a una sustitución, del mismo modo que antes había ocurrido con Mandžukić por entrenarse a baja intensidad. La energía colectiva era superior a cualquier desacierto individual. El equipo corría incluso cuando iba de una tribuna a otra para saludar a los aficionados tras los partidos y seguía batiendo récords. Era capaz de jugar en largo contra el Eintracht Frankfurt o con posesiones continuas, como en el partido de la Copa en Hamburgo, donde alcanzó un porcentaje inaudito de posesión de balón del 84% en la primera parte, un dato que, sin embargo, a Pep no le impresiona: «Es normal que suceda eso cuando un rival se encierra mucho; en cambio, cuando el contrario es agresivo este dato cambia mucho. No es trascendente. Lo verdaderamente importante es que el balón esté lejos de mi portería: eso me hace feliz». Al contrario de lo que mucha gente piensa, a Guardiola no le interesan ni le importan la alta posesión de balón ni los datos estadísticos.

El factor que para él sí es recurrente y trascendental es correr. Y lo será aún más en los meses siguientes: «Disfrutamos cuando jugamos bien y corremos, corremos y corremos. Para poder disfrutar con el juego necesitamos correr mucho». El otro gran factor del mes de febrero es la disputa de manera continuada de partidos: «Ahora jugamos cada tres días y no podemos darle vueltas a la cabeza y perder el foco —insiste Pep—. El partido más importante siempre es el siguiente y solo hay que pensar en él y no en la Champions ni otras cosas. Hay que concentrarse solo en el paso siguiente. Siempre serios, siempre concentrados. Hay que construir las victorias partiendo de cero porque lo más difícil no es ganar, sino seguir ganando una vez ya has ganado y todo el mundo da por supuesto que volverás a ganar. Hay que olvidarse de todo: del triplete del año pasado y de nuestras victorias anteriores y trabajar cada día como si no hubiéramos ganado nada. Comenzar cada partido como si todo empezara de nuevo».

Al final de ese febrero imparable, quizá el momento más sugerente se daría el 1 de marzo, en el Bayern-Schalke, cuando el equipo visitante no consiguió cruzar el centro del campo hasta el minuto 29 y Manuel Neuer no tocó ni un solo balón hasta el 41, en lo que resultó ser un símbolo del aplastante dominio muniqués. Pep, sin embargo, se muestra reacio a valorar este tipo de datos o los numerosos récords acumulados: «El deportista ha de centrarse en el hoy, en el momento. ¡Quién sabe nada del futuro!».

Correr sin parar y pensar solo en el partido inmediato, he ahí dos claves que el equipo aplicará con acierto en febrero, mes en el que ganará y ganará después de haberlo ganado todo, pero son dos claves que languidecerán a principios de abril, una vez conquistado el título de liga, cuando sufrirá el único y gran bache de la temporada.

Antes de que esto se produzca, el Bayern seguirá aplastando rivales al mismo ritmo que entran y salen jugadores: Schweinsteiger y Javi Martínez ya se han recuperado, pero Shaqiri sufre una nueva lesión y Ribéry es intervenido quirúrgicamente. Por primera vez en la temporada, el miércoles 5 de febrero Pep tiene a su disposición a toda la plantilla (salvo Badstuber), pero la novedad solo dura un día porque el jueves Ribéry es operado de un hematoma en la espalda. Por lesiones, por variaciones tácticas y por la carga de partidos, el entrenador no dispone de un once titular, sino de quince o dieciséis jugadores intercambiables, entre los que incluye a hombres como Pizarro, que sigue dando un excelente rendimiento. Estamos ante un Bayern que muta esquemas y formación, capaz de adaptarse como un guante a los planes de su entrenador y a las características del adversario. Le planteo esta cuestión a Christian Streich, el entrenador del Freiburg, recordándole que seis meses atrás, en una charla que tuvimos en el Mage Solar Stadion de su ciudad, había pronosticado que el Bayern de Guardiola sería

impresionante: «Sí, recuerdo que se lo dije a usted. Le dije que el Bayern sería brutal y lo es. Si le esperas encerrado atrás, te hace el juego de pases y te desmonta. Si le atacas arriba, también te desmonta. Es una máquina con muchas variantes. Hace seis meses no jugaba de este modo, pero en medio año de trabajo Pep ya lo ha conseguido. Es una máquina».

Más allá de cambios de alineación, lesiones, adaptaciones al contrario y rotaciones para reducir la carga competitiva, en el Bayern de febrero se percibe la idea matriz de Guardiola: la evolución constante como norma irrenunciable. La evolución como método, como necesidad y como exigencia. Pep lo tiene claro: «El carácter de un equipo es el carácter de su entrenador».

Múnich, 16 de febrero de 2014

Definir a Pep, he ahí una tarea ardua. No existe el adjetivo que abarque en su totalidad a un personaje tan complejo como él, que en ocasiones parece fabricado en acero y, en otras, en mantequilla. Resulta tentador buscar ese calificativo que lo englobe todo, que le defina sin más. Decir, por ejemplo, que es obsesivo. «Si ser obsesivo significa tener pasión y preparación por los detalles —explica su amigo Xavier Sala i Martín—, entonces Pep es obsesivo. Pero ocurre que, en mi opinión, la obsesión no es algo negativo si uno se obsesiona por aquello que le gusta a fin de conseguir alcanzarlo de manera perfecta. Pep es obsesivo en el mismo sentido que lo es un gran músico o un gran pintor. Solo que él lo ve todo en clave de fútbol.» El profesor de Economía nos habla de un hombre que se prepara a fondo para desempeñar su trabajo: «Durante el año sabático que se tomó en Nueva York, a veces venía a mis clases de innovación y economía en la Universidad de Columbia, y se mostraba muy interesado en la comunicación individualizada no grupal. Pep intuía que ya no es tiempo de poner a los jugadores un vídeo de *Gladiator* (como en la final de la Champions League de 2009), ni decirles aquello de Cruyff en la final de 1992 (“Salid y disfrutad”). Pep estaba mucho más interesado en la comunicación personalizada, en encontrar otras maneras de transmitir sentimientos a los jugadores. Quería conocer bien el mundo de Twitter y las redes sociales para aplicarlo en el vestuario. Porque sabía que debería utilizarlo. En Estados Unidos se dedicó a pensar cómo las redes sociales y la tecnología podían ayudarle a comunicarse con los jugadores. Pasó el año sabático formándose. Era una obsesión aunque todavía no tenía equipo, pero ya estaba preparándose. En pleno Manhattan ya pensaba en cómo las nuevas tecnologías le iban a cambiar el trabajo cuando aún no lo tenía...».

Sala i Martín rememora otro ingrediente imprescindible para comprender a Guardiola: la pasión. «Kaspárov se lo dijo muy claro: “Pep, sin pasión no se puede jugar”.» La pasión resulta fundamental para triunfar en el fútbol, nos recuerda Lorenzo Buenaventura, el preparador físico del Bayern: «Si hablas con el Cholo Simeone te dice algo muy singular: “Yo soy el jugador de fútbol que he sacado más partido a unas condiciones tan limitadas. ¿Sabes por qué? Porque tengo pasión. ¿Cómo voy a tener yo nivel para jugar cien partidos con Argentina!? Yo era un paquete como jugador, pero todo lo que he logrado es gracias a la pasión”».

Obsesión, preparación, pasión... Atributos indispensables, pero no suficientes para abarcar las numerosas aristas de un Pep eternamente insatisfecho. He hablado con mucha gente acerca de esa personalidad: con su esposa, Cristina, con su cuerpo técnico, con los jugadores, con Sammer, con Rummenigge, con futbolistas del Barça, con amigos suyos, con periodistas que le conocen desde hace décadas, con otros que acaban de conocerlo... Las aristas. Cada cual a su manera, todos coinciden en la complejidad de Pep, en la variedad de sus aristas.

Sin duda, Pep es obsesivo. Y competitivo. Es perfeccionista, pedagógico y apasionado. Es enérgico y curioso. Se prepara y está preparado. Es próximo y distante, innovador, frío y pasional. Extremadamente exigente, más consigo mismo que con los demás. Autocrítico, insatisfecho. Eternamente insatisfecho. Resultadista, pragmático, sencillo, irritable. Pep es volcánico. Persistente, esforzado y trabajador hasta el estajanovismo. Es entusiasta y sentimental hasta la lágrima.

Inconformista. Es impulsivo y reflexivo a la vez. Maniático, supersticioso y racional, muy racional. Y dubitativo. Inmensamente dubitativo.

Pep es todo lo anterior y aún más. Es valiente y miedoso. Posee una clarividencia elevada. Es brillante, pero se entrega al trabajo como si no tuviera el menor talento. Es terco, empecinado, poliédrico, complicado, contradictorio. Efusivo y cariñoso. Intenso hasta el agotamiento. Es minucioso y severo. Vehemente, agudo y generoso. Cuando quiere es jovial. Es educado y cortés. Atento y afectuoso, pero puede ser cáustico. Es perspicaz y corrosivo. Inquieto, curioso y burlón. Sabe ser cínico. Es inteligente. Muy inteligente.

Pep es como una cebolla con mil capas, todas ellas distintas, lo que produce el efecto de hallarnos ante un individuo complejo y de vitalidad inabarcable, ante el que fracasamos si pretendemos definirlo en su totalidad. Pep es todos esos adjetivos, pero es mucho más que eso y, por encima de todo, es más que la suma de sus propias contradicciones.

Pep no se propone intelectualizar el fútbol, ni sus ideas y conceptos. Ni le gusta que otros lo hagan por él. Que ame la poesía no significa que sea un poeta. Que le guste la buena literatura no significa que sea un literato y que tenga inquietudes intelectuales no equivale a pretender intelectualizar el fútbol. Ni a utilizar palabras rimbombantes. Es llano y simple, de palabras sencillas. Es hijo de albañil y jamás lo olvida.

«Los jugadores acabarán agotados de Pep —nos vaticinó Thiago en una ocasión—. Es tan intenso que nos agotará. Es incluso mejor psicólogo que táctico.» Thiago le conoce mucho. Ha recibido sus broncas y sus manifestaciones de cariño, sus advertencias y sus elogios: «Pep nunca estará satisfecho. No disfruta. Nunca disfrutará del fútbol porque siempre está buscando lo que ha salido mal para corregirlo. Pep nunca termina de ser feliz porque es un perfeccionista».

Múnich, 17 de febrero de 2014

El equipo llega bien preparado a los grandes desafíos de la temporada, en forma y con hambre.

Durante meses de minucioso trabajo diario ha ido adquiriendo las ideas que Pep transmitía. El equipo, imparable en febrero, no solo es mejor, también es más sabio y con más conocimientos. Los jugadores han aprendido todas las lecciones. El título de liga está al alcance de la mano. Cuando aún quedan dos semanas para concluir febrero, el Bayern suma dieciséis puntos de ventaja sobre el Bayer Leverkusen y diecisiete sobre el Borussia Dortmund, lo que permite que Guardiola bromea: «Si no ganamos esta liga, dimito. En serio te lo digo: si no soy capaz de mantener casi veinte puntos de ventaja tengo que dimitir...».

Aprovecho el momento tan excelente de juego que vive el equipo para hablar con varios expertos. Empiezo con Alexis Menuge, el corresponsal en Alemania del diario francés *L'Équipe* y autor del libro *Franck*, biografía de Ribéry: «El Bayern es más fuerte ahora que a finales de 2013. Creo que esto es así porque los jugadores comprenden mejor lo que pretende Pep. La concentración de Catar fue muy intensa, se entrenaron bien, fue provechosa. Pero más allá del trabajo, pienso que hay una relación estrecha con la táctica: desde hace unas semanas, Pep está permitiendo que el equipo juegue más a menudo con un 4-2-3-1, como hacía con Heynckes, y los jugadores se sienten más seguros».

A continuación acudo a entrevistarme con Roman Grill, representante de Philipp Lahm y un hombre que conoce muy bien las tácticas futbolísticas. Grill es rotundo: «La mejora del equipo tiene mucho que ver con la capacidad de Pep Guardiola de enseñar. Para mí, es el primer entrenador del Bayern Múnich desde que está Philipp [Lahm] que de verdad enseña algo nuevo cada día a los jugadores, que tiene una influencia muy positiva y que tiene autoridad, por sus victorias logradas con el Barça, para conseguir que los jugadores quieran aprender de él».

Además de estrecho colaborador de Lahm, Roman Grill fue jugador del Bayern II y también entrenador del equipo juvenil. Y no tiene la menor duda sobre las causas de la mejora en el juego: «Este equipo necesitaba a alguien como Pep. Y la verdad es que yo no veo a ningún otro entrenador que hubiera podido hacer lo de Pep. El año pasado, el Bayern ya tenía la mejor plantilla de su historia, tanto si se formó por casualidad como si fue por buena planificación del club, pero con Jupp Heynckes pasaban cosas tácticamente muy dudosas. Heynckes lideraba el equipo con su carisma y la autoridad de ser un entrenador muy experimentado y respetado, pero los jugadores buscaban soluciones tácticas por su propia cuenta en el campo y así no se hubiera podido seguir un año más, sobre todo después de haberlo ganado todo. Así que el conjunto necesitaba el nuevo estímulo de un entrenador que tiene ideas, que tiene un plan y lo aplica a diario. Yo no veía ningún entrenador en el mundo que pudiera ofrecer esto, salvo Guardiola. Creo que el equipo ha tenido una evolución maravillosa. Nunca había visto un Bayern con semejante intensidad. El partido contra el City en Manchester fue un espectáculo fantástico, extraordinario. Pep siempre tiene muy claro lo que quiere. Es un tío que quiere ayudar a los jugadores, que quiere jugar en sintonía con los jugadores y no contra ellos, pero también tiene muy claro lo que quiere él y cuáles son sus objetivos».

Al día siguiente me reúno con Daniel Rathjen, periodista de Eurosport Alemania, que ha seguido al detalle la temporada del Bayern: «El invierno ha sido muy importante para Pep y para el Bayern. Él

llegó en verano con su filosofía y sus nuevas ideas, pero aquel Bayern aún era el equipo de Heynckes. Todavía estaba en la mente de los jugadores, de los jefes y del propio Pep... Se veía en la manera de jugar y fue un gran reto para él hacer ese cambio. Pero el cambio necesitaba tiempo. Creo que el detonante se produjo en Marrakech, tras ganar el Mundial de Clubes. Entonces, una vez más, Pep dio las gracias a Heynckes. Dijo: “*Danke, Jupp*, por habernos dado la oportunidad de ganar este título”. Pero fue una ruptura. Fue el último título del “viejo” equipo. En Catar, tras la pausa invernal, Pep empezó realmente su época. Jugadores como Robben, Schweinsteiger, Lahm y Ribéry comprendieron que podían seguir ganando grandes títulos y para Pep ya fue mucho más sencillo que fructificaran las ideas que había sembrado. La fase anterior a febrero había servido para conocerse unos a otros, establecer automatismos y sobrevivir a la plaga de lesiones y, pese a todo ello, el Bayern dominaba la liga de forma apabullante. A partir de enero se inició otra etapa: la de funcionar como un grupo sólido».

También mantengo una charla con Ronald Reng, escritor de gran prestigio, autor de diversos libros, el más afamado de los cuales es *Robert Enke. Una vida demasiado corta (Robert Enke: Ein allzu kurzes Leben)*. Ronald vivió varios años en Barcelona y conoció al detalle el Barça de Guardiola, con lo que le resulta sencillo establecer cualquier comparación con el Bayern: «Los jugadores del Bayern me han sorprendido más que el propio Pep. A Pep ya le conocía del Barça y también sus ideas de juego y su capacidad de innovación. Pero la actitud humilde de los jugadores, siempre dispuestos a aprender, me ha sorprendido. Porque en algunos casos el cambio ha sido radical, ha sido como irse a vivir al extranjero. De todos modos, veo mucha diferencia entre el juego del Bayern y el del Barça. Hay partidos, a menudo en casa, que sí tienen algunas similitudes, pero son pocos. El Bayern tiene una capacidad de golpear desde la nada que no tiene el Barça. Es la capacidad de construir algo desde la nada».

Para Reng, quizá lo más interesante del proceso que vive el Bayern sea que conquistar el triplete en 2013 no haya apagado la sed de triunfos: «Primero hay que decir que en el triplete del Bayern en 2013 ya influyó un poco el cambio de entrenador porque en enero los jugadores ya sabían que venía Pep y eso les influyó psicológicamente. De forma consciente o no, muchos jugadores apoyaron aún más a Heynckes, que era el que se marchaba. Para Jupp fue aún más fácil llegar a sus jugadores porque había un entorno de mucho cariño hacia él. Jugadores como Robben y Ribéry, que fueron claves para ganar los títulos, no pensaron en sí mismos, en sus egos, sino solo en el entrenador que se iba. Así que el “efecto Pep” ya empezó cuando aún no estaba. Y ahora, siguen en un nivel aún más alto. Por los resultados, pero sobre todo por la manera de jugar: el tipo de juego que practican ahora es más difícil que el del año pasado. Muchos más pases, más definido, más complejo tácticamente. Lo que ha ocurrido es un fenómeno muy curioso, que pocas veces ha sucedido en el fútbol. Aunque los jugadores lo habían ganado todo, tuvieron interés en decir a sus amigos: “Yo soy jugador de Pep Guardiola”. Esto no es habitual. Ya sabes que los jugadores acostumbran a ser muy críticos con sus entrenadores, siempre encuentran defectos, pero sucedió al revés. Hubo una gran expectativa y curiosidad entre ellos por saber cómo era Pep. Los jugadores se sorprendieron incluso del tipo de entrenamientos que trajo Pep y su llegada fue el mayor estímulo que podía tener este equipo. El mayor descubrimiento de la temporada ha sido que jugadores de 30 años y de este nivel hayan sido capaces de cambiar tanto y tan rápidamente».

Febrero será el mes de la consolidación del Bayern. Las buenas impresiones de enero no solo se traducen en victorias y una demoledora ventaja en la Bundesliga, sino que permiten trasladar el foco a la Champions League, algo que Guardiola quería evitar hasta tener garantizado el título de liga. Pero ahora ya resulta inevitable y los jugadores son conscientes de ello. En los entrenamientos vuelan. Han olido el aroma de la Champions y no quieren que el máximo laurel europeo se les escape de las manos. Asistir a un ejercicio del juego de posición es presenciar un recital de controles orientados de Thiago, que en cada control genera espacios en un palmo de terreno. Es el tradicional ejercicio que se practica en un rectángulo de 20 por 12 metros, donde juegan siete contra siete más cinco comodines, y solo unos

pocos elegidos (Thiago, Lahm, Bastian, Kroos...) están autorizados a dar dos toques al balón. El resto, solo uno. Pep corrige sin cesar. A Robben, a Schweinsteiger, a Kroos. Es el ejercicio del *tac-tac-tac*... Pasar, fijar, mover al contrario, conservar el balón, guardar la posición...

El equipo transmite seguridad. Deja la sensación de que el Bayern, por primera vez en la etapa de Pep, está alcanzando ese estatus intangible de sentirse protegido frente al azar. Es algo que en realidad no existe, pues se trata solo de una sensación: que Pep ha dotado al equipo de una especie de salvavidas que le hace sentirse seguro y capaz de todo. Empieza a recordar los buenos tiempos del Barcelona, cuando el equipo catalán se sentía arropado por un aura de invencibilidad. No importaba lo que sucediera, aquel Barça parecía capaz de superar cualquier adversidad.

Esto mismo empieza a percibirse en el Bayern. No se trata de la manera de jugar, ni de los resultados positivos, sino de algo intangible: un sentimiento recorre al equipo. El sentimiento de que el banquillo aporta, además de soluciones tácticas, una dosis de carisma que se traduce en seguridad. No conocí a fondo el Bayern de Heynckes, pero sus resultados fueron aplastantes y su juego, formidable. Parecía un equipo invencible y probablemente debió producirse una sensación idéntica. Cuando se apague febrero no sé si el Bayern de Pep también será tan invencible como el de Heynckes, pero sí advierto la sensación de que el entrenador aporta una capa protectora ante los azares del fútbol.

Al terminar el entrenamiento, el último antes de viajar a Londres para encontrarse con el Arsenal en octavos de final de la Champions e iniciar el último tramo del camino hacia la final de Lisboa, interrogo a Thiago Alcántara sobre la sensación que he explicado. Quería saber si era una percepción falsa que yo sentía o si era algo que también percibían los jugadores: «Es cierta —me dice Thiago—. Anoche lo pensaba y tengo la misma sensación, una sensación de seguridad. El equipo se siente seguro, capaz de todo. Es la misma impresión que tuve el pasado verano en la Eurocopa de Naciones sub 21. En la selección española teníamos el convencimiento de que ganaríamos el torneo y que solo nosotros podíamos derrotarnos a nosotros mismos. Ganamos».

Quedaba alguien para hablar del momento del Bayern. Alguien que nunca afloja la tensión, que nunca se relaja. Que nunca se conforma con lo conseguido. Matthias Sammer, el director deportivo del club, estrechamente unido a Pep: «Somos buenos, somos fuertes, somos rápidos, tenemos ganas y jugamos concentrados. Y queremos ganar. Pero necesitamos dar un paso más: somos el Bayern, hemos de dejarnos la piel en cada entrenamiento y cada partido para llegar a la excelencia, al nivel reservado únicamente a los más grandes. Es una oportunidad histórica: somos el Bayern y hemos de aprovecharlo. No podemos parar».

Londres, 19 de febrero de 2014

Son las cinco de la tarde en Londres y los jugadores ya han merendado a la sombra de las palmeras que cubren el Winter Garden del hotel Landmark, a un tiro de piedra de Regent's Park. Pep les espera en un salón para la charla previa al Arsenal-Bayern de la Champions, la ida de octavos de final. Hay un cambio sustancial en la alineación: Javi Martínez entra como mediocentro único y Lahm se retrasa al puesto de lateral derecho, con lo que Rafinha se quedará en el banquillo. Tras anunciarles el once titular, el entrenador explica el plan de juego para enfrentarse al equipo de Arsène Wenger: «Chicos, todos nosotros tenemos experiencia en partidos de este tipo. Todos hemos disputado partidos de octavos de final en la Champions y sabéis cómo son y lo que significan. Sabéis que son intensos, complicados, agresivos y peligrosos. Quiero hacer algo de manera muy precisa, muy exacta».

Pep hace una pausa de manera voluntaria. Una pausa teatral, de esas que pretenden captar la atención de quien escucha: «Quiero lo siguiente: que los primeros diez o doce minutos los dediquéis a congelar el partido. Que enfriéis los ánimos del Arsenal. Ellos saldrán a morder y a tope. Quiero que los congeléis. Pasaos el balón. Por una vez quiero que hagáis eso que tanto odio y que tantas veces os he dicho que es una mierda: el tiquitaca. Sintiéndolo mucho, hoy hay que hacerlo durante unos minutos. Pasaos el balón sin pretender ir hacia delante. Pasadlo solo por pasar. Aunque os aburráis, aunque os parezca inútil. Solo tenemos un objetivo: quedarnos el balón y que el Arsenal se aburra, que no pueda robárnoslo, que vea que es inútil ser agresivo porque no va a oler la pelota». El mensaje es claro, pero lo concreta aún más: «No hará falta que os avise. Cuando pasen diez minutos y veáis que pierden gas, que empiezan a aburrirse o a desesperarse, que ya no van tan agresivamente a por el balón, entonces, señores, empieza el partido de verdad. Entonces se acabó esto del tiquitaca y empezamos a jugar como sabemos. Entonces vamos de verdad a por ellos».

Pero no ocurre nada parecido. El inicio del partido no tiene nada que ver con lo que ha pedido Guardiola. En menos de diez minutos, los jugadores del Bayern se quitan el balón de encima seis veces, lanzando pelotazos al campo contrario y dándole el esférico al Arsenal. Pero ¿no habían quedado en secuestrar el balón? ¿Por qué se lo regalaban? En esos diez primeros minutos, que a Guardiola se le hacen eternos, el Bayern es casi un pelele en manos del Arsenal. Por fortuna para el equipo muniqués, Manuel Neuer —una vez más— se agiganta. No solo desvía con la mano un penalti lanzado por Özil, así como otros disparos, sino que serena a sus compañeros y les exige a gritos que cumplan las instrucciones del entrenador. Neuer es salvavidas y calmante a la vez. Son diez minutos de nervios para Guardiola, incapaz de comprender cómo jugadores de tanta categoría se empeñan en dar pelotazos largos en lugar de esconder y proteger el balón como había planteado él. Tampoco le sale bien ubicar a Javi Martínez en el eje del equipo: añade músculo al centro del campo, pero pierde control. ¿Por qué el equipo incumple tan rotundamente las instrucciones iniciales? «Porque esto es fútbol —me explica Pep al día siguiente, ya más tranquilo—. Porque somos hombres y no robots. Porque queremos, pero no siempre sabemos o acertamos. Porque un entrenamiento es relajado y un partido es tenso. Porque el rival también juega y es bueno aunque haya mucha gente que siempre desprecia al contrario... Porque esto es fútbol, tío...»

Al entrenador se le ha hecho eterno ese tiempo de descontrol. En la conferencia de prensa posterior habla de 20 minutos de sufrimiento, pero al día siguiente, una vez revisado el vídeo, comprende que habían sido exactamente siete minutos y no veinte: «Sí, pero fueron eternos. Si no llega a ser por Manu... ¡Joder, en la Champions no puedes regalar cinco minutos!».

Tras el penalti despejado por Neuer, el Bayern tomó el mando del partido y del balón: apareció Thiago y el equipo empezó a fabricar ocasiones. En un *alley oop* de Kroos a Robben, el portero local, Wojciech Szczesny, cometió penalti y fue expulsado, pero David Alaba lo disparó al palo y al descanso el marcador seguía sin moverse pese a los diecisiete centros desde los laterales que el Bayern había lanzado sobre el área del Arsenal.

Todo cambió en la segunda parte. Bastó mover una pieza: entró Rafinha por Boateng, con lo que Javi se colocó de defensa central, Lahm de mediocentro y Thiago de extremo izquierdo. El cambio resultó demoledor: Lahm se hizo con el balón y al Arsenal, con un jugador menos, se le acabó cualquier atisbo de esperanza. Por encima de todos, Toni Kroos disputó una segunda parte prodigiosa: hizo 152 pases con un 97% de efectividad. Si alguien tenía dudas, Kroos desplegó un juego digno de un fuera de serie.

Guardiola utilizó las lecciones aprendidas de experiencias anteriores. En partidos con el Barcelona contra equipos con diez jugadores, que se encerraban en el área pequeña, había empleado demasiados delanteros, así que en el Emirates Stadium no cometió el mismo error. Prefirió poblar mucho más la línea de centrocampistas, exterior al área, a fin de atraer a los rivales hacia un costado y cambiar el balón al opuesto. Kroos lo interpretó a la perfección y se pasó el partido obligando a los jugadores del Arsenal a correr de una banda a otra persiguiendo rivales, hasta el punto de que el equipo local tuvo el balón poco más del 20% del tiempo y en toda la segunda parte no pudo dar más de treinta pases, mientras el Bayern completaba en el mismo periodo más de 550 y casi todos con acierto (95%, récord en la Champions).

La clarividencia de Lahm, el recital de juego de Kroos y la habilidad de Pizarro para interpretar lo que exigía el partido resultaron tan decisivos para el triunfo (0-2) como la lectura que hizo Guardiola, basada en sus agrias experiencias frente a equipos muy encerrados. El Bayern se iba de Inglaterra con una nueva victoria en la Champions, un buen presagio, pero a Pep no había quien le quitara el susto del cuerpo: «Esos minutos fueron eternos, eternos... Suerte que estaba Manu. Sin esa mano vete a saber qué sería de nosotros en la Champions...».

Múnich, 8 de marzo de 2014

El 8 de marzo, las únicas dudas son cuándo y dónde. La liga ya está sentenciada. El equipo de Múnich tiene veinte puntos de ventaja sobre el Borussia Dortmund y ni siquiera el formidable rendimiento del Wolfsburg durante su enfrentamiento con el Bayern ha podido frenar al campeón, que ha encadenado victorias y goleadas. Y buen humor.

En el entrenamiento del viernes, el día anterior al partido contra el Wolfsburg, el segundo entrenador, *Tiger Gerland*, anuló un gol por fuera de juego durante un partido de «doble área». La competitividad en estos encuentros es tan grande que varios jugadores, entre ellos Ribéry, abroncaron a Gerland. En broma, pero también en serio porque no quieren perder ni en los entrenamientos. Las quejas se prolongaron un minuto y en la jugada inmediata Ribéry marcó un golazo por toda la escuadra y fue a celebrarlo, entre risas, con un cariñoso corte de mangas a Gerland. Pero la broma no acabó aquí porque Guardiola se sumó a la fiesta. Lo hizo por sorpresa. No dijo nada, terminó el entrenamiento, el equipo viajó en avión hasta Wolfsburg y después de cenar dio la preceptiva charla táctica sobre el rival. Cuando el vídeo ya concluía apareció de improviso, para pasmo de los jugadores, la imagen de la jugada del gol anulado en el entrenamiento. No solo eso: Carles Planchart había añadido las pertinentes repeticiones y dibujado incluso la línea del fuera de juego. ¡Y resultó que el gol era legal! Y ahí se armó la marimorena, con medio equipo silbando a Gerland y el otro medio defendiéndolo. Aquella noche, cuando los jugadores se acostaron aún seguían riéndose de la broma.

El sábado ganan 1-6 al Wolfsburg en un partido que es mucho más complicado de lo que aparenta el marcador y en el que se produce un hecho que refleja los problemas vividos por el equipo: por primera vez desde el 26 de octubre de 2013, Robben y Ribéry coinciden en el equipo titular. Desde la última vez (ante el Hertha Berlín en Múnich) han transcurrido 19 semanas, 133 días y 22 partidos, 14 de ellos de liga... Son datos que demuestran la epidemia de lesiones que ha sufrido el equipo, casi una vuelta completa del campeonato sin poder alinear de inicio a los dos delanteros más afamados.

Los problemas surgidos por tanta lesión se han solventado gracias, entre otras virtudes, a la fluidez del juego en el centro del campo. Cuando se juntan Lahm, Kroos y Thiago se viven los mejores momentos de la temporada. Al lado de Thiago, Toni Kroos juega más liberado, menos cohibido, se atreve a todo y empieza a labrar su jerarquía dentro del equipo, algo que Mario Götze todavía no ha logrado, quizás víctima de su timidez, por más que Pep le pida que explote, que saque el genio y la energía, para jugar como sabe. Y por encima de todos ellos reina Philipp Lahm. «Philipp es bestial — explica Pep—. Coge el balón y hace lo que quiere con él. Lo lleva donde quiere y, sobre todo, donde nos va bien que esté».

Al lado de Pep, cenando tras el partido, que es cuando sus análisis se hacen más extensos y detallados, Manel Estiarte lo dice con otras palabras: «No pierde el balón, gira, mueve al equipo, es un prodigio. Lahm es la vida para este equipo...».

El aplastante triunfo del Bayern en la liga no puede entenderse sin la ubicación de Lahm como mediocentro. El vigésimo cuarto título de campeón alemán (contabilizando el conseguido en 1932, antes del nacimiento de la actual Bundesliga) siempre llevará grabado el apellido Lahm. Y se basará en aquella decisión del 30 de agosto de 2013 en Praga que tantas veces recuerda Pep: «Si ganamos algo

esta temporada será gracias a lo de Lahm...». Incluso para la anécdota quedará que Lahm consigue marcar un gol en el campeonato, en febrero, durante el derbi contra el Nürnberg, después de... 95 partidos sin lograrlo (la última vez que marcó había sido tres años antes, en febrero de 2011).

Lo conseguido por Lahm durante esta temporada ha sido algo muy difícil para alguien que, en teoría, no es un especialista en la posición de mediocentro: sacar limpiamente el balón, dividir al contrario y superar su primera línea de defensa. Nadie le conoce mejor que su representante, Roman Grill: «Si hago un balance —explica—, creo que Philipp aporta mucho a la organización defensiva, pero también a la fluidez del juego. Ya como lateral tenía este don de ver al compañero y pasar el balón con ventaja, facilitando el juego del colectivo. Pero en la posición de mediocentro esta capacidad destaca aún más. Si lo analizo todo, Javi Martínez es más fuerte con la cabeza y Bastian Schweinsteiger tiene la gran virtud de colocarse muy bien, pero en la suma de todas las capacidades Philipp posiblemente sea el más completo para este rol».

Grill coincide también en el criterio de que el trío compuesto por Lahm, Kroos y Thiago aporta una gran fluidez al juego: «Tal como he visto los partidos del Bayern, creo que ha funcionado mejor cuando en el medio del campo hay tres jugadores muy técnicos, como ellos, porque el equipo adquiere la capacidad de no perder la pelota, de conservarla todo el tiempo. Esto ha significado un salto cualitativo para el Bayern. Pienso que este es el mejor sistema para el centro del campo: un triángulo con un único mediocentro al fondo».

Sin embargo, y pese al buen rendimiento de este trío, Pep añade nuevos matices al centro del campo. Unos son tácticos, como por ejemplo situar a los laterales muy cerrados junto a los centrocampistas y lejos de las bandas, su ubicación natural. Grill lo considera muy positivo: «Subir a los laterales por el centro es el movimiento táctico de Pep que llama más la atención. Para mí ha sido una cosa muy inteligente y también estratégica. Pero también por cómo ha entendido el carácter de los jugadores. Creo que lo ha hecho por una razón: lo que quiere es muy claro, quiere el control en el centro y necesita tener superioridad en esa zona, con lo que solo quiere atacar con un hombre por cada banda. Tiene a Robben y Ribéry y con eso basta. Por esta razón digo que fue muy listo en comprender a sus jugadores. ¿Influir en Robben y Ribéry y que cambien su juego? Eso es muy complicado, así que ha optado por colocar a los dos laterales por dentro porque imaginaba que los dos de arriba no le iban a hacer caso [ríe]. Y lo que ha conseguido es tener la superioridad en el centro gracias a Rafinha y Alaba, dando la oportunidad a Thiago o Götze o a quien juegue en el centro del campo a subir más, con lo que tiene más jugadores en el centro y cerca de la portería. Ese ha sido un movimiento ganador, un pensamiento inteligente que hay que aplaudirle».

Otros matices son de carácter personal. El Bayern es un club que se precia de apoyar firmemente a los suyos y no dejarles solos en la dificultad. Tiene la convicción de ser una gran familia. Esto es válido tanto si se trata de lesiones largas, como en el caso de Badstuber —cuya recuperación evitaría fichar a un sustituto—, como de un proceso judicial grave, es el caso del brasileño Breno, que pasó más de un año en prisión por quemar su casa y a continuación fue acogido como miembro técnico del equipo juvenil. A una escala muy distinta, también hubo dificultades debidas al estado físico de Schweinsteiger. Tras operarse dos veces del tobillo en apenas cinco meses (junio y noviembre), su temporada es un calvario. En octubre, el club pudo fichar para la siguiente temporada a uno de los mejores centrocampistas del mundo: era un negocio formidable, en cuanto a la tipología técnico-táctica del jugador y a las condiciones económicas, pero se rechazó porque se quería seguir apoyando sin titubeos a Schweinsteiger.

Ya en febrero, cuando Lahm, Kroos y Thiago rinden a un nivel excelente, Pep opta por modificar la estructura. ¿Por qué? Solo hay una razón: para no perder a Schweinsteiger por el camino. Es un dilema para el entrenador: aunque el rendimiento global del equipo puede salir perjudicado a corto plazo, prefiere recuperar a Bastian. La opinión de Roman Grill es que, con esa decisión, la fluidez del juego

puede evaporarse: «Para mí, el centro del campo del Bayern con Philipp, Thiago, Kroos o Götze aún no ha llegado al máximo de su potencial. Por esta razón me he decepcionado un poco en los dos o tres últimos partidos cuando Pep no ha seguido con esta forma de jugar y ha optado por retrasar a Lahm [para incluir a Schweinsteiger], porque creo que las repeticiones aún son muy importantes para estos jugadores, que acaban de aprender algo nuevo. No solo Lahm, también es nuevo para Toni Kroos, que tiene mucha pausa, pero que aún pierde la concentración de vez en cuando durante un partido. Así que sería muy importante para estos jugadores que siguieran con este sistema. Lamento que Pep haya modificado, al parecer, esta formación».

Grill tiene razón: el trío Lahm, Kroos, Thiago funciona mejor y da mayor fluidez y continuidad al juego. Pero a su vez, la decisión de Guardiola puede entenderse: no quiere perder a un jugador como Schweinsteiger, por más complicada que sea la temporada para él. Conciliar ambas opciones es como cuadrar un círculo: imposible. Pero a un entrenador le pagan por tomar ese tipo de decisiones. Incluso si, a corto plazo, no son acertadas.

Múnich, 11 de marzo de 2014

Aún no tiene decidida la alineación de esta noche. Solo faltan nueve horas para un partido tan importante como el de vuelta de octavos de final de la Champions League contra el Arsenal y Pep sigue encerrado en su «cueva» de Säbener Strasse, meditando si colocar a Schweinsteiger o a Lahm en el centro del campo. Kroos tiene una ligera congestión nasal, pero su rostro es el de quien no está dispuesto a perderse el partido por nada del mundo. Pep duda y da vueltas a su equipo: «No estoy tranquilo hasta que decido con quién. No se trata solo de cómo podemos atacar al contrario, sino sobre todo de con quién podemos hacerlo de la manera elegida. Puedes ver muy claro cómo hacerlo, pero ¿con quién es más adecuado? Esa es la decisión clave».

Es mediodía en Múnich y el equipo ya se ha entrenado y recibido la penúltima charla previa al encuentro, la que desglosa las acciones de estrategia del rival, finalizada con una sesión ligera en la que se ha repasado cómo atacar y defenderse de los córners y faltas laterales. Pero Pep aún piensa en la alineación. No lo tiene claro porque hay dos pequeños problemas: Kroos está resfriado —si le preguntas te dice que está bien— y Schweinsteiger aún no está completamente al cien por cien, aunque si le preguntas también te dice que se encuentra en perfectas condiciones.

Pep duda. Su cuerpo técnico le aconseja que alinee a los que han llevado al equipo hasta esta etapa de octavos de final cuando las cosas eran complicadas y el conjunto vivía una epidemia de lesiones, muchas de ellas fruto de la temporada anterior, tremendamente exigente. Mientras tomamos café junto al vestuario, un miembro del equipo técnico lo resume con estas palabras: «Mi consejo sería que pusiera a los que nos han traído hasta aquí. Esto es como una final. Si pasamos a cuartos de final será un gran éxito y mantendrá la competitividad. Si caemos, se nos hará largo el final de temporada. Por tanto, es como una final y es un buen criterio jugar con los que nos han traído hasta aquí, con los que en los meses de muchas lesiones aguantaron al equipo».

Eso equivaldría a colocar a Rafinha de lateral y a Lahm y Kroos en el centro del campo. Pero Pep duda, a pesar de que el día anterior pensaba lo mismo. Era media tarde del lunes 10 de marzo y en ese momento parecía tenerlo claro: «Una opción es meter a los que nos han traído hasta aquí. Directamente. A los que más minutos han tenido que jugar a causa de las lesiones de los otros».

Es curioso cómo cambia de pensamiento de un día para otro. Ayer veía claro que el partido era una especie de hito en la temporada: el que podía significar prácticamente la renuncia de los grandes objetivos (a pesar de estar aún a principios de marzo) o bien el inicio del esprín final. «El partido de mañana es importante porque si quedamos fuera se nos hará muy largo el fin de temporada, con la liga ya ganada. Hemos de llegar a cuartos y a partir de ahí, a por todo.»

Pero ¿con quién? Ayer veía claro que con los que habían tirado del carro hasta entonces, pero durante la noche le ha vencido otra idea: no correr el menor riesgo. Los cuartos de final están al alcance de la mano, basta con controlar el partido, congelarlo, hacer lo que no se hizo en el Emirates Stadium durante los primeros minutos, y el paso estará dado. Si acierta a controlar los noventa minutos solo quedarán cuatro partidos para llegar a otra final europea.

Pep se debate entre atacar o controlar. Él casi siempre opta por atacar, pero hoy duda. Tanto, que a mediodía aún no ha resuelto el dilema. En el fondo, se siente a gusto en situaciones extremas, como

cuando no tiene suficientes jugadores y ha de jugar una final de la Champions improvisando media defensa, igual que en 2009 y 2011. Entonces se manifiesta toda su capacidad inventiva. Ahora está ante un escenario novedoso para él porque dispone de toda la plantilla, pero en realidad es un bendito problema. Lo que en Múnich se denomina *Luxusproblem*. Todos los jugadores son profesionales y pueden comprenderlo. O no.

La pasada semana comió con Toni Kroos y le explicó con rotundidad que cuenta con él para ser uno de los líderes del equipo en las próximas temporadas. No se interfirió en las negociaciones económicas entre club y jugador, ni se hipotecó garantizándole una titularidad que no le puede prometer a nadie, pero sí dejó patente su confianza en él. Años antes hizo exactamente lo mismo en el Barcelona con Touré Yayá. A Kroos le dijo que quiere tenerlo a su lado y se ofreció a ayudarlo a ser aún mejor futbolista de lo que ya es. Pero hoy va a dejarle fuera del equipo titular. Porque está resfriado, pero también porque quiere que Schweinsteiger no se quede atrás en la dinámica del grupo. Pretende que todos lleguen en forma a abril y mayo.

Salvo Badstuber, no hay lesionados y la imagen resulta inaudita, pues ha habido que esperar hasta el 10 de marzo para que todos los jugadores estuvieran disponibles para un partido. Incluso aquellos que han recibido golpes se entrenan sin problema: ya no duelen los golpes. Los jugadores lucen la ropa especial de la Champions League y ese simple hecho es como un bálsamo. Nadie quiere perderse la cita con el Arsenal.

El entrenamiento del día anterior al partido no da pistas sobre la alineación. En este caso porque aún no ha decidido si saldrá en busca del gol o será más prudente, para congelar el balón. Pero la sesión no se basa en eso, sino en preparar la manera de cortar desde el principio cualquier ataque del equipo londinense. Repasa con esmero la basculación de toda la línea defensiva cuando el balón llega al portero rival y este lo envía a uno de los lados del campo. «Sabemos que Fabianski lanza los balones a su derecha —explica Carles Planchart—. Si lo recibe Giroud es para bajar el balón con el pecho y quedárselo. Si lo envía a Sagna es para que nuestro lateral salte a por él y Sagna prolongue de cabeza la jugada al espacio que ha quedado vacío a su espalda.»

Y la tarde del lunes se dedica una y otra vez a repetir la manera de defender esos saques de portería de Fabianski, papel que interpreta Manuel Neuer. Durante veinte minutos, Dante y Schweinsteiger se ocupan de marcar a un jugador (Pizarro) que hace el papel de Giroud, y Alaba perfecciona el modo de atacar a Sagna.

A continuación, Pep explica al detalle cómo Arteta atrae al mediocentro rival para crear un vacío en el centro del campo muniqués y que aparezca Özil en ese lugar. Pep efectúa los movimientos de Arteta mientras los explica a sus jugadores, desplegados en el campo: «Özil es el peligroso. Es a quien tenemos que vigilar de verdad. Arteta atrae, saltamos a por él y entonces Özil cae a su zona, acompañado por Cazorla y Chamberlain y así consiguen superioridad». Ensayo la manera de defenderse del movimiento de Özil. Exige que Robben y Ribéry cierren por dentro y, sobre todo, que Javi Martínez, en su papel de defensa central, ocupe la zona que ha quedado vacía. A su vez, Rafinha deberá llenar el sitio que Javi ha desocupado.

El entrenamiento es un constante ensayo de estos movimientos. Pep no cesa de gritar nombres de jugadores del Arsenal: Arteta, Özil, Cazorla, Mertesacker. Todos ellos resuenan en Säbener Strasse mientras los jugadores del Bayern se emplean a un ritmo exagerado e inaudito al tratarse del día anterior a un encuentro. Cierto: son pocos minutos, solo 20, pero el ritmo es desacostumbrado. Pep revoluciona a sus futbolistas, que se muestran soberbios. El equipo desprende una sensación de seguridad tal que parece inviable que no vaya a eliminar al Arsenal. Cuando acaban, sudorosos todos, Pep nos lo resume con sencillez: «Se juega al ritmo que se entrena. Luego, en un partido, el acierto táctico ya depende del talento del jugador, pero el ritmo depende del entrenamiento. Si entrenas mal, juegas mal. Si entrenas como una bestia, juegas como una bestia. Y estos se entrenan como bestias».

Guardiola elige el control en vez de la agresividad. Opta por Schweinsteiger en lugar de Kroos. Cuando el autobús abandona la ciudad deportiva rumbo al hotel Dolce, donde el equipo pasará las seis horas previas al partido, el entrenador ya ha tomado la decisión y se siente aliviado y optimista: «Control. He elegido el control. Control y control».

Robben juega un partido formidable. Corre, defiende y ataca con precisión. Exhibe una madurez desconocida en un futbolista que a menudo ha destacado por su irregularidad, por ser capaz de la mejor acción, pero también de mostrar lagunas importantes. A los 30 años ha alcanzado un punto de cocción excelente y tan capaz es de protagonizar una jugada fantástica como de colocarse en el vértice superior del triángulo de presión del Bayern, orientando al rival hacia un embudo en el que cae atrapado. Pep celebrará semejante exhibición con un abrazo entrañable con el zurdo neerlandés.

A los 54 minutos, Schweinsteiger echa a correr desde el centro del campo y Cazorla no le sigue, con lo que llega a tiempo al corazón del área para rematar un centro de Ribéry y abrir el marcador. Dos minutos después empata el Arsenal, pero ya no ocurrirá nada más. El Bayern no juega un partido brillante, pero ha tenido el control por completo y la eliminatoria ha estado en su mano durante 173 de los 180 minutos que ha durado: solo tembló en el inicio del encuentro de ida, hasta que Neuer paró el penalti que lanzó Özil. La eliminatoria concluye del mismo modo que empezó: con Fabianski deteniendo un penalti lanzado por Müller, lo que evita el triunfo alemán en el partido de vuelta.

Pep está eufórico. Aunque al día siguiente habrá analistas que hablarán de un Bayern regular, el entrenador se siente más feliz que nunca. Ha alcanzado los cuartos de final y eso significa que habrá nuevas oportunidades para llegar aún más lejos en la máxima competición europea: «Yo quería control y lo hemos conseguido. Hemos rematado mal, de acuerdo, pero hemos controlado y se trataba de eso. Ya sé que en Múnich gusta mucho atacar y correr arriba y abajo, pero el partido exigía lo contrario. Con un 0-2 en la ida no era inteligente exponerse a correr. Ok, no hemos tenido fluidez en el centro del campo, pero hemos hecho el partido que había que hacer», explica.

A las 10 de la mañana del día siguiente ya ha repasado el partido y expresa esa mezcla tan suya de alegría por el éxito y autocrítica por los errores cometidos: «Cometimos un error que fue dejar en el mismo pasillo a nuestro lateral y nuestro extremo. Lahm y Robben en un lado y Alaba y Ribéry en el otro. Estaban en el mismo eje y eso nos quitó superioridad. Es muy importante que no coincidan. Si los extremos están fuera, los laterales tienen que estar dentro o al revés».

Como siempre, después de un partido, ya maquina nuevas soluciones: «Los laterales han de situarse como si fueran mediapuntas, de modo que Götze pueda moverse libremente por donde quiera. Pero los laterales han de estar ahí dentro. Y cuando su extremo se mueve hacia adentro, el lateral sale fuera y con Götze el equipo logra superioridad. Pero al situarse en el mismo eje, el lateral quedaba por detrás del extremo y todo acababa siempre en un uno contra uno, sin ninguna superioridad. Hemos de corregir eso...».

En esa mañana luminosa en la que la alegría inunda Säbener Strasse, Pep toma otra decisión: Ribéry y Götze no están finos y necesitan una pequeña pretemporada. En las siguientes tres semanas, Lorenzo Buenaventura trabajará especialmente con ellos para que estén a punto para el día 1 de abril, cuando empiezan los cuartos de final. La Champions ya es el objetivo prioritario.

Múnich, 14 de marzo de 2014

El jueves 13 de marzo teníamos programado viajar juntos a Basilea para ver en directo el partido de la Europa League entre el FC Basel y el Red Bull Salzburg. Pep está prendado de Roger Schmidt, el entrenador del equipo de Salzburgo que en el mes de abril sería contratado por el Bayer Leverkusen para entrenar al equipo en la temporada 2014-2015. Llevaba tiempo mirando los partidos del equipo austriaco. Cuando se enfrentaron en enero, en un encuentro amistoso que el Bayern perdió por 3-0, Pep se convenció de que Schmidt tenía grandes cualidades como técnico. Por tanto, decidió ir a verlo en directo, pero la tarde anterior al viaje quedó claro que no podría ir: a mediodía del jueves se conocería la sentencia judicial contra Uli Hoeness. El miércoles 12, el Bayern era una Arcadia. Y de pronto...

Tres años y medio de prisión. Fue un terremoto, aunque no fue una sorpresa, visto como había evolucionado el juicio por evasión de impuestos, en el que quedó claro que Hoeness había cometido un fraude millonario a la Hacienda alemana. La decisión judicial supuso un mazazo para la gente del Bayern. No solo era el presidente —aunque su delito no tenía ninguna relación con el club—, sino el alma. Hoeness era el club. Era muchísimo más que un brillante exjugador. Desde que en 1977 asumió la dirección general comercial, Uli había sido el gran constructor del Bayern moderno, el que lo había convertido en una institución formidable y modélica. Por supuesto, la sentencia provocó su dimisión como presidente. En un comunicado emitido por el club, Hoeness asumió toda la culpa, acató la decisión judicial y dimitió.

Pep fue la primera persona del Bayern en hablar públicamente tras la sentencia. A mediodía del viernes, en la conferencia previa al partido contra el Bayer Leverkusen, dijo: «Uli es todo corazón. Enseguida te das cuenta de por qué es tan querido en el Bayern. Yo no he visto nunca un dirigente que fuese tan querido dentro de un club. Cuesta mucho imaginarse el Bayern sin él».

Que Pep fuese el primer miembro del Bayern en hablar en público tras la sentencia no era un detalle nimio. Podía dar pie a muchas interpretaciones. Una de ellas, que el club confiaba ciegamente en él como portavoz, como abanderado. Algo que le hacía sentir orgullo. Otra, que el club se había refugiado tras él y eso le inquietaba porque le recordaba a viejas situaciones vividas en el Barça. En cualquier caso, asumió sin medias tintas ser el primero en dar la cara y no ahorró la menor emoción: «Uli merece nuestro total respeto. He trabajado increíblemente bien con él. Es mi amigo y continuará siéndolo. Espero que pueda volver en el futuro y que pueda apoyarnos y ayudarnos como hasta ahora. En estos nueve meses me he dado cuenta de lo muy importante que es Uli en el club. Es la persona más importante y aquí dentro todos le valoran y todos le quieren. Uli lo es todo en el Bayern. El número uno. Uli es el club».

Sus palabras fueron obligadamente emotivas por una razón fundamental: Hoeness se había convertido en su amigo. Hacía poco tiempo que se conocían, pero Pep se sentía entrañablemente unido a Uli. Comían juntos todas las semanas, compartían sus visiones sobre el fútbol y, sobre todo, sentían cariño el uno por el otro. Sin Uli, Pep iba a sentirse bastante huérfano dentro del Bayern, aunque Rummenigge, inteligente como es, intentaría en los meses siguientes cubrir el vacío que dejaba el presidente.

Fue precisamente *Kalle* Rummenigge quien explicó la situación a los jugadores. Fue un mensaje breve, en el auditorio de Säbener Strasse. Un mensaje institucional para garantizar la estabilidad del club y del equipo, pero en el que apareció la faceta más emotiva de Rummenigge. Con el rostro demacrado y hablando en voz muy baja, a la tercera palabra rompió a llorar y ya no pudo detenerse. La plantilla asistió conmovida a la escena mientras el consejero delegado se esforzaba por concluir sus palabras entre sollozos.

La sacudida fue tan fuerte para el Bayern que cualquier escenario era posible: desde el apoyo absoluto a Guardiola hasta la ruptura. Pep sentía que Hoeness era el padre del club. Era quien le había contratado. Quien había decidido que había que contratarle. ¿Cómo sería el porvenir sin ese «padre»?

En adelante, Pep iba a estar más solo. ¿Influiría eso en la duración de su estancia en Múnich? Sus colaboradores en el cuerpo técnico pensaban que sí, aunque resultaba demasiado precipitado saberlo con certeza. Pero imaginaban que si Hoeness le pedía que le esperara hasta que saliera de prisión, Pep aceptaría.

Algo de eso dijo el entrenador unos días más tarde: «Quiero dar lo mejor al club, seguir trabajando dos o tres años aquí, porque mi sueño es trabajar nuevamente con él cuando regrese. Sin Uli Hoeness todo esto no sería posible».

En el partido del sábado contra el Bayer Leverkusen le echó de menos. Normalmente, los tres miembros del *board* del club, Hoeness, Rummenigge y Jan-Christian Dreesen, director financiero, acudían al despacho del entrenador una vez terminados los partidos en el Allianz Arena. Allí hablaban unos minutos y, a continuación, Rummenigge y Dreesen visitaban el vestuario para saludar a los jugadores y Hoeness se quedaba siempre a solas con Pep en el despacho para compartir opiniones. Al principio, Uli animaba a Pep cuando este no sentía el equipo como propio, en los partidos iniciales. Uli le había apoyado a ciegas y aquel sábado 15 de marzo, Pep echó en falta esa charla aunque el partido había sido plácido y positivo, y el equipo había vencido por 2-1 al equipo de Leverkusen.

El Bayern sumó cincuenta partidos invicto (veinticinco con Heynckes y veinticinco con Guardiola), ya que su última derrota en la liga databa de octubre de 2012, precisamente ante el mismo Bayer Leverkusen en el Allianz Arena. Pep batía su récord personal de victorias consecutivas: las 16 que había logrado con el Barça daban paso a las 17 con el Bayern. El estadio ovacionó, puestos en pie los aficionados, a jugadores como Robben, Mandžukić y Kroos, y dado que el Dortmund había perdido ante el Borussia Mönchengladbach, el título de liga quedó prácticamente adjudicado. Después de una batalla de cánticos entre aficionados del Bayern y del Leverkusen, el estadio se arrancó a cantar, en el minuto 75, en apoyo al expresidente: «*Uli Hoeness, du bist der beste Mann!* (Uli Hoeness, tú eres el mejor)». Los cánticos desprendían nostalgia. Numerosas pancartas de apoyo poblaban el estadio: todas estaban escritas a mano por aficionados que, más allá del juicio moral que cada cual tuviera sobre la actuación personal de Hoeness en el asunto de la evasión de impuestos, sencillamente querían decir adiós a quien les había liderado en los buenos y en los malos tiempos.

Múnich, 15 de marzo de 2014

Ribéry no iba a jugar contra el Bayer Leverkusen. Su condición física no lo aconsejaba. Entre el disgusto por no ganar el Balón de Oro, el proceso judicial que afrontó, una lesión muscular y, finalmente, la operación quirúrgica para liberar un nervio que le pinzaba la espalda, Franck llevaba un 2014 prácticamente en blanco. Pep, que empezaba a desesperarse, decidió que hiciera una pequeña pretemporada. Dos semanas de trabajo duro para recuperar la buena forma. Se lo dijo antes de jugar contra el Leverkusen. Claudio Pizarro se resintió de un golpe en la cadera durante el entrenamiento previo al partido y tuvo que desconvocarle, así que en su lugar jugó Ribéry. Antes del encuentro Pep llamó al jugador francés a su despacho y le explicó lo mucho que necesitaba que recuperase su nivel de 2013, cuando su regate resultaba indefendible.

Pero durante las seis siguientes semanas el problema de la baja forma de Ribéry continuaría sin solución, hasta el punto de que el jugador acabaría bloqueado mentalmente, angustiado por la evidencia de que no conseguía recuperar su mejor nivel. Para Pep resultó desesperante, aunque públicamente lo ocultó, al igual que los restantes jugadores, que se desvivieron por apoyar al compañero en su recuperación. En el deporte resulta imposible estar siempre al máximo nivel. Ribéry iba a sufrir ese problema en el momento decisivo de la temporada.

Tras el triunfo ante el Leverkusen, el título de liga estaba virtualmente en manos del Bayern, que lo ganaría diez días más tarde en Berlín al alcanzar los veinticinco puntos de ventaja sobre el Borussia Dortmund a falta de siete partidos por disputar. Sería la segunda vez desde el año 2000 que el Bayern conseguía retener con éxito su título de campeón de liga. ¿No era sorprendente? En catorce temporadas solo dos veces había logrado repetir título nacional de manera consecutiva. Es un dato que Rummenigge, Hoeness y Pep habían valorado a menudo. El club había tenido siete entrenadores distintos en diez años, e históricamente tras cada éxito había llegado un pinchazo estrepitoso. En privado, los máximos dirigentes del Bayern habían concluido con el entrenador que la hipótesis más probable tras el triplete de 2013 era el fracaso.

Pero no había sido así, en gran parte porque los jugadores se habían sentido muy estimulados con la llegada de Guardiola, cada uno por sus razones. Todos ellos habían afrontado el curso como si empezaran de nuevo, no como sucede tras haberlo ganado todo. Y estaban llegando ya al esprín final con otros tres títulos conquistados (Supercopa europea, Mundial de Clubes y Bundesliga) y dos finales en el horizonte.

Tras el partido contra el Bayer Leverkusen cené con Pep y Domènec Torrent, el segundo entrenador, y mencioné los récords batidos en la liga. Pep no sabía lo de los cincuenta partidos invicto, ni que había igualado los veinticinco encuentros sin perder de Heynckes, ni los restantes datos, pero Torrent fue inflexible en su comentario: «Mira, Pep, no nos preocupemos de los récords. Olvidemos los récords y vayamos a lo que hemos de ir, al grano, a la Champions. Es igual si perdemos partidos a partir de ahora o nos hacen goles. Dejemos los récords para la próxima temporada».

«Tienes razón —respondió Guardiola—. Cerremos la liga cuanto antes y centrémonos en la Copa y la Champions.» La conversación derivó pronto hacia los jugadores y la necesidad de que hombres como Ribéry, Götze o Schweinsteiger alcanzaran su plenitud de juego.

A partir de entonces, el entrenador hizo eso que tanto le gusta: explicar cómo quiere que juegue su equipo: «Está claro. El equipo ha de jugar por fuera. Dos extremos enganchados a la cal, un delantero dentro del área, no para rematar directamente sino para la segunda jugada, y cuatro tíos esperando esa segunda acción: dos laterales y dos interiores (o un interior más un mediocentro) para aprovechar el rebote y rematar a gol. Además, así cortamos los contragolpes muy arriba, desde el principio». Y un objetivo: «La próxima temporada hemos de jugar mejor».

Entonces hice una pregunta indiscreta: «¿Y cómo conseguirás jugar mejor si tienes a los mismos jugadores?». Pep se hizo el distraído y no respondió. Para cambiar de conversación, replicó con una pregunta tan fascinante que me dejó completamente descolocado: «Si mañana fuese la final de la Champions, ¿cuál sería tu alineación?».

Proponer una alineación al entrenador del Bayern y a su ayudante era una tentación que no podía rechazar. Así que, armado de una inconsciencia casi irracional, le respondí: «Pues lo tengo muy claro. Pondría a los once que ahora mismo están en mejor forma y los ubicaría en un 4-2-1-3». Y le di los once nombres que yo alinearía, pero ¡para qué hablé! Pep escuchó en silencio y no abrió la boca. En cambio, Domènec Torrent tardó menos de dos segundos en interpelarme: «¿Y si es contra el Madrid de Cristiano y Bale, no pondrías a Boateng, que es el central más rápido que tenemos? ¿Y si es contra el Barça, te enfrentarías a Messi sin Bastian? ¿Y si es contra el Chelsea, jugarías con un 9 fijo y sin Götze ni Müller?».

¡Uf!, demasiadas variables. Aquella noche aprendí que habría sido mejor callar. Pep no opinó sobre mi alineación, pero las preguntas de Torrent bastaron para hacerme comprender que no basta con tener toda la información, sino que hay que pensar y medir muchos más factores y que cualquier desliz o precipitación a la hora de elegir puede provocar un serio error. Por supuesto, sabía que ser entrenador es una tarea compleja y difícil, pero en aquella cena lo entendí como nunca antes y también que, a menudo, quienes analizamos desde el exterior somos menos meticulosos y detallistas que aquellos a quienes tan fácilmente criticamos.

También comprendí que las eternas dudas de Guardiola no se deben a su carácter, ni a su falta de atrevimiento o decisión, sino que responden a su voluntad de calibrar todas las posibilidades. Obviamente, pensé en la mente del ajedrecista que analiza todas las variables posibles y así se lo dije: «Elegir una alineación me recuerda al jugador de ajedrez ante las piezas del tablero».

«No sabes cuánto se parece —respondió Pep—. Por cierto, ¿has leído la entrevista de Leontxo García a Magnus Carlsen en *El País*? Me ha encantado un asunto que explica Carlsen. Dice que no le importa sacrificar una posible ventaja en la salida de las piezas porque sabe que en el tramo final de la partida él es el más fuerte. Me ha hecho pensar mucho y tengo que aprender a aplicarlo al fútbol...»

Berlín, 25 de marzo de 2014

Durante las celebraciones en el vestuario de Berlín, Ribéry le partió el labio a Manel Estiarte. A siete jornadas del final, el Bayern conquistó la Bundesliga. A la receta de Guardiola sobre cómo ganar una liga (no perderla en las primeras ocho jornadas y sentenciarla en las últimas ocho) le había sobrado la segunda parte, pues el 25 de marzo eran veinticinco los puntos de ventaja sobre el Borussia Dortmund cuando solo quedaban veintiuno en disputa. A la receta le sobraron siete jornadas...

Fue la séptima vez consecutiva en que el Bayern conseguía el título de liga fuera de su estadio y lo hizo de un modo aplastante: a los trece minutos de partido ya vencía por 0-2 tras un inicio imparable. El entrenador modificó el plan de juego de los últimos días e hizo que los laterales jugaran por el exterior ya que había advertido que los extremos del Hertha marcaban al hombre, con lo que al enviar a Rafinha y Alaba a las bandas obligaba a los berlineses a defender con seis jugadores en línea y, de este modo, el centro del campo quedaba vacío. Müller, Götze, Robben, Kroos y Schweinsteiger se aprovecharon de ello para dominar la zona central a su gusto. En el descanso, con el título de liga prácticamente sentenciado, varios jugadores comentaron este hecho con Pep, que lo había advertido en la charla previa.

La plantilla al completo estaba presente en el Olympiastadion de Berlín, aunque los lesionados Badstuber y Contento viajaron el mismo día del partido, al igual que Javi Martínez, que tres días antes había recibido un golpe en la cabeza jugando contra el Mainz y había perdido momentáneamente la memoria. El encuentro, que concluyó con triunfo múnichés por 1-3, convirtió al equipo de Pep en el primero de la historia que ganaba el título alemán en el mes de marzo y también en el más precoz de cuantos lo han conseguido jamás en una de las grandes ligas europeas de primer nivel. Tras 27 partidos acumulaba veinticinco victorias y dos empates, con 79 goles marcados y solo 13 encajados. Había ganado la liga invicto y batiendo todos los récords existentes, promediando casi tres goles a favor por partido (2,92) y con una solidez defensiva inaudita (0,48 goles por encuentro). Era, además, el tercer título de la temporada.

La fiesta en el vestuario acabó con todos en la piscina. Antes, un hombre tan sobrio y de pocas palabras como Hermann Gerland se acercó a Guardiola y le dio su opinión: «Pep, eres un genio». A medianoche, Manel Estiarte lucía dos puntos de sutura en el labio porque mientras le tiraban a la piscina del vestuario Ribéry le dio un codazo involuntariamente. Y en la fiesta nocturna se desataron los ánimos. No la organizó el club, sino Bastian Schweinsteiger, que tiene esa curiosa afición. Ocho días antes había montado una celebración con disfraces para los jugadores y sus parejas. Ahora, en Berlín, había convocado a toda la plantilla en el local Kitty Cheng Bar, en el barrio de Mitte.

A las dos de la madrugada, Pep Guardiola salió a bailar. Ninguno de sus íntimos amigos le había visto bailar con anterioridad. Ni en la mayor de las fiestas familiares o de triunfos con el Barcelona el entrenador se había lanzado. Siempre permanecía sentado, rodeado de amigos o colaboradores, charlando sobre mil cosas, la mayoría relacionadas con el fútbol. Sin ir más lejos, en Marrakech, tres meses antes, tras ganar el Mundial de Clubes, lo había celebrado conversando con amigos como Sala i Martín y el cineasta David Trueba. Es verdad que en aquella fiesta casi nadie se había animado a bailar:

solo la esposa de Pep, Cristina; su hija mayor, Maria; la madre de Cristina, la esposa de Sala i Martín y, finalmente, aunque con timidez, Dante y Rafinha, los brasileños más marchosos.

En Berlín fue distinto. David Alaba se puso al mando de la música: no solo hizo de disyóquey, también cantó y con buena voz. El entusiasmo de la plantilla era tan elevado y contagioso que por vez primera en su vida Guardiola se unió al baile con sus jugadores. Parecía uno más. Bebieron y fueron felices. En un momento de la noche, Ribéry se acercó a Pep, lo cogió del cuello y le dijo: «Pep, te quiero. Te llevo en el corazón. Tío, yo soy un tío de la calle pero siempre te llevaré en el corazón. Nunca podía imaginar que podía aprender tanto como este año».

La juerga duró hasta muy tarde. Pep se acostó casi a las cinco. Algunos jugadores llegaron al hotel a la hora de desayunar y todos los rostros reflejaban, en el viaje de regreso a Múnich, el agotamiento por el jolgorio y la inmensa celebración. Durante el vuelo, los capitanes le rogaron repetidas veces al entrenador que retrasara al jueves el entrenamiento del miércoles para poder descansar. Guardiola acabó aceptando. El título de liga se había logrado de un modo tan brillante que podía concedérselo.

Me pareció interesante percibir el pulso del equipo en el primer entrenamiento tras el gran triunfo. El trabajo después de una gran victoria puede indicar muchas cosas: ¿Ha quedado saciado de triunfos? ¿Continúa hambriento? ¿La gran victoria es un punto y aparte? ¿Un punto final? Pensé que sería muy significativo comprobar cómo se entrenaba el equipo después de conseguir retener el título de liga por primera vez en nueve años. Solo era la segunda vez en el siglo XXI que el Bayern, tras ganar el campeonato, lograba reeditararlo. Es un dato que sugiere demasiada inestabilidad tras el éxito, poca capacidad para seguir ganando de manera consistente.

La alegría de los jugadores, simbolizada en Schweinsteiger, que apareció con una careta del esquiador local Felix Neureuther, duró lo que tardó Pep en aparecer en el campo y ordenar el calentamiento. Se acabaron las risas y el equipo se volcó en el trabajo, dividido en tres grupos de siete jugadores que combinaron cuatro partidos de cinco minutos en «doble área» con nueve repeticiones de ejercicios de velocidad reactiva más seis de velocidad explosiva.

No hubo tregua alguna, ni relajación. Durante la sesión, Pep se acercó un instante a la banda y me dijo, rotundo: «Ribéry está haciendo el mejor entrenamiento del año. Bestial, está bestial».

Así era. El pulso del día siguiente al del éxito era el de un equipo hambriento en el que cada jugador peleaba duramente por un puesto en el once titular. Se acercaban los grandes días de la Champions y nadie quería estar en el banquillo. Tampoco nadie imaginaba el batacazo que se sufriría en las semifinales ante el Real Madrid.

Con la liga en el bolsillo y la Champions en el horizonte, fue un día para sentarse con Pep y escucharle: «Los peores diez minutos de año han sido los del Emirates. Nos salvó la mano de Manu [Neuer]. Los mejores minutos, probablemente los de Mánchester contra el City y los cuarenta primeros contra el Hertha en Berlín».

Le hablé de los récords batidos por el Bayern: «¡A hacer puñetas los récords! Que los récords no nos envenenen. Da igual si nos ganan o nos meten goles. Ahora toca la Champions y la Copa. La liga se ha acabado».

Quedaban solo cuatro días para que el equipo se enfrentara al Manchester United en cuartos de final: «Mira —dijo Pep—, incluso el equipo que parece más débil te muerde en la Champions. El United nos apretará, no lo dudes. Tendremos que atacar con laterales “largos” porque los suyos se cierran hacia dentro y hemos de vigilar los contragolpes por dentro de Rooney y la velocidad por fuera de Valencia o Young. Ellos lanzarán balones largos y he de tener a mis mejores jugadores en el centro para tener el balón, moverlo y dominar el centro del campo. Pero, cuidado, Old Trafford son palabras mayores. Y ahí estará el señor Ferguson y eso pesa mucho...». El Bayern era claramente favorito en esa eliminatoria de cuartos de final: «Sí —continuó—, pero no está escrito en ningún lado que el Bayern ya es semifinalista. Yo no lo veo en ninguna parte, tío. Lo único que sé es que nos quedan dos partidos de

la Champions. Seguros, seguros, solo tenemos dos. Si queremos jugar otros dos partidos más, tenemos que ganárnoslo en el campo. Esto es lo que pienso decirles en la charla de Mánchester: nos quedan dos partidos y hemos de ganarnos el derecho a jugar otros dos más».

En ese momento recordó un detalle y lo anotó en su libreta: «Tengo que hablar con Boateng porque el otro día ante el Mainz salvó de milagro una escapada del delantero, pero se jugó la expulsión, y si eso ocurre en la Champions prefiero que nos metan un gol antes de quedarnos con 10 jugadores».

Aproveché el momento, con Guardiola relajado y sin prisa, para valorar la evolución del equipo: «Ha mejorado una barbaridad en el juego de posición. Al principio le costó mucho porque es un tipo de ejercicio muy exigente y los jugadores tuvieron que aprenderlo de raíz. Pero la evolución ha sido fantástica y ahora son auténticos expertos. Ya no hace falta decirles cuándo han de saltar a presionar, ni que mantengan la posición».

Pero los juegos de posición, como los *rondos*, los fundamentos del trabajo de Pep, solo son una parte de la metodología: «Aún nos faltan muchas cosas por trabajar, pero lo haremos en el segundo año. Esta temporada ya está todo enseñado. Ahora solo necesitamos competir con el aprendizaje adquirido. El curso próximo enseñaremos muchos más conceptos: quizás perderemos más partidos, pero jugaremos mejor. Los jugadores llevarán un año de conocimiento del nuevo “idioma” de juego y serán mucho más sólidos. Probaremos más variantes: un día jugaremos con tres defensas, otro con los extremos muy pegados a las bandas y moveremos mucho el balón en el centro con el mediapunta y los interiores... En fin, creo que creceremos».

Inevitablemente, aparece el balón como eje del juego: «En el fútbol, la velocidad la da el balón. Y los pases. En realidad, en el fútbol y en todos los deportes. En baloncesto, si haces botar una y otra vez el balón, el defensa lo tiene fácil. En cambio, si lo mueves rápidamente de un jugador a otro, creas muchos problemas al contrario. En el fútbol ocurre lo mismo: tuya-mía, *tac-tac*, y haces ir de culo al contrario aunque parezca que no haces nada. Por esta razón me interesa tanto tocar y tocar en el campo contrario. Que mis dos delanteros fijen a los cuatro defensas rivales (o mejor si los puedo fijar con un solo delantero, aunque tiene que ser muy experto para conseguirlo) y el resto, a mover el balón en la zona central. Tocar y tocar, pero no para retener el balón sino para pasarlo rápido y así matar al contrario. La pelota nos ordena a nosotros y desordena al rival. Entrenadores como Juanma Lillo y Raúl Caneda siempre lo han dicho. Aunque no lo parezca, con los pases rápidos te vas ordenando y atontas al contrario».

Pero nada de esto es posible si los jugadores no creen en ello: «*Eccolo qua!* [expresión italiana que significa “aquí está”, “esto es”, que Pep Guardiola utiliza constantemente]. La cuestión clave es cómo seguir seduciendo a los jugadores para que te hagan caso y acepten nuevos conceptos. La palabra es “seducir”, no “motivar”. Lo que me ocurrió en el Barça no es que no pudiera motivarlos: son buenísimos futbolistas y maravillosas personas. ¡No podía seducirlos! En cuatro años habíamos metido mil pequeñas innovaciones tácticas y los siguientes pasos a dar no eran sencillos. Y miras los ojos de los jugadores y son como los de una pareja de novios: puedes ver pasión y seducción o puedes ver cómo esa pasión se va apagando lentamente. Y aquí en el Bayern ocurrirá igual. Cuando hayan pasado unos años, probablemente ya no sabré seducir a mis jugadores y será la hora de irme. Son los ojos. Es la seducción...».

CAPÍTULO 5

CAER Y LEVANTARSE

«No puedes medir el éxito si nunca has fallado.»

STEFFI GRAF

Múnich, 29 de marzo de 2014

Si marzo fue mágico para el Bayern, abril resultaría un mes trágico.

Con la liga recién ganada, Pep hace muchos cambios en el equipo que se enfrenta al Hoffenheim. Thiago debe jugar porque en las dos últimas semanas había disputado pocos minutos a causa de un hematoma en la pierna. Necesitaba recuperar el ritmo competitivo que le había convertido en el eje del equipo desde enero. Así que salta al Allianz Arena como titular porque Pep ha previsto que también lo sea en Old Trafford contra el Manchester United pocos días después. Pero a los diez minutos de partido se rompe el ligamento. El árbitro ya había pitado y Thiago relaja el pie derecho en un choque con Kevin Volland. Grave error. El golpe es tan duro que le gira completamente la rodilla y le produce el desgarro del 80% del ligamento lateral interno.

El día antes, Pep había rechazado dos propuestas: en la primera le ofrecían a un defensa central muy renombrado, pero a Pep no le convencía el rigor táctico del jugador y descartó su fichaje; en la segunda le extendían un cheque en blanco por sentarse la próxima temporada en el banquillo de otro gran club europeo. Por supuesto, también respondió negativamente.

Aprovechó ese mismo día para cerrar públicamente la carpeta de la liga. «Estoy muy contento por haber ganado ya este título —dijo Guardiola—. Por respeto a la Bundesliga seguiremos luchando en todos los partidos, pero el martes tenemos una final en Mánchester. Sí, son unos cuartos de final, pero es como si fuera una final porque solo tenemos garantizados tres partidos: los dos contra el Manchester y la semifinal de la Copa contra el Kaiserslautern. No me importan los récords, solo estos tres partidos.»

Pep quiso, con estas palabras, cerrar una etapa (la del triunfo en la liga) y abrir otra, completamente enfocada en la Champions y la Copa. Quiso evitar que sus jugadores se ocuparan de asuntos colaterales como los récords y se centraran únicamente en los títulos que aún estaban en juego. Fue una idea encomiable, pero su ejecución provocaría una caída contundente del rendimiento general. Fue el germen de una desmovilización que acabaría en desastre. Fue una propuesta bienintencionada, claramente protectora para la plantilla, a la que pretendía enfocar solo hacia las competiciones que aún estaban en juego, pero que desembocaría en un bajón rotundo. La pérdida de Thiago también sería clave en la caída porque era quien aglutinaba el centro del campo, el que daba continuidad al juego. Thiago era el cemento que unía todas las piezas.

La presión alta que aplica el Hoffenheim hace daño a un Bayern repleto de suplentes. Semanas atrás, equipos como el Nürnberg, el Mainz y el Wolfsburg habían aplicado idéntica presión sobre los defensas muniqueños, a fin de entorpecer el inicio de las jugadas, y en todos los casos habían generado dificultades al Bayern, aunque el balance se había saldado en los tres casos con victorias del equipo de Pep. Pero los triunfos no podían ocultar que algunos entrenadores alemanes, como Markus Weinzierl del FC Augsburg, Thomas Tuchel del Mainz 05 o Dieter Hecking del VfL Wolfsburg, empezaban a encontrar soluciones para enfrentarse a Guardiola y que la presión alta sobre los defensas parecía ser una medida interesante.

Tanta presión hace el Hoffenheim que el Bayern tiene que cambiar su plan de juego y atacar al contragolpe, lo que resulta tan chocante como el propio resultado final (3-3, después de que el Bayern llegara a dominar por 3-1). Por primera y única vez en toda la liga, el rival chuta más a portería que el

propio Bayern: 20 disparos del Hoffenheim por 11 del cuadro de Pep. El partido deja malas sensaciones en los locales, que ponen fin a la racha de 19 victorias consecutivas (habían ganado todos los partidos desde el empate en Leverkusen el 5 de octubre de 2013). El equipo continuaba invicto tras 53 partidos y Pep mantenía un balance de veinticinco victorias y solo tres empates tras veintiocho partidos. Sin embargo, también supone el primer empate en casa, en partido de liga, desde hace quince meses y la primera vez que el Bayern encaja tres goles en Bundesliga desde hace dos años.

A los 21 minutos, Thiago pide el cambio y a Guardiola se le empieza a derrumbar el castillo al mismo tiempo que se le rompen los planes para el partido de Mánchester. Thiago es un hombre crucial. No solo por la calidad de su último pase, sino porque es quien junta y une a todos los del centro. Hace de imán. Muy dolido por perderlo en este momento del año, Pep confiesa que la ausencia del jugador será, probablemente, decisiva para los partidos de la Champions League.

En la cena de los jugadores, Lorenzo Buenaventura encuentra en Twitter la fotografía de la jugada en la que se lesionó Thiago y la comenta con Robben: «Arjen, hay que entrar siempre con tensión, nunca relajado. Vigila de ahora en adelante y que no te ocurra como a Thiago». A los pocos minutos, el propio Thiago llama al preparador físico desde el hospital y le comunica el diagnóstico: «Ligamento casi roto por completo, de seis a ocho semanas de baja. Adiós al Mundial».

Buenaventura avisa a Javi Martínez y marchan rápidamente al domicilio de Thiago para intentar consolarle. Ocurre entonces una anécdota que les permite, en pleno disgusto, reírse durante unos minutos. Thiago llama a su padre, Mazinho, campeón del mundo de fútbol en 1994, y le cuenta el diagnóstico médico, pero Mazinho no entiende bien el mensaje y al cabo de unos minutos telefonea a su vez a Buenaventura, con quien le une una gran amistad, y le dice con voz llorosa: «Loren, estoy hundido. Lo de Thiago es muy grave: ¡de seis a ocho meses de baja!».

Mazinho había interpretado que Thiago se había roto los ligamentos cruzados de la rodilla y que necesitaría más de medio año para recuperarse. A Buenaventura y a Thiago les da un ataque de risa y calman a Mazinho, explicándole que no son meses sino semanas y que se trata del ligamento lateral, una lesión mucho menos grave que la de los cruzados. Es el único buen momento de una noche amarga.

En la mañana del domingo 30 de marzo, los jugadores que habían empatado con el Hoffenheim se dividen en dos grupos. Unos cuantos se quedan en el césped, entre ellos Pizarro, que había dormido mal porque el del sábado había sido su primer partido completo de la temporada y lo había concluido entre calambres. Otros como Ribéry, Schweinsteiger, Van Buyten, Götze y Shaqiri montan en bicicleta y van a rodar durante media hora por el carril bici de la ciudad.

Thiago y Pep se reúnen con el doctor Müller-Wohlfhart para discutir el tratamiento pertinente. El doctor escayola la pierna del jugador y Thiago insiste en tratarse con el doctor Ramón Cugat en Barcelona mediante la inyección de factores de crecimiento directamente en el ligamento: «Sé que los factores duelen mucho cuando se inyectan en el ligamento interno porque es como si te quemara la piel —explica el jugador—, pero habrá que aguantar el dolor». Mientras salen del vestuario, los compañeros le desean una recuperación rápida: «No tardes, Thiago, te necesitamos», le dice Neuer.

El ánimo del jugador es el de alguien dispuesto a luchar por regresar pronto: «Ha sido una putada inmensa. Ayer me desmoralicé mucho, fue un golpe tremendo, inesperado. Por la noche estaba hundido, pero esta mañana ya me he rehecho. He venido a desayunar con los compañeros y ahora ya estoy pensando en que queda un día menos. La cabeza influye mucho y ya la tengo funcionando a todo ritmo para recuperarme. Dicen que son de seis a ocho semanas de recuperación, pero yo quiero estar listo en cinco».

Este último domingo de marzo, Pep le promete a Thiago que hará todo lo posible por llegar a las finales de la Copa y la Champions y Thiago le promete al entrenador que intentará recuperarse para estar en condiciones de disputarlas. Pero, claro, no es fácil que ninguna de las promesas pueda cumplirse...

Múnich, 29 de marzo de 2014

Es el más fascinante. Es un volcán agitado. Es el mejor momento de Guardiola, el pospartido. Esa media hora en que, atendidas ya las preguntas de los periodistas, acude al restaurante de jugadores del Allianz Arena, pide una copa de champán, picotea trozos de queso parmesano y se explaya sobre el encuentro recién concluido. La suya es una explicación apasionada y resulta un privilegio poder asistir a ella.

Normalmente se queda en pie o sentado a una mesa del restaurante. Todavía no está en condiciones de cenar. No ha comido nada durante todo el día. Es incapaz de hacerlo: su estómago se cierra y solo acepta un café por la mañana y agua, mucha agua durante toda la jornada. Cuando termina el partido, tiene un hambre voraz, pero tampoco puede sentarse tranquilamente a cenar ese plato de salmón marinado que tanto le gusta. Antes de hacerlo necesita una media hora en la que descarga toda la adrenalina del partido y también la de los días previos. Entonces se lanza. Habla sin parar sobre lo ocurrido en el encuentro. Recuerda todas las acciones: «¿Has visto lo que ha hecho Rafinha en el minuto 18? Se ha metido dos metros más hacia dentro y ha cerrado ese pasillo por el que se nos estaban colando...». No, yo no lo había visto. Tiene una memoria casi fotográfica que le permite recordar y analizar todo lo que ha ocurrido en el partido y evoca inevitablemente la mente de Rafa Nadal, un tenista capaz de rememorar cada bola y cada punto de sus partidos, su trascendencia, el error que cometió él o su contrincante y lo que significó aquella jugada, y recordarlo mucho tiempo después de ocurrido. De manera parecida, Guardiola se acuerda de cada jugada: cómo ha sido, qué ha sucedido, quién ha intervenido y qué consecuencias ha tenido. En cambio, cero en estadísticas.

—Habéis tenido poca posesión, un 63% —le digo.

—¿Ah, sí? ¡Caramba! —responde.

—Pero Starke ha dado más toques de balón y más pases que cualquier jugador del Hoffenheim...

—¿Ah, sí? ¡Caramba! Es la hostia...

Las estadísticas no le gustan. Lo que le apasiona es el juego en sí y su análisis posterior: «¿Has visto lo listo que es Philipp [Lahm]? ¡Cómo se gira el tío, cómo guarda el balón y divide al contrario!». O bien: «Tengo que hablar con Toni [Kroos] porque contra el Manchester United seguramente no podrá hacer ese movimiento de controlar y girar a la derecha porque se lo pillarán y nos montarán un contragolpe».

Llama a Carles Planchart para que se acerque a la mesa: «Carles, mañana por la mañana ten preparado un corte de vídeo de la jugada del minuto 36 que me has comentado. Quiero enseñarle al central cómo mejorar la manera de perfilarse cuando temporiza al atacante».

En esa media hora prodigiosa, de pie en un rincón del restaurante, haciendo gestos como si estuviera aún en el banquillo, Pep reproduce todo el partido recién disputado. Lo desgrana. Le hace la autopsia músculo a músculo, tendón a tendón, hasta dejar el esqueleto limpio. Analiza a sus jugadores, a los contrarios, las fases que ha tenido el partido, los porqués de cada acción, cómo han llegado los goles, pero no me refiero a la ejecución del remate final, sino a cómo se gestaron desde el inicio, lo que a veces significa remontarse a minutos antes de la acción concreta.

Mezcla partidos. Mientras radiografía el encuentro recién acabado ya explica cómo será el siguiente, cómo entrenará el equipo durante la semana, a quién dará descanso. Vuelve atrás, sigue comiendo trozos de queso, casi no prueba el champán, acuerda con Domènec Torrent que para el próximo partido han de ensayar un lanzamiento de falta muy concreto. Se abraza a Robben, que es un padrazo y viene a despedirse con sus tres niños rubios, hermosos como soles, y aprovecha para recordarle que ese desborde que ha hecho con la pierna derecha en el minuto 80 ha de repetirlo más veces. De pronto, comenta su admiración por Roger Schmidt, el entrenador del Red Bull Salzburg, y disecciona el juego del equipo campeón de Austria: cómo presionan sus delanteros, cómo saltan hacia delante los laterales y qué posiciones ocupan en ese momento los dos mediocentros.

Mientras lo explica de una forma tan detallada que podría parecer que mañana mismo va a jugar contra el Salzburg, intento buscar la razón por la que, de pronto, Pep ha desembocado en el análisis de este equipo. Claro que dos minutos más tarde está hablando del pase por alto que Iniesta ha dado a la espalda de los centrales contrarios en el partido que esta misma tarde ha jugado el Barça contra el Espanyol...

—Pero ¿cuándo has visto tú esta jugada? —le pregunto.

—En un pasillo. ¡Qué maravilla! Andrés es un genio... —responde.

Esta media hora de Pep es una joya porque en ella se resume su auténtica pasión: descifra el juego, aplica una autocrítica contundente, analiza la globalidad del partido y, al mismo tiempo, los detalles, propone mejoras, lo combina con otros encuentros o equipos, prevé los próximos pasos, los futuros partidos, los siguientes rivales y cómo enfrentarse a ellos. ¿He dicho alguna vez que Guardiola es, sobre todo, un resultadista feroz? Esta media hora de champán y parmesano es un monumento a la pasión por el fútbol, pero también una lección de clarividencia y pragmatismo.

Una noche me acompañaba Patricia González, la jovencísima seleccionadora femenina sub 19 de Azerbaiyán. Durante la cena, Pep la miró fijamente y le dijo: «Patricia, te daré un consejo: pon siempre a los buenos. ¡Siempre!». La joven entrenadora le hizo una pregunta que tenía miga: «¿Quiénes son los buenos, Pep, los más famosos?». La respuesta fue precisa: «No, los buenos de verdad son los que nunca pierden el balón. Los que pasan el balón y no lo pierden. Esos son los buenos. Y son los que tienen que jugar aunque tengan menos nombre que otros».

Mánchester, 1 de abril de 2014

Se trata de la tercera visita del Bayern a un estadio inglés en esta edición de la Champions. El equipo de Pep ha conquistado los dos anteriores: el Etihad Stadium del Manchester City, donde protagonizó una exhibición de juego saldada con victoria (1-3), y el Emirates Stadium del Arsenal, en el que sufrió durante siete minutos pero ofreció un recital a partir de la media hora de partido para acabar venciendo (0-2). El Bayern ha dominado igualmente en Old Trafford aunque esta vez no ha podido ganar. El Manchester United ha llevado una temporada amarga y discreta, pero se ha defendido con un coraje soberbio y ha evitado el triunfo alemán (1-1).

El Bayern ha embotellado al United en su área, obligándole a defenderse con una triple línea dispuesta en un 6-2-2 que casi no ha podido desplegar ningún contragolpe. En uno de los pocos que ha protagonizado, Welbeck se ha quedado solo con Boateng. El central alemán ha dudado, quizás recordando el consejo que le dio Guardiola, y ha permitido que el delantero inglés se quedara cara a cara con Neuer. Pero en el mano a mano, el portero ha salido victorioso y ha evitado el gol local. Con Lahm de mediocentro y Kroos y Schweinsteiger como interiores, el Bayern ha sido dueño completo del partido, pero ha evidenciado algunos síntomas que se observan desde días atrás: el gran control del juego no se traduce en ocasiones de gol; el acierto en el remate es muy bajo, una tendencia que ya dura toda la temporada; además, bastantes rivales tienden a encerrarse, lo que reduce los espacios al mínimo y dificulta los remates muniqueeses; Franck Ribéry atraviesa por una fase de juego discreto y no consigue deshacerse de sus marcadores, con lo que el ataque del Bayern depende casi exclusivamente del costado derecho y, por lo tanto, solo de Robben; y Schweinsteiger es mucho más importante marcando goles (en Old Trafford logró su cuarto tanto en los seis últimos partidos) que en el propio juego porque lo ralentiza en exceso.

Solo son pequeños síntomas dentro de un partido brillante, completamente dominado por el Bayern a pesar de que ha encajado un sorprendente gol de córner en un cabezazo de Vidić. Digo que ha sido sorprendente porque hasta ese momento solo había encajado tres en toda la temporada: uno de Adrián Ramos, el delantero del Hertha; otro de Niklas Süle, el defensa del Hoffenheim, que aprovechó un balón que rebotó tras un error de Neuer, y el tercero, en propia puerta, obra de Rafinha ante el Schalke. Tres goles en otros tantos saques de esquina después de cuarenta y cinco partidos oficiales son un balance más que brillante para una defensa que ha adoptado el marcaje zonal, una seña de identidad de Guardiola.

Para Pep, la defensa zonal es básica en su sistema de juego: «Yo creo que así se defiende mejor porque cada jugador solo debe ocuparse de su zona y de vigilar la espalda del compañero que tiene delante».

El Bayern acostumbra a defenderse en los saques de esquina con los jugadores distribuidos en un 4-3-2-1 o bien en un 5-3-1-1, y Lahm tiende a ser el comodín que, por ejemplo, salta rápidamente a proteger un saque en corto del rival. La primera posición de la primera línea siempre la ocupa quien va mejor en el juego aéreo, especialistas como Mandžukić o Javi Martínez. A continuación se sitúan los dos defensas centrales y la última posición, en el segundo palo, siempre es para Alaba porque es quien mejor corre hacia atrás si el saque es muy largo.

Este tipo de defensa no es infalible y también tiene defectos, por supuesto, pero Pep confía mucho en ella y la prefiere al marcaje individual: «Si estás en defensa individual, cuatro rivales te pueden arrastrar al segundo palo y entonces te la cuelan por el primero. O al revés; y eso, defendiendo en zona no te ocurre». Este concepto resulta aplicable a todo el juego: «Es mucho mejor defender en zona que marcar al hombre. No hay nada más sencillo para un jugador que ocuparse de su zona y ser responsable de ella porque, además, esa responsabilidad individual se transforma en colectiva a partir de la solidaridad del grupo».

Para Pep, defender se resume en poco más de media docena de mecanismos: «La esencia del fútbol consiste en adivinar la mejor manera de atacar al rival. Y hay que iniciar el juego saliendo desde atrás con la idea muy clara de cómo ataca y cómo defiende nuestro rival».

Para que los jugadores tengan siempre frescos estos conceptos, necesitan repasarlos de manera habitual: «Siempre hay que repasar las prioridades —aclarar—. Por ejemplo, cómo defenderse del rival. Antes de cada partido importante dedicamos veinte minutos a repasar la manera de defender, hay que explicar a los jugadores lo que se encontrarán, cómo nos atacarán y también dónde encontraremos los espacios y las zonas en las que podemos hacer daño. Y que confíen en el cuerpo técnico porque, habitualmente, sucederá lo que les decimos que ocurrirá».

En el gol de Vidić, la defensa del Bayern ha cometido varios pequeños errores. El principal ha sido que uno de los jugadores se ha olvidado de respetar el marcaje zonal... Es un síntoma de las ligeras desatenciones que, semanas más tarde, culminarían en la catástrofe ante el Real Madrid. El tanto inglés ha obtenido una réplica nueve minutos más tarde por parte de Schweinsteiger, que ha rematado un balón centrado por Rafinha que Mandžukić había bajado con la cabeza hasta el centro del área.

El Bayern ha salido de Old Trafford con un resultado muy alejado de sus posibilidades: ha dominado ampliamente el partido, pero solo ha acertado en uno de los 15 remates que ha hecho, si bien ha dejado dos nuevos rasgos defensivos de interés: por una parte, en los fueras de banda del United, Lahm se ha colocado como tercer central mientras el lateral del costado opuesto basculaba tanto que llegaba a cerrarse a la mitad del campo; por otra parte, cuando el United ha intentado organizar el ataque, el Bayern lo ha conducido hacia una banda para encerrarlo dentro de un triángulo imaginario cuyo vértice superior siempre lo ha ocupado Robben. El resto del campo ha quedado vacío y desocupado, pero a Pep no le ha importado porque no ha percibido peligro alguno.

Conquistador del Etihad y del Emirates, el Bayern ha salido también invicto de Old Trafford y, ganada ya la liga, es inevitable que resurja la idea del triplete. ¿Repetir el triplete? Más que un sueño, es una utopía con poco fundamento. Ningún equipo ha logrado nunca dos tripletes. Desde que el fútbol existe, solo el Celtic de Glasgow, el Ajax de Ámsterdam, el PSV Eindhoven, el Manchester United, el FC Barcelona, el Inter de Milán y el FC Bayern han logrado ganar la Liga, la Copa nacional y la Copa de Europa en la misma temporada. Y una sola vez. Tampoco ningún club ha conseguido retener, tras más de dos décadas de competición, el título de la Champions League en dos años consecutivos.

Con estos precedentes, ¿qué argumentos permiten soñar con repetir un triplete que el Bayern no ha logrado hasta 2013, tras un siglo de historia? Se lo pregunto a un hombre sensato como Jupp Heynckes, que pone los matices adecuados: «El Bayern ha tenido en su historia grandes equipos, con mitos como Sepp Maier, Beckenbauer y Gerd Müller, y, sin embargo, ellos no lo consiguieron. Ahora defendemos el triplete y Pep ya ha ganado la liga, pero hablamos de algo muy difícil, muy difícil...».

Jupp Heynckes me atiende poco después del partido de Mánchester, y le pido que evalúe el rendimiento de Guardiola en su primer año en el Bayern: «Conozco a Pep de cuando era mediocentro del Barça. Era un estratega en el centro del campo, con buen toque y una magnífica visión de juego y como persona me gusta mucho su forma de ser. No me ha sorprendido nada de lo que ha hecho. Estuve muchos años en España y conozco la filosofía de juego del Barça y la de Pep, y cómo juegan sus equipos. Por esosabíamos de antemano lo que podía cambiar en el Bayern, por ejemplo poner a los

laterales por dentro como está haciendo... Los alemanes tienen problemas para comprender ese movimiento [ríe] porque deja solos a los dos centrales y sitúa a los laterales junto a Toni Kroos en el medio y ese movimiento choca un poco en Alemania. Recuerdo que el año pasado, cuando jugamos las semifinales de la Champions contra el Barça, me preguntaron si iba a hablar con Pep para recibir consejos, pero no hacía falta: conozco a fondo al Barça y por esta razón no me sorprende nada lo que está haciendo Pep en Múnich. Ha comprendido muy bien lo que es el Bayern, su buena organización, su dimensión y la calidad de sus personas. Y ha encajado muy bien porque él es muy buena persona».

Quiero saber si, en opinión de Heynckes, las innovaciones de Guardiola pueden suponer un contraste demasiado fuerte para la tradición futbolística alemana, un posible choque cultural: «Cada uno tiene su filosofía de juego, una manera de dirigir a su equipo. Lógicamente, Pep ha aprendido de Johan Cruyff, del esquema del Ajax y de La Masia. Yo nací en Mönchengladbach y mi mentor fue Hennes Weisweiler y quizás mi camino fue diferente al de Pep, pero este año me gusta mucho el Bayern. Estos jugadores fueron mis jugadores el año pasado, ganamos el triplete y en cincuenta años de la Bundesliga nadie logró nada similar. Este equipo tiene carácter y los jugadores se compenetran perfectamente y, además, Pep es un entrenador excelente. Su categoría ya quedó demostrada en el Barcelona. Por todo eso me gusta mucho cómo juega al fútbol este Bayern».

Pero precisamente ahora el Bayern empieza a jugar peor. Coinciden tres factores: la baja de Thiago, la relajación de la plantilla tras ganar su sexto trofeo en doce meses y la alineación de jugadores poco habituales con el fin de dar descanso a los titulares. Y de este modo llega la primera derrota de la temporada en la Bundesliga. Es en Augsburg, terreno siempre complicado para el Bayern. El entrenador deja en casa a Lahm, Robben y Ribéry; en el banquillo, a Rafinha, Dante, Boateng, Alaba, Götze y Müller, y en la enfermería a Starke, con rotura de los ligamentos del codo.

En Augsburg termina la imbatibilidad liguera del equipo, que ha estado 53 partidos invicto de manera consecutiva, desde el 28 de octubre de 2012 hasta el 5 de abril de 2014, 53 partidos de los que Heynckes dirigió los primeros veinticinco y Pep los siguientes veintiocho. Tras 65 partidos consecutivos, el Bayern se queda sin marcar gol. No es nada serio, solo una derrota, pero el equipo ha mostrado síntomas de descompresión. Tras la aplastante victoria en la Bundesliga, el foco se ha dirigido por completo a la Champions, pero resultaba complicado ajustar con precisión cuándo competir a tope y cuándo no.

Múnich, 8 de abril de 2014

«Ahora ya está todo en sus manos, ya es cosa de ellos. Les he dado todas las herramientas tácticas que he sabido. Ahora les toca a ellos. Mañana ni siquiera haremos charla previa al partido. Ya no la necesitan porque lo saben todo. En el vestuario les saludaré y les daré un abrazo. Ahora es su hora.»

Ha terminado el último entrenamiento antes del enfrentamiento con el Manchester United. Dentro de veinticuatro horas, el Allianz Arena vivirá otra gran noche europea: la vuelta de cuartos de final de la Champions contra el equipo de Wayne Rooney. Durante dos días, Pep ha presentado a sus jugadores el plan con que pretende batir al histórico rival inglés. Centrado en la defensa del título de campeón de Europa, Guardiola ha cumplido a rajatabla el propósito que se había planteado: despreciar los récords. Aunque él y Domènec Torrent habían hablado de ello muchas veces, no era seguro que el entrenador aplicaría en el campo lo que habían decidido en los despachos. Pero lo hizo, aunque eso significó empatar contra el Hoffenheim y perder en Augsburg. Una vez conquistada la Bundesliga, la apartó por completo y volcó todos los esfuerzos del equipo en la Champions. Recibió varias críticas por ello. Se le reprochaba que había adulterado la liga al presentar una menor oposición una vez conquistado el título. «Lo comprendo —me confesó dos días antes del partido de vuelta contra el United, el lunes por la mañana—, pero ya hemos ganado el título y mi obligación es pensar en la Champions,»

Algunos periódicos también fueron duros con Pep e incluso aventuraron que había puesto en riesgo una hipotética repetición del triplete (algo que nadie había conseguido jamás en la historia del fútbol). En el caso de los periódicos, a Pep no le molestó este espíritu crítico: «La crítica es buena —me dijo, tajante— y es necesaria en un gran club. La gente quizá piensa que me molestan las críticas, pero no es así. La crítica es lo que hace que no te duermas. Por eso yo también soy crítico con mis jugadores y conmigo mismo».

Para el partido de Augsburg del sábado anterior, Pep dejó en casa a tres hombres clave, Lahm, Ribéry y Robben, y el domingo les dio descanso a todos. Los quería frescos para el lunes porque la semana empezó con doble sesión de trabajo. Era imprescindible disponer del tiempo y la frescura mental necesarios para transmitir el plan.

El plan de juego no era precisamente cualquier cosa. Pep, Torrent, Planchart y los restantes analistas habían radiografiado al Manchester United por todas las vertientes posibles. El análisis, que había sido exhaustivo, concluyó con la propuesta del entrenador. A las nueve de la mañana del lunes, el plan y la alineación del miércoles ya estaban decididos. Pep dedicó la mañana y la tarde a explicarlos a los jugadores. Primero revisaron las acciones a balón parado del equipo inglés. En ataque y en defensa. En vídeo y en el campo. El entrenador insistió en un punto: en Old Trafford, el Manchester solo había tenido dos ocasiones de auténtico peligro, la del gol de Vidić a saque de esquina y el mano a mano de Welbeck con Neuer. El objetivo quedó fijado desde primera hora: defenderse mejor en las acciones a balón parado y conceder aún menos ocasiones de peligro que en la ida.

El lunes, la plantilla ya intuyó quiénes serían los once elegidos. Las ausencias por sanción de Javi Martínez y Schweinsteiger y por lesión de Thiago (que seguía en Barcelona, tratándose de la rodilla con factores de crecimiento en la clínica del doctor Cugat), reducían mucho las posibilidades. Pero lo que no

imaginaban los jugadores era la propuesta concreta de juego que les explicó Pep el martes, después de comer. «Nos colocaremos en un 2-3-3-2», les dijo el entrenador.

A los jugadores les gustó. A continuación anunció la alineación. Jugarían Neuer; Boateng, Dante; Lahm, Kroos, Alaba; Robben, Götze, Ribéry; Müller y Mandžukić. No solo les dio el once titular, sino la especial manera de situarse que había pensado, con la formación de cuatro líneas bien diferenciadas.

Dado que era previsible que durante el 75% del tiempo el equipo estuviera atacando en campo contrario, el entrenador quería que la línea defensiva la formaran únicamente los dos centrales y que los dos laterales se situaran en el centro del campo junto a Kroos. Habló con Lahm, el capitán, y le detalló lo que esperaba de él. Aunque pudiera parecerlo por la alineación, no quería que jugase como lateral, sino como centrocampista, en una línea de tres junto a Kroos y Alaba. Además, dado que Kroos tiene tendencia a irse a la izquierda, Lahm acabaría desplazándose al eje central, como auténtico mediocentro, y Alaba un poco más arriba y a la izquierda. Por supuesto, en fase defensiva, los dos laterales tenían que ubicarse en su posición ordinaria, formando una línea de cuatro defensas.

Por delante de los tres centrocampistas iba a estar Mario Götze con total libertad de movimientos. En la fase de construcción de juego, Götze debía ser la punta superior de un rombo; en la finalización tenía que ser un delantero más dentro del área. Era el hombre clave junto con Lahm, Kroos y Alaba: Pep iba a juntar en el centro del campo a los jugadores más fiables en el pase.

Robben y Ribéry tenían que jugar muy abiertos en las bandas. Desde la línea central hacia arriba, todo el espacio exterior iba a ser para ambos: «Arjen y Franck: tendréis que jugar de extremos-laterales. Tendréis que bajar al medio del campo a recoger el balón y subirlo por la banda. Mañana será responsabilidad absoluta vuestra porque los laterales jugarán como centrocampistas».

Horas más tarde, Pep me confesaría lo siguiente: «Nunca he jugado así, con los extremos haciendo de laterales. Ni en los días más atrevidos del Barça. Esto también será nuevo para mí, pero lo veo claro. Y lo harán bien. Lo veo en los ojos de Arjen y Franck: se huele y lo noto en la actitud de ambos. Y otro que lo hará bien es Müller: se le nota...».

Müller iba a estar en primera línea de ataque, junto a Mandžukić. Dos delanteros centro que debían colocarse entre los centrales y los laterales del Manchester. Era una idea que Pep había explicado muchas veces en las conversaciones con el cuerpo técnico: «Dos fijan a cuatro. Dos delanteros han de fijar a cuatro defensas. Müller y Mandžukić tienen que ocuparse de toda la defensa del United. Que sean cuatro defensas para vigilar a dos delanteros porque así Franck y Arjen recibirán el balón con mucha más libertad». El sacrificado era Rafinha, que no iba a ser titular justamente el día en que Luiz Felipe Scolari, seleccionador de Brasil, presenciaría el partido, al igual que Carlos Parreira, su ayudante y exseleccionador.

Por vez primera en la temporada, Pep anuncia la alineación titular a sus hombres el día antes del partido. En el entrenamiento se practica todo lo explicado en la charla, por supuesto. Con peto verde, los titulares forman en un 2-3-3-2 mientras Pizarro imita los movimientos de Rooney y Javi Martínez y Van Buyten copian el papel de Vidić y Ferdinand. En el campo número 1, convenientemente cerrado y lejos de la mirada de curiosos, Pep explica una y otra vez los movimientos. El balón llega limpiamente a Ribéry o Robben, muy abiertos en las bandas, mientras Mandžukić y Müller fijan a los cuatro defensas rivales. Si los extremos solo tienen un vigilante deben atacar a fondo. Si son marcados por dos rivales deben retrasar la pelota al centrocampista más cercano, es decir, Alaba o Lahm, que buscarán la asociación por dentro con Götze y los dos delanteros.

Tras cada explicación de Pep, los jugadores repiten las acciones a toda velocidad, encerrando al imaginario Manchester en su área. El entrenador cree que el United saldrá al Allianz Arena con intención de jugar totalmente encerrado, esperando la oportunidad para lanzar un contragolpe a partir de Rooney. Por esta razón quiere tener a Lahm y Alaba muy próximos a Kroos en el centro del campo.

La tarde sigue con repeticiones de movimientos y para cada circunstancia el entrenador sugiere una variante. Un miembro del cuerpo técnico lo resume gráficamente: «Les ha explicado todo lo que un entrenador puede explicar. Conocen todas las lecciones y se las saben. Solo hay que ejecutarlas».

Unos juegos de posición cierran la sesión aunque Pep impide que Robben los practique porque el día antes ha recibido un golpe en el pie y no quiere correr riesgos: el equipo ya tiene bastantes problemas. La semana anterior se había lesionado de gravedad Tom Starke, el portero suplente, y tampoco puede contar con Thiago ni Shaqiri, lesionado en Augsburg, ni con los sancionados Schweinsteiger y Martínez: «Es una lástima no poder tener a Thiago en el banquillo. En caso de apuro nos podría dar una solución».

Hay nervios, sin duda.

«Tengo el estómago cerrado —decía Estiarte—. Ante partidos de este tipo no puedo comer nada desde el día anterior. Hemos trabajado todo el año para momentos como este.»

Manuel Neuer comparte las sensaciones: «Que llegue mañana... Porque el día del partido siempre es mejor que el día anterior. Te concentras en el hotel y pronto te ves sentado en el autobús, llegas al campo, vas a calentar y a jugar. Pero el día anterior se hace largo, largo...». Neuer sustituye a Robben en los juegos de posición. Como siempre en el día previo a un partido de la Champions, Lorenzo Buenaventura ordena dos repeticiones de cinco minutos en lugar de las tres habituales: lo hace para no fatigar a los jugadores en exceso por si al día siguiente tienen que disputar una prórroga. El ejercicio es brillante y concluye con un grito inhabitual en Pep: «¡Se acabó! ¡¡Si mañana jugamos así pasamos a semifinales!!». Neuer había dado un recital con el pie, de modo que resulta inevitable compartir con Pep la broma que había surgido en Twitter unos días antes en la que Neuer le había pedido al entrenador un puesto en el centro del campo dadas las bajas de Thiago, Schweinsteiger y Javi: «Ja, ja, ja —ríe Pep—. No lo descartes, no lo descartes... Manu es capaz de todo».

Cuando ya no queda nadie en los campos de entrenamiento le pregunto si también él está nervioso: «Sí, pero no demasiado. Si hacemos bien esto del 2-3-3-2, ganaremos. Hemos de marcar en las segundas jugadas. ¿Recuerdas lo que te expliqué en agosto sobre el Barça-Chelsea de 2012? Pues hemos de hacer lo que aquel día no conseguí con el Barça: buscar el rebote y la segunda jugada. Estos saben hacerlo y ya saben todo lo que necesitaban saber. No les voy a dar ninguna charla mañana. Ya lo saben todo. Solo han de salir con valentía y jugar como saben. Si hacen eso, seguro que pasaremos». Es la hora de los jugadores.

Pocas veces he visto a Pep tan convencido.

Múnich, 9 de abril de 2014

Para comprender a Guardiola en su dimensión de entrenador volcado en el fútbol es relevante ver lo que sucede en su despacho del Allianz Arena a las 23.15 horas del miércoles 9 de abril. Hace cuarenta y cinco minutos que el Bayern ha alcanzado las semifinales de la Champions League por cuarta vez en cinco años; es la quinta vez que el propio Guardiola lo consigue en cinco temporadas. El éxito es enorme y la euforia recorre el estadio: jugadores, aficionados, dirigentes... Todos manifiestan una inmensa alegría. Guardiola especialmente. Se ha abrazado a todos sus jugadores en el vestuario, ha conversado ya con Uli Hoeness, que ha bajado a felicitarlo, y se dispone a acudir a la rueda de prensa oficial, pero antes tiene un gesto inesperado en alguien que acaba de ganar un partido tan importante. En mitad del rugido de euforia que inunda el vestuario, le pide a Manel Estiarte que concierte una cita urgente con una persona que está de visita en el Allianz Arena.

Dos minutos más tarde, Pep se encierra en su despacho con esta persona y durante un cuarto de hora ambos analizan los puntos clave del juego de uno de los tres posibles rivales de semifinales... Antes de saborear el éxito quiere preparar ya el siguiente combate y si puede tener información de primera mano, mejor. Todavía no ha tenido tiempo de celebrarlo, ni de brindar con la familia, ni de sentir íntimamente el sabor del triunfo, ni siquiera de compartir su opinión con la prensa, y ya está recogiendo información detallada de uno de los potenciales contrincantes. Este es el auténtico Pep: incapaz de paladear plenamente el éxito porque ya está pensando en el siguiente paso.

No ha sido una victoria sencilla, precisamente, aunque el partido se ha desarrollado como pretendía Pep: el Bayern ha planteado un 2-3-3-2, con los laterales en el centro del campo y Toni Kroos como mediocentro, vigilando a Rooney. Con el balón en su poder, el equipo de Múnich ha controlado todo el primer tiempo, en el que ha rematado trece veces, por una sola el United, que, sin embargo, ha cerrado muy bien su portería. En el descanso, el análisis del cuerpo técnico muniqués ha sido precisamente este: el equipo dominaba, pero no conseguía encontrar espacios libres para sentenciar el partido.

Con el marcador a cero, al descanso el Bayern estaba clasificado para semifinales y, como ha sido norma toda la temporada, cada vez que las cosas son favorables el equipo de Pep se ha dejado ir, tanto en la Champions contra el City como en la liga frente al Gladbach o el Hoffenheim. Es la misma sensación de superioridad que ha manifestado frente al United, cuando ese 0-0 bastaba para pasar a semifinales y el equipo se limitaba a mantener el control. Pep ha agitado los brazos una y otra vez, reclamando más intensidad, más empuje, más profundidad a sus jugadores, pero la reacción solo ha llegado tras recibir un puñetazo en toda la mandíbula, en forma de un disparo formidable que el francés Evra ha alojado en la portería de Neuer. Entonces sí, todo ha temblado porque en ese preciso instante, minuto 56 de partido, el Bayern estaba eliminado.

Y entonces los jugadores han espabilado. ¡Vaya si lo han hecho! Solo han transcurrido 69 segundos hasta que Ribéry y Götze han provocado el desequilibrio en la banda izquierda, mientras Müller ha arrastrado fuera de su zona a los centrales del United y ha facilitado que Mandžukić cabeceara a gol con la tenue oposición de Evra. En este punto, Pep ha modificado su plan, introduciendo a Rafinha por Götze en el equipo y situando a Lahm y Kroos como doble pivote. En poco más de 10 minutos, un

Bayern desenfrenado ha superado por completo al United, con goles de Müller y Robben, y se ha podido ver a Pep girándose hacia la afición pidiendo una ovación para los jugadores.

Ya es medianoche cuando por fin puede acudir al restaurante de los jugadores, abrazarse a sus tres hijos y besar prolongadamente a su esposa. Tiene un hambre voraz, como cualquier día de partido dado que es incapaz de probar bocado durante el día. Sencillamente, no come. Por esa razón, siempre cena el doble. Hoy elige su especialidad preferida, el salmón marinado, y en cuanto termina el plato se levanta a por otra ración. «Ponme mucha pimienta», le dice al cocinero del Players Lounge. Y en vez de la acostumbrada copa de champán pide dos: «No, mejor trae cuatro copas. O la botella entera».

Es el Pep más bromista y liberado. El de después de los partidos. Pero la de hoy es una noche muy especial: ha llegado a su quinta semifinal de la Champions. Cinco de cinco. Nunca se ha quedado en el peldaño anterior. La cena se convierte en un repaso pormenorizado del partido: los aciertos y los errores, los jugadores excelentes y también aquellos que han estado un punto por debajo de lo esperado: «Arjen está monstruoso. Monstruoso. Y Rafinha ha sido tremendo. Salir tan enchufado del banquillo es de tío brillante. Y Kroos. Tremendo Toni. Hace un año jugaba de mediapunta y hoy ha secado a Rooney, ¡a Rooney!, jugando de mediocentro defensivo. Uf, estoy orgulloso de mis jugadores». Le comento las dificultades para romper la defensa inglesa: «Claro, qué te creías... Son muy buenos. A mi me ha gustado nuestro 2-3-3-2, pero nos ha costado encontrar espacios por donde colarnos. En la primera parte solo los hemos conseguido gracias a Robben. En la segunda ya los hemos encontrado por todas partes». También le digo que hasta el gol de Evra para el Manchester, los jugadores del Bayern parecían jugar con el freno de mano puesto: «Es verdad, es verdad, y no sé la razón. Lo hemos hablado luego con Lahm y tampoco tiene respuesta. A veces ocurren estas cosas y no hay una explicación clara...».

Pep está en modo «torrente de ideas». Analiza el juego desarrollado por el equipo y, en paralelo, ya describe cómo enfrentarse a cualquiera de los tres rivales. Él prefiere que el sorteo le empareje con el Atlético de Madrid. ¿Y si llegaras a la final? «Si llegas, da igual. Ojalá lleguemos. Sobre todo por Thiago...».

Bastante entrada la madrugada, Pep abandonará el estadio con su hija Valentina dormida en brazos. Al entrenador le costará conciliar el sueño, pero a las 8.30 horas del día siguiente ya estará en el despacho, empezando a revisar al próximo rival en la liga, nada menos que el Borussia Dortmund. El entrenamiento general en el campo número 2 será relajado y alegre, pero en un momento dado Pep cortará todas las bromas. La sesión es abierta al público, aunque quienes jugaron contra el United se han ido lejos de la gente, hasta el campo número 1, y practican allí unos *rondos* de entretenimiento. En uno de ellos, Dante es objeto de un caño y todos gritan, bromean y ríen. El jolgorio es tan monumental que Pep, irritado por la escandalera que se organiza, acude de inmediato, ordena seriedad y respeto por los aficionados que llenan Säbener Strasse. Los titulares harán la parte final de la sesión, consistente en una docena de series de sesenta metros suaves, delante del público y en silencio.

Múnich, 12 de abril de 2014

El camino de Guardiola en el Bayern se inició con una derrota en Dortmund, en la Supercopa alemana, el 27 de julio de 2013, y vive otro gran tropiezo ocho meses y medio más tarde ante el mismo equipo, esta vez en Múnich y en la liga. Nadie más apropiado que Jürgen Klopp, para enjuiciar a su gran rival, aunque el entrenador alemán quiere matizar: «Bueno, Pep no es mi rival. Yo lucho contra otros dieciséis equipos, así que en realidad tanto él como yo tenemos diecisiete rivales y no solo uno». Klopp tiene la amabilidad de retrasar su salida del Allianz Arena y dedicar unos minutos a evaluar el estilo de Guardiola: «Es increíble su habilidad para desarrollar los equipos que dirige, porque crea una forma de jugar muy compleja, verdaderamente compleja, especial y difícil de combatir. Lo hizo en Barcelona y lo está haciendo de nuevo en este primer año en el Bayern Múnich». Incluso más valioso que el modo de jugar, el entrenador del Dortmund piensa que la gran fortaleza del equipo de Pep reside en dar continuidad al esfuerzo competitivo: «Lo que hace es duro y muy difícil. Es muy difícil estar tan centrado en el siguiente partido que te toca jugar y más cuando tienes mucho éxito. Esto es lo que he estado pensando durante el año: que lo más importante que ha conseguido Pep, además de jugar un fútbol brillante y extremadamente difícil de hacer, es aguantar a “ritmo de tigre” todo el tiempo, un partido tras otro, y el siguiente y el siguiente. Eso es lo más difícil, pero hasta ahora lo está consiguiendo. Y no creo que se paren».

Klopp está feliz. Ha logrado vencer por 0-3 en el Allianz Arena, devolviéndole a Pep exactamente el mismo resultado que obtuvo el Bayern en Dortmund a finales de noviembre de 2013. Es verdad que la trascendencia no es la misma: en Dortmund, la liga estaba en juego y, sin embargo, en el partido de Múnich ya no hay nada por decidir, salvo el orgullo. Para el Bayern ha sido un golpe duro, otro más en este mes de abril irregular y lleno de flaquezas.

Pep no planteó mal el partido. Situó el equipo en un 2-3-2-3 en el que Rafinha, Lahm y Alaba componían la primera línea de centrocampistas y Schweinsteiger y Götze la de mediapuntas. Si el Dortmund tapaba la salida de balón de Lahm, era Rafinha quien asumía la responsabilidad y con mucho acierto. Todo iba bien para el Bayern hasta que se defendió mal de un fuera de banda y el BVB soltó uno de sus característicos latigazos, que acabó en un gol de Mjitaryán. Eso bastó para que al equipo de Pep se le nublara la vista y ya no digamos en el segundo tiempo, cuando Neuer fue sustituido por Raeder a causa de una contractura en el gemelo de la pierna izquierda. En pocos minutos, un contraataque y un pase largo del Dortmund acabaron con el Bayern y redondearon un 0-3 amargo y duro, colmado de malas sensaciones.

Ya no son solo unos pocos síntomas, sino algo más serio y profundo: el equipo está en caída libre a solo semana y media de enfrentarse al Real Madrid en las semifinales de la Champions. Hay jugadores lesionados (Thiago, Neuer, Shaqiri), bloqueados (Ribéry, Götze) o en baja forma (Schweinsteiger, Mandžukić) y el estado emocional del colectivo se aproxima a la impotencia. La descompresión tras conquistar la liga ha dado paso a la pérdida de identidad, precisamente en las semanas decisivas de la temporada. El equipo ha perdido su *momentum*, ese estado de gracia que disfrutaban los equipos cuando están en forma.

Es interesante observar atentamente el comportamiento de Pep en la derrota. No es una situación habitual para él: en sus 303 partidos como entrenador de Primera División (cuatro años en el Barcelona, uno en el Bayern) solo ha perdido 27 veces: una derrota cada once partidos como promedio. Estas derrotas otorgan una dimensión real a las victorias y no es en vano que uno de sus libros de cabecera sea *Saber perder* de su amigo David Trueba, el cineasta. La derrota también es una catarsis, una revelación o, como me dijo una noche el periodista Isaac Lluich, refiriéndose a la derrota de Dortmund en la Supercopa alemana del inicio de la temporada, también puede ser una necesidad: «Para Pep, empezar perdiendo supuso esa dosis de épica y drama que todo héroe necesita para llevar a cabo, a continuación, la proeza».

Siempre hay una caída, entre otras razones, porque todo triunfo se construye a partir de los restos de la derrota anterior, siempre y cuando la derrota se encaje con clarividencia.

El Bayern acaba de perder y no de cualquier forma. El 0-3 encajado en el Allianz Arena ha sido duro porque Guardiola no ha escatimado potencia en la alineación: ha jugado con los titulares, no como en la reciente derrota en Augsburg, en la que llenó el equipo de suplentes y juveniles. Y ha trabajado duro analizando al rival y buscando los matices tácticos para superarlo. Pero ha sido en vano. El Dortmund de Jürgen Klopp ha sido superior.

En la conferencia de prensa posterior, Pep se muestra más abierto y habla más de lo habitual. Tiene buena relación con Klopp, le felicita en público, reconoce los errores propios y la necesidad de que el equipo recupere el ritmo competitivo que ha perdido tras conquistar la Bundesliga. En los pasillos interiores del Allianz Arena se detiene ante cada aficionado que le pide un autógrafo o una fotografía con él. Sonríe. La derrota, en apariencia, no parece afectarle.

En el Players Lounge saluda cariñosamente a los jugadores y a las familias, pero advierte una diferencia respecto de otras noches: cena con Cristina, su esposa. Quizá solo sea casualidad, pero creo encontrar un significado en ello. Normalmente, Pep llega al restaurante del equipo y se abraza cariñosamente a sus hijos, Valentina, Màrius y Maria. Les llena de besos y carantoñas y a continuación se abraza a Cristina, su esposa, y pasa unos minutos hablando con ella. Pero pronto llegan amigos o conocidos o familiares de jugadores que quieren fotografiarse con él o saludarle y Pep siempre asume que no puede compartir ese rato plenamente con la familia, así que la siguiente hora la dedica a dichos compromisos mientras comparte cena con Estiarte o Torrent. Solo más tarde podrá estar con la familia.

Hoy no. Hoy se sienta con Cristina y en lugar de champán pide una copa de vino tinto. Sentado a la mesa contigua tengo la impresión de que Pep necesita un rato de intimidad para compartir el mal trago a solas con su compañera. Como si le resultara imprescindible guardar duelo por la derrota, tener unos minutos de recogimiento, más personales que futbolísticos, antes de volver a arrancar el motor.

Durante media hora, nadie se acerca a la mesa de Pep, como si todos los presentes hubieran tomado conciencia de que el entrenador desea unos minutos de soledad. Al rato, son los propios hijos quienes rompen la introspección de Pep para informarle que el Barça ha perdido en Granada y, quizá, haya dejado escapar las opciones de defender el título de la Liga española. Queda poca gente en el restaurante. Arjen Robben, enfadado, explica sus sensaciones en la derrota: el equipo tiene que volver a pelear con hambre si quiere llegar a la final de la Champions. Pep ha terminado el paréntesis y, copa de vino en mano, cambia de mesa y vuelve a ser el Pep enérgico y entusiasta, como si Cristina le hubiera recargado la batería: «Me he equivocado». Pienso que se refiere a alguna cuestión táctica, pero no. Habla de la manera de gestionar el éxito: «Al 95% nadie es nadie. Yo tampoco. Ni falso humilde ni hostias. Yo tampoco soy nadie si no voy a tope. Mira, te digo una cosa: yo no me siento un buen entrenador. Sé que cuesta creerme, que la gente piensa que es falsa humildad, pero es lo que siento de verdad: yo dudo mucho, dudo de todo y no estoy seguro de nada. Pero algo sé seguro: me he equivocado. Nos hemos creído los mejores y desde Berlín [cuando ganaron la Bundesliga] hemos caído. Pero no de cualquier forma: hemos caído en picado».

Màrius y Maria se acercan a nuestra mesa y escuchan con atención a su padre. De vez en cuando le interrumpen para preguntarle algún pequeño detalle, pero Pep sigue con su discurso: «Mira, el elogio debilita. Nos ocurre a todos. Después de Berlín me volví blando. Me pidieron no entrenar al día siguiente y acepté. Para evitar lesiones dejé de hacer entrenamientos con partidos once contra once a toda máquina y la cagamos. Quise proteger a los jugadores de cualquier lesión y lo que hice fue volverlos blandos. Y blandos no somos nadie. Y esto no es un problema táctico. Este equipo ha estado 53 partidos invicto, con Jupp [Heynckes] o conmigo, con mil tácticas diferentes. Un total de 53 partidos, con lesionados, con bajas importantes, con tácticas distintas, sin perder. Pero corríamos. Corríamos como leones y hemos dejado de hacerlo. ¡Ni tácticas ni leches!».

Cristina se incorpora también a la mesa. Quiere acompañar a su esposo en ese proceso de recuperación de la energía emocional y sugiere que, en el éxito, la relajación es inevitable: «Pero Pep, eso nos ocurre a todos. Yo he llegado al estadio relajada, sin los nervios de otros días, pensando en que jugábamos contra el Dortmund con la liga ya ganada», dice la esposa. «Claro, claro, tienes razón, no lo niego. Yo mismo he sido otro hoy. Imagínate que he podido comer antes del partido...». A mediodía, en el hotel de concentración ha comido un plato de gambas, síntoma de que apenas estaba nervioso: «Sí —añade—, pero preparé el partido con el mismo interés de siempre. Ayer salí de la ciudad deportiva a las nueve de la noche. Habría querido pasar la tarde en casa con los niños, pero la pasé encerrado en el despacho analizando al Dortmund y buscando soluciones. Cuando nos fuimos de Säbener Strasse con Carles Planchart no quedaba nadie. Cerramos nosotros la puerta. Yo trabajo duro y esto de hoy es una cagada».

Quiero saber si, además, hay razones tácticas que expliquen esta derrota tan dura: «Hemos jugado bien al principio y he pensado: hoy hemos arrancado bien, aunque nos costaba encontrar a Götze entre líneas. Si los dos mediocentros del Dortmund vigilaban a nuestros dos mediocentros, entonces está claro que Götze estaba libre, pero no hemos acertado a encontrarlo. Pero no me quejo demasiado del primer tiempo: con Rafinha y Alaba jugando por dentro, ¿cuántos contragolpes nos han hecho en la primera parte? Ni uno. Ahora bien, en la segunda, cuando los he puesto por fuera para dejar cuatro atacantes arriba, nos han destrozado. Bueno, es interesante por si jugamos la final de la Copa contra ellos. Pero me costaba verlo claro durante el partido porque estaba muy cabreado». Sus hijos le preguntan por algunos jugadores, pero Pep les dice que no, que se trata de la actitud colectiva: «No podemos sentirnos dioses. No somos dioses y tenemos que correr. Cuando un equipo está realmente bien todo pende de un hilo. Basta que dejemos de correr un poco para que el hilo se rompa y el invento se nos caiga».

A medida que habla y habla, Guardiola va delineando su plan de actuación en los próximos días: «*S'ha acabat el bròquil* [frase catalana que significa “se acabó lo que se daba”]. Ya no haré rotaciones en Braunschweig [el sábado siguiente juega en casa del colista] y si alguien se lesiona, mala suerte, en el Bernabéu jugará otro. Al fin y al cabo hemos ganado la Bundesliga con medio equipo roto, hemos ganado en campos difíciles sin muchos de los titulares, como el día del 0-3 en Dortmund. Mira: nadie nos metía ni un gol y en solo tres días hemos pasado a ser un coladero. Hemos de acabar con esto».

Màrius, de 11 años, le pregunta a su padre si piensa comentarles todo esto a sus jugadores: «¡¡Por supuesto!! El lunes, a entrenar. Y el martes, la charla ha de ser así. Les diré que me he equivocado. Mucho. Pero los jugadores han de correr como bestias, sin creerse que el éxito les otorga algún tipo de estatus superior. Para ser buenos, para seguir siendo buenos hemos de correr. A mi me pagan para entrenarlos y a ellos, para correr. No nos pagan para hacer un juego bonito, sino para correr. Cuando un equipo deja de correr pasa a no ser nadie. Si queremos jugar las dos finales [la Copa alemana y la Champions] hemos de exigirnos al máximo». Le planteo lo mismo que le ha comentado Cristina: la relajación es inevitable cuando se gana. «Sí, desde luego, es lógico que ocurra, pero no lo acepto. Ya me ocurrió en el Barça, que después de ganar cada liga siempre nos caímos, pero no lo acepto. Me rebelo contra esto. Yo no me quiero ir de vacaciones con esta mierda encima, con este 0-3 y sin haber hecho

todo lo posible. ¿Nunca me habían ganado 0-3, verdad?». Es una pregunta retórica porque Pep sabe que no, que nunca había perdido por semejante resultado en casa [aunque algo peor, el 0-4 ante el Real Madrid, está por venir].

El siguiente paso consiste en llegar a la final de la Copa: «Espero que el Kaiserslautern [equipo de Segunda División que el miércoles visita el Allianz Arena para la semifinal] pague los platos rotos de esto de hoy. Ahora bien, te digo una cosa: quizá nos venga bien esta derrota. Porque si hubiéramos ganado al Dortmund nos habríamos creído aún mejores. Puede ser que esta derrota nos vaya bien. Ahora, si llegamos a la final, ya no seremos favoritos en la Copa. Si jugamos contra el Dortmund, es evidente que los favoritos serán ellos. Y en la Champions, es evidente que no lo somos ante el Real Madrid». Su cabeza ya se centra en la charla del martes y los partidos de los dos siguientes miércoles (Kaiserslautern y Real Madrid): «Ahora hay que volver a entrenar sin parar y a tope. Y contra el Madrid, dos delanteros han de sujetar a cuatro defensas, nuestros dos extremos han de hacer de laterales, como ante el United, y por dentro han de estar los buenos y jugar posesiones largas de balón. Contra el Madrid, pocas palabras: les daré estas dos ideas tácticas, algún matiz concreto a algún jugador, y a correr como bestias. Para ganar necesitamos dos ideas: controlar los contraataques y tener posesiones largas. Y *laufen*, mucho *laufen*. Correr como cabrones...».

Hace casi tres horas que el partido ante el Dortmund ha terminado. El Allianz está prácticamente desierto y, como siempre, Pep lleva en brazos a la pequeña Valentina, dormida. La escena se repite partido tras partido, salvo que hoy sucede en la derrota. En estas tres horas, Guardiola ha transitado velozmente por esta derrota. La ha aceptado y reconocido, la ha masticado amargamente en privado, la ha verbalizado, identificando sus errores y los de los jugadores, la ha intentado paliar estableciendo las pautas a seguir en los próximos días y la ha transformado ya en un factor positivo del que salir más reforzado.

En el ascensor de bajada proyecta hasta la próxima temporada: «Lewandowski y alguno más. Más competitividad interna. Que nadie se sienta titular, que haya que ganarse el puesto como cabrones en cada entrenamiento. Si no lo hacemos así nos puede suceder como a otros equipos. Hay que renovarse en el éxito si no queremos ir por detrás del Dortmund en la próxima liga».

Pep no se va del estadio sin mencionar algo que lleva tiempo meditando: su idea de juego es contracultural en Alemania. No lo dice como algo negativo ni conflictivo, sino como una realidad, como una oportunidad de ampliar horizontes.

Madrid, 23 de abril de 2014

El Bayern ha jugado en el estadio Bernabéu con una personalidad que pocos equipos han mostrado en semejante estadio. Ha encerrado al Real Madrid en su área, ha tenido el balón en su poder y lo ha manejado a gusto hasta tal punto que a los nueve minutos se han empezado a oír los primeros silbidos de aficionados locales, quejosos por la manera en que el equipo de Múnich estaba avasallando al Madrid. La charla de Guardiola a sus jugadores había sido breve y escueta: «Sois grandes futbolistas. Salid a este estadio histórico y demostradlo. Salid a jugar como sabéis. Esto es fútbol, sois futbolistas, sed futbolistas».

Durante dieciocho minutos, el Bayern ha ofrecido una auténtica exhibición de juego. Pocos días atrás, el Real Madrid ganó la Copa del Rey ante el Barcelona a base de jugar muy encerrado atrás, distribuido en un 4-4-2, que le había permitido controlar al rival y ajusticiarlo al contraataque. Magnífico tácticamente, el entrenador Carlo Ancelotti ha planteado del mismo modo su enfrentamiento contra el Bayern: ha cedido el dominio del partido y del balón al conjunto alemán y se ha encerrado en su área, donde Pepe y Sergio Ramos han sido dos colosos. El Bayern ha hecho todo cuanto le había pedido su entrenador: Kroos ha cogido el balón, lo ha movido de banda a banda, ha atacado por los costados, Robben se ha acercado a la zona central, los laterales han mandado balones a la cabeza de Mandžukić y el equipo ha finalizado las jugadas para evitar los contragolpes blancos. Pero el dominio aplastante no se ha traducido en ocasiones de auténtico peligro hasta que Mandžukić, en el minuto 18, ha cedido de cabeza el balón dentro del área para que disparara Toni Kroos a bocajarro. La jugada parecía irremediabilmente destinada a concluir en gol, pero Pepe ha puesto su cuerpo y ha despejado el balón, que ha ido a parar a pies de Benzema. Hasta ese momento, el Madrid solo había cruzado tres veces la línea del círculo central y en esta jugada ni siquiera ha necesitado lanzar un verdadero contraataque para marcar: simplemente, sus jugadores han avanzado sin que ningún jugador del Bayern les interrumpiera, hasta que Benzema ha marcado el gol local ante una mezcla de pasividad y timidez de los defensas muniquestes.

Ha sido un golpe anímico muy duro para un equipo que en las últimas tres semanas ha ido perdiendo gradualmente la forma y al que solo han sujetado hombres como Lahm, Kroos y Robben. Incluso un portero tan formidable como Neuer ha regresado lleno de dudas y errores tras la lesión sufrida once días antes contra el Borussia Dortmund. Al Bayern se le ha escapado el *momentum* y ahora, tras un primer tramo de juego espléndido en el Bernabéu, ha sentido la amargura de haber encajado un gol frente a un rival que le ha esperado agazapado.

Guardiola intentó relanzar a sus hombres durante la semana y media que había transcurrido entre la derrota frente al Dortmund (12 de abril) y la visita a Madrid (23 de abril). El martes 15 reunió a la plantilla y les resumió sus sentimientos tras la derrota por 0-3 ante el Dortmund en el Allianz Arena. En el auditorio de Säbener Strasse, con las luces apagadas, Pep empezó la charla pidiendo disculpas a sus jugadores por no expresarse mejor en alemán: «Pero creo que me entenderéis sin problemas», les dijo. Explicó que cuando llegaba a casa tras los entrenamientos o después de un partido acostumbraba a abrir una botella de vino para cenar y la compartía con su esposa. Los jugadores se rieron porque Pep hizo el gesto de que se trataba de botellas enormes. «En esos momentos, en casa —prosiguió—, pienso en

vosotros, en cómo puedo ayudaros, en qué puedo hacer para que juguéis aún mejor, más seguros. En cómo puedo aportar cosas que os ayuden». Pero lo que no puede hacer, dijo, «es correr por ellos.» Y les mostró un breve vídeo en el que se veía el ritmo del equipo antes de conquistar el título de liga y después de lograrlo. La diferencia era muy evidente. Habían dejado de correr a tope. «Esto es muy normal y nos ocurre a todos cuando ya hemos ganado. Pero hemos de pensar que si no corremos, casi no somos nada. Que si pedimos el balón al pie en vez de pedirlo al espacio nos volvemos intrascendentes». En este punto encendió las luces del auditorio y puso una pizarra delante de sus hombres. Estaban escritas unas cifras escuetas:

27 partidos = 13 goles

3 partidos = 7 goles

Era el balance de goles encajados en los partidos de liga disputados hasta ese día. Solo trece goles en los primeros veintisiete encuentros, los que se necesitaron para ganar el título. Y desde entonces, siete goles en solo tres partidos. El desmoronamiento del equipo había sido contundente. Las cifras reflejaban la realidad mejor que las palabras.

En los siguientes dos partidos que disputaron, los jugadores se esforzaron por corregir el problema. Vencieron en semifinales de la Copa al Kaiserslautern (5-1) y visitaron el campo del colista de la liga, el Eintracht Braunschweig, donde ganaron por 0-2. No fueron partidos sencillos. Aunque estaba en Segunda División, el Kaiserslautern fue valiente en su visita al Allianz Arena. Pep hizo jugar al mejor equipo disponible, salvo al portero Neuer. El partido dejó sensaciones ambivalentes: por un lado, mucha alegría porque se accedía a la final de Berlín, una final más y a lo grande, nada menos que contra el Borussia Dortmund; por otro lado, el juego había sido espeso y sin la vitalidad exhibida en febrero y marzo. Los jugadores lo intentaban, pero el *flow* no aparecía. Tampoco apareció en Braunschweig, donde el colista liguero peleó con uñas y dientes en busca de una última oportunidad para no descender. El partido fue, posiblemente, el peor del Bayern en toda la temporada. Algunos jugadores fallaron más de la mitad de los pases en el primer tiempo y el porcentaje total de pases correctos del equipo terminó en un paupérrimo 78%.

Cinco días antes de enfrentarse al Real Madrid era evidente que el jugador más brillante de 2013 estaba bloqueado: Franck Ribéry estaba en baja forma y no por falta de interés o voluntad. Se esforzaba al máximo, pero no conseguía volver al estado de gracia que le permitía irse de cualquier defensa rival. Podía tratarse de un bloqueo mental, aunque era indiscutible que los serios problemas en la espalda (le operaron el 6 de febrero de un hematoma) no eran ajenos a su bajo rendimiento. Estos dolores lumbares acabarían impidiéndole jugar el Mundial unos meses más tarde.

El triunfo en Braunschweig llegó a partir de un gol de Pizarro en el minuto 75, el delantero más eficaz del año. Visto su rendimiento (marcó un gol cada 68 minutos), Pep insistió en la renovación de su contrato por una nueva temporada.

En Madrid les esperaba un equipo rocoso que a la postre sería el sucesor del Bayern como campeón de Europa. Guardiola dudaba de si incluir a Ribéry en la alineación a la vista de su estado. Tampoco tenía motivos para sentirse optimista: antes de salir de Múnich se conoció el fallecimiento del padre de Højbjerg. En la expedición, Alaba estaba con gripe, Neuer salía de una lesión, Götze no acababa de despuntar, el juego colectivo tenía muchos defectos y, para colmo, Javi Martínez —que iba a ser titular— padeció una gastroenteritis que le hizo perder casi cuatro kilos durante el fin de semana.

Los jugadores habían corrido mucho más y se habían esforzado en los dos partidos disputados tras la charla del 15 de abril, pero el equipo no tiene ese ángel de los meses anteriores. Pese a todo, el Bayern se hallaba donde quería: era campeón de tres títulos, finalista de la Copa y estaba a 180 minutos de la final de la Champions. Pero enfrente tenía al Real Madrid, el equipo en mejor forma del continente.

Pep eligió ser valiente en el Bernabéu, un estadio en el que había vivido grandes victorias con el Barcelona. No le habían gustado nada las habladurías de Múnich sobre «la bestia negra», en referencia a lo que el Bayern suponía para el Real Madrid, porque Pep es especialmente respetuoso con este club, no en vano fue siempre su gran adversario, tanto como jugador como siendo entrenador. Pero a pesar del delicado momento que atravesaba su equipo quería ser valiente y protagonista en el Bernabéu: «Hemos trabajado mucho para llegar hasta aquí —me comentó— y nos lo hemos ganado a pulso. Solo he tenido la plantilla completa durante tres semanas de la temporada, solo tres semanas. Hemos currado como cabrones para estar donde estamos y ahora no vamos a rendirnos. Hay que disfrutar esto. Me entusiasma intentarlo. Intentar quitarle el balón al Madrid, hacer buenas salidas desde atrás y dominar en el Bernabéu».

El balón ha sido del Bayern. En el primer cuarto de hora lo ha tenido nada menos que el 80% del tiempo y casi todo el rato en campo contrario, pues el Madrid apenas ha salido de su área. Schweinsteiger ha cabeceado un córner, pero sin demasiada fuerza y Casillas ha detenido el balón. Robben ha disparado desviado desde fuera del área. El dominio muniqués ha sido abrumador, pero el equipo no ha conseguido crear acciones de verdadero peligro. Hasta que en el minuto 18 Kroos ha tenido el remate idóneo para abrir el marcador. Se ha interpuesto Pepe, el balón ha salido rebotado hacia Benzema, ningún jugador del Bayern ha defendido con contundencia y 19 segundos más tarde Neuer ha encajado el gol, precisamente en remate de Benzema. Ha sido lo peor que podía pasarle a un equipo que llegaba muy justito a semejante escenario: ser valiente, dominar el partido y, sin embargo, encajar un gol en la primera ocasión del rival.

Aunque se ha esforzado, el Bayern ha pasado a continuación por un bache que ha durado seis minutos durante los cuales el Madrid ha generado dos ocasiones tímidas de gol y una muy peligrosa, a cargo de Cristiano Ronaldo. El equipo no solo no se ha hundido anímicamente, lo que habla muy bien del coraje de sus jugadores, sino que ha recuperado pronto el dominio y ha vuelto a encerrar al conjunto local hasta que en el último instante del primer tiempo Di María se ha plantado solo ante Neuer y ha disparado alto. Cada cual con su plan, ambos equipos estaban jugando muy bien. El Madrid había cedido nada menos que nueve saques de esquina en ese primer tiempo, pero había logrado minimizar los remates muniqueses. El Bayern había dominado el juego de forma abrumadora, pero su presencia en el área de Casillas había resultado muy tímida.

Tras el descanso, el Madrid ha tenido el balón durante los primeros seis minutos, en los que ha dominado por completo, pero pronto el partido ha vuelto a la dinámica inicial. El Bayern ha sido ligeramente más punzante en ataque y los contraataques del Madrid se han reducido a la mínima expresión (solo uno de Bale en el minuto 88). Desde la entrada de Müller y Götze sustituyendo a Ribéry y Mandžukić, el equipo de Pep ha controlado menos el juego aunque en cambio ha generado más ocasiones de peligro, que han culminado en el minuto 84 con un disparo de Götze a bocajarro que ha desviado Casillas.

El ataque del Bayern ha resultado estéril: ha lanzado 15 saques de esquina, ha centrado 31 veces al área desde las bandas, ha acertado el 94% de los pases y ha rematado 18 veces, el doble que el Madrid, pero las ocasiones de auténtico peligro han sido insuficientes. El remate de Götze ha simbolizado este dominio sin acierto. Podía haber sido el gol que *Kalle* Rummenigge había pedido el día que el sorteo les emparejó con el Madrid: «Si marcamos en el Bernabéu —dijo Rummenigge la mañana del sorteo— estaremos en la final». Pero Casillas ha evitado el gol de Götze y el Bayern ha salido del partido con el ceño fruncido.

Pep sería muy criticado. Ya lo había sido en las semanas recientes, cuando perdieron ante el Augsburg y el Dortmund. Algunos periódicos alertarían del final de un modo de jugar. Franz Beckenbauer pronunciaría las siguientes palabras en su intervención televisiva en Sky Alemania: «La posesión no significa nada cuando el rival tiene sus oportunidades. Podemos estar contentos de que el

Madrid solo nos marcará un gol». Pep también recibiría mensajes de apoyo. Uno de ellos, de un jugador del Barça: «Pep, puedes estar muy orgulloso de tu equipo. Lo que habéis hecho en el Bernabéu está al alcance de muy pocos», decía el SMS.

En el encuentro contra el Real Madrid se había producido un grave error general de apreciación. Basta con revisar los 90 minutos completos para comprenderlo. El Bayern había jugado un partido formidable (y el Real Madrid también), posiblemente uno de los mejores en mucho tiempo, pero estuvo muy desacertado en el remate. Las conclusiones en caliente habían sido completamente opuestas y generaron un clima de pesimismo entre jugadores, prensa y afición que acabó teniendo un peso significativo en el desastroso planteamiento que haría Guardiola en el partido de vuelta.

El Bayern había jugado extraordinariamente bien, aunque era indiscutible que había rematado mal, muy mal. Pero todos los análisis se centraron en el gol de Benzema y las dos oportunidades de Cristiano y Di María y apenas valoraron el dominio y la personalidad que el equipo había demostrado en uno de los estadios más emblemáticos del mundo. Fue un grave error de apreciación.

En paralelo a ello afloró el choque cultural entre la forma de jugar que Pep había implantado y la tradición del fútbol alemán. «Claro que esta manera de jugar es contracultural —dice Pep en la cena posterior al partido—. Y no creas que no lo comprendo. La manera de jugar que hay en Alemania es distinta a la que yo siento. Seguramente gusta más la manera del Madrid o del Dortmund, pero chico, el Bayern me contrató a mí. Y mira que hago equilibrios entre mis ideas y la cultura alemana del juego, pero al fin y al cabo lo que acaba importando son los jugadores. Y te digo una cosa: los jugadores están a favor de esta idea.»

El choque cultural puede interpretarse en clave negativa o no, pero es una realidad. Si la Bundesliga se caracteriza por sus excelentes contraataques y el juego directo, vertical y rápido, el modelo de juego de Guardiola choca frontalmente con ello. Su juego de posición se basa en avanzar de manera agrupada y ganar posiciones a lo largo del terreno de juego como si se tratara de unos alpinistas que escalan una montaña en cordada. Es un modo de jugar en el que no importa regresar hacia atrás si una vía de ataque está cerrada, ni insistir tantas veces como haga falta en el pase hasta conseguir desordenar al rival. Evidentemente, son dos culturas diferentes de fútbol, muy diferentes, así que este contraste es inevitable.

Rummenigge parece más preocupado que Pep por este choque cultural. Tras la cena en el hotel Intercontinental de Madrid se acerca, junto con Matthias Sammer, a la mesa del cuerpo técnico y durante media hora anima al entrenador, al que ve decaído. Le dice que no se aparte de su idea, que confíe en ella y en los jugadores, en la manera de jugar que ha permitido llegar hasta hoy con tantos éxitos en el balance. Que esa es la idea que el Bayern apoya como club y en la que quiere profundizar durante los próximos años.

Pep y sus colegas del cuerpo técnico, Domènec Torrent y Carles Planchart, pasan las siguientes horas diseccionando el partido y planteando soluciones con las que afrontar el partido de vuelta. El entrenador piensa que sería bueno jugar con tres defensas centrales y poblar el centro del campo para evitar un gol del Madrid, porque encajarlo implicaría que el Bayern debía marcar tres y sus delanteros no pasaban por el mejor momento del año. Hasta las 3.48 horas de la mañana detallan el plan de juego del encuentro del martes siguiente y Pep le pide a Torrent que no le permita cambiar de idea, pasara lo que pasara. Sabe cómo quiere jugar y desea no cambiar de opinión.

Pep no está decaído por el resultado, ni por las críticas. Simplemente, ha recibido una llamada de un médico que le ha informado sobre el delicado estado de salud de Tito Vilanova.

Momento 61

La catástrofe

«Me he equivocado, tío. Me he equivocado por completo. Es una gran cagada. La peor cagada que he hecho nunca como entrenador.»

Múnich, 29 de abril de 2014

Pep acaba de llegar a su despacho del Allianz Arena tras pasar por la conferencia de prensa en la que ha asumido toda la responsabilidad de la catástrofe. El Real Madrid ha aplastado al Bayern (0-4) en esta semifinal de la Champions que marcará para siempre la trayectoria de Guardiola como entrenador: es la peor derrota de su carrera y también la peor del Bayern en toda su historia en competiciones europeas. El Bayern ha sido vencido, aplastado y humillado en su propio estadio por el equipo que cuatro semanas más tarde se proclamará campeón de Europa, tomando el relevo del club de Múnich.

En saques de esquina, el Bayern solo había encajado dos goles en remates directos a lo largo de toda la temporada: Adrián Ramos, del Hertha, en la liga, y Nemanja Vidić, del Manchester United, en la Champions (Süle, del Hoffenheim, también marcó pero después de que el balón se le escapara a Neuer, y Rafinha se marcó gol en propia puerta). El siguiente gol de córner de la temporada lo ha encajado contra el Madrid, tras un remate de Sergio Ramos, que se ha elevado de forma majestuosa sobre la defensa local en el minuto 16 y ha conseguido un tanto que ha puesto contra las cuerdas al equipo de Pep. Ha sido el inicio de la debacle.

En todo el curso, al Bayern no le habían metido ningún gol de falta indirecta, pero a los veinte minutos de partido Di María ha sacado una falta, ha peinado Pepe el balón hacia atrás y Sergio Ramos ha batido a Neuer, aprovechando que Dante protegía incorrectamente la posición. Un cuarto de hora más tarde ha marcado Cristiano Ronaldo en un contragolpe que se ha iniciado en un balón perdido en ataque por Ribéry y para cerrar la negra noche, el Bayern ha encajado en el último minuto de partido su segundo gol de la temporada de falta directa, de nuevo gracias al acierto de Cristiano Ronaldo, que ha disparado raso mientras toda la barrera de defensores saltaba. Un gol que ha dejado un regusto amargo, de rotunda humillación.

La forma en que el Madrid ha conseguido tres de sus cuatro goles —a balón parado— podría dar una imagen irreal de lo sucedido. Por una parte, ha sido algo inaudito y sorprendente porque el Bayern había sido hasta entonces el equipo más fiable de Europa en acciones a balón parado: en los 52 partidos disputados hasta hoy únicamente había encajado un gol de falta (lo marcó Sejad Salihovic, del Hoffenheim) y solo dos de córner en remate directo del rival. Las cifras no admiten ninguna duda. Pensemos que a un equipo formidable como la Juventus de Turín, ganador aplastante de la liga italiana nada menos que con 102 puntos, récord absoluto, le metieron durante el año diez goles entre saques de esquina y faltas laterales.

Pero si nos quedáramos en la forma en que se produjeron los goles solo veríamos la parte superficial del problema. La verdadera causa de la derrota ha residido en el juego y en eso es en lo que Guardiola se ha equivocado gravemente. Para comprenderlo hay que retroceder una semana, a la madrugada del jueves anterior, en un salón privado del hotel Intercontinental de Madrid, donde el Bayern celebraba su habitual cena pospartido. Todas las mesas se han vaciado salvo tres: en una están los empleados del

departamento de prensa del club; en otra, un pequeño grupo de patrocinadores del Bayern, y en la tercera, Pep y sus ayudantes. Tienen claro el diagnóstico de lo sucedido en el estadio Bernabéu y las razones del 1-0. Muestran su orgullo por el modo en que se han plantado en el Bernabéu, imponiendo su plan de juego, pero también son conscientes de qué jugadores están en baja forma y lo que esto significa cuando hay que atacar a una defensa compuesta por futbolistas espléndidos, bien dirigidos y que se repliegan a la perfección. Guardiola está frente a uno de los dilemas del fútbol, un dilema que antes que él han afrontado muchos otros entrenadores: ¿cómo atacar bien en espacios tan reducidos? A menudo se responde a esta pregunta con tópicos como «disparando fuerte» (el Bayern remató 18 veces en el Bernabéu, el doble que el Madrid) o «centrando balones al delantero» (el Bayern centró 31 veces, el triple que el Madrid). Pero la realidad del fútbol es que, desde hace décadas, el ataque posicional contra un equipo muy replegado acaba exigiendo un profundo trabajo colectivo previo y soluciones individuales. Es decir, la mayoría de las veces la solución llega gracias al talento de un atacante. Y hoy, los delanteros del Bayern —salvo Robben— pasan por un momento delicado, no consiguen regatear a los defensas que les marcan o no logran rematar frente a los centrales que les sujetan.

Este es el problema básico del juego de posición: es imprescindible tener atacantes con mucho talento y muy afinados para superar la falta de espacios. Llegar hasta el área es fruto de un proceso de construcción del juego, en el que el entrenador puede tener gran influencia, pero resolver la jugada dentro del área depende de la capacidad del jugador. Naturalmente, todo equipo es libre de elegir el modelo de juego, pero con Guardiola el Bayern escogió el juego de posición. Con todas sus virtudes, pero también con las dificultades que ello acarrea.

A las tres de la madrugada del jueves 24 de abril, Pep es consciente de que el Madrid se encerrará en el Allianz Arena. Y que él tendrá las mismas armas que en el partido de ida. Y esas armas son un Robben en gran forma, un Ribéry bloqueado y dolorido, un Mandžukić que solo ha podido rematar uno de los quince saques de esquina favorables al Bayern en el Bernabéu y un Müller de movimientos anárquicos. También sabe lo que le dijo Garry Kaspárov una vez: «Recuerda, Pep: no vas a ganar los partidos por tener las piezas más adelantadas».

En ese momento de reflexión decide jugar el partido de vuelta con un 3-4-3. Jugar con tres defensas centrales, situar a los dos laterales en la línea media, junto a los mediocentros, para tener bien poblado el centro del campo, y probablemente alinear a Götze en el ataque para añadir aún más superioridad a los centrocampistas, dado que él tiende a bajar en apoyo de sus medios. Este 3-4-3 es, en realidad, un 3-5-2 que permite protegerse bien de los contraataques que, sin la menor duda, utilizará el Madrid y, al mismo tiempo, dominar el centro del campo, tener el balón y no encerrar excesivamente al rival en su área. Escucho a Guardiola decirle a Torrent: «*Dome*, no permitas que cambie de opinión. Ha de ser así».

Pero en el avión de regreso a Múnich empezó a cambiar de opinión. Consideró que solo habían practicado la defensa de tres en los entrenamientos de diciembre y apenas quedaba tiempo para prepararla. Además, Javi Martínez no solo había padecido una fuerte gastroenteritis, sino también una tendinitis en ambas rodillas y no podría aguantar noventa minutos contra el Madrid. Dejaría el 3-4-3 para la siguiente temporada. Llegó a Múnich con el 4-2-3-1 en la cabeza. Le había dado buenos resultados en la Bundesliga, permitía tener superioridad en el centro del campo, el equipo estaba acostumbrado a este sistema y valía tanto para Ribéry como para Götze. Si consiguiera recuperar a Ribéry y liberarle del bloqueo que sufría...

El viernes 25 de abril Pep habló brevemente con los jugadores: «Siempre os agradeceré lo que hicisteis en el Bernabéu. Fuisteis valientes y fuisteis futbolistas de la manera en que yo entiendo el fútbol. Estoy orgulloso de vosotros».

Tito Vilanova falleció ese mismo día. Fue un golpe durísimo para su familia, para el Barça y su afición, y para sus amigos. El mundo del fútbol se conmocionó. Para Pep, como para Torrent, Planchart, Estiarte y Buenaventura, que compartieron tantos años con él, el abatimiento fue absoluto.

El partido del sábado en el Allianz Arena frente al Werder Bremen fue complicado. El Bayern tuvo un cuidado exquisito con su entrenador, al que arrojó en aquellos momentos con todo tipo de detalles: el club redactó una nota de pésame en alemán y catalán, el estadio guardó un minuto de silencio y los jugadores lucieron una cinta negra en señal de duelo. Pep vivió todo el partido desencajado y solo se levantó para abrazarse a Ribéry, a los 70 minutos, y decirle lo muy bueno que también es cuando se mueve por el centro del ataque. Aunque el Werder Bremen se adelantó dos veces en el marcador, mediante dos contraataques, el Bayern remontó hasta el 5-2 final y dio la sensación de que Ribéry empezaba a reencontrarse. Robben solo jugó un cuarto de hora, pero marcó el quinto gol en el primer balón que tocó y Pep tomó nota mental de que debía acercar al extremo neerlandés al centro del ataque y apartarlo gradualmente de la banda.

El entrenador cenó con unos amigos, pero no tenía la mente en el restaurante. De vez en cuando mostraba fotos en las que aparecía junto a Tito Vilanova. La que más le gustó fue una en la que estaban en el vestuario del estadio Vicente Calderón (Atlético de Madrid) comentando una propuesta de juego. Fue una cena extraña, en la que se brindó por Tito y apenas se habló de fútbol, pero sí de otras muchas cosas. Pep tenía la cabeza en otra parte.

El lunes, los jugadores estaban animados, muy animados, ansiosos por la revancha contra el Madrid. En Múnich se había creado un ambiente más cercano a la épica que al frío análisis táctico. Y Pep se dejó influir. Ese fue su gran error. Incluso sus declaraciones en rueda de prensa resultaron extrañas en él. Preguntó a los jugadores por sus sensaciones y ellos le hablaron del espíritu alemán en las remontadas, de la pasión que desprendía el Allianz Arena en noches heroicas, le pidieron jugar con el corazón, salir a por todas y atacar ferozmente desde el primer minuto. Y Pep cambió de idea. El esquema 3-4-3 inicial había dado paso al 4-2-3-1, pero el lunes se convirtió en un 4-2-4. Como en Dortmund en julio de 2013, en su debut en Alemania, se debatía entre la paciencia y la pasión, y se acabó inclinando por la pasión. Y como en Dortmund, salió mal. Muy mal.

El entrenamiento del lunes consistió en unos rondos, un breve trabajo de fuerza explosiva y dos partidos de 10 minutos once contra once, que concluyeron con centros al área durante más de veinte minutos, en previsión de lo que ocurriría al día siguiente. Alaba y Ribéry tenían unas décimas de fiebre y dolor de garganta y a Javi le dolían las rodillas. La alineación ya estaba decidida y Pep habló con Ribéry para decirle que, finalmente, sería titular.

La charla previa al partido, en los salones presidenciales del hotel Charles, discurrió en el tono de optimismo que se vivía en Múnich: «Chicos, no se trata de salir y disfrutar. Esta vez hay que salir y morder. Hay que ir a por todas. Sois alemanes, sed alemanes y a morir en el campo».

La épica fue un desastre. Por cómo se encajaron los goles, pero sobre todo porque el Bayern no jugó a nada reconocible. No fue el equipo, dueño del balón, que había dominado en el Bernabéu, en Mánchester, en Londres y en tantos otros campos, sino un conjunto despojado de su principal atributo: el centro del campo. Recordó al detalle lo sucedido en la Supercopa alemana, cuando el Bayern presentó un centro del campo con Thiago, Kroos y Müller, y también acabó transformado en un 4-2-4 que partió al equipo en dos mitades.

El Allianz Arena reunía las condiciones ideales para la remontada. Un ambiente espectacular, repleto de cánticos a favor del Bayern, una caldera emocional. Los jugadores salieron motivados. Por primera y única vez en la temporada se reunieron en círculo antes del inicio, buscando el estímulo que les impulsara hasta la final. El árbitro no había pitado el comienzo y el estadio ya entonaba a coro su grito de guerra: «*Auf geht's Bayern schießt ein Tor!* (¡Vamos Bayern, marca un gol!)».

El Bayern era adrenalina pura, pero las dos primeras jugadas ya auguraban lo que ocurriría después. A los veinte segundos, Ribéry cogió el balón en la banda izquierda e intentó escaparse de Carvajal, pero Gareth Bale acudió en ayuda del lateral del Real Madrid y entre ambos cortaron el ataque. El resto de la

noche fue siempre un tres contra dos en las bandas a favor del Madrid. A los cuarenta y cinco segundos, el equipo español lanzó un contraataque y puso en jaque al Bayern.

Pep diría más tarde que a los pocos minutos de partido ya sintió que el equipo no funcionaba. En realidad se comprobó en el saque inicial. Pitó el árbitro, sacó el Madrid hacia atrás y Mandžukić y Müller salieron como locos persiguiendo el balón. Era un gesto de coraje y ambición, pero también una indicación de que el centro del campo del Bayern iba a quedar vacío toda la noche, a merced del rival. El entrenador había dejado a Rafinha en el banquillo y situado a Lahm, el capitán, en el lateral derecho. Esta elección resultó crucial porque en la noche más importante del año Pep quitó del centro del campo al hombre que había ordenado todas las piezas, al mejor centrocampista de la temporada, al eje del equipo. Kroos (derecha) y Schweinsteiger (izquierda) ocuparon el doble pivote permutándose con respecto a sus lados naturales, pero siempre fueron inferiores al rival: cuando atacaban, porque les faltaba la finura del último pase que tienen Lahm, Thiago o Götze; cuando defendían, sencillamente porque eran menos numerosos que los madridistas.

El Madrid jugó con más cabeza que el Bayern, que estuvo acelerado siempre, sin controlar el juego. Fue una noche perfecta para comprender que una cosa es tener el balón en propiedad y otra distinta controlar el juego. El Bayern tenía el balón y, sin embargo, el Madrid controló el partido. Fue así porque Pep incumplió sus propias ideas, las que había ido sembrando a lo largo de la temporada. El equipo sacó mal el balón desde atrás, a menudo con pelotazos largos, dejó en inferioridad a sus centrocampistas, no avanzó de manera conjunta, con los jugadores agrupados, y, finalmente, no pudo generar superioridad en ninguna zona. Por lo tanto, cada balón perdido suponía una oportunidad para el Madrid, que además vio como Luka Modric protagonizaba una actuación soberbia. Sin templanza ni paciencia, el Bayern jugó alocado. Los dos primeros goles de Sergio Ramos llegaron en un córner y una falta indirecta en los que, desde luego, el Bayern se defendió mal, pero eso no fue una casualidad, sino fruto del modo atolondrado en que se movía el equipo, de su absoluta falta de control táctico y emocional.

El Bayern no dejó de luchar ni siquiera cuando Cristiano Ronaldo marcó el tercer gol, en un contraataque fulgurante que empezó con un pase involuntario de Ribéry a Bale y concluyó en cuatro combinaciones madridistas precisas y veloces. Para entonces, Javi Martínez ya estaba calentando en la banda. El cuadro alemán no tenía sentido del juego, pero sí del orgullo, pues insistía e insistía, especialmente por el centro a través de Robben, cuyo esfuerzo generó cuatro saques de esquina favorables en apenas siete minutos aunque no sacó ningún provecho de ellos: si en la ida el Bayern había sacado quince y rematado siete pero con tibieza, en la vuelta sacó nueve y solo logró rematar uno y desviado. El Madrid se defendía espléndidamente bien y cualquier disparo muniqués acababa rebotando en el cuerpo de sus defensas.

Guardiola aprovechó el descanso para recomponer el equipo. Introdujo a Martínez en lugar de Mandžukić y situó al equipo en un 4-3-3, con Schweinsteiger adelantado respecto de Kroos y Javi. Fue como un bálsamo, aunque ya era demasiado tarde. El balón empezó a salir mejor desde atrás, el Bayern controló el juego y consiguió mejores líneas de pase. Era tentador pensar qué podría haber ocurrido si Javi Martínez hubiese estado en condiciones físicas de jugar todo el partido de ida y todo el de vuelta. Claro que lo mismo podía pensarse de la ausencia de Thiago o de si las molestias en la espalda no hubiesen mermado tan seriamente a Ribéry. Pero la realidad ya era inamovible y el Bayern iba a quedar fuera de la final de la Champions y por mucho margen.

La afición del Bayern acogió con pitos el cambio de Ribéry por Götze, aunque el francés ya no podía más a causa de su lumbalgia e iba a pagar el esfuerzo en las siguientes semanas. Peor aún: el estadio abucheó a Pep cuando cambió a Müller por Pizarro y hubo gritos a favor del delantero bávaro. De manera indudable, la afición se mostró crítica con Pep.

El entrenador asumió toda la responsabilidad. No mencionó en absoluto la petición de sus jugadores, sino que los protegió, dejándolos al margen de la debacle, atrayendo hacia sí todas las culpas.

Había despoblado el centro del campo el día en que tocaba enfrentarse a una manada de leones. Delante había un equipo formidable, en el que Modric y Xabi Alonso dominaban la orientación certera del juego, Benzema aplicaba el tempo necesario a cada jugada y Cristiano y Bale, además de su gran velocidad, se mostraban espléndidos en la gestión de los espacios. El Bayern se enfrentó a ellos con inferioridad en vez de manejar más centrocampistas que delanteros y tener más control que furor.

A lo largo de la temporada, Pep había hecho reflexiones interesantes sobre el «choque cultural» de su juego respecto del alemán. Después de ganar por 0-3 en Dortmund había dicho: «Bombeando balones al área marcaremos goles, pero no conseguiremos dominar el juego». Pero esta vez ni siquiera fue así porque en 180 minutos contra el Madrid su equipo había centrado hasta 74 veces al área de Casillas y apenas había conseguido rematar —y mal— media docena de veces.

Tiempo atrás, Pep había sido contundente: «Dominamos el juego cuando juntamos a los buenos por dentro... Y si pierdo da igual. Me iré contento a casa porque habré jugado como yo creo». Y, sin embargo, el día más importante del año se había traicionado a sí mismo. Ni había jugado como creía que debía hacerlo ni había intentado construir el juego que considera imprescindible para avanzar y ganar. Es cierto que quizá no tenía a todos los hombres necesarios para ejecutarlo con destreza y también lo es que su estilo conlleva un riesgo elevado y exige una precisión casi quirúrgica, pero el origen de la catástrofe residía en su propia decisión: Pep había traicionado a Pep.

Un equipo, decía el entrenador semanas antes, es un jarrón de cristal y pende de un hilo. El Bayern se había quebrado por completo. El hilo (del juego) se había roto. Pocos equipos habían implosionado de un modo tan terminante en tan poco tiempo y semejante derrota supondría un punto de inflexión en la trayectoria de Guardiola. En Alemania ya nada sería igual e incluso podía pensarse, leyendo los periódicos, que se había pasado rápidamente de la idolatría al desprecio.

Todo gran deportista ha padecido desastres mayúsculos, debacles bochornosas. Hasta la noche del 29 de abril Pep aún no lo había experimentado, pero ahora ya tiene su herida. Una de esas heridas que no se olvidan nunca. Puede pensarse que era necesario que la sufriera si quería relanzar su carrera aún con mayor energía porque las grandes victorias siempre han nacido de las grandes derrotas.

Pasada la medianoche se encierra en su despacho del Allianz Arena. Allí están Domènec Torrent, Carles Planchart y Manel Estiarte. Para revisar juntos el partido, pero básicamente para intentar levantar el ánimo del entrenador. Porque Pep está hundido.

Falta saber cómo saldrá de este pozo en el que ha caído. En qué dirección lo hará, si hacia arriba o hacia abajo.

«Toda la temporada negándome a poner un 4-2-4. Todo el año resistiéndome. Y lo pongo el día más importante... Menuda cagada...»

Múnich, 1 de mayo de 2014

A la salida del estadio, la esposa de Rummenigge le expresó al principal ejecutivo del Bayern su preocupación por Pep. Había encontrado abatido al entrenador, desmoralizado, hundido. *Kalle* compartía la preocupación. Incluso por encima de la gran catástrofe que suponía perder de ese modo ante el Real Madrid, el consejero delegado estaba inquieto por Guardiola, a quien consideraba clave para el porvenir del club. Rummenigge no solo apoyaba con firmeza a Pep: es un apasionado de su propuesta de juego. Cree que el Bayern debe practicar el juego de posición, incluso con sus dificultades y fragilidades, aunque eso suponga ir contra corriente de modelos más habituales, como el juego de ataque directo, un modelo más extendido. La semana anterior había mostrado sorpresa por el reducido número de pases que dio el equipo en el partido disputado en Braunschweig, pero Guardiola le explicó que tomó la decisión sobre la marcha, a la vista de las condiciones del campo, que dificultaban la sucesión de pases. El consejero delegado no quería que las críticas externas provocaran dudas en el entrenador sobre la verdadera voluntad del Bayern. Pero luego sucedió la catástrofe frente al Madrid...

No había mejor momento que este para conocer si el club apoyaba verdaderamente a Pep o si había dudas. Así que poco después del desastre, *Kalle* Rummenigge me recibió en su despacho. La primera pregunta era inevitable:

—¿Apoya el Bayern la propuesta de juego de Guardiola tras la eliminación en la Champions y aunque suponga un modelo poco habitual en Alemania?

—Mire, cuando contratamos a Pep sabíamos perfectamente lo que podíamos esperar de él con relación al juego. Soy un gran amigo de la responsabilidad y el entrenador es el responsable de la táctica. Pep tiene una táctica clara: la posesión del balón es importante para él. Por lo tanto, yo no me he llevado ninguna sorpresa. Y después, Pep tiene una gran ventaja: no es un hombre complicado. Cuando prepara los partidos siempre tiene en cuenta dónde está, en Alemania, y tiene en cuenta la cultura alemana. Nosotros, en Alemania, ciertamente estamos acostumbrados a un juego físico, a un juego veloz y directo, pero este año hemos visto en nuestro juego todos los rasgos posibles. Hemos tenido la posesión del balón, hemos jugado bien en ataque, hemos defendido bien, hemos sido veloces... Por una razón u otra, en las últimas tres semanas hemos perdido un poco la concentración, quizás porque ganamos con demasiada rapidez el campeonato nacional y el equipo, o algunos jugadores, se han despistado un poco. Pero yo creo que la responsabilidad y la credibilidad de Pep dependen precisamente de su filosofía. Por lo tanto, no debemos esperar de él que sea distinto a lo que es.

—El martes, ante el Real Madrid, sin embargo, el fracaso fue enorme.

—Cierto, el martes vi hundido a Pep por vez primera. Básicamente porque cambió aspectos de su idea sin estar demasiado convencido de ello. Hizo algunas cosas que no eran propias de él, por lo que estaba muy enfadado consigo mismo por no haber sido fiel a sus ideas. Se vio claro. Vacío el centro del campo y jugó de manera directa. Se dejó condicionar por el resultado del partido de ida en el Bernabéu. No digo por el juego que hizo el Bayern allí, que fue espléndido, sino por el resultado que obtuvo. Pero le digo algo: su táctica en el Bernabéu fue criticada de manera injusta porque ese partido lo jugó como siempre lo ha hecho a lo largo de la temporada, queriendo el balón, pero no acertamos a marcar un gol y eso provocó las críticas. Si hubiésemos jugado igual y marcado un solo gol en Madrid, entonces Pep

habría sido un genio. Pero bueno, quienes llevamos ya bastante tiempo en el fútbol no podemos dejarnos condicionar por un gol a favor o en contra y no analizar el juego desarrollado. Si Götze hubiese marcado en el Bernabéu, entonces el Bayern y Pep hubiesen sido fabulosos y geniales. Como no lo metió, fracaso. No, el problema que veo en Alemania es que, por lo general, el alemán no se ocupa demasiado de la táctica. Tiene una visión del juego que es muy física, directa y veloz y con eso basta. Y no, el fútbol es mucho más. Hay un motivo por el cual ganamos el campeonato nacional de liga con una ventaja extraordinaria. El motivo es Pep. Y punto.

—A Pep le quedan dos años de contrato con el Bayern. ¿Qué espera de él en estos dos años?

—Creo que puede ayudar mucho a cambiar la cultura del fútbol alemán. Incluso si en las tres últimas semanas las cosas no nos han salido bien y haya habido gente que intenta minimizar el valor de lo que ha hecho Pep. La opinión pública ha estado siempre a favor suyo y ahora ha intentado bajarlo de la cima diciendo que su filosofía no es la adecuada, no es la que va bien. Pero yo creo lo contrario. He hablado con los jugadores que llevan más tiempo aquí con nosotros y que han tenido cinco, seis o siete entrenadores diferentes en pocos años, y todos ellos coinciden en lo mismo: Pep es el más diverso de todos, en el sentido positivo del término, completo, variado, rico... Tiene credibilidad entre sus jugadores.

—En referencia a ese choque cultural que mencionamos entre el modelo de juego de Pep y el de tradición alemana, es curioso que algunos de los jugadores del Bayern que mejor han interpretado el juego de Pep este año hayan sido, precisamente, alemanes. Pienso en Lahm, Kroos, Boateng, Neuer o Götze.

—Pep ha conseguido cambiar un poco la filosofía del fútbol alemán. A mí me habría gustado que Pep hubiera ganado este año todos los títulos por una razón: porque habría mostrado a la opinión pública que con su filosofía se puede ganar todo. Porque el fútbol alemán quizá ha pecado de ser demasiado simple y el fútbol no puede medirse exclusivamente por los títulos ganados porque si lo haces, malo. Hace dos años quedamos tres veces subcampeones, en la Bundesliga, en la Copa y en la Champions pese a que jugamos la final en casa, pero no conseguimos ganar nada y ni siquiera entonces estuve dispuesto a decir que Heynckes no había hecho un buen trabajo. Y, de hecho, al año siguiente Jupp lo ganó todo. Y entonces la gente dijo: Heynckes lo ha hecho todo bien porque lo ha ganado todo. ¿Y el año anterior, entonces? Tuve la suerte de vivir cinco años fuera, en Italia, como jugador, y eso me permite ver el fútbol de un modo diferente al habitual en Alemania.

—¿El Bayern está satisfecho con Guardiola en su primer año como entrenador?

—Cuando repaso todo lo ocurrido en la temporada veo que la asociación entre Pep y el Bayern me gusta. Me gusta porque creo, antes que nada, que es un gran entrenador. Porque tiene las ideas claras, tiene un plan claro y tiene una filosofía clara sobre el fútbol y su táctica. Y gracias a todo ello ha conseguido algo que normalmente no sucede: el año pasado ganamos tres títulos, pero siempre la temporada posterior a los grandes éxitos es muy complicada porque los jugadores están un poco cansados y poco motivados y, sin embargo, no ha ocurrido como en 2001, después de ganar la Champions contra el Valencia, resultó muy difícil y solo pudimos ser terceros en la liga, quedamos eliminados en cuartos de final de la Champions y ni siquiera llegamos a la final de la Copa. Aquella fue una temporada decepcionante. Creo que gracias a Pep hemos conseguido evitar algo similar. Porque lo que ocurre habitualmente es que la motivación y el deseo y voluntad de los jugadores desciende de forma inevitable tras los grandes éxitos. Gracias a Pep hemos permanecido al nivel más alto. Es cierto que en momentos como el martes pasado, cuando pierdes en casa 0-4 contra el Real Madrid, la gente queda decepcionada y la prensa empieza a criticar, pero en mi opinión no hay que darle demasiada importancia a estas críticas. Lo importante es tener una visión global de la temporada. Si veo cómo hemos jugado nosotros este año... No olvidemos que hace solo cuatro semanas, cuando ganamos el título de liga en Berlín, la misma prensa escribió que el campeonato era aburrido porque el Bayern

jugaba demasiado bien y su nivel era demasiado alto para los competidores. Y ahora parece que seamos malos. Hemos tenido un bajón mental, que nos ha hecho perder algunos partidos y, ciertamente, la derrota del martes es dolorosa, pero son cosas que suceden y son comprensibles.

—Esa derrota empañará de forma inevitable el balance de la temporada.

—No olvidemos que hay una ley en el fútbol, en la Champions League, que dice que quien ha ganado el título el año pasado no lo gana este año. No sabemos por qué, pero sucede desde hace veintidós años consecutivos. Nosotros hemos buscado romper esta racha para escribir de nuevo la historia de la Champions, pero no lo hemos logrado. Para mí, la estabilidad se ve en el juego, por supuesto también en el éxito, y, además, en lo lejos que llegas en la competición. Cuando estaba Pep, o incluso antes de Pep, el Barcelona ha sido siempre para mí una especie de *benchmark*, de ejemplo: casi cada año ha llegado hasta las semifinales de la Champions y hasta el final de todas las competiciones. Esto es lo verdaderamente importante. Digamos algo más: el nivel de los competidores actuales es muy similar. La diferencia entre éxito y fracaso es mínima, puede depender de un penalti que no es, de un error mínimo, de un detalle o de que te falte un jugador importante por culpa de una lesión... Pero si un equipo llega continuamente a las semifinales de las competiciones, entonces estamos ante un gran equipo. No olvidemos que nosotros, desde el punto de vista estadístico, hemos jugado 38 partidos de la Champions en los últimos tres años. Somos el número uno. Ni el Real Madrid, ni el Barcelona, ni el Manchester United o el Chelsea han jugado más partidos que nosotros en estas tres temporadas.

—Las cifras concretas de estos últimos tres años son 38 partidos para el Bayern, 37 para el Real Madrid, 34 para el Barcelona, 29 para el Chelsea y 24 para el United. Si lo ampliamos a los cinco últimos años se produce un empate a 59 partidos entre el Bayern y el Barcelona, por 57 del Real Madrid y 47 del Chelsea y del United.

—El número de partidos es indicativo de la solidez del equipo. Incluso esta temporada, a pesar de la dura derrota, el equipo lo ha hecho bien. El partido contra el Madrid condiciona nuestro juicio, por supuesto, pero debo valorar cómo nos hemos presentado contra el City y el United en Mánchester, contra el Arsenal en Londres o en el Bernabéu contra el Madrid. Para mí, esto es muy importante. Debemos ser racionales, mucho más racionales. Estoy muy contento de que Pep sea nuestro entrenador. Porque veo que tiene cualidades enormes. Sí, después del partido contra el Madrid estaba hundido, lo comprendo, pero es un gran, gran, entrenador.

—Aunque la final de la Champions League 2015 se dispute en Alemania (Berlín), ¿volverá a decir Rummenigge que el objetivo más importante del Bayern para la temporada 2014-2015 es la Bundesliga?

—Sí, sin duda. El título más relevante de cualquier temporada siempre es la liga. En Alemania, en España, en Italia o en Inglaterra, en todas partes. Porque si juegas 34 partidos, como en la Bundesliga, no puedes ganar el título por casualidad. No es posible. En la Champions League, con el nivel que hay, basta un mal día en semifinales para estar fuera, como nos ha pasado a nosotros. En la liga puedes perder un partido por 4-0, pero si estás en buena forma a continuación puedes ganar diez partidos consecutivos y resuelves el problema. En la Champions, pagas al contado. La Champions es el título más importante y glamouroso, pero el título más relevante siempre es el campeonato nacional.

—El Bayern deberá tomar pronto una decisión: mantener el equipo que lo ha ganado todo y ha seguido ganando o renovarse.

—Necesitamos hacer cambios con sutileza, sensibilidad e inteligencia. El director deportivo Sammer, el entrenador y yo siempre hemos intentado tener un mismo discurso, además de tener en cuenta las posibilidades financieras del club, que son muy importantes para nosotros, y con todo ello debemos hacer las cosas de un modo adecuado y prudente. No dejarnos condicionar por el momento difícil de la derrota contra el Madrid. Porque si usted me hubiera hecho esta pregunta hace cinco semanas le habría dicho que no debíamos cambiar demasiadas cosas porque el equipo funcionaba bien,

habíamos ganado la liga batiendo todos los récords, defendíamos el título de la Champions, estábamos en la final de la Copa... Hoy estamos condicionados por la derrota en la Champions y la cuestión cambia un poco, pero soy partidario de que si las cosas no han ido bien es mejor irse a casa, dormir un poco y después reunirse con tranquilidad y discutir con eficacia y racionalidad.

—Pero parece evidente que no bastará con la incorporación de Robert Lewandowski y que necesitará fichar algún otro jugador de primer nivel, lo que a su vez incrementará aún más esa impresión de que es un gigante que no quiere que nadie le haga competencia, por lo menos en Alemania.

—En los últimos diez años, el Bayern ha ganado la mitad de los títulos de liga, pero ha habido otros campeones: el Dortmund, que lo ha ganado dos veces, el Wolfsburg o el Stuttgart, un equipo que, sin embargo, este año ha estado en puestos de descenso algunas jornadas. El Bayern es un club potente e intentamos serlo en todos los ámbitos. Gracias a una base financiera sólida podemos afrontar fichajes importantes. Pero si un club permite a sus jugadores salir gracias a una cláusula previamente negociada, eso no es culpa nuestra. En Alemania somos un poco raros. Si fichas a un jugador del Dortmund o del Schalke, o en tiempos pasados del Bremen, siempre se ha escrito lo mismo: que el Bayern no pescaba para reforzarse, sino para debilitar al contrario, para crearles un problema. Pero no es así: ¿dónde encuentras refuerzos en el fútbol alemán? Pues ahora mismo en el Dortmund o en el Schalke, en los equipos que luchan contra ti en el campeonato. Es lógico que sea así y seguramente ocurre igual en otros países. Se repite cada año, pero no voy a repetirlo cada vez: si alguien queda libre en el mercado como ha sido el caso de Lewandowski, habría sido una locura no intentar contratarlo. Porque en este caso todos sabíamos que el jugador se iba a marchar seguro del Dortmund: a Inglaterra, a España o a cualquier otro sitio. Lo que hicimos nosotros fue convencerlo para que el Bayern fuera su siguiente destino. Sería idiota si no me hubiera interesado por Lewandowski.

—¿Fue cierto el intento del Real Madrid de contratar a Lewandowski?

—Sí, así es. A finales de diciembre de 2013, el Madrid le propuso un acuerdo. Cuando lo supimos, reaccionamos de inmediato y conseguimos cerrar el fichaje. Es un gran delantero y creo que será un gran refuerzo para nosotros.

—Si el Bayern acude al mercado de fichajes significa que su cantera de jugadores jóvenes no es lo suficientemente rica.

—A los alemanes nos gustan los futbolistas jóvenes y aquí mismo lo vemos: Lahm, Schweinsteiger, Müller, Badstuber... Jugadores crecidos aquí y que al aficionado le entusiasman. Sé que Pep, por su filosofía de juego, siempre busca jugadores jóvenes de la cantera. Nuestro problema es que no tenemos seis futbolistas jóvenes con capacidad para jugar en el primer equipo. Ahora mismo solo tenemos dos. Tendremos que hacer mejor las cosas para encontrar estos jugadores. A mí me gustaría encontrarlos, por el bien del equipo y también porque, desde el punto de vista financiero, son mucho más rentables para el club.

Aunque Guardiola explicaría en días sucesivos que la planificación de la temporada siguiente no se realizaría hasta después de la final de la Copa, Rummenigge y él tenían cita cinco días más tarde, el martes 6 de mayo. Junto a Matthias Sammer y el director financiero, Jan-Christian Dreesen, decidirían qué jugadores abandonarían el club y, sobre todo, a quiénes querían incorporar para volver a pelear por todos los títulos posibles.

Múnich, 1 de mayo de 2014

Valentina juega con el balón en el césped de Säbener Strasse. Es la única nota de alegría en esta tarde de jueves. El equipo ha vuelto a reunirse tras el desastre y, como es lógico, los rostros son más serios de lo habitual, pero la sesión se desarrolla con la misma intensidad de siempre. Consiste en un trabajo de fuerza reactiva y un partido a «doble área», en el que se incorpora por vez primera Holger Badstuber, tras una recuperación que parecía no tener fin. Thiago trabaja aparte, repitiendo una y otra vez esprines cortos y giros para fortalecer la rodilla. Desde lejos, la apariencia es la de una jornada más.

La fragilidad de Pep ha desaparecido. El entrenador desmoralizado del martes se siente hoy mucho más fuerte y no lo oculta: «De esta caída solo se sale de dos maneras: o te tambaleas y ya estás acabado o te levantas con más fuerza. Te digo una cosa: yo me levantaré con más energía y con más convicción. Hoy creo más en esta manera de jugar». Los siguientes minutos equivalen a un *mea culpa* en toda regla por parte del entrenador, al que le comento que su plan de juego del martes fue una traición a sus propias ideas. Me atrevo a decirle que las críticas recibidas son merecidas, fundamentalmente porque vació el centro del campo y jugó de un modo totalmente opuesto a sus ideas: «Tienes razón. Fue así y fue culpa mía. En vez de ir con la idea fui con los jugadores, pero sin la idea. Y me equivoqué. Es la segunda vez que me ocurre: en 2010 en el Barça contra el Inter también lo hice. Supedité el juego a la estrella fichada entonces, a los 60 millones que había costado, en vez de profundizar en la manera de jugar en la que yo creo. Contra el Madrid probablemente también habríamos perdido porque está en “el momento”, pero habría sido con las ideas claras, no con un mejunje que no era nada».

El entrenador no acusa a sus jugadores, sino que asume toda la responsabilidad. Ciertamente, el día antes del partido escuchó a ocho o nueve de ellos y todos le propusieron intentar la remontada jugando a pecho descubierto y sin control. Pep lo aceptó y ahí estuvo su error: se traicionó a sí mismo. No por el resultado o la derrota, que podían haber ocurrido igual, sino porque en el partido más importante del año jugó de un modo que no sentía. «No puedo entrenar como si fuese otro —apunta—. Son mis ideas de juego. No te digo que sean las mejores, pero son las mías, son las que tengo. Y he de convencer a los jugadores de que con estas ideas podemos ir adelante, como hemos ido en la liga y en todas las cosas buenas que hemos hecho este primer año.» Pero además de imponer sus ideas de juego ha de tomar decisiones. Un entrenador no puede ser políticamente correcto y a veces Pep lo ha sido demasiado. Como sugería Roman Grill, el representante de Philipp Lahm, en ocasiones se necesita un cambio en las jerarquías del equipo. Y que jueguen quienes multiplican el rendimiento colectivo, aunque no sean los de mayor renombre o popularidad. Para conseguir los objetivos no siempre los jugadores más prestigiosos son los más indicados. Pep necesita dar un nuevo paso, sin esperar al próximo año y sin importar lo que se diga desde el exterior. Si quiere llevar a cabo el juego de posición que propugna, y quiere hacerlo al máximo nivel, necesita que sus centrocampistas toquen y pasen rápidamente el balón, sin retenerlo en exceso, y que sus atacantes marquen verdaderas diferencias cuando pisen el área. Si el Bayern no le apoya en este paso el futuro será menos halagüeño de lo que parece. «El curso que viene no solo no habrá menos idea de juego, sino que habrá más», dice el entrenador.

La derrota ha sido un desastre, pero no necesariamente ha dejado en evidencia la propuesta de juego. El Bayern no jugó como en Mánchester o Leverkusen, ni como en febrero o marzo. Muchos

factores contribuyeron a ello, pero quien se equivocó fue Pep al cambiar su propuesta de juego. Se traicionó, pero no tiene reparos en admitir el error. Explica con detalle cómo en el avión de regreso de Madrid, contento tras revisar íntegramente el partido y advertir que el equipo jugó de manera fenomenal (aunque estuvo pésimo dentro del área contraria), el plan para el encuentro de vuelta era jugar con tres defensas centrales y cuatro centrocampistas, el 3-4-3. También reconoce que ya en Múnich empezó a creer que sería mejor salir con el 4-2-3-1 que funcionó muy bien hasta abril. Y ya finalmente, el lunes antes del partido se dejó llevar por la energía positiva del ambiente y optó por ese 4-2-4 suicida que fue su perdición. El entrenador va dibujando en un papel los tres planes de juego: uno, otro y, finalmente, el tercer plan... Cuando los ha dibujado, rompe el papel en pedazos, sin aceptar dármele, como si se tratara de un mal sueño del que quiere desprenderse. «Se acabó. No más. De ahora en adelante, si me equivoco que sea con mi idea.» En realidad, Pep emplea una expresión mucho más escatológica...

Cristina asiste al entrenamiento acompañada por sus tres hijos. No hace falta decir que, aprovechando el día festivo, la esposa de Guardiola pretende animar a su marido. Maria, la hija mayor, escribirá en la pizarra del despacho de su padre un cariñoso mensaje de apoyo y también dejará una nota al margen en inglés: «*Not erase* (No borren)». Los jugadores intentan olvidar el golpe. A Robben, entre otros, se le nota seriamente afectado.

Las reacciones tras la derrota no fueron unánimes. La mayoría se puso del lado de Pep, agradeciéndole que asumiera todas las culpas en una noche tan dura. Incluso sin jugar un minuto, Rafinha se echó a llorar en el vestuario cuando el entrenador, rompiendo la costumbre, acudió para decir unas palabras de ánimo y asumir la responsabilidad. Javi se abrazó a Pep y casi todos los jugadores sintieron que estaban en deuda con el técnico.

Terminado el entrenamiento de este 1 de mayo, Pep y Lahm se reúnen en el centro del campo número 2. Durante 60 minutos, entrenador y capitán protagonizan la charla más larga de la temporada. Pep le pide disculpas por haber fallado y le explica con detalle lo que le llevó a renunciar a su idea inicial de jugar con tres defensas. Le expresa sus sentimientos, le manifiesta su convencimiento de que el siguiente paso ha de ser reforzar la idea de juego iniciada este año y que hay que profundizar en ella. Lahm habla poco y escucha mucho. Cuando habla le expresa un apoyo rotundo y firme: «Te apoyamos a muerte, Pep. A muerte». El capitán no habla solo por él. La gran mayoría del vestuario apoya al entrenador. Los jugadores creen en él y en que esta manera de jugar puede reportar muchos más éxitos en el porvenir. El resto de la conversación quedará entre ellos. Para el entrenador, la frase de Lahm es más importante que cualquier otra cosa: «A muerte contigo», le ha dicho el capitán.

Cuando termina de jugar con Valentina y Màrius, que no se cansan de chutar balones contra una pequeña portería, Guardiola prosigue con la reflexión: «No estoy aquí para cambiar la cultura futbolística de Alemania, ni la del Bayern. No es mi objetivo. Pero tampoco puedo transmitir a mis jugadores una idea en la que no confío. Lo siento, tengo mis propias ideas del juego y la próxima temporada jugaremos con ellas. Me pueden criticar por el desastre contra el Madrid y es lógico, lo acepto, pero no soy un talibán, ni un tío cerrado. Escucho, miro y busco la evolución, pero no me pidas que haga cosas que no siento. Sería malo para el Bayern y los jugadores no podrían confiar en mí. Sé que estoy en Alemania y me adapto a ello. Aquí he jugado con un delantero puro, a veces incluso con dos delanteros puros. He hecho cosas que nunca había hecho en el Barcelona y nunca he pretendido que el Bayern jugara como el Barça porque tengo jugadores muy diferentes. Tú lo sabes. Pero no podemos jugar con las ideas de los jugadores porque cada uno querrá una cosa diferente y no es posible: no hay más solución que jugar con las del entrenador».

¿Te apoyará el club? «Mira, hemos ganado la liga magníficamente con estas ideas. Y en el Bernabéu jugamos muy bien aunque perdiéramos. Yo quiero lo mejor para este club y para los jugadores. Estoy orgulloso de formar parte del Bayern y quiero hacerlo lo mejor que pueda. Lo haré hasta el último día y con todas mis fuerzas. Pero con todas mis ideas. ¿Los dirigentes? En todas partes del mundo el

entrenador depende del resultado. No se trata de que estén convencidos o no. No vivo de la confianza de los directivos, sino de la confianza de los jugadores. Y esa hay que renovarla cada día, sobre todo después de la derrota. A mí, esta derrota tan grande me quedará siempre en la cabeza y en el corazón, pero al mismo tiempo refuerza mi convicción en lo que pienso, en lo que siento. No me hace tambalear, al contrario. El único camino que conozco para ganar es jugar bien tal como yo entiendo lo que es jugar bien, llenar el centro del campo y pasarnos mucho más el balón. Porque cuando lo hemos hecho y hemos jugado bien casi siempre hemos ganado.»

El próximo martes se reunirá con Rummenigge, Sammer y Dreesen. Analizarán las bajas imprescindibles, el papel de los jugadores consagrados y los fichajes necesarios. Percibirá si el club le apoya con palabras o con hechos. Pep ha llegado a un cierto punto de inflexión en su carrera como entrenador en el que ya no puede seguir siendo a todas horas políticamente correcto...

Múnich, 15 de mayo de 2014

El sábado 17 juega contra el Borussia Dortmund. Es la final de la Copa alemana, el último partido de una temporada que, como si fuese un capricho del destino, para Guardiola habrá empezado y terminado del mismo modo: disputando un título contra el equipo de Jürgen Klopp. Y como sucedió en julio de 2013, el Dortmund se encuentra en un mejor momento de forma que el Bayern, aunque el equipo de Pep ha remontado el ánimo en las dos semanas transcurridas desde la debacle frente al Real Madrid. Estas dos semanas han originado un efecto positivo en el grupo: la mayoría de los jugadores se han unido mucho más a su entrenador, formando una piña.

Cuando hablas de este asunto con los jugadores te responden con palabras similares: «Estamos con Pep», «vamos a muerte con Pep», «hemos aprendido la lección», «tenemos un plan de juego y no podemos apartarnos de él». Naturalmente, la mayoría no significa que sean todos. Hay quien se siente suplente y observa con distanciamiento. Hay quien no cree en Pep ni en sus ideas y se mantiene a la expectativa. Y hay quien lleva un año de tensión con el entrenador y no lo oculta. Pero la mayoría está a muerte con el técnico, mucho más que hace dos semanas. Han percibido con claridad que no hay vuelta atrás. Han comprendido que esta manera de jugar puede darles grandes rendimientos como equipo. No solo éxitos y trofeos, sino estabilidad, consistencia y la posibilidad de permanecer mucho más tiempo en la élite mundial. En el campo de entrenamiento pueden contarse como mínimo quince futbolistas totalmente comprometidos con esta manera de jugar. Once de ellos serán titulares el sábado en la final de la Copa.

El Borussia Dortmund atraviesa su mejor momento de la temporada. Desde que el 2 de abril cayó derrotado por el Real Madrid en el estadio Bernabéu (3-0) no ha vuelto a perder un solo partido y muestra un juego formidable, veloz y directo. En las últimas cinco semanas ha disputado ocho partidos, ha ganado siete, ha empatado uno, ha marcado veintidós goles y ha encajado solo siete. Los resultados obtenidos por el equipo de Klopp son espectaculares: ha vencido en Dortmund por 2-0 al Madrid; por 0-3, al Bayern en el Allianz Arena; dos veces al Wolfsburg (en la liga y en la Copa) y ha goleado al Mainz (4-2) y al Hertha en Berlín (0-4). El Dortmund llega a la final de la Copa a toda velocidad. Es favorito indiscutible.

Pep se siente distinto. El golpe del Madrid le ha fortalecido. Se expresa con mayor convicción. Como si el puñetazo le hubiese advertido de que debe titubear menos y creer más en sus propias ideas. El lunes por la mañana, cinco días antes de la final, ya ha decidido cómo jugará su equipo y con qué hombres. Robben será el delantero centro, habrá tres defensas centrales, un rombo en el centro del campo y el jovencito Højbjerg será titular. Y Mandžukić no será convocado.

Pep ha revisado todos los partidos recientes del Borussia Dortmund y tiene muy fresco el análisis de su rival: «Cuando nos ganaron por 0-3 en el Allianz Arena solo lanzaron dos córners. El sábado ganaron al Hertha en Berlín por 0-4 y solo lanzaron uno. Esto no es casualidad». Puede interpretarse en el sentido de que el Dortmund no busca abrir el juego a las bandas y centrar al área, sino más bien que espera la pérdida del balón para robarlo y canalizar todo su contraataque por las zonas interiores. Además, finaliza siempre la jugada, aunque sea rematando de forma muy desviada. Por esta razón apenas tiene saques de esquina a favor, porque todo el juego de contraataque es interior y busca

finalizarlo siempre con un remate. El Dortmund entrena de forma constante esta dinámica: repliegue intentando encerrar al rival en el centro del campo, robo de balón, carrera veloz y remate.

Guardiola ha diseñado un plan de juego muy concreto para la final de la Copa: jugar con tres centrales que permitan mantener una línea defensiva compacta precisamente en las zonas interiores; situar a los dos laterales junto al mediocentro, que será Lahm; crear un rombo en el centro del campo con el capitán, Kroos, Højbjerg y Götze, que deberá desplazarse desde la banda hasta la mediapunta, y emplear a Robben como delantero centro, siguiendo instrucciones muy concretas: «Arjen ha de estar fresco, muy fresco. No quiero que se desgaste presionando, sino que esté fresco y explosivo. Y nada de balón al pie: el balón, al espacio y a correr».

Pep ha ido introduciendo este plan de juego desde el lunes, cuando los jugadores ya se habían recuperado de los efectos de la fiesta por el título de liga. Un gol de Pizarro en el último segundo del Bayern-Stuttgart permitió cerrar el campeonato con una nueva victoria y un balance soberbio: 29 victorias, tres empates y dos derrotas; 94 goles a favor, 23 en contra y 90 puntos, diecinueve más que el subcampeón (el Borussia Dortmund) y treinta más que el cuarto clasificado (el Bayer Leverkusen). El título se celebra en Múnich el 10 de mayo, pero se conquistó siete semanas antes en Berlín. Fue tan precoz que parece que desde entonces haya transcurrido un año. Pero nada detiene la euforia con que los jugadores celebran la fiesta de la ducha con cerveza. El objetivo, por supuesto, es Guardiola, que para la ocasión viste su jersey rojo preferido. Jérôme Boateng es el pionero y Pep le recibe con los brazos abiertos: «Quería celebrarlo a lo grande. Ya tocaba. Me apetecía esta ducha porque significa que somos los campeones y esto no es poca cosa. ¡Es mi primera Bundesliga y soy feliz!».

Unos minutos más tarde, ya con el plato de campeón entre las manos (antes de que le resbalara y cayera al césped del estadio), Pep recibió otra ducha mayúscula, esta vez a cargo de Van Buyten, que no tuvo piedad en lanzarle cerveza desde más allá de los dos metros de altura. Mientras no había piedad con Pep ni entre los jugadores, el segundo entrenador, Domènec Torrent, salía del terreno de juego casi sin salpicarse, pero nadie salió tan indemne como Manel Estiarte, que logró salvarse de la ducha cervecera con un viejo truco: se encargó de acompañar a los tres hijos de Pep hasta el césped, y cuando David Alaba se abalanzó sobre él tuvo que frenarse para no mojar a los niños. Estiarte se libró esta vez, pero estaba claro que no lograría escaparse si el Bayern ganaba la Copa (y así fue).

La fiesta continuó hasta muy tarde y permitió a miles de aficionados ver de cerca a los jugadores en su faceta más animada y a Pep pronunciar unas breves pero precisas frases desde el balcón del nuevo *rathaus* (ayuntamiento): «*Ich liebe euch. Ich bin ein Münchener*». Pudo parecer protocolario, pero para Guardiola estas palabras dedicadas a la ciudad que le ha acogido («Os quiero. Soy muniqués») fueron una categórica declaración de cariño.

El lunes no quedaba rastro de cerveza en las cabezas, sino mucho trabajo por hacer con vistas a la final. Thiago se incorporó al grupo y se mostró brillante en los juegos de posición. Los técnicos intentaban que jugara unos minutos en la final. Pep soñaba con ese rombo compuesto por Lahm, Kroos, Thiago y Götze que en febrero y marzo había hecho volar al equipo. Pero Thiago se volvió a lesionar. Fue en la última acción de la última jugada del entrenamiento. Su rodilla parecía totalmente curada tras cuatro semanas de tratamiento en Barcelona y otras dos en Säbener Strasse con los recuperadores. Todo iba bien, estaba preseleccionado para el Mundial y parecía que podría jugar la última media hora de la final de la Copa, pero en la última acción de la tarea de conservaciones se le volvió a romper el ligamento lateral interno de la rodilla derecha. Ni Copa, ni Mundial: lo que le esperaba a Thiago era el quirófano. Atrás quedaba un curso que pudo ser brillante, pero que se vio hipotecado por las dos graves lesiones sufridas en el tobillo y la rodilla, ambas por choques con un rival. El mejor Thiago aún no había aparecido (solo pudo disputar diecinueve partidos como titular), pero para todo el equipo se evidenció su compromiso y su esfuerzo por no rendirse e intentar ayudar en el último esfuerzo aun a costa de lo que ocurrió.

Sin Thiago ni Schweinsteiger, con el tendón de la rodilla dolorido, el entrenador eligió al jovencito Højbjerg para ser titular contra el Dortmund. Habían transcurrido 10 meses desde la concentración de pretemporada en el Trentino italiano, donde Pep vislumbró el talento del jugador danés. Durante casi un año había trabajado duramente en la mejora del chico y había llegado la hora de darle la verdadera oportunidad: sería titular en la final de Copa. En esos 10 meses, Højbjerg no había fallado nunca. Incluso hubo días en que, sin estar convocado para entrenarse con el primer equipo, se acercaba hasta el vestuario de los mayores, haciéndose el despistado, y en cuanto Pep le veía le daba un abrazo y le mandaba a entrenar con el grupo. Fiel como pocos y hambriento de conocimiento como nadie, Højbjerg sentía auténtica pasión por el entrenador: «Pep entrena para hoy, pero también para mañana. Él sabe que hay que ganar hoy, pero también mañana. Por eso nos ayuda tanto a los jóvenes. Está inyectando los conceptos tácticos en las venas del equipo. Y no para jugar esta semana, sino para los próximos años. Quiere ganar cada semana, pero también seguir haciéndolo en el futuro. En este aspecto, va más lejos que Heynckes. Pep no se reduce a la preparación del próximo partido: la suya es una filosofía de juego y una pasión. Heynckes era ganar y ganar. Pep es ganar y ganar hoy, pero también durante los próximos años. El equipo sabe ahora con certeza que puede seguir ganando durante los próximos cinco años. Tenemos una buena mentalidad y predisposición y, si aprendemos a ser más emocionales, pienso que aún podremos ser mejor equipo».

En las últimas semanas, Højbjerg había cuajado excelentes actuaciones, hasta el punto de que la selección absoluta de Dinamarca le convocaría para disputar dos partidos amistosos (contra Hungría y Suecia): «Imagínate, ¡contra Zlatan! [Ibrahimovic]. Y en Copenhague, en mi casa. Me hace mucha ilusión y además, sabes, justo detrás del estadio está la capilla donde iba siempre con mi padre [que había fallecido el mes anterior]. Mi madre está muy contenta, tanto que va a venir a Berlín con mis hermanos a ver la final de la Copa».

Højbjerg aún no sabía que Pep había decidido hacerle jugar como titular contra el Dortmund, aunque en los entrenamientos ya era evidente. La semana anterior, Lorenzo Buenaventura había introducido cargas importantes de fuerza-resistencia, pero con vistas a la final todas las sesiones eran eminentemente tácticas y Højbjerg lo interpretaba así: «Lo mejor que le podía ocurrir al Bayern esta temporada es que llegara Pep. El año pasado, el equipo era verdaderamente bueno y yo me preguntaba antes del verano ¿cómo progresará el Bayern? ¿En qué aspectos puede mejorar? Y en cada entrenamiento, cada día, en cada vídeo o en cada charla en el terreno de juego, Pep ha aportado mejoras tácticas. Porque todos sabemos que el equipo podía jugar bien, pero cuando se progresa tácticamente uno puede ser aún mejor con el balón en su poder. El Bayern era un equipo al 99% y Pep ha traído ese 1% que faltaba».

Pep trabajaba intensamente con sus defensas, con Javi Martínez convertido en tercer central, incrustado entre Boateng y Dante, y la misión específica de ocuparse el sábado de Lewandowski. Una y otra vez, el entrenador hacía repetir el sistema de ataque del Dortmund para que sus hombres aprendieran la mejor manera de pararlos. Javi se mostraba excelente, hasta el punto de que lo comenté con Pep al terminar: «Sí, Javi está fino, fino. Ha recuperado ese punto de condición física que necesitaba».

Los equipos son momentos y esos momentos no duran todo un año. No es posible. El Bayern tuvo un momento dulce en febrero y marzo, y lo perdió por completo en abril, pero parece haberlo recuperado. Es cierto que le faltan jugadores que, por razones diversas, no están en su punto (Ribéry está lejos de forma; Thiago y Schweinsteiger, lesionados; Mandžukić, pensando en su nuevo equipo), pero la máquina vuelve a moverse con fluidez, al compás de Lahm y Kroos. El capitán analiza con Pep el mejor modo de superar a los mediocentros del Dortmund. Ambos gesticulan e imitan los movimientos de la pareja rival. Lahm está claramente al mando del equipo. Es el jefe de operaciones. Pep lo ha convertido en su prolongación táctica en el campo.

Toni Kroos es el otro cerebro del equipo al que el entrenador interroga sobre cómo ve el plan de juego previsto para el sábado. Es una conversación privada, pero escucho algunas palabras: «Bien, Pep, muy bien, muy cómodo, me ha gustado. Me parece que es una buena manera de jugar la final».

Kroos es la otra prolongación de Pep en el campo: cree en su idea de juego y se está dejando la piel por él. No hay entrenamiento en que no se vacíe. Hoy mismo lo ha demostrado, corriendo sin parar incluso si la exigencia de los ejercicios no obligaba a ello. Pep confía ciegamente en Toni y le insiste en que Robben debe estar fresco y recibir el balón al espacio y no al pie.

De pronto, Pep cambia de tema y me dice: «He leído esta mañana la frase que ha puesto tu hija en Twitter [“La derrota tiene algo positivo, nunca es definitiva. En cambio, la victoria tiene algo negativo, nunca es definitiva (José Saramago)”]. Me ha gustado mucho y es muy cierta. Todo es siempre provisional».

Los momentos de los equipos nunca son definitivos y este parece ser, de nuevo, el momento del Bayern aunque solo se trate de unos entrenamientos y aún deba demostrarlo en la gran final del sábado, en la que todos los pronósticos le dan como claro perdedor. Lo que desde el exterior no puede imaginarse es que Pep está preparando esta final como nunca. El lunes y el martes puso las bases del plan de juego. El miércoles trabaja por la mañana la transición defensiva de su equipo, y después de comer cita de nuevo a sus defensas para otra sesión específica en la que detalla las habilidades del Dortmund en ataque.

El jueves se despide de Mandžukić. Es otro de los cambios visibles en Pep. No quiere dejar ningún asunto pendiente, así que convoca al croata a su despacho antes del entrenamiento y le desea suerte en su nuevo equipo. Es la última sesión de trabajo en la que coincidirán y Pep le anuncia que no será convocado para Berlín.

El entrenamiento contiene una ligera carga de fuerza explosiva y dos trabajos tácticos que se ensayan de manera exhaustiva. Primero, los delanteros y centrocampistas entrenan la presión sobre la salida de balón de los teóricos defensas del Dortmund. Los siete jugadores encargados de presionar repasan una y otra vez, sin límite de tiempo, todos los movimientos. Cuando el ejercicio alcanza una coordinación más que notable, Pep convoca a su defensa titular y ejecuta el segundo ejercicio, exactamente el opuesto, es decir, la salida propia de balón a partir de Neuer.

La principal variante respecto de la mayoría de partidos de la temporada es que jugará con tres defensas centrales. Ante la presión de los rivales, los tres, Boateng, Martínez y Dante, hacen circular el balón de un costado a otro, contando con la ayuda de Lahm, que se descuelga de su posición para apoyarles. A Lahm le espera un trabajo arduo el sábado. Javi se muestra atinado en sus movimientos y Pep le insiste en que los pases a Boateng o Dante siempre sean combados y hacia delante para que sus compañeros vean facilitada la conducción en profundidad o el pase al centrocampista avanzado. Para Robben, las instrucciones son muy sutiles: «Arjen, camina. Camina de un costado a otro, no te agotes corriendo. Te necesito fresco. Camina, y cuando veas que puedes recibir el balón en carrera hacia delante, pum, a correr».

El Pep de estos días es distinto al del mes de abril, cuando sentía que el equipo estaba perdido y desenchufado, e intentaba recuperar el pulso a base de instrucciones apasionadas. Ahora es un Pep reposado. Desde la banda, uno percibe que los mensajes que está dando son tan claros, tan rotundos, que es inevitable que los jugadores los asimilen sin dificultad. El lenguaje corporal de los futbolistas parece confirmarlo.

Mientras Thiago es intervenido en el quirófano, el Bayern termina la parte importante de la preparación de la final, con tres acciones de estrategia. Es el último entrenamiento de la temporada en Säbener Strasse. Primero, los saques de esquina en contra, en los que se ensaya la defensa zonal. A continuación, los favorables, que se ejecutan en corto. Finalmente, el saque de falta en la zona de los centrocampistas rivales.

«*Jungs* (Chicos) —advierte Pep—, una final de este tipo se decide muchas veces por una jugada de estrategia. Hay que acertar».

El trabajo está hecho. Ha sido intenso, selectivo, específico y muy detallado. El entrenador ha volcado toda su capacidad analítica para dotar a sus hombres de todas las armas posibles. No ha dado la alineación, pero los jugadores ya saben quiénes van a jugar la final. Se han mostrado intensos, concentrados y dispuestos a aprender el uso de estas armas en la semana febril de ensayos. Se van a Berlín para cerrar la temporada. De nuevo, Berlín, donde ganaron la liga.

Pero esta vez, en su eterno dilema entre la pasión y la paciencia, Guardiola ha elegido la paciencia, el control y la ortodoxia. Ir a fondo con su idea.

Múnich, 16 de mayo de 2014

Aficionados del Bayern se agolpan en la puerta del hotel The Regent, ubicado una calle por debajo de Unten der Linden, el memorable paseo de los tilos de la capital alemana. Aunque hoy es el día previo a la gran final de Copa, los jugadores se muestran serenos y confiados en el interior de un hotel que desprende silencio y tranquilidad. Hacemos balance de la temporada que está a punto de concluir con dos de ellos. Mañana, uno estará en el eje de la defensa y el otro, en el eje del ataque.

Javi Martínez ha padecido un año repleto de incidentes físicos. Ha visitado dos veces el quirófano (le han operado en la ingle y en la boca), ha sufrido torceduras de tobillo, tendinitis en las rodillas y dos o tres gastroenteritis. Solo ha podido ser titular en diecinueve partidos de la temporada (y ha hecho catorce suplencias). Mañana sumará su partido número veinte como titular, muy lejos de los 34 de su primera temporada en el Bayern o los 53 de la última en el Athletic de Bilbao. Pese a tantas dificultades sufridas, está satisfecho de la experiencia con Pep:

—Tiene mucho talento, y el mayor ejemplo es que el Bayern de hoy en día es un equipo muy trabajado en todas sus líneas. Cualquier entrenador que viene a ver los partidos o los entrenamientos se fija en eso, en cómo todo sigue un mismo guion, desde la defensa hasta el ataque, desde el portero hasta el delantero centro. Y también sabe llevar muy bien el vestuario. Sabe cómo tratar a los que jugamos, a los que no jugamos, sabe hacer bromas cuando hay que hacerlas. Para un vestuario, Pep es ideal.

—¿No le falta mala leche, como se ha dicho a veces?

—¡No! Tiene mucha mala leche. Claro, cuando ha de tenerla, no porque sí. Ojo, Heynckes también la tenía. Cuando el equipo está relajado o cuando lo necesitamos, Pep saca mucha mala leche y mucho ímpetu. Si tiene que echarle una bronca al jugador más veterano o al de más prestigio, se la echa. Es el entrenador y es quien manda.

—En julio del año pasado, cuando regresaste de vacaciones a Múnich y ya estaba Pep como nuevo entrenador, ¿imaginabas que jugarías de defensa central?

—No, no, cuando llegué no sabía qué esperaba Pep de mí. Es verdad que por los medios de comunicación había sabido del interés del Barça, cuando estaba Pep, para incorporarme como defensa central, pero cuando llegué en verano no sabía exactamente qué esperaba de mí. Enseguida me dijo que contaba conmigo para jugar muchas veces de central, pero también de mediocentro, y que creía que yo tenía condiciones para ser un buen central y que tenía que trabajar mucho y muy duro para comprender sus conceptos. La verdad es que en el fútbol de Guardiola la posición de mediocentro y la de defensa central son muy parecidas. De hecho, a menudo el mediocentro actúa como tercer central, sobre todo a la hora de sacar el balón. Por mis condiciones, yo me veo bien de central porque creo que mi máxima cualidad es la concentración defensiva. Siempre estoy concentrado y me parece que eso es bueno para un central.

—De Heynckes a Guardiola se han producido bastantes cambios tácticos...

—Sí, ha sido un salto muy grande: desde la forma de jugar hasta el papel que desempeño yo, y también otros jugadores, en comparación con el año pasado. Cada uno de los cambios ha sido muy notable. Lo bueno es que no hemos alcanzado aún nuestro techo y tenemos un buen margen de mejora. Pep lo sabe y trabaja muchísimo cada día para que lo podamos corroborar en el campo.

—Habéis ganado ya tres títulos, a falta de lo que suceda mañana, pero también habéis caído con estrépito en la Champions. ¿Ha sido un problema de engreimiento, de estar saciados por tantas victorias?

—Cada uno tiene que exigirse y tener conciencia de la necesidad de mantener el hambre de victorias. Somos gente muy joven que lo que quiere es escribir una bonita historia en el mundo del fútbol. Y el fútbol es presente, no pasado. Eso es lo que tenemos que mantener en el Bayern: el hambre, las ganas de seguir consiguiendo títulos. En el momento que nos abandonemos y creamos que somos buenos dejaremos de conquistar títulos.

Estas son las ideas de Javi Martínez, que mañana estará en el centro de la defensa. Y llega el turno de Arjen Robben, que jugará en el centro del ataque. La temporada de Robben ha sido la opuesta a la de Javi: nunca había disputado tantos partidos en un año. Ni en el Bayern, ni anteriormente en el Real Madrid, el Chelsea o el PSV Eindhoven porque las lesiones siempre fueron su gran *handicap*. Todo ello ha desaparecido esta temporada, en la que ha sido 37 veces titular con el Bayern y ha disputado un total de 45 partidos en los que ha marcado veintiún goles y dado catorce pases de gol. Las mejores cifras de su vida.

—Sí, no hay duda —acepta Robben—, aunque mi primer año en el Bayern (la temporada 2009-2010) también fue muy bueno y la temporada pasada, la del triplete, fue muy importante. Pero esta ha sido espléndida porque he podido trabajar con Pep y él me ha ayudado mucho, me ha dado un nivel superior al que tenía. Y físicamente todo ha funcionado muy bien. Llevo sin lesiones desde enero de 2013 y he tenido mucha continuidad. Pero el punto más importante de la temporada ha sido poder trabajar con Pep porque me gusta mucho cómo concibe el fútbol, cómo lo piensa.

—Solo tuviste un ligero problema en el abductor y el accidente de Augsburg con la herida en la rodilla. ¿Por qué ha cambiado tanto tu consistencia física? ¿Cómo lo has conseguido?

—Si lo miramos bien, desde mis inicios en el Bayern he mejorado mucho. Cada año ha ido un poco mejor en este sentido. Empecé trabajando con un osteópata con el que ya estuve en mi último año en el Real Madrid, y sigo con él desde entonces. Me parece que en los cinco años que llevo en Múnich he tenido solo dos lesiones verdaderamente grandes; el resto fueron pequeñas molestias, sin demasiada importancia. He conseguido tener el control de mi cuerpo. La experiencia y la edad me han ayudado mucho. Normalmente es al revés y te sientes mejor cuando eres más joven. A mí me sucede lo contrario: me hago mayor y cada vez controlo mejor mi cuerpo y me siento mejor.

—Había una idea preconcebida de que Guardiola y Robben no se llevarían bien...

—Sí, sí, existía esa idea. Me lo preguntaron muchas veces, en Alemania y en los Países Bajos. Todo el mundo me decía que Pep iba a ser un problema para mí porque yo soy muy individualista y juego con regates y Pep, decían, era eso que llaman el tiquitaca... Así que decían que seríamos incompatibles. Pero yo no tenía ni la menor duda de que encajaríamos perfectamente. No lo dudé ni un segundo.

—Tú fuiste el goleador de la final de la Champions que ganó el Bayern en Wembley. Sin embargo, cuando llegaste al Trentino para iniciar la pretemporada no lo hiciste con la actitud de una gran estrella y eso fue una sorpresa muy agradable para Pep.

—Mira, yo tenía mucha confianza en Pep desde que anunciaron su fichaje. Y tuve unas buenas sensaciones cuando le conocí y también a *Dome* [Torrent] y a Loren [Buenaventura]. Yo también quería participar de su manera de ver el fútbol. Recuerdo la primera conversación que tuve con el místico, en el Trentino, porque fue una charla muy importante. Me dijo: «Disfruta del fútbol. Tú has marcado en la final de la Champions y marcas siempre en los partidos importantes, así que disfruta, relájate, disfruta del fútbol y de tu familia, sé feliz...». Estas fueron sus primeras palabras del primer día, y es muy importante que tu entrenador te hable así porque te da mucha confianza. Así que tuve una buena sensación desde el primer instante.

—Hay jugadores que dicen que el Bayern de Heynckes era fantástico, pero que hacía falta un nuevo paso, un cambio, porque si todo hubiera seguido igual quizás el equipo se habría estancado.

—Sí, sí, estoy de acuerdo. Es el peligro que corres después de ganarlo todo. Si continúas igual, trabajas igual y mantienes las mismas ideas, es posible que corras peligro. Después de ganar un triplete, es muy fácil relajarse. Con un nuevo entrenador y con una idea nueva del fútbol, la evolución era más factible. El cambio nos obligó a todos a estar más enchufados.

—¿Te costó mucho comprender la idea y los conceptos de juego de Pep?

—Bueno, ha sido un proceso difícil, desde luego. Para los jugadores, pero también para Pep porque es difícil llegar a un nuevo país más la dificultad del idioma... Pep se esforzó mucho para aprender el alemán antes de llegar, y fue increíble cómo llegó hablándolo. Pero los primeros meses son siempre difíciles en esta adaptación mutua. Cada semana, cada mes, hemos ido mejorando. Y hemos jugado grandes partidos, como el del Manchester City, que fue maravilloso. A mí me gusta mucho este estilo porque me recuerda un poco al tradicional juego neerlandés, al que ha practicado Van Gaal, por ejemplo. Tiene ese aroma, siempre atacando, yendo hacia arriba, sin defenderte atrás encerrado. Y esa idea me gustó mucho desde el primer día.

—Atacar tanto y tan arriba no es algo muy frecuente en el juego actual. La mayoría de equipos os esperan replegados en su área. Siempre tendréis la dificultad de atacar a un equipo muy encerrado y, mentalmente, debe ser algo que fatiga mucho.

—Es evidente que en el fútbol defenderse es más fácil que atacar. Defender significa esperar. Pero si tienes el balón has de buscar caminos nuevos, y construir siempre es más difícil que destruir, pero el míster nos dijo ayer: «Si estás en el campo, como jugador seguro que quieres disfrutar del juego, y con nuestra idea se puede disfrutar más». Aunque es evidente que enfrentarte a un equipo muy encerrado es difícil, muy difícil.

—Sorprende que este año has conseguido marcar más goles y al mismo tiempo dar más pases de gol a tus compañeros. ¿Tiene alguna relación con la nueva idea de juego?

—Creo que sí. En un momento de la temporada, Pep me dijo que no tenía que buscar el gol de manera obsesiva, sino que jugara y jugara porque jugando llegaría el gol. Y ocurrió así. Si juegas y juegas, buscas los espacios, tienes el balón y combinas con el equipo, de esta manera casi siempre marcas. En todos los partidos he acabado teniendo jugadas con opciones de gol. Si tienes mucho el balón y participas, automáticamente llegan opciones de gol y de pase.

—En febrero y marzo jugasteis muy bien. Sin embargo, en abril lo hicisteis muy mal. ¿Fue por los momentos que tiene el fútbol o por qué razón? ¿Fue un problema ganar la liga tan temprano?

—Es muy difícil explicar por qué ocurrió. No fue solo por ganar la liga tan pronto. Para mí, todavía hoy es difícil explicar todas las causas. Cómo pudimos jugar tan y tan bien en la liga y ganar de una manera tan rotunda y, sin embargo, después de ganar el título aquí mismo, en Berlín, nos deshinchamos tanto... Cada semana íbamos a peor. Pero no es fácil saber con precisión por qué ocurrió. No fue solo por ganar la liga tan rápidamente, sino por muchas pequeñas cosas porque un equipo es algo muy complejo y a la vez muy frágil. Por ejemplo, hemos tenido bastantes lesiones en abril. Necesito tiempo para verlo con una perspectiva mejor y acabar de comprenderlo.

—En cambio, en los entrenamientos de esta semana el equipo parece volver a su mejor momento...

—Sí, yo tengo la misma sensación. Pienso que estamos muy bien para ganar la Copa de mañana, aunque la gente piense lo contrario. Lo más importante en el fútbol siempre es la cabeza. Y ahora estamos muy bien enfocados.

—Pep dice que esta manera de jugar supone un cierto choque cultural en Alemania. ¿Puede acabar siendo popular este concepto de juego en Alemania?

—Creo que sí, sin duda. En los meses en que ganamos la liga todo el mundo decía que el Bayern era increíble y que Pep había mejorado al equipo. Pero el fútbol siempre son resultados. Hemos jugado bien

todo el año y todo eran elogios, pero en cuanto hemos perdido todo parecía malo. No creo que esta sea la realidad. La realidad es que con este sistema de juego hemos jugado muy bien y a tope, y hemos conseguido grandes resultados. Estoy convencido de que el año que viene podemos y debemos jugar mejor. Me gusta el camino que hemos tomado. Ya estoy esperando con ganas la próxima temporada.

—El año próximo, el equipo estará mejor adaptado.

—Sin duda, porque el primer año de un nuevo modelo y un nuevo entrenador siempre es el más difícil. Y en estas condiciones hemos ganado tres títulos, hemos batido todos los récords de la Bundesliga, somos semifinalistas de la Champions y mañana jugamos para ganar la Copa. Conseguir esto en el primer año es increíble, es un gran balance. Y los jugadores sabemos que la próxima temporada podemos mejorar aún más nuestra manera de jugar porque ya la conocemos mejor.

Berlín, 17 de mayo de 2014

En un choque con Ribéry se produjo la lesión. Saltó a por un balón en el último entrenamiento de la temporada, el viernes por la tarde, en el césped del Olympiastadion de Berlín, y David Alaba sufrió una rotura en los músculos abdominales. No podrá jugar la final, lo que supone otra baja de peso.

Después de cenar, Guardiola llamó a Rafinha y le hizo una pregunta muy simple: «Rafa, ¿podrías jugar en la izquierda?». La respuesta del brasileño fue contundente: «Pep, yo juego donde tú me digas».

El entrenador ya tenía recambio para Alaba, aunque este cambio le obligará a situar a los laterales algo más abiertos de lo previsto. Ahora solo le faltaba sustituto para Rafinha en la derecha, pero decidió dejar dormir tranquilo al «niño».

El sábado por la mañana, tras el desayuno, llama a Højbjerg y le anuncia que será titular, pero no en el centro del campo, sino como lateral derecho. El chico le responde que no hay problema, que jugará donde le necesite el equipo.

Berlín se ha transformado. Es una ciudad invadida por el color amarillo. Miles de aficionados *borussers* ocupan la capital y, por el contrario, apenas parece haber rastro del color rojo de sus rivales. Por si no es suficiente con el estado de forma de cada equipo y con las tajantes opiniones de la prensa, el peso de la afición también es abrumadoramente favorable al Dortmund.

Pep ya tiene alineación y plan de juego. El equipo que presenta para la final supone una declaración de intenciones para la próxima temporada. Por los nombres, ya que en el césped estarán quienes con más firmeza creen en la idea de juego (lesionados aparte) y por el propio plan, que supondrá una vuelta de tuerca más en la constante evolución táctica que el entrenador intenta aplicar. Guardiola ha asumido que dicha evolución ha de ser una irrenunciable seña de identidad.

Pep tararea el himno alemán, exactamente cuando dice: «*Blüh' im Glanze dieses Glückes* (Florece con el brillo de esta felicidad)». Son las ocho de la tarde, llueve sobre Berlín y, además del título de Copa, están en juego muchas cosas. Para afrontar este momento delicado tras el cataclismo frente al Real Madrid, Guardiola hace un cambio que va mucho más allá de la táctica: es un cambio estratégico que ha ido madurando y trabajando. Ha reflexionado sobre las virtudes del equipo y ha concluido que cuando mejor ha jugado ha sido sacando el balón con tres jugadores (la salida lavolpiana); contando con un lateral con capacidad para recorrer toda la banda y, al mismo tiempo, vigilar el pasillo central; con un mediocentro encargado de controlar los contragolpes del contrario y que sume siempre un hombre de más en la zona central; con un delantero que empuje al rival hacia atrás, y con un mediapunta que sepa moverse cerca del delantero.

Con la idea de preparar el partido, anotó estos cinco principios en la pizarra de su despacho y confeccionó un plan de juego que sus hombres entrenaron con detalle. Y, días después, ahí está el plan de juego, dibujado en el césped un instante antes de empezar la final: es un 3-6-1 que en la fase defensiva se convertirá en un 5-4-1 y en la fase ofensiva será un 3-4-3. En la final, Højbjerg es lateral derecho, Rafinha izquierdo, Lahm y Kroos ocupan la zona central, Götze parte de la izquierda para ocupar el vértice superior del rombo central, al igual que Müller, mientras Robben queda libre en punta para moverse por todas las posiciones de ataque. Además de todo esto, el Bayern saldrá a esperar, sin prisa, con la línea defensiva más retrasada de lo habitual para no regalar espacio al Dortmund.

En el Olympiastadion domina el amarillo, mandan los cánticos de la afición de Dortmund y los hinchas del Bayern están apagados, conscientes de su teórica inferioridad. Pero el inicio de partido es desconcertante para Jürgen Klopp y sus hombres. El Bayern parece otro. No es aquel equipo osado que se lanzaba al ataque a tumba abierta, desnudándose atrás. De pronto, han cambiado los papeles y ni siquiera se han podido percibir los detalles cuando Thomas Müller ha rozado el gol, desviado por el rostro de Weidenfeller, y Robben ha dispuesto de una segunda oportunidad tras un pase largo y certero de Lahm.

El desconcierto del Dortmund es considerable. Es un equipo hábil, muy hábil en tender trampas al contrario. Sobre todo, al Bayern. El Dortmund es como un gato que tienta siempre al Bayern con un buen pedazo de queso que protege entre sus garras. Los de Klopp siempre le facilitan la salida, le permiten avanzar con alegría y lo atraen —como un ratón— hasta que traspasa un cierto punto y entonces, veloces, lo despedazan. Hoy, sin embargo, el «ratón» se muestra más listo y decide emprender una ruta distinta. Guardiola construye una superioridad gigantesca en el centro del campo: deja fijos a tres defensas atrás y coloca a seis hombres en la zona central. Frente a esto, el Dortmund no tiene ni tendrá respuesta. La presión que ejerce con los hombres de arriba será inútil toda la tarde gracias a la superioridad numérica del Bayern. Como consecuencia, el equipo de Pep dispone de un menor número de ataques contra la portería de Weidenfeller, pero casi todos de gran peligro.

Pep elige menos ataque y más control. Robben está solo en el ataque, pero se basta para fijar a tres defensas; los dos centrales y un lateral. Cuando Müller le ayuda se establece una combinación formidable para los intereses del Bayern. Dos delanteros fijan a cuatro defensas, con lo que en el centro del campo sucede lo contrario: los cinco medios de Pep siempre superan a los cuatro que logra situar Klopp.

Philipp Lahm es clave en esta final. Ha de ayudar a sacar el balón desde su línea defensiva y, al mismo tiempo, está encargado de ser quien presione a Şahin cada vez que Weidenfeller le cede el balón para iniciar el juego. Al capitán le espera una tarde dura de esfuerzos largos y repetidos porque los setenta metros del eje vertical del campo están bajo su responsabilidad, pero a los ocho minutos recibe un golpe en el gemelo izquierdo del que ya no se repondrá. Al cuarto de hora necesita atención médica, a los veinte minutos cojea ostensiblemente y a los veintiocho se rompe por completo. Para el Bayern es una baja aparentemente decisiva: sin Thiago, sin Alaba, sin Schweinsteiger y ahora sin Lahm, el Bayern de los centrocampistas se ha evaporado...

En el banquillo apenas hay opciones para el recambio y el elegido es Ribéry, que lleva varias semanas con serios problemas de espalda que le afectan los músculos de ambas piernas. Guardiola toma entonces una decisión sorprendente que será clave en la final: Ribéry no jugará como extremo, sino en el doble pivote, como mediocentro de apoyo a Toni Kroos. Es una decisión inaudita, improvisada sobre la marcha, pero que resulta demoledora para el Dortmund, que tarda más de media hora en reaccionar. Hasta ese instante, el juego del Bayern no ha sido brillante, pero ha logrado su objetivo: el equipo de Klopp no ha podido lanzar ni un solo contraataque.

Pese a que Neuer aún se muestra inseguro con el pie, el Bayern logra mantener su plan sin problemas gracias a las posiciones escalonadas que adoptan Javi Martínez, Kroos y Ribéry en el inicio de las jugadas. Entre los tres forman un eje central que se apoya en los hombres de las bandas, con Højbjerg creciendo por minutos, para salir jugando con facilidad. Javi muestra toda la inteligencia táctica y concentración defensiva que se le conocía; Ribéry rinde a un nivel formidable: parece inverosímil que un atacante como él juegue tan bien en el puesto de mediocentro, y Kroos sencillamente hace de Lahm y de Kroos al mismo tiempo.

A la hora de partido, después de que Müller haya tenido otra ocasión de oro fabricada al alimón por Robben y Ribéry, el entrenador del Dortmund mueve su primera pieza: Oliver Kirch entra en el puesto de Mjitaryán e iguala las fuerzas en el centro del campo, en especial porque Guardiola responde

intercambiando a Ribéry por Götze, que pasa a ocupar la posición de segundo mediocentro junto a Kroos. Con esta permuta de puestos, el entrenador del Bayern busca acercar a Ribéry al gol, pero se desvanece el efecto positivo que el jugador francés estaba teniendo en el centro del campo.

La final habría podido teñirse de amarillo si el árbitro hubiese concedido gol en el saque de una falta lateral que Hummels ha cabeceado, pero Dante ha despejado cuando el balón ya había entrado en la portería del Bayern. Aunque se ha llegado a la prórroga con el marcador empatado a cero, el Dortmund solo ha conseguido rematar dos veces contra Neuer (incluido el *no gol* de Hummels) por cinco ocasiones de un Bayern que ha jugado de un modo muy astuto, buscando por encima de todo impedir que el rival pudiera aprovechar sus grandes virtudes.

En la charla de la prórroga, en el campo, Pep se limita a recordar a sus jugadores que entraban en una fase en la que manda la mente y no las piernas y da un consejo general: «Buscad a Mario [Götze]. Buscadlo entre líneas».

Ribéry está al límite de sus fuerzas. El dolor en la espalda le resulta insoportable y el entrenador comenta con Robben las posibles opciones de cambio: «Pep me preguntó si estaba en condiciones de seguir —me explicaría de madrugada el jugador neerlandés— y le dije que sí, que era necesario porque Franck [Ribéry] no podía más y Højbjerg había recibido un golpe en el gemelo. Teníamos que aguantar como fuese».

La prórroga quizá es cuestión de mente, como pronostica Pep, pero desde luego las piernas de algunos de sus hombres están llegando al límite. Y todo va a peor hasta entrar en el terreno de la épica. Poco después de que Kroos cometa su único error de la noche, permitiendo un disparo raso y duro de Aubameyang, el portero Neuer se disloca el hombro derecho a causa del césped mojado. Solo han transcurrido dos minutos de prórroga y durante la siguiente media hora necesitará que le apliquen varias veces hielo en la zona para calmar el dolor.

A continuación es Kroos quien recibe un golpe en el gemelo que le hace cojear ya hasta el pitido final, mientras Müller sufre calambres en los isquiotibiales y Højbjerg tiene que ser sustituido por Van Buyten. Pese a los problemas, el Bayern sigue saliendo sin dificultad de su campo gracias a la conexión Javi-Kroos y el Dortmund continua sin lanzar ningún contraataque.

Claudio Pizarro espera en la banda, a punto para sustituir a Ribéry, cuando llega el gol que rompe la final. Boateng cruza un balón de costado a costado, lo temple Ribéry que espera la llegada de Robben hasta el punto de penalti para pasárselo y el neerlandés remata a las manos de Weidenfeller, que saca con rapidez sobre Grosskreutz. Pero Boateng se adelanta, le roba el esférico y centra sobre el área, donde Robben se avanza a todos y logra el 0-1, un golpe definitivo. La euforia de Guardiola dura poco más de dos segundos porque de inmediato piensa en la sustitución de Ribéry, que para entonces ya cojeaba ostensiblemente de la pierna derecha.

El último cuarto de hora se resume en ataques desesperados del Dortmund, que solo consigue rematar una vez, gracias a Reus, y contraataques del Bayern, que dispone de dos ocasiones claras de gol, más un disparo al palo de Robben antes de que Müller, en el minuto 122, cierre el partido con el 0-2 definitivo, mérito de un robo de Rafinha, el esfuerzo incansable de Robben, la habilidad en el pase de Pizarro y la astucia del propio Müller para irse de Schmelzer y Weidenfeller.

El Bayern logra el doblete Liga-Copa, convirtiéndose en el segundo equipo en la historia del fútbol en conseguirlo tras haber ganado el triplete (el PSV Eindhoven consiguió el primer triple-doble en 1988 y 1989). El equipo de Múnich suma el cuarto título de la temporada, de seis disputados, y para Guardiola supone el trofeo número 18 de 25 en cinco temporadas como entrenador de élite (catorce de diecinueve en el Barcelona y cuatro de seis en el Bayern).

El equipo lo celebra a lo grande. Boateng levanta a Guardiola del suelo como si fuese una pluma. Neuer, pese a su brazo lesionado, le imita. El entrenador se funde en fuertes abrazos con Javi, Rafinha,

Götze y Kroos, y muy especialmente con Robben. Recibido el trofeo, Dante y Van Buyten repiten la ducha de cerveza sobre la cabeza de Pep y esta vez ni siquiera Estiarte consigue escapar intacto.

En la cena posterior a la final, los jugadores están entusiasmados con el entrenador: «Me ha encontrado mi sitio ideal. Por fin tengo la posición para rendir a tope», dice Javi. Para el capitán Lahm es importantísimo: «Los jugadores del Bayern hemos demostrado lo que valemos: es una subida de autoestima impresionante». En las palabras de todos ellos se percibe la rabia por el desastre sufrido ante el Real Madrid, el apoyo al entrenador y el deseo de profundizar más en su idea de juego.

Son las dos de la madrugada, la euforia está en su apogeo y Rafinha hace llegar su mensaje de fin de temporada: «Antes del partido se lo dije a *Dome* [Torrent]: vamos a morir juntos. Estábamos con medio equipo roto y nos hemos dejado los cojones en el campo. Hay que tener muchos huevos para poner a un niño de 18 años en el campo y en la posición que Pep lo ha puesto. O a mí de lateral izquierdo. Para Pep esto es importantísimo: si alguien tenía dudas, que se las coma...». Las palabras que expresa Robben suenan parecido: «Esta victoria es brutal por todo lo que supone. Será muy importante porque nos reafirma en la idea. Es una idea en la que cada día creemos más. Hemos ganado con la idea de Pep y el segundo año será mejor».

Durante la fiesta, Pep se va a un rincón para estar con la familia. Está feliz, por supuesto, pero hoy más que nunca se le nota enfadado consigo mismo por lo del Madrid, por no haber jugado aquel día con el mismo plan de esta final de Copa.

A las tres y media de la mañana dice adiós a la fiesta, con su hija Valentina dormida, agarrada al cuello como un bebé.

En la calle llueve.

Berlín, 18 de mayo de 2014

El Bayern viaja hacia Múnich con la Copa ganada en Berlín, la capital que este año se ha convertido en el talismán de Pep para conquistar los títulos nacionales. Miles de hinchas esperan en Marienplatz para festejar el doblete que cierra la temporada y es momento de hacer balance con dos futbolistas que son el símbolo del primer año de Guardiola: el joven Højbjerg y el capitán Lahm.

Antes de regresar a Baviera, a Højbjerg le pregunto qué le ha aportado el entrenador.

—El atrevimiento con el balón. El no tener miedo y jugar con el balón. Jamás tener miedo de jugar. Y jugar, jugar y jugar. Da igual si enfrente está Xabi Alonso o un futbolista amateur. Jugar sin miedo y atreverse siempre. Y echarle cojones, como dice Pep. Cuando uno es joven lo hace todo suavemente, pero si lo haces todo con suavidad no progresas: hay que ir al máximo para lograr una mejora. Pep me ha exigido verdaderamente que juegue con el balón sin miedo. Y me ha enseñado muchísimo en lo táctico y lo defensivo. He aprendido a quedarme cuando mi compañero va hacia delante y a atacar a fondo cuando soy yo el que da el paso adelante. Me ha aportado táctica, valentía con el balón y, sobre todo, corazón. Jugar con la cabeza y el corazón al mismo tiempo. Cuando pasé una etapa difícil [por la enfermedad de su padre], Pep me ayudó muchísimo. Me dijo que solo debía dedicar una hora y media diaria al fútbol, pero que esa hora y media debía ser a fondo, a tope, y que al acabar me despreocupara del juego y estuviera tranquilo.

Højbjerg llegó al Bayern en 2012 con solo 16 años de edad y le costó mucho adaptarse a entrenar cuatro días por semana:

—Yo era pequeño y el cuerpo no aguantaba tanto trabajo. Estuve un año con dolores por todas partes. Y este año con Pep me ha ocurrido un poco lo mismo porque al entrenarme seis días por semana con los mayores y a este ritmo ha habido momentos en los que me costaba aguantar.

—Para ti, la temporada ha sido más de aprendizaje que de competición...

—Por supuesto. Cuando me levanto por la mañana y salgo de la cama, me digo a mí mismo: hoy seré mejor que ayer. Hoy seré mejor futbolista. Aprenderé algo nuevo. Quiero aprender cada día algo nuevo. Quiero ser mejor, mejor, mejor... Creo que Pep percibe esas ganas que tengo de progresar constantemente. Y todo lo que él me da y me aporta, yo lo intento desarrollar. Soy un jugador que hace lo que cree y lo que puede ser mejor para mi progreso. No soy egoísta, pero tengo una gran confianza en mí mismo y a veces soy un poco tonto y creo que mi solución es la correcta y, sin embargo, debo aprender que hay soluciones mejores. Con Pep me ha ocurrido esto: he visto que él me aporta soluciones mejores.

—¿Qué has aprendido exactamente?

—Ha sido la primera vez que he comprendido que para estar en el *top* mundial hay que dominar los conceptos defensivos, ser muy disciplinado y táctico. He comprobado la importancia de la mente porque hay que tener ese sentido del orden defensivo. Ser consciente de que cada esprín, cada toque de balón, cada remate, deben hacerse al cien por cien. He aprendido mucho desde el pasado verano, mentalmente y no solo físicamente. Y en lo táctico. Me he convertido en mejor jugador que antes de llegar Pep porque he adquirido conocimientos que no tenía. Pero todavía noto que soy capaz de hacer cinco acciones seguidas con concentración y correctamente, pero quizás en la sexta me dejo ir y me

equivoco y pierdo el balón... Estoy en ese momento en que uno debe dar el salto desde el fútbol juvenil al fútbol profesional y la clave está en la cabeza. Hay compañeros, como Dante, que cada día me recuerdan lo importante que es la concentración mental y entrenarse cada día y cada momento al cien por cien.

—¿Qué ha sido Pep para ti?

—Es la pasión y el corazón puestos en el fútbol. Claro, es mi entrenador, pero es más que eso: es mi segundo padre. Es un buen tipo y se pasa el día explicándonos a todos cómo podemos jugar mejor.

—¿Hay alguna diferencia emocional en el equipo respecto del año pasado?

—El año pasado éramos un poco más «alemanes». Es decir, sin demasiados excesos emocionales. En alemán decimos *gerade* (Todo recto). Ya sabes... Ahora hay más emoción y me gusta. Soy un jugador muy emocional, que me gusta jugar con el corazón, pero los alemanes no están tan acostumbrados como los brasileños o los españoles del equipo o Pizarro o yo mismo. Más emocional no es mejor ni peor, solo es diferente. Pero este cambio se percibe muy claramente y creo que es una buena aportación. Si somos más emocionales seguiremos teniendo ansias de seguir ganando cada semana. Y Pep está siempre aportando emoción.

—Esta prudencia emocional sucede tanto en la derrota como en la victoria.

—Sí, somos un equipo muy alemán, un poco acostumbrado a no mostrar excesivamente las emociones. A veces podemos parecer un poco arrogantes y fríos. Yo prefiero ser más emocional: uno vibra para poder ganar. Uno juega y se entrena cada día para que al final de temporada podamos organizar una buena celebración como la de anoche y desatar las emociones.

—Tú serás parte importante de este equipo...

—A veces pienso que será muy difícil asentarme en el Bayern y hay gente que me dice que no será posible. Con 18 años es muy difícil jugar aquí. A veces pienso que dentro de dos temporadas solo tendré 20 años... Hay días que reflexiono sobre esta realidad: llevo casi un año con Pep Guardiola, estoy en el Bayern Múnich, el mejor equipo del mundo y el mejor entrenador del mundo, y he aprendido más que en toda mi carrera hasta ahora. Y creo que sí, que podré desarrollarme y llegar a ser un buen futbolista, y esto ya es muy importante para mí. Es como si estuviera en la escuela. Comprendo perfectamente que no puedo jugar cada semana porque el equipo ha de ganar partidos. Así que yo me siento como si estuviera en la escuela de Pep y del Bayern y me siento feliz, pero es evidente que llegará el día en que será necesario que juegue cada semana y no será fácil, no soy tonto. Soy consciente de que quizás deberé salir del Bayern e ir a jugar a otros equipos de la Bundesliga o a otra parte y no será nada grave. Siempre estaré orgulloso de haber estado junto a Pep y haber aprendido tanto con él y con el Bayern. Ahora mismo, lo que necesito es aprender y aprender. Aprender siempre y a todas horas. Y dentro de diez años podré decir a los jovencitos: yo os doy mi conocimiento. Ahora lo recibo y más adelante lo daré.

—Si algo no se te puede criticar es falta de carácter. Con 18 años ayer jugaste una gran final.

—Tengo un corazón muy grande y me entrego al máximo y a veces eso tiene sus desventajas, pero también es lo que me hace fuerte. He heredado una mentalidad fuerte de mi padre y de la familia, con carácter. En ocasiones, ese carácter me hace fallar, pero a largo plazo me ayudará mucho a ganar. Solo necesito encontrar mi camino y el equilibrio preciso.

Después de hablar con el más joven de la plantilla, me espera el capitán, el hombre que, en palabras del entrenador, «ordena todas las piezas». Lahm, el lateral que fue reconvertido en mediocentro en plena final de la Supercopa europea, el 30 de agosto de 2013.

—¿Cómo recuerdas, Philipp, aquel momento en que tu posición cambió de manera tan radical?

—Lo bueno es que ya jugué a menudo en esa posición de mediocentro con Pep durante la pretemporada. Me puso a jugar a menudo ahí en los partidos amistosos. Hacía muchos años que no jugaba en esa posición, pero él tomó esa decisión y sabía que podía cubrir la demarcación. Que pudiera

jugar ahí en la Supercopa fue especial para mí porque me gusta muchísimo jugar en el centro del campo y es bonito cuando el entrenador deposita la confianza en ti y en que lo podía hacer a pesar de llevar tantos años sin jugar en esa posición.

—A partir de aquel día, la posición ya fue tuya. ¿Te ha causado Pep un problema con ello o te sentiste cómodo como «número 6»?

—Me he sentido muy bien jugando en esa posición durante la temporada. Creo que Pep me puso en esa posición porque yo le di la sensación de sentirme muy cómodo. La verdad es que me siento muy bien como pivote, ha sido una nueva situación para mí porque casi siempre había jugado como lateral. Ha sido interesante porque uno siempre tiene que estar totalmente despierto cuando cubres una posición nueva. Naturalmente cuando uno juega en el mediocentro es totalmente diferente porque tienes muchos jugadores alrededor, pero recibí la confianza de Pep y creo que durante la temporada la he justificado.

—Para los próximos años, ¿Philipp Lahm se ve a sí mismo como mediocentro más que como lateral?

—Creo que esta temporada he demostrado que puedo jugar en ambas posiciones. Como he dicho me gusta muchísimo jugar en el mediocampo. Tras 10 años de lateral es algo nuevo y me puedo ocupar de funciones diferentes. Eso no significa que nunca más vaya a jugar de lateral derecho o izquierdo, pero me divierte mucho jugar en el centro del campo. Bueno, claro, luego es decisión del entrenador...

—Con respecto al Bayern de Jupp Heynckes, ¿qué ha cambiado de manera profunda en el equipo con la llegada de Guardiola?

—Especialmente ha cambiado nuestro juego de posición y a mí, concretamente, la posesión del balón respecto de la temporada con Jupp. Dominamos más los partidos. Por ejemplo, la temporada pasada, en los partidos decisivos de cuartos de final y semifinales de la Champions esperamos mucho, todos atrás, para jugar prácticamente al contraataque, con mucha energía, por supuesto, pero no era que tuviéramos mucho el balón, ni que lleváramos nosotros el partido, ni que domináramos tanto los partidos como hacemos ahora. La segunda cosa en la que hemos evolucionado es cómo es el reparto del espacio de cada jugador y, naturalmente, tras la pérdida de balón cómo pasamos enseguida a presionar. En gran parte, estos dos aspectos los hemos mejorado mucho respecto al año pasado.

—La adaptación a los conceptos que propone Pep no ha sido rápida ni fácil...

—Naturalmente que ha sido difícil. Ha sido algo nuevo para los jugadores, pero algo nuevo que hay que hacer después de haberlo ganado todo. Ganamos el triplete y vino un nuevo entrenador que intentó traer algo nuevo al equipo. Creo que para muchos jugadores esto ha sido difícil. Había quien decía que lo anterior había funcionado muy bien y que con la antigua forma de jugar se había ganado todo y, sin embargo, a continuación llegó algo nuevo y diferente. Pienso también que Pep se ha adaptado muy bien al fútbol alemán, que lo ha cambiado un poco a su manera. Pero naturalmente que es difícil porque los jugadores necesitan sencillamente tiempo para ajustarse y el entrenador también debe adaptarse un poco a los futbolistas. Pero creo que lo ha conseguido bastante bien.

—Guardiola ha hablado a menudo de choque cultural entre sus conceptos sobre fútbol y los de tradición alemana. ¿Es real este choque? ¿Seguirá existiendo? ¿Es asumible por ambas partes?

—Es un proceso, un choque cultural. Creo que el mismo Pep comentó a menudo que estaba sorprendido porque tantos equipos en Alemania jugaran al contragolpe. Muchos rivales juegan muy encerrados contra el Bayern y, de repente, te lanzan con celeridad un contraataque. No quieren tener mucho la pelota, sino ser defensivos. Creo que es una diferencia entre el fútbol español y el alemán, pero es un proceso en el que hay que aprender uno del otro. Los jugadores, evidentemente del entrenador, pero también hace falta un proceso para que Pep conozca cada vez mejor el fútbol alemán, la forma de jugar y los rivales. De todos modos, creo que este proceso está ya cerrado.

—Lo normal después de un triplete como el que ganasteis con Heynckes es caer. De hecho, en toda la historia solo el PSV Eindhoven consiguió el doblete al año siguiente de su triplete. ¿Ha sido

importante Pep para lograr este éxito y evitar hundirse?

—Estoy bastante seguro de que ha tenido una gran parte de mérito para evitar que el equipo se cayera. Normalmente, después de un triplete los jugadores están saciados y es difícil ganar de nuevo la liga, pero creo que Pep, con su forma de hacer, con el equipo técnico y con el nuevo modo de pensar cómo debíamos jugar, ha conseguido que todo fuera muy novedoso y que todos tuviéramos que estar muy atentos para que esto funcionara. Solo ha sido posible porque desde el inicio hemos ido a buen ritmo en la Bundesliga y al final hemos sido campeones de una manera soberbia.

—¿Qué es lo mejor y lo peor de Pep?

—El gran punto fuerte de Pep es la táctica. Es increíble. Y que trabaja de forma meticulosa. Prepara al equipo de forma magnífica ante todos los rivales. Él es el mejor y eso, al mismo tiempo, es una pequeña debilidad. Es un perfeccionista. Lo quiere tener todo perfecto. Hasta el más pequeño detalle. Y eso es bueno, eso es especial, pero a veces para su propia sensación es demasiado, porque él nunca puede estar contento, nunca puede decir «esto es súper».

—¿Crees que el camino de Pep en el Bayern será largo?

—Estoy seguro. Claro, eso siempre depende de los jugadores. Cuando se tiene éxito existen más posibilidades de permanecer más tiempo; cuando un entrenador no tiene éxito en un club de prestigio como es el Bayern entonces es cuestionado, incluso por los jugadores. Pero lo más probable es que tengamos éxito y creo que nos lo vamos a pasar bien con Pep. Estoy muy contento con él.

—Cuando un equipo practica el juego posicional sabe que el rival acostumbra a esperarlo encerrado y con el peligro de lanzar un contraataque. Imagino que para un jugador puede llegar a ser mentalmente muy agotador tener que pelear siempre del mismo modo.

—Yo solo puedo hablar como jugador y te digo que lo más bonito es cuando tienes el balón y no cuando únicamente defiendes, defiendes, defiendes y solo tienes cinco segundos la pelota para marcar gol y después otra vez tienes que volver atrás a defender. Es bonito cuando tienes el partido en tu mano, cuando tienes el balón. Sí, es difícil porque el rival tiene once hombres atrás... Claro que es difícil, pero es más bonito cuando tienes la iniciativa del juego en vez de quedarte esperando.

—Pero en dichas condiciones de ataque posicional, ¿qué debe hacer tu equipo: chutar más, centrar mejor, qué soluciones hay contra ese bloqueo?

—Los jugadores deben tener la cabeza al cien por cien en esa situación, porque cada pase es importante. Piensa que cuanto más rápido va el balón, menos contacto del rival recibes y, naturalmente, los movimientos son importantes para dejar espacios libres a tus compañeros. Creo que lo decisivo llega cuando uno entra en la zona de tres cuartos, cerca de la portería. Es importante la distribución del espacio y se necesitan jugadores capaces, que sean muy buenos técnicamente y que quieran tener siempre el balón.

Paradojas de la temporada. El mediocentro de 18 años ha tenido que jugar la final de Copa como lateral y el lateral de 30 años ha sido el indiscutible mediocentro de la temporada. Højbjerg y Lahm, los símbolos de Pep.

PALABRA DE PEP

Múnich, 20 de mayo de 2014

Cuando usted lea este libro, la temporada 2014-2015 estará en marcha e incluso se habrá disputado el primer título. Como si se tratara de una rueda que gira y gira sin cesar, el curso habrá comenzado otra vez en el Westfalen Stadion, de nuevo con la Supercopa alemana como trofeo en juego. El segundo año de Pep Guardiola en Alemania se habrá iniciado con el mismo rival contra el que empezó y terminó el primero: el Borussia Dortmund de Jürgen Klopp.

En la primera temporada de Pep en el Bayern, el equipo disputó 56 partidos oficiales, con un resultado de 44 victorias, seis empates y seis derrotas. Es decir, el 78,5% de los encuentros concluyó con victoria múniquesa, porcentaje que en la Bundesliga ascendió al 85,3%. El equipo marcó 150 goles (con un promedio de 2,67 por partido) y encajó 44 (0,78 por partido). En acciones a balón parado logró marcar 28 (catorce de córner; nueve de falta indirecta y cinco de falta directa) y encajó ocho (cinco de córner, incluyendo los de rebote y en propia puerta; uno, de falta indirecta y dos, de falta directa).

Además de los 56 partidos oficiales jugó catorce amistosos y efectuó 279 sesiones de entrenamiento en los 326 días que transcurrieron entre el 26 de junio de 2013 y el 17 de mayo de 2014. Tuvo dos semanas de vacaciones, lo que hizo que hubiera 312 días efectivos, durante los cuales se ejecutaron las 349 sesiones mencionadas (setenta partidos más 279 entrenamientos). La mayoría de jugadores disputó, además, un promedio de ocho partidos con sus respectivas selecciones antes de que se iniciara el Campeonato del Mundo de Brasil.

El componente técnico estuvo presente en las 279 sesiones de entrenamiento, que por sus características se dividieron en cuatro grandes grupos: 89 fueron eminentemente tácticas; entre 70 y 75 tuvieron rasgos físicos cuantitativos (que podríamos asimilar a conceptos como la fuerza-resistencia); entre 60 y 65 tuvieron carácter cualitativo (asimilables a la fuerza explosiva), y 66 tuvieron un carácter preventivo, básicamente de gimnasio y movilidad. Algunas sesiones incluyeron trabajos de distintos grupos, de ahí que los parciales sumen más de 279.

Del total de la plantilla, nueve jugadores destacaron por su continuidad en las 39 semanas de competición, de las cuales solo en seis no hubo partido intersemanal. Por tanto, durante 33 semanas el Bayern afrontó dos partidos por semana. Los jugadores que superaron el umbral de los 4.000 minutos de juego —o se aproximaron a él— y cubrieron el 90% de las sesiones de entrenamiento, o más, fueron: Neuer, Lahm, Boateng, Dante, Alaba, Kroos, Müller, Mandžukić y Robben. Quienes menos sesiones se perdieron por lesión fueron Müller, que solo fue baja dos días; Alaba, que faltó tres y Kroos, que faltó cuatro.

Por encima de las cifras, el primer año de Guardiola se resume, a grandes trazos, así: adaptación al fútbol alemán, de fuerte carácter contragolpeador; adaptación a los jugadores del Bayern y a la epidemia de lesiones sufrida; enseñanza de los conceptos básicos del juego de posición (el nuevo «idioma»); competitividad extrema en todos los torneos disputados; y resultados por encima de las previsiones.

Con el final de curso se abría una nueva carpeta de asuntos pendientes: la evolución táctica imprescindible para no quedarse anclado en una fórmula de éxito muy exprimida; adaptación de los nuevos jugadores para que aprendan a interpretar mejor el «idioma» de juego; la gestión y renovación

de un grupo de futbolistas que se mantiene en la élite europea desde hace un lustro; el establecimiento de las bases de otro gran ciclo de éxitos, y la competitividad máxima en todos los torneos.

Con estos elementos en la mano, el cierre de este libro debe pertenecer al propio Guardiola, así que nos citamos el martes 20 de mayo en su despacho de Säbener Strasse, donde los jugadores pasan a despedirse. Unos van camino del Mundial, mientras otros, como Thiago, Neuer o Lahm, están en manos de los fisioterapeutas. El lunes, Pep pasó el día jugando al golf con Cristina y el martes llega a su despacho a la hora exacta de la cita. Sobre la mesa todavía está el informe sobre el Borussia Dortmund. En la pizarra, las claves del 3-6-1 presentado en Berlín, la nota cariñosa de su hija Maria y dos frases destacadas en color verde. Una, perteneciente a la película *Moneyball*, dice así: «Sé que allí te están dando duro. Pero el primero en romper el muro siempre sangra. Siempre». La otra frase escrita en el tablón blanco que preside el despacho es del propio Pep: «Prácticamente la totalidad de los problemas de un equipo son por culpa de los egos».

—Pep, es la hora de hacer balance personal de tu primer año en Múnich, en el que ha habido éxitos, fracasos, drama y alegría. ¿Estás a gusto aquí?

—Necesito aún más tiempo para comprobar que el equipo es mío [dijo tras una pausa que me pareció muy larga, aunque después comprobé que solo había durado ocho segundos]. Necesito más tiempo. Hemos ganado mucho y por esa razón estamos todos contentos, porque la victoria siempre te da tiempo para hacer más cosas. Ganar títulos te regala tiempo para construir el futuro. Pero la satisfacción verdadera se consigue cuando sientes que el equipo es tuyo y juega como tú quieres. Y para esto aún necesito tiempo. El equipo aún no es mío por completo. ¿Tendré ese tiempo? Los equipos grandes necesitan ganar siempre, pero si tengo ese tiempo y podemos decidir por dónde queremos ir... Pero aún no, aún no. Necesito más tiempo. ¿Por qué? Porque lo que intento implementar es algo contracultural. He de convencer a los jugadores de una cosa porque ellos son de Múnich, de Greifswald, de Rosenheim o de Gelsenkirchen y yo soy de Santpedor. Y en el proceso de «tú te adaptas y yo me adapto» tiene que haber un *mix*. Yo no puedo ni quiero convencer a Beckenbauer sobre la manera de jugar, pero él tampoco me convencerá a mí. Por tanto, en esta materia hemos de alcanzar un punto de encuentro. Pero yo he de convencer a estos jugadores. Y es algo contracultural porque ocurre después de ganar un triplete y con la misma base de jugadores que lo consiguió. Si ganas el triplete, pero entran siete jugadores nuevos es más sencillo hacer un cambio en la manera de jugar. Pero no ha ocurrido así. Cuando yo llegué al Barça también lo hicieron ocho jugadores nuevos y, además, el equipo venía del desastre. El Bayern venía del éxito absoluto y solo llegaron dos jugadores nuevos (Thiago y Götze). Esta ha sido la realidad y no es sencilla de gestionar.

—¿Te has sentido desorientado en algún momento?

—Esto ha sido una prueba. En el Barça gestioné la recuperación de un equipo que había perdido una Liga por 18 puntos. Aquí ha sido tras haber ganado un triplete. Es una diferencia abismal. Y las dos veces he podido salir adelante con buenos resultados, que es la cuenta de explotación que valoran los presidentes y directores generales. En este sentido, el balance es bueno: cuatro títulos de seis. Cierto, perdimos la Champions, pero lo malo fue el regusto que nos dejó, la manera en que perdimos, no perder en semifinales, que entra dentro de lo lógico. Ante la manera de perder contra el Madrid no hay ninguna defensa: hay que bajar la cabeza y aceptarlo. Punto. Pero el resto ha sido bueno. Es un nuevo país, un equipo que viene del triplete, con solo dos jugadores nuevos, un idioma nuevo... El tema del lenguaje... Una cosa es expresarte y la otra es llegar a los jugadores, llegar profundamente a ellos. Y para eso necesitas la palabra y mi palabra aún no es la adecuada. Piensa que hace un año, a mí me decías «*Guten Abend*» y no sabía lo que significaba. No sabía si hablaban de la tarde o de la noche. No lo sabía. Claro, no es fácil hacerse rápidamente con las palabras necesarias para llegar de verdad a los jugadores.

—Tu reto al suceder a Heynckes era muy grande.

—Sí, pero también te digo que muchos partidos los hemos ganado gracias al trabajo de Jupp [Heynckes] del año pasado o por la dinámica ganadora que tiene el equipo, una dinámica de ganar, ganar y ganar... Por esa razón era tan importante ganar también la Copa después de la Liga, porque te da margen para seguir trabajando. Porque da autoestima a los jugadores, que comprueban que vuelven a ganar tras haberlo ganado todo. Si hubiéramos perdido la Copa, quizás los siguientes meses habrían sido más difíciles. Claro, yo también gestioné en el Barcelona el día después de un triplete, pero era diferente porque lo había ganado conmigo en el banquillo y aquí en cambio era el triplete de Jupp. Bueno, era un reto para mí, era la razón por la que yo quería probarme a mí mismo: otro país, otro idioma, gestionar el éxito de otro entrenador... Eran condiciones que sabía que serían difíciles para mí. Sí, he ganado títulos esta temporada, cuatro títulos, pero no es esta la cuestión que verdaderamente me importa. No es esta la cuestión. La verdadera cuestión es dejar algo que yo pueda sentir como propio por la manera de jugar: por ejemplo, la Telekom Cup del verano pasado, el partido de Mánchester contra el City, el de Leverkusen contra el Bayer 04...

—Esta temporada has mencionado muchas veces la palabra «contracultural», pero cualquier cosa que hagas fuera del Barcelona será contracultural...

—Sí, sí. Básicamente porque yo soy un fan del ataque posicional, es decir, de meter al equipo contrario en su área y que no pueda salir de ella. Y a eso juegan muy pocos. Juegan el Barça, Paco Jémez [entrenador del Rayo Vallecano] y muy pocos más. La mayoría espera y contragolpea. Y el ataque posicional es muy difícil. ¿Por qué? Porque necesitas una gran dosis de humildad por parte de los jugadores. El ataque posicional consiste en que, como jugador, yo no intervengo durante mucho rato, pero estoy ayudando al equipo. Pero cuando intervenga, estaré solo y seré decisivo. Y para jugarlo has de tener un alto concepto de la humildad, del sacrificio. Tienes que aceptar no intervenir. Pero no intervenir significa que estás generando espacios para los demás compañeros. Y este es un proceso muy, muy largo. Colocar una defensa de ocho o nueve jugadores con movimientos bien coordinados tiene otras exigencias, pero es más factible y se demuestra en la mayoría de partidos que vemos. Sin embargo, cuando trabajas solo el ataque posicional y lo haces con jugadores que lo han ganado todo, y lo han hecho con un modelo de juego que no es el posicional... El mérito es que gente como Thiago o Philipp [Lahm] aguanten, esperen, se queden fuera de la intervención para esperar el momento adecuado y hacer entonces un tres contra dos. O que jugadores del talento de Robben o Ribéry asuman que durante 15 minutos no intervendrán directamente en el juego pero estarán ayudando a construir el proceso de juego que desembocará en una acción de peligro...

—Ha habido un evidente proceso de adaptación mutuo entre jugadores y entrenador.

—Claro, por supuesto. Y por esta exigencia de humildad en el ataque posicional yo me he adaptado a los jugadores. Pero hemos jugado mal porque este juego no permite adaptarnos a la individualidad de cada jugador, sino que exige que los jugadores se adapten al modelo de ataque posicional. Por ejemplo, yo soy un fan de los extremos y aquí tengo extremos brutales. Pero para que puedan intervenir con ventaja hemos de construir antes un proceso de juego que les otorgue esta ventaja a partir del primer paso, desde la salida de balón de atrás. Y esto no es sencillo, es un proceso largo y complicado. O los defensas centrales, que ahora juegan 50 metros por delante del portero. ¿Es un riesgo? Claro que sí, sin duda, pero en los 27 partidos que necesitamos para ganar la liga solo encajamos 13 goles. Ojo con eso. ¿Es contracultural? Con respecto del Barça, sin duda. Xavi, Messi o Iniesta llevan desde los 10 años practicando el mismo juego. ¡Claro que es contracultural!

—Hay que destacar que has encontrado un apoyo enorme en los jugadores.

—Yo valoro mucho el esfuerzo de algunos jugadores a los que esta manera de jugar les cuesta más y no va con sus características. Creo que todos, lo interpreten mejor o peor, valoran los juegos de posición que hacemos, el trabajo táctico, el no correr simplemente por correr. Es imposible que no les guste este tipo de trabajo. Y gestionar un triplete tampoco es fácil para un jugador.

—Supongo que es frustrante jugar siempre al ataque sabiendo que basta un contraataque para desmontar tu trabajo.

—Sí, claro. Pero también es muy satisfactorio conseguir que un rival que quiere jugar al contragolpe no lo consiga. El primer concepto a tener claro en el ataque posicional es que cuando ataques logres estar protegido en cada pérdida de balón, se produzca donde se produzca. El día de la debacle contra el Madrid este fue nuestro gran error. Se vio desde el principio, pero no podía cambiar fácilmente el sistema sobre la marcha y hubo que esperar al descanso, pero para entonces ya perdíamos con rotundidad. Entonces puse un 4-3-3 con un mediapunta y en el segundo tiempo ya no ocurrió nada, ya no sufrimos ningún contragolpe. En Alemania, los jugadores están acostumbrados a tener espacio. Mira, por ejemplo, nuestro segundo gol de la final de Copa [gol de Müller]. Allí tenía espacios, que es lo que le gusta. Pero para tener espacio has de irte hacia atrás. Porque si estás encerrando al rival en su área, allí no hay espacios y el juego cuesta mucho más.

—Hace unos meses me dijiste: «La temporada que viene jugaremos mejor y perderemos más partidos»

—Bueno, es una forma de hablar. Lo que pienso de verdad es que si jugamos mejor perderemos menos. Espero tener a más jugadores sanos todo el año, menos lesionados, tener algunos refuerzos, y con todo eso contar con más posibilidades de jugar mejor y, por lo tanto, de ganar. Creo que jugaremos mejor. Ya no nos estaremos comparando siempre con el triplete de Jupp, sino con lo que hemos hecho y cómo hemos jugado esta temporada. Es algo humano e inevitable, lógico que después de Heynckes todo el mundo pensara: ¿Por qué hemos de cambiar? Seguramente yo habría pensado lo mismo...

—Pero el cambio tras el triplete puede considerarse inevitable porque en el fútbol quien no evoluciona se estanca.

—Bueno, vete a saber qué habría ocurrido si no se hubiera cambiado la manera de jugar, nadie puede saberlo... Pero sí, está claro que el fútbol es evolución y la evolución depende mucho de los jugadores que tienes. Yo he jugado este curso muchas veces de una manera que no sentía, pero era preciso que me adaptara a los jugadores. Me he adaptado mucho a los jugadores, que necesitan jugar para coger ritmo. Y es necesario equivocarse para ir paso a paso. Y necesitas conocer a los rivales. Y conocer la liga... Bueno, ahora ya he jugado contra todos ellos, ya conozco los estadios, conozco a los entrenadores rivales, conozco a mi propio club. Y mientras aprendía todo esto hemos conseguido ganar cuatro títulos, que es oxígeno para seguir avanzando y cambiando cosas. Los cuatro títulos son un activo para la próxima temporada y para la autoestima de mis jugadores. Y no son cuatro títulos fáciles de ganar, ni basta llegar a las finales, también hay que ganarlas. Y tras ganar, lo normal es la descompresión. *Kalle* [Rummenigge] siempre me lo decía: los años después de ganar la liga o la Champions siempre nos habían ido mal. Este año, sin embargo, hemos mantenido el nivel y hemos ganado la liga más temprano que nunca. La ganamos con veinticinco victorias y dos empates, y eso fue muy bueno.

—¿Sientes que el equipo ha evolucionado en la dirección que tú pretendes?

—Mira, el cambio en estos once meses ha sido brutal y el equipo ha tenido momentos brillantes, del mismo modo que ha tenido otros malos o que la Champions nos ha dado un buen puñetazo. Ahora bien, hemos jugado partidos de Champions realmente brillantes: en el Emirates, en Old Trafford o en el Bernabéu, por ejemplo. Este tipo de partidos, en los que verdaderamente jugamos como creo que debemos jugar, es lo que de verdad me importa. Y con el tiempo, poder dejar en el recuerdo de la afición del Bayern muchos partidos de este tipo. Luego, cuando pase cierto tiempo, ya sabemos que esto se habrá acabado...

El segundo año promete ser más intenso que el primero porque Guardiola quiere ser más Pep que nunca. Más atrevido y más profundo en su concepción del juego. Con jugadores más convencidos, más comprometidos y más conocedores del nuevo «idioma» que propone. Pero también un Pep, como se intuyó en la final de Copa, con un catálogo de recursos más variado, que en alguna ocasión le lleve a ciertos repliegues esporádicos. Como hemos visto a lo largo de la temporada, un equipo es un ser vivo y no una foto fija. Fluye, crece, retrocede, avanza... Un equipo son momentos que marcan los éxitos. Un equipo es muchísimo más que un estado de ánimo, pero también es un estado de ánimo. Un equipo es táctica y trabajo, pero también talento y eficiencia. Es entrenamiento e ideas claras, pero también es emoción y sentimiento.

Un equipo es un camino, a veces novedoso, inédito y lleno de aventuras. En otras, es un camino conocido, repleto de rutinas necesarias y repetitivas. Un equipo necesita tener el rumbo claro, conocer los peligros potenciales y avanzar juntos, comprometidos. El camino del fútbol siempre vuelve a empezar porque no tiene final. El fútbol tiene muchas finales, pero nunca un punto final.

Aquella noche en que cenaron en Nueva York, Garry Kasparov miró a Guardiola y le dijo:

—Cuando gané mi segundo campeonato del mundo en 1986 ya tuve muy claro quién me derrotaría.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —le preguntó el entrenador.

—El tiempo, Pep, el tiempo...



Mientras hace estiramientos en la puerta del vestuario, Pep Guardiola comenta con el autor del libro la sesión de entrenamiento que acaba de concluir en la ciudad deportiva del Bayern de Múnich.



Pep Guardiola, en su despacho de Säbener Strasse tras la victoriosa final de Copa alemana.



Lorenzo Buena Ventura le detalla los planes de preparación física del Bayern al autor del libro.



El día de la presentación como nuevo entrenador del Bayern, en el vestuario del Allianz Arena.



En el campo número 1 de Säbener Strasse, Pep explica los pormenores del juego de posición y la secuencia de movimientos que entrena con sus jugadores.



Pep Guardiola y su esposa Cristina, durante la Oktoberfest de Múnich.



Pep Guardiola con Arjen Robben, uno de los puntales del equipo. El delantero neerlandés completó su mejor temporada desde que está en el Bayern.



Daniel van Buyten duchando con cerveza al entrenador durante la fiesta de celebración por la conquista de la Bundesliga.



Pep brinda con cerveza en la Oktoberfest muniquesa.



Franck Ribéry y Guardiola celebran el gol del delantero francés contra el Chelsea en la Supercopa de Europa conquistada por el Bayern en Praga.



Casi dos meses después de ganar la liga, Pep recogió la *MeisterSchale*, el plato que se entrega al campeón, en una gran fiesta celebrada en el Allianz Arena.



El cuarto título de la primera temporada: la Copa de Alemania, mostrada por Pep Guardiola en el Ayuntamiento de Múnich.

Agradecimientos

A Lufthansa y al U-Bahn (Metro) de Múnich, por su extrema puntualidad.

A los guardas de seguridad del FC Bayern, encabezados por Heinz Jünger, que me protegieron del frío y del calor.

Al hotel Wetterstein de Múnich, donde pasé una gran parte del último año y me hicieron sentir casi como en casa.

A Markus Hörwick, el eficaz director de comunicación del FC Bayern, y a sus colaboradores Nina Aigner, Cristina Neumann, Holger Quest y Petra Trott.

A todos los jugadores del FC Bayern, y muy especialmente a Thiago Alcántara, Jérôme Boateng, Dante Bonfim, Pierre-Emile Højbjerg, Philipp Lahm, Javi Martínez, Manuel Neuer, Rafinha, Franck Ribéry, Arjen Robben y Bastian Schweinsteiger, por su colaboración y amabilidad a lo largo de la temporada.

A Paul Breitner, Roman Grill, Jupp Heynckes, Jürgen Klopp, Alexis Menuge, Christoph Metzelder, Stefen Niemeyer, Manuel Pellegrini, Daniel Rathjen, Ronald Reng, Karl-Heinz Rummenigge, Xavier Sala i Martín, Christian Streich, Julien Wolff y Mounir Zitouni, por sus interesantes aportaciones.

A Matthias Sammer, por la pasión transmitida y sus didácticas clases de lengua alemana.

A Isaac Lluch, periodista joven y formidable, cuyo apoyo en todos los sentidos resultó inestimable e imprescindible.

Al cuerpo técnico de Guardiola, los entrenadores Domènec Torrent, Lorenzo Buenaventura y Carles Planchart, sin cuyas enseñanzas habría sido imposible comprender el sistema de entrenamiento y de juego del equipo.

A Manel Estiarte, la llave de todas las puertas, a quien resulta imposible agradecer la inmensa ayuda proporcionada.

Y a Pep Guardiola, por darme esta oportunidad de comprender con detalle la auténtica realidad de un equipo de fútbol de élite y por su generosidad incluso en los momentos más ásperos de la temporada.

© Martí Perarnau, 2014

Primera edición en este formato: septiembre de 2014

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral
08003 Barcelona
info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

© de las fotografías: Loles Vives y Agencia Efe.

ISBN: 978-84-15242-63-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

1. El Numancia es un modesto equipo español que derrotó al Barça en el primer partido de Liga que disputó Guardiola como entrenador, en agosto de 2008.